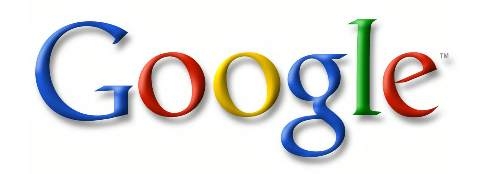
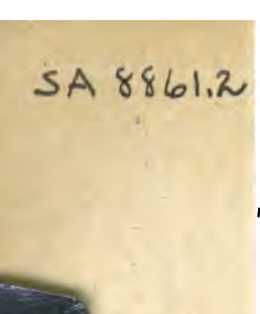






JORGE POLAR.

AREQUIPA.


DESCRIPCION Y ESTUDIO SOCIAL



AREQUIPA.—1891

TIPOGRAFIA MERCANTIL,
Calle de Luna-Pizarro (San Francisco) N°. 26.

NOTA.

Este libro se hace impirmir en virtud de uu acuerdo, y por cuenta del H. Concejo Provincial de Arequipa.

A Diego Masías y Calle.

Querido Diego:

Te dedico mi libro, porque á ti debo, en gran parte, haber tenido el espacio y la tranquilidad que para escribirlo há tiempo ambicionaba.

Te lo dedico, también, porque está formado de páginas relativas á nuestra hermosa tierra, que tú amas tanto como yo y á la que, mejor que yó, has tenido la dicha de servir.

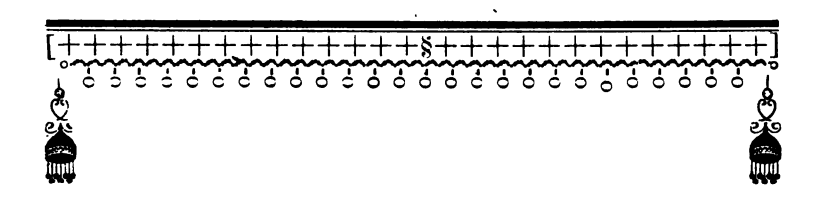
Te dedico, en fin, mi «Arequipa», porque así satisfago la dulce necesidad de poner en la primera página de los libros que escribo, el nombre de alguno á quien yo quiera mucho, y que mucho me quiera á mí.

JORGE POLAR.

PRIMERA PARTE.



El Valle de Arequipa.



CAPITULO I.

Aré-quepay.

DICE un viejo cronista: (1)

«Su propio nombre—el del valle de Arequipa—es *Aré-quepay* que quiere decir, *bien está, quedaos:* y llamóse así, porque pasando por aquel asiento uno de sus reyes Ingas, con numeroso ejército, volviendo victorioso, le pidieron sus capitanes en nombre de muchos indios, que aficionados al país deseaban fundar allí una población, que les diese licencia para fundarla y quedarse allí; y respondióles su Rey *aré-quepay: Está bien, quedaos;* y á esta devoción se le quedó el nombre al pueblo, que hoy le llamamos Arequipa».

La hermosa comarca sedujo así á los bravos capitanes con su agreste y virginal hermosura, y de labios del poderoso monarca Maita-Capac, arrancó su nombre tan dulce de pronunciar, que parece nombre de madre.—Hará de esto unos siete siglos.

---

(1) El Padre Calancha.

Aré-quepay, está bien, quedaos. Y quedáronse, y estaban contentos de la tierra, que resultó ser buena, tan buena como hermosa. Y la cultivaron y pusieron en ella sus esperanzas, y en ella quisieron vivir y morir.

Pronto, bajo la mano del hombre, la tierra agradecida creció en hermosura y se ennobleció en sus frutos. La civilización incásica, esa sencilla civilización hecha toda de fiestas y de trabajo, extendióse apacible, por el ancho valle.—Otras páginas de este libro tratarán de la huella profunda que en nuestra tierra dejó la vieja cultura americana.

Ahora debo decir la razón de haber adoptado yo, en cuanto al significado de la palabra *Arequipa*, la tradición recogida por el padre Calancha, y no la del padre Blas Valera, que adoptó Garcilaso, y según la que, *Arequipa* significa *trompeta sonora.*

Esta razón, que no por tener algo de poesía se tendrá por menos buena, así lo espero, es la siguiente:

El *Aré-quepay* tiene explicación natural en la situación y belleza de nuestra comarca.

Veamos de que manera.

El valle de Arequipa se abre entre la costa y la sierra, á la falda occidental de la cordillera de los Andes.

Antes de él, por lo tanto, se extiende el inmenso solitario y árido desierto, cuya silenciosa monotonía solo interrumpe el *médano*, juguete del viento, del viento que hoy levanta el montecillo de arena y mañana la derriba, como hace el tiempo con las glorias de la vida, lo mismo. Ni una gota de agua hay en la candente llanura, por su cielo nunca pasan las nubes, flores no hay ninguna, por supuesto.—Fuego no más, fuego que cae del cielo, y vibra en el aire y tuesta la arena; no hay nada más que fuego en esa region terrible.—Ya se vé, este desierto, aunque á mil metros, poco más ó menos, de altura sobre el nivel del mar, se encuentra entre los 16

y 17 grados de latitud, y en él no llueve nunca; sus arenas ni aún saben lo que es el rocío!

Del lado de la sierra, dominando el valle de Arequipa, se desarrollan las mesetas de la cordillera, la *Puna*, estéril por fría, y por fría y estéril triste. «Allí el cielo vierte abundante lluvia; pero á la tierra, profundamente humedecida, no la deja cubrirse de flores el frío cortante de las alturas.

Limitado así, de una parte, por la llanura desolada que no tiene más consuelo que la lejana ilusión del espejismo, y de la otra, por la atormentada región de las cordilleras, el valle de Arequipa, nuestro valle,—mi valle — verde, radiante, primaveral todo el año, es un verdadero oásis, perfumado y florido; es una ráfaga de luz brillante, detenida en el tibio regazo de nuestras montañas azules!

¿Quién habrá, pues, que, al divisarlo, sea que venga de la costa ó de la sierra, no quede de él enamorado y exclame: *quedémonos aquí*, como los nobles capitanes de la poética tradición?

«Para el viajero—dice un escritor francés —que llega jadeante y cubierto de polvo á la región de los cerros que por el S. O. limitan el valle de Arequipa, esa banda de verdura disfumada por la distancia, variando de aspecto á cada paso, es como una tierra prometida, es un oásis de Canaan.........Verla reanima las fuerzas y alegra el alma!» (1)

Y en verdad que el sueño del que atraviesa el quemante desierto, es siempre una ribera verde de algún riachuelo claro, donde la sombra sea muy fresca, la hierba muy alta y la brisa húmeda y el reposo dulce.........Y esto, esto es precisamente el valle de Arequipa, mi valle natal.

La situación de oásis del valle de Arequipa, prueba, pues, que el *Aré-quepay* imperial que le dió nombre,

(1) Paul Marcoy.

significa—*sí, quedaos,* y no *trompeta sonora*, palabras duras, que ninguna relación tienen con la tierra, ninguna; ¡qué han de tenerla! ¡Si lo que esta tierra aconseja dulcemente al corazón, es que diga, *quedémonos aquí;* si lo que reclama luego, es el dulce consentimiento de quedarse; si se está viendo que ella le pidió al noble inca el *Aré-quepay*—el *sí quedaos*, para que esta palabra fuese un nombre que simbolizara su belleza en todo tiempo!—Porque en esto de nombres, es bueno que correspondan á las cosas á que se dan.

Pero veo que, sin pensarlo, ya estoy hablando de la hermosura de mi tierra; y lo que es más, siento que esto vá á sucederme á cada instante, á cada paso, en una y otra página.

CAPITULO II.

El Valle.

I.

El valle de Arequipa se halla comprendido entre los 16° 11′ y los 16° 33′ de latitud sur, y entre los 71° 44′ y los 72° 11′ de longitud occidental del meridiano de Paris.

La superficie total encerrada entre sus montañas, es de 830 millas cuadradas.

La altura sobre el nivel del mar de diferentes puntos del valle, es la siguiente:

Plaza de armas de la ciudad: 7,720 piés.—Estación de los Ferro-carriles: 7,550 piés—Panteón de la Apacheta: 7,770 piés.—Cerro de Pachacutec: 7,760 piés.—Observatorio astronómico del Tronchadero: 8,060 piés. (1)

Ampara por el Norte y el Este al valle de Arequipa, la cordillera de los Andes, y por el Sur y el Oeste defiéndenlo, aunque humildes, dilatadas cadenas de cerros. Es un inmenso circo de montañas, con diámetros de 30 millas de extensión.

Riegan el valle varios riachuelos que bajan de la cordillera, y un rio, el Chili, que viene del otro lado de los Andes.

Su distancia del océano Pacífico, por la línea férrea que lo une al puerto de Mollendo, es, desde Uchumayo, punto en que el valle termina por el Oeste, de 94 millas.—Por elevación, esta distancia disminuye en más de un tercio.

Raymondi, el ilustre sabio, hijo adoptivo del Perú, dice, hablando del valle de Arequipa:

«La gran pampa que forma la hermosa y verde campiña de Arequipa, después de las horribles convul-

---

(1) Datos comunicados por el Sr. W. H. Pickerin, Director del Observatorio Astronómico establecido en el valle de Arequipa.

siones y trastornos de su antiguo volcán, parece haber sido el fondo de un tranquilo lago, que dió orígen al inmenso depósito de alubión de orígen volcánico que cubre esta gran llanura. Actualmente se puede considerar todavía como un gran lago en que el agua está reemplazada por el terreno de alubión, y los numerosos cerritos que se hallan diseminados en este llano y sobre los que se hallan fundados los pueblos de Sachaca, Alata, Socabaya, etc., son los islotes del antiguo lago, los que en el día representan los islotes que salen á la superficie de este lago de tierra.—Las faldas de estos cerros, se continúan debajo de esta espesa capa de alubion, y reuniéndose unas con otras, forman pequeñas cadenas. que son otras tantas barreras subterráneas que impiden el libre curso del agua». (1)

Tan respetable opinión parece hallarse confirmadas por las señales evidentes de *sedimentación*, que en diversos puntos se advierten, capas de terreno tranquilamente formadas y que excluyen, por lo tanto, la intervención de una acción volcánica en ellas.—Esta acción se halla, al mismo tiempo, plenamente acusada, por los trastornos del terreno y, sobre todo, por los grandes depósitos de lava que, aunque fría y blanca hoy, recuerda, irresistiblemente, el día en que roja y ardiente salió del corazón de fuego del planeta.

El Sr. Paz Soldán dice: que la constitución geológica del terreno en Arequipa, es de *pórfiro rojo* y *pórfiro granítico* en medio de la arena. (2)

———

La acción volcánica trastornadora y violenta, y la acción del agua mansa y tranquilizadora, se revelan, también, en el aspecto lleno de contrastes de la tierra.

Hay en algunas partes ondulaciones suaves y como de regazo, y en otras hay huellas convulsas de cataclismo.—Á la vez que el repliegue en que la tierra se recoge blanda y casi femenina, se ven parajes en que las rocas se amontonan graníticas, metálicas, salvajes, petrificadas en actitudes como de lucha.........

De improviso, en un llano se levanta brusco, enorme bloque, arrojado allí por ignorado cataclismo, y en

(1) Raymondi—Análisis de las Aguas de Yura y otras.
(2) Paz Soldán, Atlas del Perú.

otra parte, en torno al pequeño monte escabroso, ondula dilatada la llanura.

II.

Dije ya lo que la ciencia sabe del valle de Arequipa, quiero, ahora, describirlo á mi manera, tal como lo ven mis ojos y mi corazón. ¿Se puede decir que con el corazón se vé?

Sea una tarde de Diciembre que es aquí el mes de las tardes tibias, de las hermosas tardes en que es dulce contemplar lo que se ama después de la larga labor del día.

Subiremos á aquella alta colina, la que se levanta hácia el Norte, cubierta de árboles y prados, y en la que brilla la cúpula del observatorio. Desde ella se descubre todo el valle.

Allá abajo, á la orilla del rio, casi en el centro de la comarca, está la ciudad, blanca, como hecha de espuma ó de lava ó de alabastro.—La bruma de la tarde comienza á cubrirla, y va palideciendo como si se sumergiera lentamente en un ensueño.

En torno suyo, asomándose, entrándose á sus calles, como curiosa de verla, brilla la campiña, verde y hermosa todo el año, pero que en esta tarde de Diciembre está más hermosa que nunca, porque los trigos maduros parecen campos de mieses de oro, y los campos de maíz lucen verde-oscuro en las cañas nuevas de anchas hojas, y las arboledas, con el buen tiempo y los anuncios de la lluvia de verano que no tardará, están de frondosas que ya se rinden á su propio peso!

Por el oriente, en lo último de la campiña, se divisa, casi al pié de la cordillera, el campanario de Characato, que es un pobre pueblecito sin más amparo ni más gloria que su hermoso templo!

Descendiendo de la colina de Characato está Sabandía, que no se vé de aquí; pero donde el corazón se promete bellos días, porque es pueblecito romántico y de hermosas vistas y clima dulce. Más acá de Sabandía se vé Paucarpata que está sobre su loma como una fortaleza.

Y á los piés de esta loma corre, sin ondulaciones casi, una vega ancha y fértil, que no se interrumpe hasta la ciudad en cuyos muros viene á morir.

Si del alto de Paucarpata resbala la mirada hácia el Sur, aparece, como una gran colmena blanca, el Campo-Santo de la Apacheta.

Apártase de allí la mirada entristecida, y rozando la campiña y el cerro de Juli y el de Bellavista viene á posarse en un grupo de casitas blancas y una arboleda que están junto al rio. Es el pueblecito de Tingo, un lindo pueblecito, fresco y alegre un nido.........

Pasando el rio, se yergue el fiero montecillo de Sachaca, todo áspero y rocalloso y en torno del cual vuelven á dilatarse los sembrados.

Y allá, entre el Oeste y el Norte, al fin de los campos, sobre una colina gris se levanta la pequeña iglesia de Pachacutec, y sobre otra colina próxima, la del «Cerro-colorado», blancas las dos, mirando las dos al valle, como si allí estuvieran para guardar sus términos.

Se vé también Yanaguara, todo quiebras y huertos; y otros muchos pueblecitos y caseríos agrupados en torno de los blancos campanarios, como bandadas de palomas en torno del nido.

Las anchas lomas de Cayma, cubiertas de árboles y prados, se levantan por el lado del poniente, á nuestra derecha, y por la izquierda, á inmensa profundidad, corre el Chili con reflejos blanquecinos y glaucos y rumor grande y prolongado.

Mientras que la mirada ha recorrido tantos hermosos sitios, en cada uno de los que el corazón ha saludado un recuerdo que lo llamaba dulcemente, la tarde ha ido cayendo.

El sol desciende con gloria soberana. Algunas nubecillas blancas vuelan presurosas hácia occidente á recoger sus últimos rayos, á verlo morir.

En torno nuestro comienzan los rumores de la tarde en el campo. Se oye la esquila melancólica y los mugidos del ganado que vuelve á los establos, levantando en los caminos nubes de polvo que el sol torna luminoso. Los arroyos alzan sus voces para contarle á la noche que, al fin, es muy triste su eterno pasar y pasar, que se parece mucho á la vida de los hombres.........

Á las últimas claridades del día acabemos de ver la comarca.

En torno de la campiña que ya se oscurece, se ven algunos llanos áridos, y después de ellos comienza la marea ascendente de las colinas pardas, grandes, poderosas olas de tierra y peñazcos, que suben uniéndose, reforzándose, amontonándose para formar el colosal asiento de la cordillera. Y sobre esta inmensa aglomeración, sobre este pedestal inmenso, hiérguense, en fin, las montañas azules, las crestas nevadas, las cimas sublimes, rozando los cielos.........En este momento, la luz moribunda, tiñe la nieve de color de rosa, y la nieve, dulcemente encendida, parece vivir y soñar en la tibia claridad rosada.

Crece el rumor del rio, pasan soplos de brisa perfumada.— La noche llega, una noche tropical, pura y serena.—La nieve de las cumbres ha vuelto á quedarse blanca y fría.—Allá, en el fondo del valle, la ciudad, pálida, se ha dormido!

Y de la hermosa comarca, idealizada por la tristeza de la luz moribunda, por la dulzura azul del cielo, por la blancura mate de la nieve, por los rumores inciertos y errantes, se desprende no sé qué expresión pensativa y melancólica, no sé qué hálito ó ensueño, algo como un sér ideal, misterioso y vago, y que será tal vez el alma romántica de la comarca, esparcida y flotante en el aire!

III.

Hay tierras muy hermosas, que bajo un cielo sin tempestades, embriagadas con el aroma de infinitas flores, se adormecen al rumor de rios de tibias aguas y de perezosa onda; tierras en que la naturaleza parece tener siempre algo de nupcial.

Otras tierras hay duras, y violentas, en que la naturaleza parece hostil al hombre, porque lo trata rudamente, porque nunca se le rinde cariñosa; porque no le dá jamás una hora tibia para algún consuelo dulce.

Nuestra tierra de Arequipa, ni es blanda y cariñosa siempre, ni siempre dura; ni por fácil para producir enerva al hombre, ni por ingrata lo desalienta ya quita la ilusión y la esperanza del fruto abundante, que es la gloria del trabajador.

Nuestra tierra, cuando la mece el temblor y la arrulla el trueno, es tierra batalladora y ardiente, y advierte

enérgicamente al hombre, que la vida es un combate: pero en cambio, en ella, hay flores y sol todos los días!

Buena, buena y hermosa tierra es la tierra de Arequipa. ¡Como la están mirando sus montañas, no puede permanecer indolente é inmóvil, porque podrían despertarla rudamente! Como hay en ella parajes de hermosura oculta y tímida, en ellos se recoje y florece y sueña y sonríe, con sonrisa contenida y misteriosa!

La poesía desborda del alma, al hablar de la tierra querida.—Y no lo sé evitar. Ni por qué había de evitarlo tampoco? ¿Para qué es hermosa una tierra, sino para que la quieran y la miren mucho sus hijos y luego les cuenten á todos de su hermosura? Para qué ha de ser buena una tierra sino para que sus hijos, al verla, digan con orgullo ¡bendita seas madre mía?

CAPITULO III.

El Cielo.

Dice el sabio profesor Sr. W. H. Pickerín, director del Observatoio Astronómico establecido en el valle de Arequipa:

«Tanto habíamos oído decir respecto de la pureza y claridad del cielo de Arequipa, que llegamos á concebir las mas halagadoras esperanzas, y éstas, felizmente, han sido superadas por la realidad, desde que fué colocado nuestro gran telescopio de 13 pulgadas.—Verdaderamente, el observador se llena de alegría y de asombro, al contemplar la limpidez de este cielo, la quietud inalterable de esta atmósfera. Los cuerpos celestes que creíamos completamente conocidos en el Norte, aquí aparecen con una luz del todo distinta, y se destacan de tan atrevida manera y con tan absoluta claridad, que su espléndido aspecto sorprende de un modo extraordinario.—Objetos que solo miden 200 metros de diámetro se distinguen perfectamente en la superficie de la luna, y de igual modo se ven las estrellas dobles.—Agrupaciones no conocidas hasta ahora han sido también descubiertas.»

Con razón, pues, alabábamos la pureza y hermosura de nuestro cielo, su profundidad y luminosa transparencia.

Todos los días está limpio y azul nuestro cielo. Hasta en la estación de las lluvias, las horas del medio dıa son siempre claras, luminosas, brillantes.

Aquí no conocemos esos largos días de invierno, oscuros y lluviosos, en los que no se vé èn el cielo un claro de azul ni para una esperanza.

Aquí no sabemos lo que son esas tristezas del cielo, densas, prolongadas, que duran un día y otro día; esas tristezas del cielo, más tristes que las de la tierra, que más que las de la tierra desconsuelan, porque parece que, al menos, el cielo debiera sonreir siempre al hombre.

Y durante el invierno, es cuando más azul está el cielo de Arequipa.—En muchos días no pasa por él ni una nubecilla blanca, siquiera para pensar que es una

ilusión que vuela rozando el cielo y con dulce propensión á desvanecerse en él.

Sobre esta región montañosa, agitada y ardiente, forma contraste de una dulzura inefable, la serenidad azul, infinita, casi ideal de esta inmensa cúpula que sostienen las cimas de diamante de las cordilleras nevadas.

Es tan pura esta claridad azul que de ella hasta podrían hacerse ensueños; pero, ay, no, que no podrían hacerse, y es lástima, porque serían muy bellos!

Cuando la mirada contempla este cielo, el alma se siente dulcemente agitada, como si tuviera no sé qué misteriosa afinidad, ó no sé qué lejano recuerdo de él, ó como si lo reconociera vagamente.

Una de las glorias de nuestra tierra, es esta luz espléndida en que se bañan las montañas, los campos, la ciudad blanca.

La luz aquí, todo lo alegra, á todo le da brillo de juventud. El batir de sus alas impalpables, es una caricia para la mirada. Su beso es beso de maga, que hasta á las piedras les da hermosura y vida.

Hasta los peñazcos ásperos, duros, casi salvajes, se dulcifican bajo la mirada de esta luz radiante. Ella, la luz, tan delicada y lijera y diáfana, parece enamorada de esos séres rudos, graníticos, erizados y bravíos. Desde que asoma por el oriente, los mira y se sonroja. Baja luego de colina en colina á posarse en ellos, y los rodea y acaricia, penetrando en todas sus grietas, envolviéndolos con su puro é impalpable aliento. Y los peñazcos, rendidos al fin, después de días y años de esta fiel caricia de la luz, sienten quizá conmoverse su frío corazón de roca, porque toman tintes dorados y melancólicos, como si respondieran así á la dulce y tibia penetración luminosa.

Con el agua, la luz, como es su espejo, se mira en ella, y al mirarse, como se vé tan hermosa, se deslumbra á sí misma, y, loca de alegría, agítase ufana y chispea y corre, y toda ella se vuelve quiebros y rayos y facetas y cabrilleo.

Á los campos, esta luz tan viva, les da un verde tan hermoso y fresco, que al momento se la reconoce en ellos.

Esos matices sólo ella sabe darlos. Los árboles y las plantas y hasta la yerba, la respiran, la beben con ánsia y allá en lo íntimo, en lo misterioso de su sér, donde la savia es tibia, junto á su corazón, allí la trasforman, y hacen de ella el alma perfumada de las flores.

Con ser tan claro nuestro valle, la luz, sin embargo, está lejos de ser en él la reverberación, deslumbrante del desierto que domina todos los colores, bañándolo todo en una vibración caliente y roja. No es nuestro valle mar de fuego, sino lago de luz. La luz en él, no quema sino que besa.........

En lo que aquí se reconoce la mirada ardiente del sol, es en los tonos dorados de ámbar de todos los objetos, tonos cálidos y dulces, que son como la huella del amor del astro de fuego.

La luz, en nuestro cielo, no tiene que luchar penosamente con nubes densas y oscuras, y ni áun brumas ni nieblas la empañan.

La bruma, cuando la hay, es aquí transparente y vaga, es menos que gaza, menos que tul. En las mañanas, suele amanecer dormida sobre la ciudad blanca, y se diría, al verla tan pura y delicada, que no es sino la suave respiración de la ciudad, que sobre ella ha condensado la noche.

Sale el sol, y entonces tórnase la bruma luminosa, y brilla y sonríe indolente. Al dulce calor de la mañana, se despereza luego y se esparce lentamente, y, agarrándose á los rayos de sol, se levanta en girones vagabundos, y se disfuma y evapora en la altura, y, al fin, se trasforma en luz. En un momento no ha quedado de la bruma matinal, ni la huella más leve en el aire. Es que el sol, enamorado de nuestra tierra, cuando en invierno, no puede darle mucho calor, por estar distante de ella, no consiente, al menos, que ni la mas lijera bruma le enturvie la visión querida; quiere mirarla y acariciarla con todos sus rayos, que son, entonces, por venir de lejos, menos ardientes, pero más dulces.

En tiempo de estío, en los días de lluvia, suele verse también una neblina blanca, que se extiende por el valle y lo cubre. Si desde alguna altura se contempla, entonces, la comarca, no se vé sino un lago de vapor luminoso, de luz difusa y blanca, rodeado por montañas azules.

Y la niebla, aérea, tímida, dormida en los brazos de los gigantes, tiene una poesía de contraste, infinita y dulce.

Las nubes, en invierno, son siempre blancas y lijeras; son nubecillas que vienen juntas, en bandadas, asidas unas de otras, como suelen cogerse las ilusiones para volar en el azul de la fantasía.

Parece que esas nubes, tan blancas y puras, gozaran cruzando este azul tan límpido, tanto es lo que se iluminan. Y debe ser, sin duda, una gloria volar tan alto, al través de este cielo tan puro, y una gloria es también, verlas volar, tocándose por los estremos de sus alas. ¡Qué dulce penetración de luz y de calor sentirán las aéreas nubecillas! ¡Qué vuelo más alto y libre el suyo!

Á veces, por el confín del horizonte, se asoma sola, una nubecita, graciosa, esbelta, blanca como una paloma. Cruza el cielo gallarda; pero, sucede que no llega al fin de su viaje radiante; porque, de tanto impregnarse de luz y rayos de sol, acaba por disiparse, por evaporarse, que es la manera de morir de las nubes. ¡Qué morir tan dulce, desvaneciéndose en el azul del cielo, en un día brillante! Muere de exeso de luz. Este morir no se vé en la tierra. Es preciso ser nubecilla blanca ó ser ilusión, para alcanzar esta gloria.

En verano, las grandes nubes vienen del lado de la costa.

Los días amanecen nublados; pero, al acercarse el medio día, el sol lanza rayos de calor tan poderosos y ardientes, que por todas partes agrieta y rompe y desgarra el espeso manto de nubes, y abre en él forados de luz, en cuyo fondo resplandece, con intensidad empírea, el azul radiante de los cielos.

Perseguidas, azotadas por los ardientes rayos de sol, las nubes huyen en desórden, desconcertadas, desmelenadas, sintiendo deshacerse sus espaldas Y repliéganse hácia la cordillera, como buscando amparo en los colosos, y unas la traspasan, y otras se encaraman en los picos, y desde ellos, oscuras y encogidas, y como irritadas, miran al valle, semejantes á inmensas grises aves de rapiña.

Otras se despliegan por las faldas de los montes en grandes hileras, en magníficas actitudes, ostentando hermosura gallarda y tranquila.

Otras, en fin, se refugian en las gargantas de las sierras, y allí esperan, recogidas y como adormitadas, gozando sin duda de la frescura de lo hondo de las quiebras. ¡Así se dispersan las nubes!

Pero pasa el sol el meridiano, y apenas comienza á descender hácia occidente, cuando ellas se agitan de nuevo y crecen, y se llaman de todos los puntos del horizonte, é invaden el cielo y lo reconquistan, más fuertes ya que los rayos del sol, oblícuos ahora, y menos poderosos y temidos, por cuanto está declinando el astro rey.

Entonces, por alguna ó algunas horas, cae la lluvia; pero, por la noche, es raro que no hayan muchos claros de cielo azul, y que por ellos no se asomen las estrellas á mirar temblorosas á la tierra.........

CAPITULO IV.

La Cordillera.

I.

Dicen que los Andes son las montañas más jóvenes de la tierra, y aún parece que la ciencia así lo demuestra. (1)

Pero aunque la ciencia no lo dijera, nuestras montañas, con el poder de sus masas, con la audacia de sus crestas, con el fuego que áun arde en sus entrañas, con el brillo fulgente de sus mantos azules, salpicados de nieve, hablan enérgicamente de juventud, de juventud no domada, ni mancillada aún por el tiempo; de una juventud de siglos, es verdad; pero eso qué importa si, pa-

---

(1), Elías de Beaumont, ha formulado la siguiente teoría, acerca de la edad de las montañas.—Partiendo del hecho de que las capas sedimentarias muy inclinadas, que se extienden sobre los flancos de las montañas, han debido necesariamente ser levantadas, en tanto que los estratos que han quedado horizontales no han sido perturbados desde su formación, el eminente geólogo ha podido asignar una edad relativa á cada sistema de montañas. En efecto, todas las cadenas que llevan sobre sus pendientes, los restos de un terreno geológico y á cuya base se encuentran capas de una edad posterior, han debido, evidentemente, surgir del suelo, durante el intérvalo más ó menos largo, que separa la formación de las dos séries de estratos.—Comparando la dirección de los sistemas de montañas de la misma edad, se comprueba que son próximamente paralelas, por la orientación de sus aristas. Así, M. Elias Beaumont, ha clasificado las diversas cadenas, siguiendo su dirección, y de esta manera, ha podido señalar muy notables coincidencias, entre las aristas de levantamientos, separados unos de otros, por millares de kilómetros.—Un hecho de los más importantes y que resulta de esta clasificación de las montañas es, que los sistemas más antiguos son, en general, menos elevados. Los Vosgos, datan de una época anterior á los Pirineos. Estos han surgido antes que los Alpes que, á su turno, son anteriores á los Andes.

ra las montañas, años son los siglos, y menos que años tal vez?

Al ver hoy, á la distancia, tan hermosas y tranquilas nuestras montañas, nadie piensa quizá en aquellos días terribles en que la tierra, la madre augusta y sublime, retorciéndose de dolor, convulsa, desgarrando su seno, daba á luz estos colosos que son hoy su orgullo.

Es preciso acercarse á ellos, contemplar de cerca sus cimientos y sus flancos, es preciso ver aquella región trastornada, atormentada, hecha pedazos, en que el peñasco y la arena y la tierra y la lava y todos los materiales del planeta se hallan revueltos como por los poderosos brazos de un gigante; es preciso ver aquel hoy mudo y frío teatro del cataclismo, para comprender lo que debió ser el levantamiento de los Andes.

Aquellos fueron los días trágicos, los días genesiacos de la tierra. La historia de esos terribles días, escrita está ahí en la montaña: solo pensar en ella pone pavor en el ánimo.

Un sabio ilustre, hablando de la Constitución de los Andes dice:

«Las capas inferiores se componen de una inmensa mole, algunos miles de piés de espesor, de porfirio, formado probablemente por corrientes submarinas de lava, alternándose con fragmentos angulares de la misma clase de roca que han sido arrojados, sin duda, de cráteres de volcanes submarinos.

«Estas masas están cubiertas en las partes centrales, por capas de piedra arenosa rojiza, conglomerado y pizarra calcárea, muchas veces asociada con depósitos prodigiosos de yeso. En estas estratificaciones superiores se encuentra, con frecuencia, conchas fósiles que pertenecen al período cretáceo de Europa.

Este es un hecho bastante bien conocido, pero no por eso deja de ser menos sorprendente que veamos restos de animales que alguna vez—quizá millones de millones de años—se hallaban al fondo del mar y ahora á 14,000 y más piés sobre el nivel del océano.» (1)

II.

Los Andes aquí, en nuestro valle, que ellos defienden por el Norte y el Oriente, forman poderoso anfi-

(1) Darwin.—Voyage round the World.

teatro de 20 leguas de extensión, en el que se hierguen cimas de 20,000 piés de altura.

Recordando esta grandiosa región de los Andes, un distinguido viajero, dice:

«En ninguna parte del mundo se hallará una vista de montañas más sublime. Cuando el sol se levanta detrás de ellas, su sublimidad es semejante á la de la de la salida del mar en el océano: llena el espíritu con una idea de inmensidad. (1)

Los Andes son gloría y amparo de nuestra tierra. ¿Qué fuera de ella, sin la soberana protección de sus montañas?

Ellas cierran el paso al hálito glacial de la puna que, si penetrara en el valle, mataría todas sus flores, tornaría en dura inclemencia nuestra dulce y risueña primavera de todo el año.

Ellas atraen el rayo con sus crestas soberbias, dando á Arequipa, sin el peligro, el espectáculo sublime de la tempestad.

Imposible describir la grandeza de una tempestad en este circo gigantezco de los Andes.

Exitada por la arrogancia y hermosura de las montañas, la tempestad estalla sobre ellas con violencia tan grande, que parece que quisiera romper sus picos, pulverizar sus crestas, humillarlas, rendirlas, derribarlas.

La oscuridad al cubrirlas, cierra el horizonte con gigantezco muro de tinieblas del que se desprende, á intérvalos, el relámpago, cual si fuere el parpadeo lívido de la tempestad.

La horrible nube negra, posándose sobre las azules y cándidas montañas, hace el efecto de una profanación inmensa y brutal y dolorosa.

Á un trueno sucede otro trueno, y las formidables detonaciones, rechazadas por las masas, desgarradas por crestas y puntas, ahogándose en barrancos y gargantas,

(1) Marckam—Travels in Peru and India.

se prolongan siguiéndose, alcanzándose, confundiéndose en salva dominadora, sublime.

Y la oscuridad se condensa y se amontona; y adivínase, en medio de ella, la lucha, el drama entre el rayo que hiere y la montaña que resiste; adivínase la sofocación de la heróica montaña bajo aquella pesadumbre horrible que se agarra, negra, á su claro manto azul.

Y mientras que pasa, allá en la altura, la tenebrosa escena, cruzada de lívidas fulguraciones, Arequipa, la blanca ciudad, reposa tranquila y confiada; sus montañas sostienen por ella la gigante lucha, dejándose herir por libertarla.

Y cuando ya la tempestad se aleja fatigada, y la nube pesada levanta sus alas negras, y vuelven á verse las montañas, ¡qué mágica decoración entonces! La horrible oscuridad, al estrechar á los colosos con su trágico y horrible amor, les ha dejado espléndido manto de nieve, que brilla, con incomparable blancura, sobre el azul humedecido por la lluvia.

Esa nieve que, á otro día, se derretirá al sol, bajará luego en brillantes hilos de agua, á formar rios que apagarán la sed de nuestros campos en los calurosos días estivales.

No puede la palabra dar una idea del brillo de la nieve en las cumbres de nuestros Andes, porque no hay palabras hechas de sol y de nieve cristalizados.

La blancura luminosa, radiante, empírea, destacándose sobre el fondo y bajo el azul turquí de los cielos, es una gloria, es una transfiguración; no es ya brillo de la tierra aquel brillo. Si parece que las montañas, estas vírgenes heróicas y sublimes, enamoradas del cielo, quisieran deslumbrarlo, herirlo de pasión y de gloria.—Pegan á él sus frentes blancas y castas, y al tocarlo, resplandecen como con ánsia ardiente, como si quisieran aspirar, beber el azul del infinito. Tiene no sé qué de la sed del ideal esta sed de cielo azul radiante, de las montañas en las altas cumbres.

Pero este brillo seco, metálico y refulgente de la nieve en nuestras montañas, es sólo en las horas del medio día. La mañana es para ellas hora más apacible.

En la mañana, debe ser muy dulce la penetración casta del rayo de sol en la nieve endurecida y yerta; debe llegarle á esta hasta el corazón la onda de calor y de luz, porque, bajo la presión cariñosa de la lluvia de brillantes rayos, se funde lentamente, y flota, entonces, en torno de las altas cimas, un vapor luminoso, que es como una atmósfera turbia y tibia, dentro del aire trasparente y raro.

Y al través de este aéreo velo misterioso, las montañas toman expresión contenida y vaga, y como de ensueño. Es como cuando se entornan los ojos para ver un poco turbio hácia afuera; pero claro, muy claro hácia adentro.

III.

Tres altísimas montañas forman el anfiteatro de los Andes que domina y ampara el valle de Arequipa. A un lado está el Chachani; al otro, el Pichupichu; en medio de ellos el Misti.—Á lo lejos, fuera del valle, se divisa también, semejante á blanco inmenso fantasma, el colosal Coropuna á 20,680 piés de altura. (1)

El Chachani—5,605 metros(2)—más que una sola montaña es un muro de montañas que, sin duda, se unieron para escalar á los cielos, separándose, bruscamente, en atrevidas crestas rivales, cuando á los cielos llegaron.

¡Qué bien se reconoce en esta montaña, á la hija convulsionada del cataclismo! Su estructura, aparentemente inarmónica, es en realidad, profundamente armoniosa, con una armonía sublime, en la que, cada pico, cada cresta, cada arista, es una nota que resuena y brilla, atrevida y aguda, sobre la ancha masa colosal.

Sus cimas en desórden, sus lomos gigantezcos, sus grietas hondas, los precipicios que cortan sus flancos, su actitud audáz de lucha, todo en ella revela el levantamiento, la explosión, el cataclismo.

Las cumbres dentelladas y fieras de esta montaña, no tocan, no besan los cielos, sino que lo rompen, lo agugerean, lo desgarran. Y la violencia, la inquietud petrificada de esas crestas despedazadas y heridas, forma

(1) W. H. Pickerin.
(2) Curson.

contraste inefable con la serenidad infinita de los cielos. Allí, allí en esa brusca aproximación, se vé lo que es la tierra y lo que es cielo!.........

El Pichupichu—18,630 piés (1)—despliega al oriente del valle sus elegantes picos, en alineación casi correcta. Es una montaña prolongada, elegante, de ondulaciones rápidas, de crestas delgadas, y finas. —No tiene alardes de arrogancia; más bien parece sonreir, lo cual será porque está al oriente, del lado de la esperanza, del lado de la mañana. Tal vez la aurora, de tanto que por tras ella asoma y por ella baja al valle, la habrá contajiado de juventud y alegría. Es fortuna hallarse en el camino de la aurora! No le faltaría, sin embargo, majestad al Pichupichu, si estuviera solo; pero el Misti está ahí, y junto á el nadie se atreve á levantar la frente.

IV.

El *Misti.* (1)

El bello y poderoso volcán, no parece montaña de explosión. Nada se vé en él, desde el valle, que revele la reventazón que rompe y destroza y deforma. Su estructura es inmensamente armónica. Sus curvas son ámplias, regulares, severas. Sólo su frente rota recuerda el cataclismo.

Se hiergue con arrogancia suprema, con magestad augusta, soberana, segura de su fuerza.

Es dominador, es *uno*, está solo......El Pichupichu y el Chachani, no lo acompañan, lo contemplan á respetuosa distancia. Él es el rey de la tierra en veinte, en cuarenta leguas á la redonda.

Es un poderoso cono de cincuenta kilómetros de base, y que sube, de un solo soberano impulso, hasta abrir

(1) W. H. Pickerin.

(2) Las alturas que se han dado al Misti, varían mucho. El Sr. Paz-Soldan, en el Atlas del Perù, le da hasta 6,600 metros; pero esta cifra parece exagerada. En otro lugar publicamos una relación de las diferentes alturas dadas á este volcán.

y pegar contra el cielo, su enorme boca resquebrajada, agrietada, seca y sedienta, por la que arroja, á intervalos, asfixiándose, su terrible aliento. Esta boca profunda y trágica; este abismo sordo y turbio, parece querer tragarse el cielo; pero el cielo, desencadenando la tempestad sobre el coloso le recuerda que es un vencido. Sí, él es el titán de la vieja leyenda mitológica, estremecido aún y que todavía jadea, de la gigantezca lucha por conquistar el cielo.

Pero para sentir la respiración densa y cálida del formidable monte, es necesario pisar sobre él, asomarse á su cráter. Desde el valle parece tan profundamente tranquilo, ostenta serenidad tan inmensa, que es imposible adivinar el infierno que ruge en sus entrañas.

Y sabiendo cuál es el tremendo poder del volcán; sabiendo que en su seno se agita la ardiente sofocación interior del planeta, ¿cómo no vivimos dominados de profundo terror?

¡Temer al Misti! Eso nó, jamás. Admirarlo, sí, y, sobre todo, amarlo, amarlo mucho. ¡Es tan hermoso, y tan bueno para nuestra tierra!

Es la gloria de nuestro valle y su defensa. Tiene para nosotros algo de paternal. Nos parece imposible que el coloso haya de querer destruir á la blanca ciudad que, como paloma que busca amparo, se ha refugiado en sus faldas. Sin duda que debe amarla, viendo cómo tan tranquila se duerme junto á él. Tanto abandono y confianza tráenlo rendido, y se contiene y se reprime y vence por la ilusión de la hermosa ciudad que, si por la belleza hace con él contraste, por el corazón ardiente y heróico, se le parece mucho, es toda una hija suya!

Por lo demás, si el Misti áun ruge con la terrible vida volcánica, los hombres de ciencia que lo han estudiado, piensan que, probablemente, no hará ya erupción alguna. Apoyan esta opinión, los hechos siguientes: que el Misti se halla á gran distancia del mar; que, inmediato á él está el Ubinas, en constante actividad, siendo, por lo tanto, como la inmensa válvula de toda esta región de la cordillera; y, finalmente, que, apesar de los grandes terremotos que han sacudido la comarca, hace, por lo menos, cuatrocientos años, que el Misti duerme, aunque, á veces, su sueño sea desasosegado.

¡Qué hermoso libro podría escribirse sobre el volcán! Él es, por sí solo, un mundo. En él están las fuerzas todas y todos los elementos en acción.

Imagínese lo que será aquella vida interior, terriblemente intranquila y ardiente, oprimida por la pesadumbre inmensa de la mole colosal, que reprime sus violentos impulsos al aire y á la luz, que no la deja exhalarse, estallar, volar.

Se necesita que un artista de fantasía poderosa, de fantasía virgen, se entre por las gargantas y pendientes y despeñaderos del volcán, para que se traiga un mundo de formas nuevas para el arte.

Porque, si á la distancia, por su poderosa unidad, el Misti, es, simplemente, sublime; el hombre que se aventura en sus soledades, encuentra la más grande, extraña y salvaje variedad de formas.

Todos los más oscuros y ásperos materiales del planeta, han sido rudamente amontonados allí, para edificar la montaña, por la crispada mano colosal de los cataclismos.

¡Debería estudiarse, por el arte y por la ciencia, á este terrible hijo de la tierra, que, desgarrando el seno de su madre, se ha erguido hasta coronarse de nieve entre las nubes!

Tengo para mí que Arequipa vive en profunda y misteriosa comunicación con su volcán. Él es un gigantezco hogar encendido, que derrama suave calor en las capas geológicas del valle, haciendo vibrar las moléculas de la tierra, desarrollando en ellas energías que se comunican, sin duda, á todo lo que sobre esta tierra vive y alienta. ¿De dónde, si nó de esta interior misteriosa comunicación, le ha de venir el brillo radiante, el sentimiento ardiente, la imaginación fecunda, á todo lo de Arequipa?

¡Qué magestuosa se levanta la soberbia montaña, sobre su ancha falda orlada de verdes campos y tan ámplia y suavemente ondulada, que parece un inmenso regazo!

En día sereno, desde el gris claro de su base hasta el azul refulgente de su cima, hay una magnífica gradación de luz. El color pardo, de la falda, oscureciéndose.

acaba por fundirse, insensiblemente, en el violeta, y éste, en el azul. Es una transformación lenta, sin interrupción, sin que se pueda decir donde acaba un color y donde principia el otro.

La tierra, al llegar á las alturas, pierde su seco color árido. y se enciende, se ilumina. Para esto se asciende á lo alto, para conquistar hermosura y soberanía.

El gigante, cuyas entrañas devora terrible hoguera, debe tener ensueños de hielo.

Y á veces su sueño se realiza, porque después de fría noche oscura, suele amanecer cubierto de nieve todo él, de la falda á la cima. Este es su manto real; parece, entonces, hecho de diamante. El coloso, blanco, resplandeciente, es, en verdad, una gloria de la tierra.

Pero el sol no tarda mucho en derretir el soberbio manto blanco, que, convertido en vaporosa niebla, sube al cielo, como si sólo hubiera sido un fantástico ropaje de ensueño que la noche le ha dado al coloso para calmar el incendio de sus entrañas!

Las nubes, esas aladas hijas del aire, se detienen en él antes de seguir su viaje á través del espacio, y unas veces coronan su frente, como blanco penacho que al viento se extiende, y figuran otras inmensa columna de humo que saliera del cráter inflamado, y otras, en fin, se tienden á sus faldas, como fatigadas del largo vuelo como que suelen venir desde el mar.

Yo he llamado al Misti el Sinaí peruano, á cuyas faldas, entre truenos y relámpagos, se han dictado leyes de libertad y de justicia, y lo he llamado así, por la heroica vida que el pueblo de Arequipa ha llevado á sus plantas.

Aquí se forjó, en acero y bronce, durante cuarenta años, la historia patria.—De esto se habla en un libro que comencé á escribir ha largo tiempo, y que será complemento de éste. Ese libro se llama—«La ciudad revolucionaria». Es la historia de Arequipa.

La tradición revuela, con sus alas de poesía, en torno del coloso, como adormeciéndolo.

Y canta la tradición, con su voz lejana, venida del fondo de los tiempos, con entonación lenta y vaga, canta y dice:

«Los antiguos habitantes de la comarca, hijos predilectos del sol, quejáronse á su padre de los terribles estragos que les causaba el monstruo de entrañas de fuego, cuando se le antojaba hacer una erupción».

«Era terrible, era espantoso verlo asomar, rojo é hirviente, por la enorme boca negra, y derramarse, rugiendo, por los flancos del monte estremecido, y avanzar en ola de fuego sobre el valle».

«El sol, padre de la vida, irritado por tanta maldad, ahogó en su antro al genio de la devastación, y cubrió la cúspide de la montaña, con una capa de nieve más resistente que el granito, á fin de que el monstruo no encontrara respiradero, si por acaso, algún poderoso dios maléfico lo resucitara.»

Y otra tradición, más lejana, más vaga, más misteriosa, incoherente y poética, dice: que allá, en los principios de la era cristiana, en aquella edad de heroismo y sacrificio, vino uno de los apóstoles por estas tierras de América; que el hombre de Dios iba predicando el Evangelio, de uno en otro pueblo, y que, al llegar al valle de Arequipa, habiendo encontrado al Misti en formidable erupción, arrojó hácia él su sandalia, y el terrible coloso se calmó entonces de súbito.

Conozco que he estado vagabundo y caprichoso al hablar del Misti; pero es mi vieja costumbre, tratándose de lo que me es querido y es hermoso. Ahora, para que la soberbia montaña sea bien conocida, copio dos buenos trabajos, debidos, el primero, al distinguido naturalista Sr. Juan L. de Romaña, y el otro al conocido escritor Sr. F. Javier Delgado. En estos trabajos se hallan escritas la historia y la constitución y la condición de nuestro volcán, en cuanto hasta hoy ha podido conocerse.

MEMORANDUM

DE LA TERCERA EXPEDICIÓN AL MISTI HECHA POR EL SR. JUAN L. DE ROMAÑA.

Hace muchos días que el Misti venía siendo el objetivo de nuestra vehemente curiosidad, exitada más bien que templada por las contrariedades experimentadas en las dos anteriores expediciones.

No debíamos hablar más de la parte del itinerario conocido ya por las narraciones anteriores, porque las repeticiones se hacen cansadas é insulsas; más la circunstancia de haberle modificado en esta vez, con el propósito de compartir en jornadas más proporcionadas la parte escabrosa y más difícil de este camino, haciéndola más soportable á las naturalezas propensas al *soroche*, á la vez que se lograba también la inapreciable ventaja de permanecer más tiempo sobre el cráter, nos ha inclinado á consignarla, una vez más, por si acaso fuera de utilidad á los expedicionarios que vengan después, que serán seguramente muchos, atendida la importancia del objeto que, es natural, exite vivamente los deseos de contemplarle. Concertado en este sentido nuestro programa de viaje y aprovechando de la bondad del tiempo, nos pusimos en marcha el 22 del pasado, á las 5 de la mañana, siguiendo á buen paso, el camino que conduce al Tambo de Leon, donde nos detuvimos el tiempo necesario para almorzar. Satisfecha esta imperiosa necesidad para el que vá de viaje, volvimos á montar á caballo y en vez de continuar la marcha por el camino real que habíamos traido cortamos á la izquierda siguiendo un sendero que conduce directamente al elevado camino del *Botadero*, y en cuyo punto se halla un pequeño Tambo llamado *Bellavista*, residencia habitual del indio Quispe, el mismo que, como ya dijimos, encontramos el otro día en el cráter en compañía de su mujer, extrayendo azufre para su comercio: le hallamos allí y le contratamos para que viniera á nuestro servicio en esta expedición. En el trascurso del viaje contónos que solo dos veces había subido al volcán, empeñándose su mujer, en acompañarle la segunda por solo curiosidad; que la ascensión la había practicado en dos días; y que

la cantidad de azufre que llegó á extraer de la boca exterior ó cráter apagado, en cada viaje, se redujo á 50 libras, que vendía á razón de 8 pesos quintal en esta ciudad.

En el mencionado punto de *Bellavista* debían dividirse los expedicionarios en dos grupos: el primero compuesto de los señores Dr. Marina, Peña, Ugarte y el inteligente fotógrafo Villalba, que debía subir por el camino antes practicado; y el segundo, de los Sres. Ugarteche, Romaña y el indio Quispe, que lo harían por ese lado del Tambo, mucho más al Norte del otro; proponiéndose de esta manera explorar esta otra parte del volcán, aunque á la vista presentase mayores dificultades para la subida.

Era la una de la tarde cuando nos separamos. El primer grupo siguió el camino del *Botadero* en dirección al *Alto de los huesos*, elevada planicie denominada gráficamente así, por las monumentales pirámides de huesos que, emblanquecidos por el sol y las lluvias, se ostentan en los puntos más elevados de ella, y están formadas con los esqueletos de las pobres bestias que sucumben á la fatiga, al *soroche* y al mal trato de algunas personas que las conducen en tan penosos caminos.

«Un cuarto de hora después, dicen los de este grupo, llegamos á dicho alto de los huesos y flanqueando la montaña hácia el lado del Sur tocamos con el punto que determina la linea de ascensión del camino ya practicado. A las 2 40 p. m. principiamos lentamente esta, por no permitir otra cosa las condiciones del terreno, hasta las 4 10 en que haciéndose inaccesible á los caballos, los abandonamos para continuarla á pié, dejando á nuestra espalda aquella roca hospitalaria que en los viajes anteriores nos dió algún abrigo y un sitio menos incómodo donde recostarnos; y seguimos así hasta las 7 p. m. en que obscureció y era forzoso detenernos; y al costado de una roca que allí había, tratamos de arreglar lo mejor posible nuestras lijeras camas y el terreno donde debíamos recostarnos. Estábamos á la altura de 14,000 piés, y el termómetro señalaba 2 grados bajo cero, dándonos idea de la mala noche que se nos esperaba.»

«Así fué: el frio aumentó de intensidad, y con los escasos recursos de que disponíamos para combatirle, no nos permitió conciliar el sueño ni un instante, contribuyendo grandemente esta circunstancia á que la fatiga y el *soroche* se hicieran mayores al siguiente día.»

«A las 3 de la mañana nos pusimos en pié, y haciendo uso de toda nuestra energía, comenzamos la ascención de esta última y más penosa jornada; y venciendo las dificultades de inclinación, médanos de arena y peñolerías de que está sembrado este camino, llegamos á una roca, 20 varas antes de la cima, donde nos detuvimos á contemplar unos respiraderos que en nuestra expedición anterior nos impidió descubrir la nevada y tempestad: son pequeños, en número de 13 y están en actividad. Pocos momentos después llegamos al cráter, á las 12 del día, dejando un poco atrás á nuestro intrépido fotógrafo quien, merced á la fuerza de su poderosa voluntad pudo continuar, desde las 5 a. m. en que se puso malo, marchando, y llegar al cráter donde, no obstante el malestar que le ocasionaba el *soroche*, se puso á trabajar sin descanso alguno. Encontramos en él á los Sres. Romaña y Ugarteche que desde las 4 de la mañana se hallaban allí esperándonos.»

La relación de nuestro viaje por aquel otro lado, hasta ahora desconocido, es la siguiente:

Tomando el camino que acostumbra el indio Quispe en sus expediciones al cráter, y guiados por él, comenzamos nuestra ascensión á caballo durante media hora, en que por su aspereza é inclinación, los caballos rehusaron ir más lejos; la continuamos á pié hasta traspasar las últimas estribaciones que hay de ese lado. Estas están revestidas de una rala y pobre vegetación, paja de puna, que en botánica se designa con el nombre de *Stipa Ichu*, y medio enterrada por las arenas que el fuerte viento de esas regiones mueve y arrastra en distintos sentidos. Observamos también otra clase de vegetal que no le hay en el otro lado, el *capo* y la *tola*, llamado *Baccharis Incarum;* y es de creerse que en las otras fases del cono donde se notan fuertes quiebras, este vegetal tome mayor robustéz y corpulencia.

Veíase desde luego que este camino, en sus condiciones naturales, era muchísimo más escabroso y difícil que el otro ya practicado; y particularmente desde la altura de 13,000 piés, en que la pendiente crece y la arena aumenta, haciendo la marcha del expedicionario penosísima y en algunos puntos casi imposible.

Á las 2 30 p. m. llegamos á una peñolería compuesta de basalto y traquita, materias volcánicas que traspasamos en 25 minutos, para volver de nuevo á la senda de la implacable arena que, mientras más se ascien-

de. se hace, como hemos dicho, más pesada á causa también de aumentar la rarefacción del aire y con ella la fatiga y el *soroche*. Dos horas después tocamos con otra peñolería muy caracterizada por su composición de diferentes lavas de un color rojizo muy subido, debido al óxido de hierro.

Desde este punto la temperatura comenzó á bajar considerablemente, prometiéndonos una noche fría por demás.

Sin cambio ninguno en el terreno, continuamos hasta llegar á otras grandes y elevadas rocas de la misma naturaleza, y muy notables por las enormes cortaduras que en ellas se admira y que no pueden ser efecto de otra causa que de la electricidad, por ser allí las tempestades muy frecuentes, y la forma y elevación de esos riscos á propósito para atraer el rayo, único capaz de herir de esa manera.

Proseguimos en esa alternativa de rocas y arenales hasta el ocaso del sol, en que, fatigados por tan penosa marcha de 6 horas seguidas, nos detuvimos á descansar un momento, y contemplar, á la vez, el bellísimo panorama que en aquella hora y desde esa elevación, se ofrecía á nuestra vista. Grandes masas de blancas nubes cerraban completamente la cordillera del Pichu-Pichu, dejando descubiertas sus crestas que el sol, ya en su ocaso, iluminada con ese color indefinible que, al hundirse en el océano, despiden sus últimos rayos; mientras que la superficie de esas nubes que cubrían un grande espacio y se extendían hasta nuestros piés, se hallaba teñida de un vivo color rojo que, cambiando paulatinamente de matiz, siguió debilitando sus tintas en todas sus gradaciones, hasta que la noche con su inoportuna aparición borró y desvaneció tan admirable espectáculo.

Caminamos un poco más todavía, mientras no obscurecía completamente, y eligiendo un sitio en donde recostarnos á descansar hasta la salida de la luna, dispusimos ordenadamente nuestro breve equipaje, en una posición poco menos que vertical por la pendiente del terreno, y nos recostamos lo mejor posible. Era ya tiempo de detenernos, porque nos hallábamos cansados, y más que esto, heridos de ese mal estar indefinible que produce el *soroche*, abatiendo física y moralmente al que lo padece. Á más de esto, uno de nosotros sufrió un ataque de hemorragia por las narices, accidente natural en las grandes elevaciones, ocasionado, evidentemente,

por el enrarecimiento del aire. Roto el equilibrio entre su propia tensión y el aire exterior, la sangre tiende á escapar por la epidermis, produciendo estas hemorragias que pueden, según el temperamento del individuo, ofrecer algún cuidado, si no se tiene á la mano el medio de combatirla. El sulfato de alúmina (*alumbre*) en solución concentrada es eficaz en estos casos; y debería llevarse en estas expediciones una pequeña dósis para librarse de los accidentes de esta naturaleza.

Durante esas horas de reposo, distinguimos en un horizonte muy lejano, hácia el Sur, el cruzamiento de frecuentes relámpagos, como si se verificase alguna tempestad al otro lado de la cordillera, aunque por la distancia no sentíamos sus descargas.

Con algún intervalo, entre uno y otro, sentimos clara y distintamente, dos ruidos subterráneos muy marcados y bastante largos. Ofrecióse también á nuestra vista la caída de un meteoro ó estrella fugaz, muy notable por la bellísima luz azulada que derramó en su larga linea de descenso.

Apareció en fin la luna, y como la intensidad del frío y la incomodidad del lugar, no nos permitieron dormir, ni siquiera ,mantener el cuerpo en posición cómoda determinamos, no obstante el malestar que experimentábamos, continuar la ascención hasta el fin.

Eran las 11 de la noche cuando de nuevo partimos. La luna en su menguante, y un tanto velada por las nubes, bañaba á intérvalos la montaña con la pálida luz de sus oblicuos rayos, iluminando la parte saliente, y elevada de las ondulaciones del terreno, dejando en sombra sus depresiones. Esta perspectiva de luz y sombra sin gradaciones, dábanle en aquellas horas un aspecto imponente, casi pavoroso que predisponía el espíritu á la melancolía.

Esta parte del camino que nos quedaba por hacer, era la más difícil, porque el terreno aumentaba de inclinación y altas, y escarpadas rocas interceptaban nuestro paso; con frecuencia era preciso escalarlas con detrimento de nuestras manos que salían heridas por los filos de ellas, ó por los derrumbes de sus disgregaciones que, al apoyarnos en ellas para trepar, rodaban estrepitosamente con peligro de rompernos un brazo ó una pierna. Así, en esta alternativa, y venciendo pacientemente esas dificultades marchamos hasta las 3 a. m. en que con la mayor sorpresa nos detuvimos á contemplar unas

humaredas que á nuestro frente, y á distancia como de dos cuadras se levantaban del suelo. La aparición inesperada de este fenómeno, que así le llamaremos, debía de pronto preocuparnos, por la circuustancia de hallarnos todavía muy léjos del cráter, á 500 piés lo menos. Aceleramos el paso, cuanto lo permitía la aspereza del camino, y llegando al punto apetecido, poco después, nos encontramos con un banco de altas rocas, de 15 á 20 metros de largo y acentadas en dirección vertical, que es la índole de estas aglomeraciones volcánicas, saliendo, de su centro y costados, las humaredas que, desde lejos, y alumbradas por la luna, habíamos distinguido. Producíanlas unos agujeros redondos, abiertos en la peña, como de 5 pulgadas de diámetro los mayores, y en direcciones distintas; contamos hasta el número de once, y todos ellos en completa actividad, despidiendo un vapor blanquisco y fétido. Esta peña se interponía en nuestro camino, y nos cerraba el paso absolutamente, pues nos habría sido imposible pasar por en medio de esos fuegos ó vapores asfixiantes, aparte del peligro de encontrarse con algún sumidero en ignición. Nos inclinamos hácia el Sur, para flanquearle, y continuar por ese otro lado la ascención de los 500 piés que, poco más ó menos, calculábamos nos faltaban para llegar a la cima. Á poco espacio que subimos, desde el sitio de los respiraderos ó chimeneas, distinguimos, á unos 200 piés de distancia, la columna ó masa de humo que tranquilamente salía del cráter, por estar la mañana sin viento, y aún cuando por algnn accidente del terreno no la hubiéramos visto, el fuerte olor del azufre y demás materiales en combustión nos habría revelado su proximidad ó presencia, y redoblando nuestros esfuerzos, y energía logramos á poco rato poner el pié en la elevadísima cima ó cráter del Misti, por la tercera vez.

Eran las 4 a. m. El frio era de grandísima intensidad; seco y agudo, nos hería la cara haciéndonos sentir, particularmente en los ojos, un fuerte dolor. La perspectiva que teníamos en rededor era tristísima, en esa hora en que la luna, próxima al horizonte, iluminaba oblícuamente el lado occidental de los montes, dejando en obscuridad los lados opuestos, formando de este modo, á la altura en que nos hallábamos, una perspectiva tan extraordinaria como imposible de describir. Nos dirijimos hácia el lado donde se descubría el otro camino, con la intención de incorporarnos á los otros compañeros, si hubiesen

llegado, ó esprerarlos en esa parte en que, precisamente, debían tocar. No habiendo sucedido así, y no pudiendo hacer á esa hora ninguna observación, sino era la de contemplar la columna de vapor, que ya dijimos se elevaba del cráter, buscamos, acosados por el frío y desfallecidos por el cansancio, un terreno que nos ofreciera alguna comodidad y abrigo donde descansar esperando la salida del sol.

Apareció, en fin, magestuosamente, por detrás de la cordillera, iluminando el cráter de perfil; el frio aumentó de intensidad considerablemente, marcando el termómetro 12° bajo cero (Farhenheit), y se observó que nuestro café en esencia se había congelado, apesar de las precauciones tomadas. Creyendo que, á causa de la elevación, hubiese alguna alteración en la temperatura normal de la sangre, la tomamos *sub lingua*, por medio de un termómetro clínico, y pudimos cerciorarnos de que no había ningún cambio, pues no subió ni bajó de los 98 $\frac{2}{5}$ Fahr. La circulación de la sangre, por el contrario, se hizo más acelerada, contándose 104 pulsaciones por minuto, cuando la normal, como es sabido, es de 70 á 80 en los individuos fuertes y sanos.

La cumbre ó cima de este volcán, es una plataforma, más ó menos circular, y tiene de diámetro, en su parte más amplia, 2,994 piés ó sean 998 varas.

Circúndala, en sus dos terceras partes, una cadena de peñolería muy elevada é inaccesible, particularmente en el lado norte, que corre por la ceja ó borde de ella; el resto está compuesto de arena en forma de médanos.

Esta plataforma está ocupada, casi en su totalidad, por el cráter, propiamente dicho, y por otra boca exterior que, en forma de callejón ó quebrada, se halla interpuesta entre el labio ó muro de este y la ceja ó borde de la misma plataforma.

La segunda boca corre en forma de arco, al rededor del cráter, abrazando la circunferencia de este, en sus dos terceras partes, y sus dos extremidades cortan el borde ó ceja de la plataforma. El corte ó salida de una de ellas es poco sensible, mientras que el de la otra forma una anchísima y profunda depresión en el terreno; y es la que, á manera de quebrada, se percibe, á la simple vista, desde esta ciudad y de puntos aun mucho más lejanos.

El cráter tiene de diámetro 1845 piés ó 615 varas, y como 700 varas de profundidad. Esta última, es á cál-

culo, porque los rodados de arena, formando un cono inverso, no permiten fácilmente su medida, sin emplear otros medios especiales de que carecíamos en esos momentos. El ancho de la segunda boca ó callejón, es de 186 varas; su profundidad varía entre 15 á 25: cubren su suelo lavas, escoria y piedras que van desprendiéndose de las peñas que, hemos dicho, forman su lado exterior.

Examinando la estructura de sus paredes, se observa que sus diferentes capas ó estratos se hallan mezcladas y torcidas por la poderosa acción de las fuerzas volcánicas. Abunda en esta boca el sulfato de cal, que se halla de varias especies, haciéndose notar particularmente el Selenita y Alabastro, en estado puro algunos trozos, y descoloridos por el fierro y manganeso otros. Es probable que esta sustancia se haya formado por la acción de los vapores del ácido sulfúrico sobre las piedras calcáreas, en erupciones muy remotas. El azufre se halla en alguna cantidad y es de un hermoso color amarillo, con reflejos lijeramente verdosos y muy cristalizado.

Al lado Oeste y sobre el terreno que separa ambas bocas, es decir, la del cráter y la del callejón hay una planicie del ancho de 80 varas y de suelo arenoso. En esta planicie se vé, con extrañeza, el delineamiento de una habitación hecha con piedra pequeña y como si se empezaran á formar sus paredes de ese material: tiene como diez varas, y junto á él hay otras dos más pequeñas á sus extremidades.

Difícil sería comprender el objeto de tal delineamiento, en semejante punto. Por solo entretenimiento no es creible se tomasen tal trabajo, particularmente no hallándose la piedra muy á la mano en este lugar.

En los puntos que la arena no cubre las paredes interiores del cráter, se vé que estas están formadas de una especie de roca, que ha tomado el color amarillento en algunos puntos y medio verdoso en otros, debido evidentemente á la acción de los vapores sulfurosos.

La clasificación geológica de esta formación, particularmente para los que tienen tan pobres conocimientos en la materia como nosotros, sería obra de algunos días; pues estando sus capas exteriores metamorfoseadas por la calcinación y la acción química y la de los tiempos, menester sería verificar algunos cortes, en dis-

tintos puntos, que permitieran examinar la naturaleza de sus diversos componentes.

El suelo, en general, está cubierto de una especie de lava amarillenta, y masas de azufre cristalizado ocupan otros puntos.

Los respiraderos internos que comunican con el foco y expiden el vapor, son once aberturas, situadas hácia el Sur, y contiguas á las paredes en esa dirección.

Sobre el labio ó borde del cráter se encuentran, también, respiraderos ó chimeneas de pequeñas dimensiones: contamos trece en un lado, situados en línea recta; y deseando tomar la temperatura de uno de ellos, introdujimos un poco el térmometro con intención de retirarle antes que la expansión del mercurio destruyese el tubo; pero fué tan instantánea que no dió lugar á esperarlo, estallando éste en mil pedazos.

Nos entretuvimos, en seguida, en hacer algunos sencillos experimentos para confirmar nuestra opinión respecto al ácido de que está saturado el vapor. Sometimos, en primer lugar, el papel azul de ensayo, que enrojeciendo al momento, nos demostró, en efecto, la presencia de alguna materia ácida contenida en dicho vapor, como lo esperábamos.

Humedecida una hoja de papel blanco con acetato de plomo, y sometida también al vapor, se volvió negra, á causa del precipitado de sulfuro de plomo. Otra hoja igual, humedecida con arseniato de potasa, se puso amarilla por causa de la conversión en sulfuro de arsénico. Estos experimentos nos revelaron, pues, la presencia del ácido sulfhídrico ó hidrógeno sulfurado. Para conocer el ácido sulfuroso no se necesita sino el olfato. Estos dos ácidos se hallan en todos los volcanes en actividad.

No nos cabe la menor duda de que este es el estado en que se halla nuestro hermoso Misti; pero esta actividad no debe ser de fecha reciente, aunque no sería extraño que el terremoto del 68 la hubiera aumentado algún tanto, y la habrá tenido quien sabe desde que época. La tradición, por lo menos de dos generaciones antes de la nuestra, ha dicho siempre que el volcán arrojaba humo de tiempo en tiempo, sin que haya faltado quienes asegurasen haber visto llamas en la noche, en diferentes ocasiones, hace muchos años. No sabemos qué grado de fé merezca esta última aserción.

La certeza, adquirida hoy, de que está en actividad parece ha impresionado á muchas personas, del pue-

blo, infundiéndoles cierto temor; cuando por el contrario, sería de desear que esta aumentase, lo que pudiera, disminuyendo así tal vez el número de los temblores que experimentamos y las probabilidades de nuevas erupciones.

En principio; los volcanes son más bien útiles que perniciosos, y por eso se les ha llamado válvulas de seguridad de las comarcas de sus respectivas comprensiones.

De los 270 que existen en el globo en actividad, 190 se hallan en la costa é islas del Pacífico; y se ha observado que estos son los que con más frecuencia hacen erupciones, ocasionadas por la conversión violenta en vapor de las masas de agua que repentinamente penetran en el centro de fusión.

Nuestro volcán tiene, pues, para nosotros la ventaja de hallarse retirado de la costa y de consiguiente menos expuesto á erupciones producidas por tal causa.

Por otra parte, es uno de los más elevados; y se ha observado también que las erupciones en estos son muy raras, mientras que en los bajos son muy frecuen. tes, como el Vesubio y el Stromboli.

Que el Misti ha tenido dos períodos de erupción, muy lejano el uno del otro, parece, según nuestra humilde opinión, estar escrito en la configuración geológica de su cráter.

El primero, que tendría lugar en los más remotos tiempos, abrió su cráter que era de mayores dimensiones que el actual, como se vé por la parte que de él ha quedado, y es esa segunda boca á manera de callejón que exteriormente la circunda en sus dos terceras partes, cortando sus dos estremidades la planicie que, por ese lado debió de ser más vasta entonces.

Apagado por muchos siglos y enterrada una parte de él, llegó el segundo cuya erupción menos violenta abrió en el centro del antiguo, el que hoy existe. Creemos que todos los que lo examinen, con un poco de cuidado, participarán de nuestra opinión, porque solo con ella, hemos podido explicarnos la extraña configuración de esta memorable plataforma que, entusiastas y en satisfacción de un vehemente deseo, hemos contemplado, admirados y gozosos por el espacio de muchas horas.

Fácil es comprender que, siendo escasos é incompletos los datos, trabajosamente adquiridos en estas ob-

servaciones, y más escasos y menguados los pobres conocimientos de quien los ha verificado, no permiten hacer afirmaciones que serían, sin duda, muy aventuradas y solo se prestan á simples conjeturas. Esperamos que personas competentes, provistas de los elementos necesarios, muy difíciles de conducir á semejante lugar, harán por amor á la ciencia y en beneficio de los arequipeños, una seria y detenida exploración, capaz de dar alguna luz sobre materia tan importante como poco conocida.

	Piés.
Altura del Volcán al borde del cráter......	18,550
Circunferencia del verdadero cráter.........	5,541
Diámetro del mismo..............................	1,845
Profundidad...	600
Ancho del callejón.................................	564
Diámetro de toda la planicie.....................	2,994

Arequipa, Febrero 4 de 1878.

El Misti.

APUNTES PARA LA HISTORIA,

POR

F. Javier Delgado.

La viva curiosidad de que siempre ha sido objeto este soberbio y colosal volcán, en cuyas faldas se recuesta la histórica ciudad de Arequipa, de gloriosas tradiciones, sobre el espléndido lecho de flores y de verdura que le forma su hermosa y poética campiña, nos mueve á trazar estos mal perjeñados renglones, en los que hemos reunido cuantos datos relativos á él han llegado á nuestras manos, de la antigüedad y del presente. No pretendemos presentar una obra completa, ya por los datos históricos, ya por los científicos; escasos de aquellos é incompetentes para apreciar éstos, nos limitamos á reproducir y armonizar los que tenemos, y que por nosotros mismos hemos podido adquirir de muchos de nuestros amigos que han tenido la fortuna de hollar la cima de la grandiosa montaña.

Ojalá que este imperfecto trabajo sirva de estímulo para otros que frezcan interés á la ciencia y á la historia.

I.

Se halla situado el Misti al N. E. de Arequipa, á la distancia de diez millas, por elevación, según el sabio Dr. D. Mateo Paz-Soldán, en su obra «Geografía del del Perú», ó á cuatro leguas, como generalmente se estima, en una de las ramas occidentales de la gran cordillera de los Andes, presentando, en la linea que siguen las montañas de la misma cadena, la posición de N. O. S. E., aproximadamente; y tiene la forma de un cono perfecto, ámplio en su base y truncado oblícuamente en su vértice, en el que se vén dos picos, de los cuales es

el más elevado el del lado N. O. La altura del volcán es de 18,550 piés, sobre el nivel del mar; y damos preferencia á esta medida sobre otras que diversas personas le asignan á aquél, porque ha sido comprobada varias veces, por el hábil naturalista don Juan L. de Romaña, en sus expediciones al Misti, con un precioso *aneroide* que posee, de una precisión admirable.

«Preséntase el Misti, dice el Sr. Paz-Soldán en su citada obra, cubierto de un hermoso manto azul, como un soberano acompañado de dos moles gigantezcas como él, cual si fueran sus ministros, uno á la derecha (N. E.) el *Chachani*, y otro á la izquierda, el *Pichupichu*, ambos retirados de él como á 20,000 varas, como si temieran faltar el respeto á su soberano.»

Estas tres montañas forman una inmensa curva, á la cabecera de la ciudad, y abarcan casi la tercera parte de su horizonte, uniéndose á ellas las demás cadenas de cerros y colinas, que lo cierran, á la manera de un ejército que rodea el sagrado recinto de su reina, y formando, desde el Misti, un anchuroso y pintorezco valle.

La cima del Misti se ve cubierta de nieve la mayor parte del año. Dijérase que es cual la venerable cabeza de un gigante secular; y á menudo la oculta entre tre las nubes, como si entablase secreta conferencia con cielo, sobre los destinos del pueblo que vive á sus plantas. Cuando nieva y después se despeja la atmósfera, aparece cubierto el Misti de un rejio manto blanco hasta sus faldas, formándole las nubes espléndida corona.

Siempre se ha tenido como empresa poco menos que imposible la ascención al volcán por su elevadísima altura, los rigores del clima y los inconvenientes del terreno; pero las relaciones que se consignan en las crónicas antiguas, confirmadas por las personas que en nuestros días han subido hasta el cráter, y á quienes en él hemos visto con el auxilio de poderosos anteojos, y cuyas banderas y señales hemos podido contemplar á la simple vista, han resuelto el problema, no sin acreditar que la empresa es atrevida.

Dos son los caminos que han seguido las expediciones al Misti, en los siglos anteriores y en el presente: el uno el de *Chiguata*, pueblo situado á cuatro leguas al E. de Arequipa, tomando como punto de partida de la ascención el *Alto de los Huesos;* y el otro, por el lado opuesto, siguiendo la quebrada de *Chilina*.

No seguiremos á los expedicionarios con la pluma, porque sería tarea larga, la de describir el aspecto y dificultades del terreno; pero resumiendo lo que aparece de las relaciones que tenemos á la vista, podemos afirmar que todas concuerdan en los puntos más importantes. En ellas se habla de la inmensa fatiga que causa la ascención, ya por la rápida pendiente y lo deleznable del terreno en unos puntos, y por las rocas y peñolerías inaccesibles que á menudo cortan el paso en otros; ya por el enrarecimiento del aire, á medida que la altura aumenta, haciéndose difícil la respiración, experimentándose el terrible *soroche*, y habiendo llegado el caso de producirse, homorragias de sangre, y otros accidéntes, ya por el intenso frío que embarga los miembros del cuerpo, y por los fuertes vientos que corren en esos elevados lugares; necesitándose una poderosa fuerza de voluntad para resistir á tantos peligros. Se manifiesta el desencanto que se sufre, cuando al cabo de penosos esfuerzos hechos para alcanzar una eminencia, que se cree sea el cráter, solo se ha conseguido pisar uno de los colosales peldaños de la gran escala de la montaña, desde el cual se divisa otra cima que debe vencerse, y de esta otra superior, produciéndose el desaliento ó una viva ansiedad por llegar al término de la jornada. Se pinta con entusiastas frases los mil variados panoramas que presenta el grandioso espectáculo de la naturaleza á la salida ú ocaso del sol, y, en palabras de terror, la impresión que causan la tempestad de la atmósfera y los ruidos y temblores de la que se agita en las terribles entrañas del coloso, y el siniestro aspecto de las grietas y respiraderos que en gran número existen en el cuerpo de éste y en su cráter, de los que salen vapores sulfurosos.

El tiempo que se emplea en subir el Misti, puede estimarse, por término medio, en doce horas, y el descenso puede hacerse en solo dos, por el lado opuesto á Arequipa, pues existe un inmenso rodadero de arena desde la cima hasta el pié del volcán, por el que no hay mas que deslizarse con suma facilidad.

Pero quedémonos en la cima y veamos el objeto de nuestros deseos tal como lo describen, de entera conformidad, los que han tenido la fortuna de contemplarle de cerca.

Dos son los cráteres del Misti, de los que el primero, cuyos labios son visibles, comprende al segundo, que es el actual y que está como inscrito en aquel, coin-

cidiendo ambos en una línea curva que forma, próximamente las dos terceras partes del segundo cráter, por el S. E., ó sea del lado del pueblo de Chiguata. En el punto N. E. los separa una quebrada ó callejón, formado por dos curvas excéntricas, en figura de media luna, cuya entrada es poco sensible por el lado opuesto á Arequipa, y cuya salida es visible de la ciudad, pues se nota al medio de los dos picos de la cima, descendiendo desde allí una honda quebrada hasta las faldas del volcán.

Las paredes del primer gran cráter, que forman el callejon, son en el interior de éste, de inmensas rocas calcinadas, que presentan un aspecto aterrante, y que parecen cortadas á pique. Las que forman los labios ó circunferencia del segundo cráter, son de arena y tienen exteriormente la figura de los médanos de nuestras pampas; y por el interior tiene el cráter la forma de un cono invertido, formado de arenas rodadas y de rocas blanquecinas, amarillas y verdes, estimándose su profundidad en 600 piés ingleses. En el fondo se observa una superficie que se conoce sea lava azufrosa solidificada, en que existen muchos conos y respiraderos, de los que sale un humo cargado de ácido sulfuroso, formándose una gruesa columna que se eleva magestuosa hasta los labios del cráter, donde la esparce el viento.

En el callejón comprendido entre los dos cráteres, dice el Sr. Romaña, á quien hemos citado y á menudo nos referiremos, abunda el sulfato de cal, que se halla de varias especies, haciéndose notar especialmente el selenita y el alabastro, en estado puro algunos trozos, y descolorido en otros por el fierro y manganeso......El azufre se halla en alguna cantidad y es de un hermoso color amarillo con reflejos lijeramente verdosos, y muy cristalizado. Algunos indios lo extraen del cráter del volcán, y se ha vendido en Arequipa.

El frío que en el volcán se experimenta, es intenso, como puede suponerse. El Sr. Romaña dice que en el cráter, en una de sus expediciones, marcaba el termómetro de Fahrenheit 12 grados bajo cero, á la salida del sol, el 23 de Enero de 1878, esto es, 24 ½ centígrados. Dice también, que, en el mismo lugar, la temperatura de la sangre tomada *sub lingua*, por medio de un termómetro clínico, no había cambiado, pues no subió ni bajó de los 98 $\frac{2}{5}$ grados Fahrenheit; y que la circulación de la sangre se había hecho más acelerada, contándose 104 pulsaciones por minuto.

El Sr. Dr. D. José Moscoso Melgar, que subió con Mr. Falb y otros en el año de 1878, hasta el cráter del Misti, permaneció dos días en ese lugar con aquel astrónomo, y nos ha referido, que se hallaban poseídos de un profundo malestar, que embargaba casi totalmente sus facultades, y envueltos por las nubes, recobrándose solo cuando se despejaba la atmósfera: que no tenían apetencia ninguna, y que el agua parecía insípida y el alimento estopa, pudiendo pasarlo solo con algunos tragos de café.

Desde la cima del Misti se ve el mar, los valles de Tambo y Vitor y la quebrada del Chili sumamente angostos; la ciudad sin detalles y en una extensión muy reducida; Tingo y Sachaca como puntos blancos, y la campiña toda ella. ¡Qué grandioso espectáculo debe ser el que desde allí se contemple en la naturaleza!

El Sr. Romaña hizo varios experimentos del humo de los respiraderos del volcán, y dice:—«Sometimos en primer lugar el papel azul de ensayo, que, enrojecido al momento, nos demostró en efecto la presencia de alguna materia ácida contenida en dicho vapor, como lo esperábamos.» — «Humedecida una hoja de papel blanco con acetato de plomo, y sometida también al vapor, se volvió negro á causa del precipitado sulfuro de plomo. Otra hoja igual humedecida con arsenito de potasa, se puso amarilla por causa de la conversión en sulfurato de arsénico. Estos experimentos nos revelaron, pues, la presencia del hidrógeno sulfurado ó ácido sulfhídrico. Para conocer el ácido sulfuroso, no se necesita sino el olfato. Estos dos ácidos se hallan en todos los volcanes en actividad.»

Respecto al grado de calor de los respiraderos, dice, que en uno del cráter introdujo el termómetro con intención de retirarlo antes que la expansión del mercurio destruyese el tubo; pero que fué tan instantánea que no dió lugar á separarlo, estallando en mil pedazos.

Hay una particularidad digna de notarse en el cráter del Misti. En la obra del P. Travada, titulada «El suelo de Arequipa convertida en cielo», se cita un manuscrito del R. P. Fr. Alvaro Melendez, domínico, natural de Jerez de la Frontera, y que fué párroco de Chiguata, en el que se habla de una expedición al Misti, el 1°. de Mayo de 1677, por el mismo P. Melendez y otros, y dice que, en el callejón situado entre los cráteres—«hallaron vestigios de una casilla de piedras, y algunos palos

de leña, y estos puden ser los restos de sacrificios que hacían allí los indios en tiempo de la gentilidad, que refiere el Padre Acosta se hallaron en este volcán, que también en el tiempo en que este sujeto estuvo en el Reyno, que fué muchos años antes, habría curiosos que escalaron esta eminencia, con la tradición de haber escondido los indios en su cumbre algunos tesoros.»

Pues bien, después de doscientos años, el Sr. Romaña confirma este aserto, diciendo:—«En esta planicie (la del callejón mencionado), se ve con extrañeza el delineamiento de una habitación hecha con piedra pequeña y como si se empezara á formar sus paredes de ese material, tiene como diez varas, y juntos á él hay otros dos más pequeños, á sus extremidades.»—«Difícil sería comprender el objeto de tal delineamiento en semejante punto. Por solo entretenimiento no es creible se tomasen tal trabajo, particularmente no hallándose la piedra muy á la mano en este lugar.»

¿Qué misterio se encierra, pues, en ese edificio? ¿Qué divinidad tenía sus aras en ese lugar vedado á los hombres? ó ¿qué tesoros se ocultan allí?

Varios de los espedicionarios al Misti, en el año de 1878, nos han afirmado que vieron en el cráter, moscones, cochinillas. y aun un pajarito que vino á posarse en el volcan, en momento en que se sacaba una vista fotográfica de esos lugares.

En la punta N. O. de la cima del volcan, hacia la parte exterior existe una gran cruz de fierro. De ella tenemos los siguientes datos. En una relación del matemático D. Francisco Velez y otros que con él subieron al Misti, el año de 1787, y cuya cópia auténtica se conserva en el archivo municipal dice:—«Desde la hora en que se presentaron en la cima comenzaron á hacer señas con mantas que enarbolaban los indios alternativamente, y el resto de ellos se ocuparon en levantar una cruz de fierro que se halló caída, que había mandado subir el Ilustrísimo Obispo de esta diócesis, Fray Miguel Pamplona, en 22 de Julio del año pasado de 1784, la cual se clavó nuevamente afianzándola con piedras para su mayor subsistencia, y para que los crecidos vientos no la volteasen. Tiene de altura dicha cruz tres varas y de brazos una y media, con el peso poco mas ó menos de cuarenta libras, es bien labrada y en forma de bandera del mismo fierro representa bajo de dichos brazos el escudo carmelitano.»

En la relación hecha por el Sr. Juan Sprungli, de su ascención al volcán, el 15 de Agosto de 1872, dice: —«A las dos de la tarde llegamos á la piedra mencionada, que tendrá 8 pies de altura, y á las 3 nos ocupábamos de enderezar la cruz, que estaba un poco inclinada. Esta medirá unos seis pies fuera de tierra y pesará dos arrobas, tiene su frente hácia Arequipa." El Sr. Coronel José María Ugarteche, volvió á levantar la cruz, en su expedición de 14 de Mayo de 1876, hecha con motivo del desgraciado fin que tuvieron los expedicionarios Sr. Ryder y Rothwel, y trajo un número 8 de la cruz, que nos obsequió, hecho de platina de fierro de una línea de espesor, y que mide 18 centímetros de largo por 10 de ancho.

La cruz no puede verse de Arequipa sino con poderosos anteojos; pero esto solo cuando ha estado parada, pues en otras circunstancias en vano se la ha buscado con telescopio. Debe ser que los fuertes vientos ó las tempestades, tan frecuentes en ese lugar, la derriban.

Muchos de los expedicionarios que han subido al volcán por el lado de Chiguata, tampoco han visto la cruz; pero esto se explica perfectamente, porque esa ruta conduce al interior del gran cráter y la cruz se halla al lado opuesto á Chiguata; de manera que para verla es necesario subir por el de Chilina; porque rodear la cima es empresa llena de dificultades, como lo acredita la desgraciada expedición de los ingleses á que nos hemos referido, quienes subiendo por el lado de Chilina, mandaron sus bestias á Chiguata y llegando hasta la cruz, en que pusieron una bandera y dejaron sus tarjetas, halladas por el Sr. Ugarteche, quisieron dar la vuelta al volcán, y cayeron precipitados en las quebradas que forman los inmensos pliegues de su masa.

La descripción que hemos hecho de los cráteres, no es solo teórica y atenida al relato de determinadas personas, sino que se fundan también en el testimonio de nuestra vista, sin embargo de no haber tenido la fortuna de subir al Misti. Nos explicaremos.

De tres de las expediciones que visitaron el volcán, el año de 1878, formó parte el intrépido y excelente fotógrafo don Ricardo Villalba, y tomó varias vistas de los dos cráteres y otros puntos, las cuales exhibió en un gran panorama, al que concurrieron millares de personas á contemplar la terrible hermosura de esos sinies-

tros lugares. Es muy sensible, que el Sr. Villalba no quisiese proporcionar á nadie la colección de esas vistas, á ningún precio, ni por amistad, llevándose á Europa consigo los *clichés*. Esperamos, no obstante, que algún día reparará esa falta en obsequio á la posteridad.

El mismo Sr. nos obsequió una piedra ó lava del volcán, tomada en su expedición de 5 de Febrero de 1878, del primer cráter, y tiene el aspecto de una esponja cónica, no siendo otra cosa que una gran burbuja de alabastro incrustada de arena, del diámetro de 15 centímetros de base por 9 de altura.

II.

¿Pero el Misti es un volcán en actividad?

Este punto es materia de encontradas opiniones, afirmando personas competentes que lo es, otras que está apagado y alguien que es un *solfataro*. Sea lo que fuere, que harto incompetentes somos para opinar en esta materia, pero lo cierto es que el volcán arroja humo, y que los habitantes de Arequipa han tenido y tienen siempre graves temores de la reventazón del coloso, que originaría un cataclismo en medio Perú, por lo menos. Que ha reventado dos veces lo acredita la estructura de sus cráteres.

En la obra del P. Travada, que hemos citado en otro lugar, dice, al referirse al manuscrito del P. Melendez: que el 28 de Marzo de 1677 se notó en Arequipa una densa nube de humo que coronaba toda la cumbre del volcán, que fué reconocida por la expedición que mandaron los Cabildos Eclesiástico y Real, de común acuerdo, la cual confirmó que era humo de azufre, y vió en el cráter muchas aberturas de donde salía, divisando por dos de ellas, las mayores, *unas como llamas de fuego*. En otro lugar refiere, que: «Otra expedición de los licenciados don Pedro Portugal y don Sebastian Hernani, curas de Andahuas y Cabaña, que vieron lo mismo, conjuraron aquel seno, echaron reliquias de santos, y fijaron una cruz muy grande en su mayor altura, y dijeron misa á medio volcán en la plazoleta.» ¿Será esta la cruz que existe, y que en la relación de don Francisco Velez, que hemos citado, se afirma que fué mandada colocar por el Iltmo. Sr. Obispo Fr. Miguel Gonzalez, conocido con el nombre de Pamplona? No sabremos decirlo.

En nuestros días se ha visto también salir gruesas columnas de humo del volcán, en diversas épocas, y especialmente en Noviembre de 1874, produciéndose gran de alarma en la ciudad. Existe una vista fotográfica del Misti, tomada por el Sr. Ricardo Villalba, ese año, en la que se vé la columna de humo en forma de un gran penacho que se eleva á mucha altura; y nos consta la autenticidad de este hecho.

Respecto á la reventazón del volcán tenemos los siguientes datos. En un manuscrito de los Jesuitas, titulado: "Historia de la fundación del Colegio de los PP. Expatriados de Arequipa", en que se habla de la reventazón del volcán de Quinistaquillas, ocurrida en 1602; manuscrito cuya copia, mandada sacar por el ilustrado párroco de Cayma, Dr. Zamácola, hemos visto, dice: «Es fama que este volcán, en tiempos pasados vomitó fuego y tierra por medio, y que vino á dar en agua.»

En la obra titulada «Milicia y descripción de las Indias» por el capitán don Bernardo de Vargas Machuca, caballero castellano, natural de la villa de Simancas, dirijido al Licenciado Paulo de Laguna, presidente del Concejo Real de Indias, — Madrid 1599, — al hablar de los volcanes de la cordillera de los Andes, dice: Otro está en Ariquipa, que reventó una vez con tan grande temblor que derribó gran parte del pueblo, y arrojó de sí mucha agua, y como pasase por el pueblo, represaba en las casas caídas, con que hizo mucho daño, y echó á perder gran cantidad de vinos, que se cogen allí muchos.»

En la «Crónica de la Órden Fraciscana de la Provincia de Charcas», escrita por Fr. Diego de Mendoza, impresa en Madrid en 1655, de la que se cópia un capítulo en los «Documentos literarios del Perú», se dice que la reventazón del Misti, antes del descubrimiento del reino por los españoles, asoló todos los valles del contorno.

Dejemos á los aficionados á las tradiciones y á la Historia el averiguar lo que haya de cierto, conformándonos con saber que el volcán reventó, y deseando que no repita esa broma.

III.

Respecto á la altura, dimensiones de los cráteres y otros puntos del Misti, hay alguna divergencia, y no ha-

haremos más apuntar los datos que peseemos, manifestando que nos inclinamos á dar mayor crédito á los del Sr. Romaña.

En el manuscrito de los Jesuitas, que hemos citado, se dá 15 leguas de circunferencia á las faldas del Misti, tocando á media legua de la ciudad, y al primer gran cráter medio cuarto de legua de travesía

En la relaoión de don Francisco Velez, también citado, se dá la circunferencia de tres leguas al primer cráter, de una y cuarta al segundo, y de doce á la base del volcán.

El Sr. Juan Sprungli, que subió al Misti en Agosto de 1872, calculaba el diámetro del primer cráter, en 12 á 16 cuadras.

El Sr. Dr. Mateo Paz-Soldán, cuyos cálculos, dice, coinciden con los del sabio Pentland, dá al Mistila altura de 20.300 piés sobre el nivel del mar.

El sabio naturalista Sr. Tadeo Haenke, consigna las siguientes medidas, que fueron publicadas en «La Bolsa» el año de 1878, por el ilustrado y respetable Sr. Dr. Mariano A. Cateriano, tomando nosotros solo su cálculo en piés castellanos:

Elevación del Misti sobre el nivel de Arequipa	13.767	piés.
Id. id. sobre el nivel del mar	22.246	"
Diámetro mayor del volcán	1.958	"
Id menor ó trasversal	1.049	"
Profundidad del primer gran cráter desde 140 á	350	"
Diámetro mayor del segundo cráter ó actual	550	"
Id. menor del mismo, 174 á	209	"
Circunferencia de la base, tocando al punto de Arequipa	17	leguas.
Circunferencia de la cima	5	"

Las medidas tomadas por el señor Romaña son éstas:

Altura del Misti, al borde del cráter y sobre el nivel del mar	18.550	piès	ingleses.
Altura de Arequipa, sobre id. id.	7.642	"	"
Altura del Misti sobre Arequipa	10.912	"	"

Circunferencia del segundo ó actual cráter	5.541 piès ingleses.
Diámetro del mismo	1.845 " "
Profundidad del mismo cráter	600 " "
Ancho del callejón entre los dos cráteres	564 " "
Profundidad del mismo, de 15 á	25 " "
Diámetro de la planicie ó cumbre del volcán, ó primer gran cráter	2.994 " "

IV.

Para terminar consignaremos aquí todas las expediciones al Misti, de que tenemos noticia.

En el manuscrito de los Jesuitas, de que hemos hablado, se hace la descripción del cráter de tal modo que acredita fué ya conocido en ese tiempo.

El manuscrito del P. Melendez, que cita el P. Travada, se habla de las siguientes expediciones, con motivo de la gran humareda del volcán:—de cuatro arrestados, que mandó el Correjidor don Juan Meza y Ayala, y que no pudieron llegar más que hasta la mitad del Misti:-del P. Melendez con Juan Solís y dos hijos suyos, ambos Sebastianes, Domingo de Rojas y su hijo Mateo y cuatro indios más; todos los que subieron el 1°. de Mayo de 1677:—de don Fernando Bravo Beamud, cura del Sagrario, en compañía de un Padre recoleto y otras personas de distinción:—de los Licenciados don Pedro Portugal y don Sebastian Hernani, curas de Andahuas y Cabaña;—y de una segunda expedición del cura Beamud con diez ó doce caballeros distinguidos.

En la relación de don Francisco Velez, se habla de la expedición del Iltmo. Sr. Obispo Fr. Miguel Gonzalez, llamado Pamplona, en 22 de Julio de 1784; no habiendo llegado aquel al cráter, pues los de su comitiva fueron los que colocaron la cruz en la cima.

De la misma relación se deduce que el Gobernador Intendente de Arequipa, mandó la expedición compuesdel matemático don Francisco Velez, Secretario de la Intendencia, Teniente Coronel don Francisco Suero, Alférez don Manuel Clos, del Regimiento Soria, Don Laureano José Maldonado, Oficial de la Secretaría, Alcalde de Naturales don Domingo Vasquez y varios indios; to-

dos los cuales subieron el 3 de Diciembre de 1787, hasta la cima, con excepción de Clos, y se hicieron visibles por medio de fogatas y fuegos artificiales, el día 4 á las 7 de la noche.

El año de 1795 subió al Misti el sabio naturalista de Cárlos IV, Sr. Tadeo Haenke, y nos dejó las medidas de aquel, que hemos apuntado; aunque el Sr. Paz-Soldan lo pone en duda.

El mismo Sr. Paz-Soldán nos habla. en su «Geografía del Perú» de las siguientes expediciones.—del roromano Sr. Francisco Valdéz de Velazco, el doctor Suero y otros:—de Haenke:—de Pendland;—y de Weddell con el médico Blockenham, afirmando de la primera que no llegó á subir, y dudando de que las demás lo verificasen.

Estas se realizaron en la primera mitad del presente siglo, de la cual época sabemos también de las que hicieron un Sr. Canónigo Masías, y mucho después el Sr. Eugenio L. de Romaña con unos señores Barrionuevo y Journer, quienes gozaron del raro espectáculo de una tempestad desde una altura superior á las nubes que la formaban.

En 1864 ó 65 intentó subir el Sr. Felix A. Renaut, que tuvo que regresarse de muy cerca del cráter.

El Sr. Juan Sprungli subió en 16 de Agosto de 1872, con los señores Pedro Bottger y A. van Ronselen, no habiendo llegado á la cima sino los dos primeros, que hallaron al pié de la cruz una botella con la tarjeta de un Sr. Roberto Mansham, que habíaascendido el miércoles 17 de Junio de 1863.

El año de 1878, hubo entusiasmo por escalar el Misti y se organizaron varias expediciones iniciadas por la siguiente.

De los señores Juan L. de Romaña, Manuel S. Ugarte, Juan Manuel Peña y Costas y Francisco Brunet, de los que el último no llegó á subir al volcán; el 22 de Diciembre de 1877.

De los señores Juan L. de Romaña, José María Ugarteche, Manuel S. Ugarte, Dr. Manuel T. Marina, Cárlos Möller y Ricardo Villalba, el 7 de Enero de 1878.

De los señores Juan L. de Romaña, José María Ugarteche, Ricardo Villalba, Manuel S. Ugarte, Dr. Manuel T. Marina y Juan Manuel Peña y Costas. Con ellos también subieron el soldado Ascención Gutierrez, asistente de Ugarteche, y los guías Ventura Quispe, José Cer-

vantes Velis y Manuel Cervantes Velis; el 22 de Enero del mismo año 78.

De los señores presbíteros Dr. D. Manuel Aníbal Palma, José María Barrios, Daniel Huaco y José Benigno Lozada; el 31 de Enero del mismo año.

De los señores Ricardo Villalba, José Bellatín y Juan M. C. Delgado, el 5 de Febrero.

El 15 de Febrero, del propio año salió de Arequipa una gran expedición, con el Sr. Rodolfo Falb, célebre astrónomo alemán, á cuya disposición se puso una parte de la Guardia Civil; pues las autoridades prestaron toda clase de facilidades. De las treinta personas más ó menos, que, fuera de la tropa, acompañaron á Mr. Falb, tenemos noticia, por los periódicos y por datos particulares, que llegaron á ver el crátor del volcán las siguientes, declarando que salva mos cualquiera omisión, pues no depende de nuestro conocimiento:—Rodolfo Falb, doctor José Moscoso Melgar, doctor Fernando G. Alvizuri, Guillermo Harmsen, Gustavo Ferrier, Augusto Ferrier, Belisario Cornejo, Zacarías Rodriguez, José S. Rodriguez, Miguel Zapata, Santiago Mostajo, N. Luque y José Madueño, operario de la imprenta de «La Bolsa». De la Guardia Civil, solo ocho individuos.

Mr. Falb permaneció tres días en el callejón de los dos cráteres del volcán, acompañado dos de aquellos solo del Dr. Moscoso Melgar. Sus observaciones en ese lugar, parece que se dedicaron á averiguar las corrientes atmosféricas, la temperatura, grado de humedad del aire, y á otras relativas á sus teorías geológicas y astronómicas, según lo dijo la prensa, pues Mr. Falb guardó, respecto al volcán, la más absoluta reserva, quedándose con sus escritos ineditos para darlos á conocer en en la obra que, dijo, iba á publicar en Europa, sobre su viaje á América. Solo de naturalezas tan robustas como las de Mr. Falb, y de nuestro amigo el Dr. Moscoso Melgar, se puede referir á aquello, que podría ser tomado por fábula si no lo hubiéramos visto.

El 11 de Mayo, salió de Arequipa la expedición de los señores Estevan Ryder, Wiliam Rothwell y C. W. L. Bulpett, de la que los dos primeros tuvieron el fin más desastroso, según hemos dicho en otro lugar, salvando solo el tercero. Subieron hasta la cruz, por el lado de *Chilina*, y queriendo descender por el lado de *Chiguata*, cayeron aquellos, despeñados, muriendo en las quebradas del volcán. Inquietos los ánimos por la tardan-

danza del regreso de los expedicionarios, se mandó en busca de ellos hasta tres comisiones de caballeros distinguidos, auxiliados de fuerza pública, siéndonos inseguros los nombres de las personas que formaron las dos primeras, pero muy cierto que el resultado de ellas fué ineficáz. La tercera comisión, según los periódicos, fué compuesta de los señores José MaríaUgarteche, Manuel Ugarte, uno de los señores Ferrier, y otros señores Braillard, Watson, Gibson y Feria, la cual salió de la ciudad el 16 de Mayo. De esta pudimos ver con un buen anteojo, que subían al volcán, por el lado de *Chilina*, dos personas; y la prensa dió cuenta después, que el Sr. Ugarteche subió hasta la cima, con el guía José Cervantes, á quien mandó desde ese lugar con el aviso de no hallarse en el cráter los expedicionarios, vivos ni muertos. Reconocidas después las quebradas de las faldas del volcán por el lado opuesto á Arequipa, y próximas al rio, se hallaron los cadáveres de Ryder y de Rothwel, respectivamente el 19 y el 24 de Mayo, y fueron enterrados en el panteón de Yanaguara.

Con estas desgraciadas y tristes expediciones terminaron las del año de 1878; y no se han repetido en estos diez últimos años, hasta la fecha.

El entusiasmo en esa época por conocer el cráter del Misti, por una parte, y el desastroso fin de la expedición de Ryder y sus compañeros, por otra, fueron sin duda los motivos por los que el Gobierno expidió un decreto, con fecha 24 de Mayo de 1878, para que el Prefecto de Arequipa mandase practicar los estudios de un camino de herradura hasta la cima del Misti, á fin de evitar nuevas desgracias; proyecto que no se realizó y que apreciaran como gusten nuestros lectores. (1)

---

(1) Escrito lo anterior el año de 1888, y debiendo insertarse este artículo en la obra titulada «Arequipa», escrita por el Sr. Dr. Jorge Polar, que se publicará en el presente año, debemos agregar á las expediciones apuntadas, la que realizaron el 23 de Noviembre de 1889 los señores Augusto Gilardi, Leopoldo Lucioni, Samuel Cossini, Miguel Campodónico, Ricardo Botto, Pablo M. Parodi, José Ferro, Eloy de la Rosa, Lértola, Manuel Vargas, Juan Faustino, Victor Morales y Flabio Zevallos, con los guías y ayudantes José Cervantes Velis, Tiburcio Corrales, Hipólito Mamani, Mariano Gonzalez y Fermín Paredes.

Salieron de esta ciudad el día citado á las 11 a. m. y pernoctando en el Tambo de «El Alto de los huesos», comenzaron la as-

V.

Hemos abusado bastante de la benevolencia de los lectores, pero el interés que siempre inspira un objeto como el que nos hemos propuesto, hará perdonable la larga extensión de nuestros apuntes, en los que de propósito hemos procurado acallar nuestro entusiasmo y no dar alas á la imaginación, sino relatar llana y sencillamente lo que sabemos del rey de los volcanes, de los tiempos antiguos y presentes.

Busquen los poetas armonías entre el Misti y el pueblo que vive á sus plantas, ya por el fuego que arde en su corazón; ya por los estragos de sus iras; ya por lo colosal de su talla y por la magestuosa é imponente severidad de su vida secular; ya por la altura desde la cual parece vigilar toda la República, como *centinela avanzado* de su existencia; ya, en fin, por sus más estrechas relaciones con el cielo: — nosotros nos limitamos, después de todo lo dicho, á hacer votos porque jamás despierte de su sueño el coloso, y no se realice el pensamiento de la oportuna cita que trae en su obra el Sr. Paz-Soldán:

"Quisiste despertar; y bostezaste
Cuando hombres, pueblos, montes te tragaste"

F. Javier Delgado.

Arequipa—1888.

---

cención á las 5 a. m. del día 24, coronando el cráter á las 4 p. m., solo los señores Gilardi, Campodónico, Botto y Zevallos. que fueron vistos con anteojos desde esta ciudad. Allí hicieron fogonazos, desplegaron banderas, y sacaron una vista fotográfica, en la que se ve á los cuatro señores mencionados. El descenso lo comenzaron á las 5 h. 10 m. p. m., tardando en él solo 42 minutos y estuvieron de regreso en Arequipa, á las 11 h. 30 m. p. m.

De los demás expedicionarios los que llegaron á mayor altura en el volcán fueron los señores Vargas, la Rosa, Lucioni, Cosini y Parodi.

CAPITULO IV.

El río.

I.

Nace el Chili, nuestro río principal, al Oriente de los Andes, en las alturas de Patí. En su curso de Este á Oeste, se le reune el Sumbay, y con este refuerzo adelántase hacia la cordillera, para penetrar, por entre el Misti y el Chachani, al valle de Arequipa.

¿Cuánto habrá tenido que luchar el pequeño río, para abrirse, al través de la poderosa cadena de montañas, el hondo cauce, que debía conducirlo al hermoso y tibio valle, con el que soñaba, sin duda, allá en la estéril y helada puna?

¡Tenía que atravesar la inmensa falda de la cordillera, 6 ú 8 millas, tal vez, de muro volcánico hecho de los más ásperos materiales!

Ha lamido rocas con sus ágiles y lijeras ondas; desgarrando su espalda, ha corrido sobre duro lecho granítico, erizado de puntas; ha pasado, en fin, por montes y laderas, llamando con su gran voz á todos los arroyos del camino para que vinieran á juntársele y traérselos luego aquí, al valle de sus esperanzas.

Si á veces los conglomerados le han dejado pasar tranquilo algunos momentos, pronto, alguna quiebra del terreno, le ha hecho precipitarse desplomado, y caer hecho girones, golpeándose rudamente.

Á veces, formidable peñón le cierra el paso, y entonces, después de lanzarse atrevidamente sobre él y de luchar en vano por vencerlo, tiene que doblegarse, y dar vuelta, humillado, ante el formidable obstáculo.

Otras veces, en cambio, cuando rocas amontonadas lo detienen, las ataca por su base, cava el suelo bajo de ellas, hasta que consigue derribarlas, y pasar orgulloso y vencedor, sobre sus restos caídos.

Pero ya los buenos días se acercan, ya se divisa el valle á lo lejos. Es cierto que todavía los tiempos son duros, que la lucha no ha terminado aún, que el pequeño y animoso río corre todavía á profundidad inmensa, oscuro y oprimido, entre las inmensas estribaciones occidentales de la cordillera; pero ya la esperanza crece, pero ya la expansión, la libertad, se acercan. Y el río se impacienta y se agita, con el ansia de llegar á la comarca soñada de tierra grasa, en la que sus aguas se sumergirán lenta y dulcemente y con delicia de hundirse, para, luego, después de misteriosa incubación, volver á brillar á la luz, en los tallos y en las hojas, y en las flores que la tierra humedecida ha de producir.

Imposible no amar al pequeño río, que, al través de montes y breñas, viene á buscar á nuestra tierra, para reposar en sus brazos manso y feliz.

Ha llegado, en fin, al valle. Ved como brilla y se alegra y se derrama voluptuoso sobre su lecho de arena y guijarros. — Ya el agua no es verde y profunda como en las estrechuras; ahora es blanca, con reflejos azulados ó color de pizarra. Ahora se desliza lentamente, para saborear la voluptuosidad de extenderse sobre tierra blanda, para poder mirar al paso á todas las plantas de la orilla, y salpicarlas de brillantes gotas y contarles, con rumores, todo lo que ha luchado y ha sufrido, allá, en la lejana puna; para contarles su frío y sus tristezas, sus rudos choques y combates al pasar la cordillera, sus ensueños de tierra tibia y llana, la ilusión de esta hermosa comarca que lo atraía irresistiblemente.

Desde unas dos leguas antes de pasar junto á la ciudad de Arequipa, ya el Chili tiene campos en qué dilatarse. Anchas acequias derivabas de su curso, se apartan de él, y corren presurosas á llevar por todas partes la vida y la abundancia. Y él se deja arrebatar su caudal, va empequeñeciéndose; pero siempre contento de hacer el bien.

Al pasar bajo los puentes de Arequipa, tiene todavía rumores para saludar y arrullar á la reina del valle. Luego se aleja, recibe en su seno algunos riachuelos y, de nuevo, crecido sale del valle, no sin torcer á cada paso su curso, como para ver una vez más la es-

pléndida vega y despedirse de ella. Ya cruza el valle de Vitor el claro río, ya se acerca al mar, donde ha de perderse, al fin; pero sus aguas, hasta el momento de morir, guardarán vagos reflejos de los campos de Arequipa, de la hermosa ciudad tanto tiempo soñada y tan pronto perdida!

II.

Sobre los detalles del curso del Chili, he hallado, en un antiguo libro, (1), unas hermosas páginas, escritas en el clásico lenguaje de nuestros abuelos; y tan hermosas son estas páginas, y tan pronunciado tienen el noble sabor del tiempo viejo, que no puedo resistir á la tentación de copiarlas.

Hélas aquí;

«Las corrientes del Chili tienen en el invierno bastante caudal, más en el verano no son muy copiosas; y aunque han pretendido aumentarlas, y hecho algunos viajes para agregarle las aguas de una laguna que hay cerca de su cauce, han vuelto desengañados por estar el río en más altura. Corriendo algún trecho se arrima al volcán á quien le voxa todo el espacio que mira al Septentrión y como que le templa sus ardores, y desembocando en Chilina, quien le dió el nombre, desdeña allí las angostas estrechuras en cuya opresión atesoró avaro su caudal, y dandc principio á la amplificación de su espaciosa y agradable vega, comienza pródigo á derramar sus aguas en muchas acequias que permite que le sangren. Desde allí empieza á comunicar á la ciudad cuatro principales acequias, la de Miraflores, la que llaman de San Francisco, la de las monjas, y la que llaman la primera, sin otras que se consumen en las gransas de la misma vega. Estas cuatro acequias, después de darle á la ciudad el fácil abasto para la sed, le dán también el necesario refrigerio y humedad á la sequedad de su terreno, paseándose con armonioso ruido descubiertas y divididas en pequeños cristales en todas sus calles y sus huertas, de donde restituyéndose de unas á otras la agua que le roban, prosiguen, sin estancarsus beneficios, á enriquecer los campos. De la parte contraria á la ciudad, desde el mismo Chilina, se sacan tam-

(1) «El suelo de Arequipa convertido en cielo».—Travada.

bién dos acequias: la una, la Antiquilla, para los pueblos de Cayma y Yanahuara y sus sembríos; y otra más superior, que llaman la alta, y una y otra son de tanto caudal que riegan más de dos leguas de sembríos, que habrá en el lado del pago de la Chimba, el que está poblado de muchas casas. Hay en Chilina dos fuertes baluartes de cal y canto en una estrechura, que sirvieron en la antigüedad, atravesando maderos, de puente, antes que se edificase el de la ciudad. Corre el Chili desde unos Molinos que hay en Chilina, tres leguas, formando una deleitosa Vega, salpicada de sembríos y elevados sauces hasta servir de vistosa ribera á la ciudad por todo el costado que cae al Occidente.»

«Mas voy al Chili de cuyas corrientes es preciso dejarme llevar embelesado en sus fecundidades. Desde el puente se continúa este fecundo Nilo, engastando siempre sus cristales en las amenas esmeraldas que de grajes y elevados árboles guarnece su deleitosa vega, y al correr dos leguas hasta el pago de Tingo, se mira tan gastado de caudal por el mucho que le han disipado las acequias, que si no le auxiliaran los otros tres ríos, el de Paucarpata, el Mollebaya, y el postrero, ya unidos, que corren al Oriente de la ciudad, sin entrar en ella, regando variedad de pagos, quedara tan pobre que no tuviera caudal para pagarle á Neptuno su tributo; pero allí, en Tingo, que es un paraje donde sejun tan todos los cuatro ríos, se refuerzan sus corrientes con otros más arroyos que se transportan de los riegos, y entra con bastante copia de aguas al celebrado valle de Tiabaya, doctrina de los Padres de Santo Domingo, donde Ceres y Pomona, esta por aumentar el regalo de sus frutas, y aquella por competirle en trigos, y otros granos forman una competencia de imperios, siendo el Chili el que las pone en paz fecundando en sus valles tanta abundancia de frutas, como de granos, dudándose si sean más las espigas de Ceres que las peras de Pomona Así prosigue el Chili después de regar tres leguas de valle, hasta la celebrada huerta de Catari, á quien dió este nombre una vívora que adoró la gentilidad. Aquí reciben sus gastados cristales nuevo socorro de un caudaloso manantial que desciende, por veneros subterráneos desde los nevados cerros de Chachani, donde dicen que su corriente se niega á la vista, concediéndose sólo al oído su ruido. Este arroyo revienta con tan vistosa travesura de rizos y de peines que fuera muy fre-

cuentada su diversión, si la ciudad no tuviera más inmediatos los recreos. Desde Catari hasta Uchumayo, que habrá más de una legua, no deja de regar, aunque riega poco, porque estréchanse sus márgenes, donde parece que Baco envidioso de Ceres y Pomona, represa sus cristales para que salgan de madre en beneficio de sus vides. En Uchumayo encuentran las ya hundosas corrientes del Chili un peregrino puente de cal y canto.»

«Desde poco más abajo de este puente, con el auxilio del pequeño río de Palca, que aquí sale junto, cansado el Chili de regar mieses, diversifica sus beneficios en ensancharle á Baco sus aumentos, y al esplayarse el valle en Porongoche, comienza á proclamar los triunfos de su fecundidad en el celebrado valle de Vitor. En este valle riega el Chili cuantas viñas caben á uno y otro margen en la distancia de siete leguas donde se benefician los más regalados vinos que tiene el Reyno. De aquí prosigue el río fecundando algunos cortos trechos de frutales hasta juntarse, en otro Tingo, con el rio del valle de Siguas, desde cuya junta comienza á regar otras siete leguas en el valle de Quilca, donde en estrecha caja fertiliza las más regaladas raíces y legumbres que dá el Reyno como son yucas, camotes, rábanos, achiras, agipas y zapallos, siendo este valle el que contribuye á la ciudad con abundancia estas especies, con que la general fecundidad del Chili termina la perenne tarea de sus beneficios. Este valle de Quilca, es célebre por un fuerte que tiene en una y otra cumbre de los empinados cerros que le guarnecen, corridos en distancia de siete leguas desde Tingo hasta el mar, y célebre también por la tradición de haber mandado el Inca Atahualpa sacar de él, una grande riqueza que atesoraron aquellos monarcas, á fin de llenar la raya que hizo en Cajamarca para lograr su libertad, y llenar el gran vacío de la ambición española, el cual tesoro estándolo conduciendo en el perezoso magín de las llamas, al llegar á la playa de Lomas, que, es la que se sigue á la de Nanaca en el valle de Chavina, tuvieron noticia los conductores de aquella grande riqueza, de la muerte de su Monarca, y lo soterraron en aquella despoblada playa; y mucho más célebre por una milagrosa imágen de Nuestra Señora de la Candelaria, que se adora en aquel valle. En éste, pues, paga el benéfico Chile su tributo al Mar del Norte entre los pueblos de Quilca y Avantac, en una playa tan brava que con ser sólo de un tum-

bo, parece que Neptuno rechaza descortez las aguas, sin querer recibir el tributo de un cristal que, por sus repetidos beneficios, debía pasearse libre continuamente en el Perú, con excepción del monarca de los ríos. La agua de este río es la más rica que tiene el Perú, y es tan extremedamente delgada que ocasiona cámaras á los que suben de la costa, acostumbrados á beber aguas gruesas. Cria este río muy regalados peces, como son bagres y pejereyes: de aquellos abunda hasta en la ciudad, por criarse este peje en lo más frío: de pejereyes abunda de la ciudad para abajo, y según vá internándose el río á los valles, es mayor la abundancia. Críanse de Uchumayo hasta el mar, los más regalados y grandes camarones que hay en este reyno. También abunda de renacuajos; pero sólo los comen los indios, y los abominan los españoles por la semejanza que tienen algunos de estos peces á las ranas, que tanto se equivocan con los sapos.»

III.

El correr de las aguas en el valle de Arequipa, por lo quebrado del terreno y por lo claro del sol, es de lo más vivo y caprichoso y rumoroso y brillante.

Sí, saltando lijera, baja el agua por las pendientes, no se detiene ni por la más hermosa de las flores que se asome á verla pasar, no escucha nada, nada refleja, aturdida, loca, se precipita en surco brillante, sin más afán que correr, volar, llegar.

Cuando vá mansa por los llanos, es tan perezosa é indolente, que á reposo provoca. Detiénese, á cada paso, á jugar con con todos los guijarros que encuentra y á charlar con todas las florecillas que se asoman á sus orillas, riendo alegremente cuando coge alguna y se la lleva en su onda trasparente.

Cuando duerme en los estanques no hay espejo más puro y brillante que el agua de esta comarca. Y si de improviso salta en las pequeñas cascadas del valle, y cae despedazada, levanta nuve de polvo, húmedo y brillante, en que los rayos de sol se dan una fiesta de colores. No hay más que ver, entonces.

De esta manera corre y canta el agua aquí, viva, bulliciosa, brillante; contenta de tanta luz; no aburrida de correr siempre lo mismo, sino feliz de retozar, de saltar, de desesperarse, de jugar y de esconderse, embriagada de rayos de sol, de movimiento, de rumores, de reflejos y de vida.

CAPITULO VI

La campiña.

De las faldas de la cordillera baja lijera la campiña, hasta mojar sus bordes en el río.

Baja por las lomas, á lo ancho de los llanos, por entre quebradas, cogiéndose á las laderas, radiante, hermosa, feliz, primaveral, nupcial todo el año casi; baja llena de besos de sol, refrescada por brisas que vienen desde el mar por ella, estremecida con no sé qué palpitación de vida impaciente, que le comunica, tal vez, la tierra volcánica, inquieta.

Aquí, al pié de los montes coronados de eternas nieves, florecen los limoneros y los naranjos, y suben á prisa, por entre los riscos, las vides, y se crían y dan fruto casi todos los árboles de los valles tropicales.

Aquí hay todo el año flores acabadas de abrirse. Esta es la tierra de las rosas.

Verdura hay también siempre, verdura nueva, que sólo el verla refresca. Hasta los bordes de las chacras están verdes todo el año. La humilde grama, arrojada de lo cultivado de las tierras, se refugia en ellos, y los tapiza y mulle, para que el labrador pise blando al cruzarlos, y la deje vivir.

Esta es la tierra de la juventud perenne.

Por todas partes, entre las arboledas, sobre las colinas, junto á los riachuelos, se ven aldeas, con blancos campanarios, en torno de los que se derraman las casitas, como bandadas de palomas.

Esta es la tierra de los nidos de sombra fresca. más fresca, porque los rodea la ardiente iluminación de un sol radiante.

El día más corto tiene nueve hermosas horas de sol en nuestro valle.

De él no emigran las aves. Hasta las golondrinas suelen quedarse todo el año.

En la primavera, en la hermosa estación, que comienza en Agosto, la campiña se llena de notas, de tonos brillantes, de alegría.

Como no está nunca muy ausente la primavera de nuestro valle; como deja en él tanto de ella, le es grato volver.

Está contenta de volver, porque esta tierra es su tierra, porque este valle es su nido, y, por eso, en él se retarda y se vuelve perezosa, y vacila y duda al dejarlo.

En lo que se conoce que ha llegado aquí la primavera, es, principalmente, en que los perales, los guindos y los melocotoneros entran en flor.

Hay huertas en que parece que ha nevado, porque todos sus árboles son de flor blanca. Las flores rosadas de otros huertos, parecen, por finas y delicadas, caídas de la falda llena de alguna hada que por allí hubiera pasado.

La savia sube á prisa, y salta en yemas y brotes jóvenes; pero no hay renuevos como los de las higueras y las parras. Esos brotes, vigorosos, impacientes, son tallo y rama, á los pocos días de nacer.

Pero lo más hermoso de los sembríos, en primavera, son los trigos.

Sembrados en Mayo ó Junio, para Octubre están ya crecidos y con fruto. En Noviembre comienza la espiiga á amarillear, y las flexibles cañas á rendirse al dulce peso del grano. Hay que ver, entonces, á los trigos, cómo ondulan bajo el ala lijera del viento. Son ondulaciones plateadas y brillantes, que fingen el oleaje del mar y que producen rumor, no como el del mar, que á tanto no llegan las humildes cañas; pero sí rumor muy prolongado, muy misterioso, un largo siseo, como si al inclinarse unas sobre otras, se acariciaran las cañas blandamente, se dijeran sus esperanzas, las esperanzas que dulcemente contenidas llevan en la madura espiga.

Yo suelo pasarme muchos momentos junto á los campos de trigo maduro. El mirar las delgadas y esbeltas plantitas me recrea mucho, y pienso: ¡Hermosa vida la de estos séres delicados, corta, pero muy hermosa!—Morirán

pronto; pero, al morir, perfumarán la tierra, y después el dorado grano brillará en las eras al sol......

En esos mismos días de Noviembre y Octubre, cuando los trigos empiezan á rendirse, se siembra el maíz. Bajan los labradores á los barbechos y cae en el hoyo abierto en el hondo surco negro, la colorada semilla.

Ya llega Diciembre.

¡Qué hermosos soles, qué buenos días largos y ardientes! Los campos brillan de felicidad.

Hay muchas flores y muchos pájaros. Lleno está el aire de perfumes y de gorgeos.

Los trigos maduraron ya, y hay que darse prisa á cosecharlos, porque las lluvias se acercan, y, ¡pobre el labrador que tiene que recoger su trigo en día de lluvia!

¡Qué sano y penetrante aroma el de los campos de trigo recién segado! Las espigas caídas se despiden de la vida, del sol, de la luz, perfumando la tierra; y con su aroma dejan, al morir, flotando en el aire, lo más delicado de su sér, el almita de la dulce y débil caña......Ah, el que no ha sido labrador, no puede saber lo que tiene de poesía y de goce aspirar el perfume de las espigas acabadas de segar.

Ya las eras están limpias; ya la paja brilla en ellas al sol, amontonada en áureas gavillas. Pronto vendrán los atajos, y los caballos despedazarán la espiga con el duro casco, y la espiga al romperse, dejará escapar los amarillos granos.

Después se hechará al viento, con las anchas palas, la paja desmenuzada; y pronto quedará el grano limpio, y se verá que la cosecha es buena. Luego, sobre el montecillo de trigo aventado, se pondrá la cruz de flores, y el patrón de la granja, rezará, entonces, la vieja y querida oración, el *Padre nuestro*.

Todas las faenas guardan así, en nuestro valle, la na y sencilla poesía de otros tiempos. Tienen algo de égloga virgiliana. El que quiera aspirar el perfume de los trabajos y las cosechas, el que quiera saber lo que eran las antiguas nobles costumbres agrícolas, encontrará, todavía, mucho de ellas en nuestros campos. En ellos las máquinas, no han quitado aún de las cosas la expresión, el alma que les daba ó les comunicaba el trabajo directo del hombre.

Con los calores del verano, los maizales crecen rápidamente. En Marzo es cuando se ponen más hermosos.

Alzan orgullosas las robustas cañas sus penachos casi rojos, y lucen, elegantemente desprendidas, las anchas hojas verdes, brillantes y pulidas, como tejidas de seda. Altivas las gallardas cañas, no se doblegan; oscilan sólo en su copa vuelta al cielo; y tiene el viento que descuajarlas de raíz, si quiere rendirlas.

No se ven, por lo tanto, en los campos de maíz, las ondas fáciles, lentas, largas, lánguidas de los trigos; pero el rumor que de ellos sale y por ellos cruza, es grande y ámplio, como de mar lejano.

Prendida á la verde caña, agárrase la mazorca, bebiendo de ella y por ella, jugo y sustancia, con los que ya se llena y abulta dentro de las frescas apretadas hojas que la abrigan.

¡Oh campos de maíz, gloria y providencia de nuestro valle; quiera Dios que, tras la lluvia de verano, que tanto los hermosea, no sople muy fuerte el viento, porque, entonces, la tierra empapada, vuelta casi charco, no tendrá fuerzas para retener la raíz poco profunda, y las erguidas cañas vendrán á tierra, vencidas por su fruto, por sus anchas hojas, por su propia gloria. Porque, á veces, las cañas suelen crecer tanto, y echar tanto plumaje y hermosura, que se olvidan de que su fuerza no les viene de muy hondo, y que ha de causar envidia verlas subir y hacer tanto, con tan poco como la tierra les dá. La que es caña no debe subir muy alto.

El otoño comienza en Abril, y Mayo es el mes más otoñal en el valle de Arequipa.

Á los campos, aunque no palidecen mucho, parece que en esos días les entrara tristeza.

No caen muchas hojas tampoco; pero con pocas que caigan, basta para que se esparza vaga melancolía en el aire.

Las vides, los melocotoneros y los perales, quedan desnudos, secos, durmiendo con la savia recogida en lo oculto y tibio de su ser; pero los demás árboles guardan sus hojas, aunque algo decaídas.

Los alfalfares están siempre verdes, y parecen más claros junto á los rastrojos secos.

Los sausales balancean, también, brillante masa de verdura.

Y hay flores, muchas para un otoño. Por eso hay momentos, en que, en nuestro campo, á pesar de ser Mayo no se cree estar del todo en el otoño.

La vida de la campiña está contenida, sí, pero débilmente contenida, como por una mano cariñosa y blanda.—Flota en el aire, por las tardes, vago aroma de ramaje seco.

En Mayo llegan los segadores y comienzan á derribar, con recio golpe, las dulces cañas del campo de maíz; inclinánse ellas sobre el robusto brazo de ellos; y cuando se forma abultado haz, déjalas caer el segador á tierra, y allí quedan caídas ¡muchos días, pero no muertas aún, porque todavía alimentan con sus postreros tibios jugos la apretada mazorca.

En los rastrojos, las hojas secan van de uno á otro lado, ya sin el aliento de la vida, ya con la palidez del morir. Pasa el viento sobre los rastrojos y se oyen rumores vagos, largos y lentos.

No terminada aún la cosecha del maíz, llegan las poderosas yuntas, arrastrando el agudo diente del arado, y van y vienen por las tabladas, y la tierra húmeda y removida, se pone morena, y exhala ese olor de barbecho, ese olor de tierra preparada para la siembra, tan grato al labrador. Vuelan los granos de trigo, derramados por la mano del sembrador, y confiado queda el grano á la tierra,—y comienza ésta su labor sagrada.

Tiene también su hermosura el campo en invierno.

De la atmósfera seca y trasparente, baja sobre la tierra una luz blanca y fría y penetrante, que hace sonreir á los campos, á pesar de la tristeza que les dejó el frío que han pasado en la noche.

Se ve que la tierra hecha de menos la abundancia de sus flores, y esto, que aún le quedan bastantes, y que, las violetas, en Julio, llenan el aire de perfume y poesía.

Los trigos verdean, también, en Julio.

Los barbechos, extendidos al sol, abren sus surcos, para dejarse penetrar profundamente de los calientes ra-

yos, que han de darles fuerza para la nueva cosecha.

Pronto vendrán las deshojadoras, y las mazorcas serán arrancadas de su cerrado abrigo de hojas, y brillarán luego, en las eras y en los secaderos, amarillas como el oro ó del color del granate oscuro. Y el hermoso sol de otoño, acabará de ponerlas dulces, tostándolas.

El invierno dura poco en nuestro valle, Junio y Julio. En Agosto hay ya hojas nuevas.

La primavera está de regreso, cuando todavía no han acabado de caer las hojas viejas.

CAPITULO VII

El clima.

En los capítulos anteriores, queda dicho, cuanto he podido conocer y reunir, relativamente á Arequipa, de las condiciones geográficas y geológicas, cuya influencia sobre el clima de un lugar es tan grande.

Por lo que hace á los fenómenos atmosféricos, tengo la fortuna de poseer observaciones, cuyo valor científico queda garantizado, con sólo decir que fueron hechas por uno de los hombres de ciencia más ilustres que ha tenido Arequipa, por el Sr. Juan Lopez de Romaña.

Hé aquí esas observaciones:

SINOPSIS DE LAS OBSERVACIONES METEREOLÓGICAS PRACTICADAS EN ESTA CIUDAD DURANTE EL AÑO TRASCURRIDO DE 30 DE JUNIO DE 1889 Á 30 DE JUNIO DE 1890.

Farenheit. Centígrados.

	~~Centigr.~~	~~Farenheit~~
Temperatura media........................	59.7	15.2
Promedio de la temperatura máxima	69.9	21.0
» » » » mínima.	43.0	6.2
» » » radiación solar........	147.2	64.0
» » » presión atmosférica.	23.85 pulgadas	
» del estado higrométrico...	47 por ciento	
» de las horas de sol por día	9.45	

Lluvia.—La cantidad de lluvia que cayó en Arequipa, durante el año á que se refieren las anteriores observaciones, fué—medida por pulgadas y centécimas de pulgada, en el pluviómetro—4.12. En el año anterior á este, apenas alcanzó á—1.98.

Á las anteriores observaciones, debo agregar las siguientes, que me han sido comunicadas por el Sr. Cárlos P. Cornejo, Director del Observatorio Metereológico de Arequipa.

La más alta temperatura que se ha sentido, en el año trascurrido de Julio de 1890 á Julio de 1891, ha sido de 24°.4, el 15 de Febrero.

La temperatura más baja se observó el 4 de Mayo, y llegó á 4°.5.

La mayor presión atmosférica ha sido de 23 pulgadas, 25 centécimos, el 6 de Enero, y la menor, de 22 pulgadas 66 centécimos el 7 de Febrero.

El día más largo, ha sido el 13 de Febrero, y tuvo 12 horas 25 minutos de sol.

El día más corto fué el 4 de Julio, y tuvo 9 horas 50 minutos de sol.

Las cifras anteriores dicen más que cuanto pudieran decir todas las palabras respecto á la dulzura del clima de Arequipa.

¿Qué podría agregar á ellas?

Que en el valle de Arequipa no hay huracanes ni tempestades; que no hay tampoco pantanos que envenenen la atmósfera; que la lluvia solo cae para refrescar las calurosas tardes del verano; que en en el invierno no hay nieves, ni brumas, ni nubes, sino sol radiente, que da hasta al día más triste, algunas horas de calor penetrante y suave; que el aire es transparente y puro.

Pero ya veo que puedo decir más de lo que había pensado sobre el clima de nuestro vallle.

El aire, decía, es puro, limpio, fácil de respirarse, abundantemente provisto de oxígeno por la verde campiña. Es tan puro y tan sano el aire en Arequipa, que es fama que aquí se curan los males del pecho.

Débese esta pureza del aire á la sequedad de la comarca, que hace también que nuestra atmósfera no sea vehículo favorable al desarrollo de gérmenes morvosos.

Cierto que, por su excesiva sequedad, la atmósfera facilita la rápida radiación del calor, siendo, por esta

causa, muy brusca la transición del día á la noche; pero este inconveniente está neutralizado, en gran parte, por los edificios de piedra sillar, en los que la temperatura apenas sufre alteración, de las horas del día á las de la noche.

Debe atribuirse, también, á la excesiva radiación, el que, en las nochés de invierno, se hiele el agua, pues la temperatura no baja nunca ó casi nunca á 0 grados.

De día sopla en el valle un viento del Oeste, fresco, de impulso blando, pues rara vez trae una velocidad de más de 8 millas por hora; y en él se percibe el húmedo aliento del océano, que diez leguas de desierto no pueden secar.

Imposible decir la impresión de frescura, el goce penetrante que causa respirar este aliento que el mar envía, al través de colinas y llanuras, á dormirse entre las montañas del valle de Arequipa.

Al penetrar y dilatarse en la ardiente sequedad de nuestra atmósfera, esta brisa húmeda, produce un placer infinito, refresca la sangre y el corazón; parece que trajera ilusiones entre sus alas, como que viene de tan léjos, del mar, del infinito, de donde vienen todas las ilusiones.

La brisa marina, cansada de la árida costa del Pacífico, cobra aliento, toma fuerza cada mañana, para venir, en rápido vuelo, á acariciar la frente ardorosa de la blanca ciudad, de la sultana andina, y luego irse por los campos, besando flores, columpiando tallos, debilitándose lenta y dulcemente, hasta morir impregnada de aroma, feliz, en el regazo de nuestros montes.

De Noviembre á Mayo tiene nuestro clima horas deliciosas, tibias, perfumadas.

Noviembre es nuestro gran mes primaveral. ¡Qué de rosas en los jardines, qué de flores por todas partes, qué de perfumes penetrantes y sanos, vagando por los campos de yerba ó por los trigos en espiga.

En Diciembre y Enero, hasta Marzo, cuando el calor pudiera ser sofocante, desde el mediar del día, comienzan á llegar grandes nubes, que pasan, camino de la cordillera, dejando al pasar fresca sombra, ó derramando lijera lluvia.

¡Qué noches más dulces, más quietas, más calladas, más tibias, descienden sobre el valle, después que la lejana tormenta, desata, allá sobre los picos de la cordillera, la dura tensión eléctrica del día ardiente.

Y qué alboradas de estío más hermosas, las que bajan de las colinas del oriente, resbalando de otero en otero y de llano en llano, hasta venir á mirarse en el río y esparcirse, luego, por todo el valle.

¡Oh mañanas de verano de la tierra mía, brillantes de sol y de escarcha, blancas, rumorosas, alegría de los campos, alegría del corazón, quien no ha respirado el ambiente purísimo de una mañana de verano en el valle de Arequipa, no sabe lo que es juventud y poesía sobre la tierra.

SEGUNDA PARTE.



Los distritos.

CAPITULO I.

A la orilla derecha del Chili.

LA provincia de Arequipa, comprendida, casi toda, dentro de los límites del valle de Arequipa (1), está dividida en distritos, pequeñas circunscripciones territoriales, en cada una de las que se encuentran varios pueblos, aldeas y caseríos.

Las principales, á la orilla derecha del Chili son las siguientes:

CAIMA.

Á la derecha del rio, hácia el Norte del valle, se encuentra el distrito de Caima, palabra que significa—*"lugar desabrido"*,—ó según otros—*"este es"*.

El terreno, en este distrito, es por lo general, quebrado. Hay en él mucho cultivo en andenes ó laderas

(1) Fuera del valle de Arequipa, solo se encuentran los distritos de Yura, Vitor y Siguas.

y por esta circunstancia, es uno de los más pintorescos de la provincia. Tiene puntos de vista muy hermosos.

Tiene, también, mucha arboleda.

Multitud de huertos se arriman á sus laderas, para resguardarse del viento Norte, y para ver salir el sol, y calentarse con sus primeros rayos, que son los mejores, los más saludables, para las plantas y hasta para el hombre.

Debido á esta orientación, probablemente, es que los árboles de estos huertos dan fruto temprano, abundante y dulce, apesar de ser altos los lugares en que crecen.

El clima, en esta parte del valle, es muy sano y el aire es muy puro, tanto, que es sitio de convalescencia para los enfermos.—Los que padecen de tísis hallan allí mucho alivio, y parece que pueden curarse, si van al principio de la enfermedad.

Tiene este distrito 3,306 habitantes, distribuidos en los pueblos de Caima, Carmen-Alto, Acequia-Alta, Tomilla, Cerro-Colorado y algunos caseríós.

El pueblo de Caima es uno de los más antiguos de la provincia de Arequipa.—Fué, sin duda, uno de los primeros fundados por la dominación incásica.—La gran acequia que riega los terrenos de ese distrito (la Acequia-Alta) fué hecha por los indios y ensanchada por los españoles en 1542. Este pueblo, después de la conquista, fué encomienda de Juan de San Juan.

No ha faltado quien crea que el pueblo de Caima fué la primitiva ciudad de Arequipa. Su gran plaza, á la que dan entrada varios arcos, parece revelar el pensamiento de construir una ciudad, más que una aldea.

Hay en Caima una buena iglesia de cal y canto, en la que se venera una imágen de la Virgen de la "Candelaria", tenida por muy milagrosa. Varias tradiciones, y algunos cuadros pintados en las paredes del templo, recuerdan curaciones milagrosas y otros prodigios cumplidos por la intercesión de la Virgen María. Se habla, entre otras cosas, de una gran peste que afligió á Arequipa, hace ya muhos años, la cual peste no cesó hasta que la imágen de la Virgen de la "Candelaria" fué traída en procesión á esta ciudad.

Uno de los curas de la parroquia de Caima, Don Juan Domingo de Zamácola, fué hombre de mucha ciencia y letras, y á él se deben algunas de las pocas crónicas que hay relativas á la Arequipa colonial.

Entre los pueblos de Caima, Cármen-Alto y la Acequia-Alta, se dió, el 22 de Julio de 1844, la batalla conocida en nuestra Historia con el nombre de batalla del "Cármen-Alto", en la que el general D. Ramón Castilla derrotó al General D. Manuel Ignacio de Vivanco—Con esta batalla dió principio la larga lucha, el duelo tenáz, entre esos dos hombres, duelo encarnizado que llena muchas páginas de la historia de nuestras guerras civiles.

A cada paso que demos en las cercanías de Arequipa, hallaremos un campo de batalla.—¡Qué vida, agitada y violenta, la que hemos hecho durante cuarenta años!—Esta es la tierra histórica y trágica del Perú.

YANAGUARA.

Significa este nombre "*calzón negro*".

El distrito de Yanaguara, está situada al Noroeste de la ciudad de Arequipa, en las colinas que descienden de las alturas de Caima,—Asegura un cronista, que es antigua población de indios de varias castas, entre otros de Chilques, Chumbibilcas, Callapas y Collaguas, que fueron de los que acompañaban á Maita-Capac, y se quedaron en el valle del Chili, cuando aquel emperador lo descubrió.—Se dice, también, que el religioso domínico, Fray Pedro Ulloa, fué el primero que predicó el Evangelio á dichos pueblos, en 1536.

Tenía este distrito en 1874, 4,280 habitantes, repartidos en los pueblos de Yanaguara Callapa y otros.

Á la distancia, estos pueblecitos, en que, las casas blancas ó pajisas, alternan con huertos de perenne verdor, forman un paisaje muy hermoso. Especialmente allí, donde junto á la iglesia de piedra-sillar, se vé altos y frondosos árboles que parecen descansar en ella el peso de sus ramas.

En 1867, el General Mariano I. Prado, á la cabeza de un fuerte ejército asedió y bombardeó la ciudad de Arequipa desde los pueblos de Yanaguara, y el 27 de Diciembre de ese año se dió un combate en el sitio

que hoy ocupan los terraplenes y construcciones del puente "Grau", quedando vencido el General Prado.

SACHACA.

En el centro del valle, casi á la orilla del Chili y como á tres millas al Sur-oeste de Arequipa, se levanta, en medio de ancha llanura, el cerro de Sachaca.

Escasa es la altura de este cerrito; pero el lugar en que se hiergue y la fiereza con que lo hace, le prestan dominio y le dan soberanía sobre estendido llano.

Es una aglomeración de rocas que emerge brusca, de la dilatada llanura verde, como un arranque de impaciencia de esta tierra volcánica, mal avenida con lo llano, uniforme y tranquilo. En la planicie mansa, surge, erizado, el cerro de Sachaca, como un grito ronco y áspero, en lento y ancho y bajo rumor dilatado.

Y sobre este cerro han construído una aldea, cuyas casitas se apoyan, se agarran, se incrustan entre las peñas, y asidas á ellas, desafían temblores y terremotos. Vivir entre rocas es duro; pero fortalece, contagia energía.

Parece que en los terremotos, la terrible onda subterránea, se rompe impotente al chocar con esta aglomeración rocallosa. En el último cataclismo de 1868, especialmente, quedaron en pié todas las construcciones hechas sobre el cerro, lo cual prueba que este debe tener sus raíces graníticas, profundamente sumergidas en la tierra.

Trepan las casitas, desde la falda del cerro hasta cerca de su cumbre, y en medio de ellas, á mitad de la pendiente, se levanta la iglesia. En nuestro valle, donde los hombres suben, allí vá con ellos el amparo de Dios.

Al día siguiente del terremoto de 1868, el único campanario que en todo el valle se veía, era el campanario de Sachaca. Y era un consuelo verlo, levantándose erguido, sereno, señalando al cielo con la cruz de su remate.

Como posición militar, vale mucho el cerro de Sachaca; domina gran parte del valle; pasa cerca de el, la línea del ferrocarril de Mollendo; tiene el río á sus piés,

y la retirada abierta hácia á la Costa. Por estas razones, sin duda, ha sido, algunas veces, campamento de los ejércitos que han venido contra Arequipa.

El nombre de este distrito, *Sachaca*, quiere decir: *arboleda.* Su población es de 2,767 habitantes.

TIABAYA.

A dos leguas de Arequipa, conforme va el río alejándose y buscando ya salir de nuestra comarca, se encuentra Tiabaya, tierra hermosísima.

Es un pequeño valle, tibio y perfumado, dentro del gran valle claro y fresco.

Yendo de camino hácia él, á sus umbrales, se encuentran las agrias cuestas de Alata, erizada aglomeración de peñascos, que sale rudamente al paso, semejante á turva de rudos guerreros, que quisieran impedir la entrada á aquel edén.—Pero el camino se encorva lijeramente, y pasa rápido y llega, sin esfuerzo, á desembocar en la hermosa tierra de Tiabaya.

Largo muro de cerros liberta á esta comarca del viento de la cordillera, y las grandes cadenas que forman el valle del Chili, descendiendo, humillándose ya en este punto, abren anchos claros, por los que entra alegre, en húmedas ráfagas, la brisa del mar. Hácia el mar se va ya la tierra.

Desde lo más abrigado y escondido de este valle no se ve el Misti.

Se diría que la tierra, en este sitio, se ha ocultado del volcán, para extenderse llana á placer, con blanduras de limo craso y fecundo.

Y con sólo que el volcán no la mire, la tierra, tranquila, en efecto, ni se crispa, ni se eriza ya. Se dilata sin tropiezos, sosegada y risueña, bajo la dulce y querida pesadumbre de árboles y plantas y yerba espesa.

En Tiabaya, *Tiu-huaya*, que decían los indios, palabras que significan: *arena suelta*, se encuentra el celebrado sitio de los "Perales".

Es un antiguo bosque de estos árboles, plantado en las faldas y flancos de una alta cadena de cerros.

En una extensión de más de dos millas, los viejos árboles, de recio y retorcido tronco, á la vez que se despliegan en hileras, escalan atrevidos las ásperas pendientes, como ejército que sube al asalto de las cumbres.

Agarrándose á los peñascos, hincando sus raíces, por entre las grietas, de las rocas, en las áridas entrañas de los cerros; venciendo y dominando, al fin, la ruda pendiente, llegan á las cumbres los valientes árboles, rugosos y rajados y como cubiertos de cicatrices, pero vencedores al cabo.

Y esta áspera lucha de los duros troncos y de las raíces fibrosas y agudas, contra el rocalloso cerro, se resuelve en frescura y calma, para los senderos que corren al pié de los altos árboles.

Oscuras, frescas manchas de sombra resbalan sobre la tierra atormentada, como besándola.

Y se mueven por entre las ramas, rumores de esos misteriosos, cuyo secreto pasa entre el viento y las hojas... ......

Y donde el ramage no es muy espeso, los rayos del sol, débilmente detenidos, tamisados por el follage movediso, caen sobre la tierra, como menuda lluvia de luz blanca, y corren por el suelo, jugando con los fríos tallos de yerba fresca y siguiendo las caprichosas ondulaciones de las ramas.

Una noche de luna en los "Perales", es como una blanca y dulce solicitación al sueño. El ensueño nace allí fácilmente, y se despliega y crece, alentado por la hermosura suave y discreta del bosque.

La poesía de la luz de la luna, se derrama por aquellos senderos, en ondas contenidas y misteriosas. Parece que en ese sitio "llamaran al corazon por su nombre".

Una noche de ilusión bajo esos viejos árboles, es más dulce de recordar que todas las glorias de la vida.

Los blancos y pálidos rayos de luna, que penetran indecisos en lo recóndito del bosque, serán siempre los más queridos, siempre serán emblema de romanticismo soñador.

El hermoso bosque de los "Perales", era el sitio de las fiestas campestres para nuestros padres. Allí iban ellos á pasar los días de Navidad, Año-Nuevo y Reyes, que caen aquí en tiempo de estío, tiempo de flores, de frutas tempranas.

En los dulces recuerdos que guardaban nuestros padres, hemos recojido nosotros, imágenes y rumores de fiestas bajo los Perales, á las que ellos iban á recojer guindas y flores por Navidad.

Las *ramadas* llenábanse de hermosas niñas y apuestos galanes que, al son de las vihuelas ó de la bulliciosa charanga, bailaban el gracioso baile nacional.

¡Cuántas generaciones jóvenes, hermosas, con la risa en los labios y la alegría en el corazón, habrán visto pasar los frondosos árboles!

¿Qué se han hecho aquellas fiestas?

¿Dónde están las lucidas cabalgatas de antaño, dónde los airosos bailes, aquellas fiestas del corazón, dónde?

Muy raro es, ahora, ver cruzar por los senderos del bosque, en algún día de Enero ó de Diciembre, una de esas partidas de campo, luciendo colores, llena de frescas voces, y de risas.

Rara vez se reune ya bajo la rústica ramada el movible grupo de niñas, que lucen el esbelto talle en el gracioso baile del país.

Esas fiestas van desapareciendo rápidamente, como todas las antiguas costumbres, ante la invasión de los usos y costumbres de Europa.

¿Y valen más las fiestas de ahora, que las del tiempo viejo? No lo sé; pero de recordar estas, se siente tristeza. Nos parece vagamente, que á ellas hubiéramos asistido, en esos días lejanos, en que nosotros no vivíamos. Hemos heredado de nuestros padres estos recuerdos de otros tiempos, y con los recuerdos sentimos la tristeza de las cosas idas.

¡Oh dias de Navidad y de Reyes y Año-Nuevo, oh escursiones á los "Perales", gratas al corazón, ¿por qué no volveis con vuestro alegre cortejo de rayos de sol, de vestidos blancos, de sonoras guitarras, de ilusiones frescas, de promesas dulces?

Los viejos árboles del bosque, que cada año florecen de nuevo, se dirán, tal vez, ¿que fué de aquellas gentes y de aquellos días?

UCHUMAYO.

Uchumayo, de *Uchuy maio*, río pequeño.

Este distrito se halla en el límite Suroeste del valle, á cuatro leguas de la ciudad de Arequipa. Uchumayo, su capital, es una pequeña aldea, cuyo nombre está ligado á uno de los más gloriosos recuerdos de nuestra historia, el combate de Uchumayo, dado el 4 de Febrero de 1836, entre el ejército peruano, mandado por el bravo general D. Felipe Santiago de Salaverri, y el ejército boliviano que obedecía al General D. Andrés Santa Cruz.

La acción se trabó en el puente que hay sobre el Chili, junto al pueblo de Uchumayo. El valiente General boliviano Ballivián, á la cabeza de un fuerte batallón, atacó el puente que se hallaba defendido por unos cien hombres del ejército peruano. Ciento cuarenta hombres fuera de combate, y su general herido, y la posesión no tomada y la retirada inevitable, fueron para el ejército boliviano el resultado de esta jornada, que es una de las páginas más brillantes de nuestra historia militar.

Hay en este distrito, 1,050 habitantes. Según un cronista, las gentes de la quebrada de Uchumayo, vivían sin juez ni religión hasta que el obispo Amat, en 1777, erigió en ese distrito una parroquia, cuyos curas civilizaron al pueblo.

CAPITULO II.

A la orilla izquierda del Chili.

SOCABAYA.

El nombre de este distrito, significa, en quechua, cenagal. Su población es de 2,762 habitantes.

Es pueblo muy antiguo y de noble ascendencia; su gente, de color blanco, es de la más hermosa del valle de Arequipa.

En las tierras de Socabaya, se crían abundantes pastos, y se coge, también, en ellos, cantidad de excelente trigo.

En el "Alto de Luna", colina que se halla al Noroeste de Socabaya, se dió la sangrienta batalla que consolidó la confederación Perú-Boliviana. El general Salaverri, derrotado, fué hecho prisionero en el puerto de Islay. Se le ofreció garantía para su vida, y á los pocos dias ¡fué fusilado en la plaza de Arequipa!

Hay, cerca del pueblo de Socabaya, un sitio denominado la "Peña", muy hermoso como sitio de paseo. Se ve allí caer el agua cristalina, de la parte inferior de una gran peña, que se asoma, agarrada á los altos bordos de unas chacras, formando una especie de bóveda ó gruta.

QUEQUEÑA.

En los confines del valle, hácia el Sur, está el distrito de Quequeña.

Qqueqquenañai, que era su nombre en quechua, significa: *ya truena.*

Y en efecto, que por aquel lado es por donde son más récias las tempestades, como que en las alturas que lo dominan comienza ya la sierra, la región andina. Y Pocci, último distrito, que se halla al Este de Quequeña, es ya plena sierra.

Dos son los pueblos principales de Quequeña: Yarabamba y Quequeña, unidos antes por una antigua alameda de colosales sauces, que fué destruida durante la guerra.

Tiene este distrito 2,250 habitantes. Sus habitantes han sido dados á la ocupación de la arriería, industria que los ferrocarriles han destruido casi totalmente.

Tiene este lugar, un terrible recuerdo de la guerra entre el Perú y Chile.

Fué en 1883, el año triste, el año negro para el Perú.

Hallábase el ejército chileno ocupando nuestro valle, y un piquete de varios soldados y un oficial, estaba acantonado en en el pueblo de Quequeña.

Ya se supone la impaciencia, la ira dolorosa con que soportarían los hijos de Arequipa, la ocupación enemiga de su tierra, á la que ni aún siquiera les dejaron el honor de defender.

Los vencedores andaban, por supuesto, altivos, provocadores. Era preciso hacerse pedazos el alma, para que no estallara á cada instante. ¡Terribles dias aquellos!

Un día, algunos vecinos de Quequeña, agotado ya el sufrimiento, provocados por bárbaro castigo impuesto por los chilenos á un niño, reuniéronse y atacaron el cuartel en que se hallaban los soldados chilenos, resultando, dos de estos, muertos en el combate; y huyendo otro á Arequipa, á dar parte de lo ocurrido á sus jefes.

La mañana del día subsiguiente, 23 de Noviembre, vióse desembocar en la pequeña vega de Yarabamba, varios jefes del ejército chileno, seguidos de un piquete de soldados.

Desde las primeras casas del pueblo, empezaron á reunir y llevar con ellos á todos los hombres que encontraban. Atravezaron así, el pueblo de Yarabamba, y siguieron al de Quequeña, donde también arrastraron á todos los hombres que pudieron haber.

———

Pocos momentos después, en la pedregosa plaza del último de estos pueblos, veíase un grupo como de treinta peruanos, rodeados de la fuerza chilena.

Conferenciaron lijeramente, los Jefes de esta, y en seguida se hizo formar en hilera á los prisioneros.

Tomaron luego sus nombres, los pusieron en papeles y procedieron al fúnebre sorteo. Iban á ser quintados.........

———

Entre tanto, el horror de aquella escena había ido creciendo.—La visión de la muerte, inesperada, brusca, surgió de repente ante los desgraciados prisioneros. El silencio era espantoso. Solo á intervalos, oíase el crugido de algún sable. Aquellos hombres, sorprendidos así, inocentes, porque ninguno de ellos había estado en el combate, sintieron el soplo frío de la muerte helar su frente; pero no la inclinaron. ¿Iban á morir? Estaba bien, morirían como valientes.........El cura del pueblo fué llamado á absolver á los sentenciados.

———

Se hizo el sorteo. Seis nombres salieron.........

Los designados por aquel horrible azar, avanzaron en silencio.

El sacerdete les dió su bendición.

Un pelotón de soldados los condujo á una casucha inmediata á la plaza, y allí, en un patio, hiciéronlos parar en fila y los fusilaron! Todos cayeron sin una queja.

Pobres hermanos nuestros, mártires oscuros y sublimes.........Las manchas de su sangre no se han borrado, ni pueden borrarse del suelo.—Las rojas manchas, parece que gritaran ¡venganza!

Los demás prisioneros fueron flajelados.

Después, se puso á fuego á varias casas, y después todo quedó en silencio. Esta fué la *justicia* que hicieron los soldados chilenos que ocupaban nuestro valle.

Ellos sabían que los que estuvieron en el combate habían huido; sabían, por lo tanto, que todos los peruanos que habían aprehendido eran inocentes, pero no por eso la matanza fué menos cruel, menos fría, menos bárbara!

Hoy, al que pasa por los pueblos de Yarabamba y Quequeña, le cuentan, todavía con lágrimas, la historia de aquel trágico día!

Á mí me la contaron un día, y la escribo aquí, porque es preciso que estas cosas no se olviden; hay que repetirlas todos los dias al oído de los hombres y de los niños!

¡Quién sabe! La suerte de las naciones es vária.

No olvidemos á nuestros hermanos de Quequeña.

CHARACATO.

Más bien al Sur que al Oriente de la comarca, sobre una elevada meseta, se encuentra el pueblo de Characato—*Saraccato* - que significa: *venta de maíz.*

Se halla dicha meseta, como incrustada entre las estribaciones de la cordillera, y sería, en verdad, muy triste el sitio, se le contajiaría, demasiado la impresión de soledad que de los áridos cerros brota, si éstos, separándose bruscamente, por el lado de occidente, no abrieran ancho claro por donde se ve todo el valle de Arequipa, y por el que penetra, luminosa, toda la alegría de la ancha y fértil vega.

Es Characato un pueblecito pequeño y muy pobre, y viviría, sin duda, olvidado, sino fuera por el hermoso templo, en torno del cual se agrupa, á cuya sombra se cobija, con cuyo prestigio se ampara.

Oscura y triste es la vida del pueblo, y grande y luminosa la del templo; y el pueblo está contento con su pobreza, con tal de que su hermosa iglesia brille poderosa.

Reina en este templo, dulce y bella, una Virgen de la "Purificación". Allá, cerca de la cumbre del altar mayor, en el alto camarín resplandeciente, aparece la Vir-

gen, ceñida la frente de la áurea corona, vestida del regio manto recamado de oro, lijeramente inclinada hácia adelante, mirando piadosa á la multitud que la implora arrodillada en el templo.

Es grande la fama de los milagros de esta Virgen de la Candelaria.

De todo el valle, y aún de otros pueblos distantes, van en romería á buscar á la hermosa Virgen, y la tradición guarda el recuerdo de muchos hechos milagrosos que, por su intersección, se han realizado.

"Hácia el año de 1590,—dice un cronista, (1) —se trajo á Characato la imágen de Nuestra Señora de la "Purificación", en bulto, copiada de la del pueblo de Copacabana, y fué colocada en el templo. Son muchísimos los milagros que se saben por tradición, hechos por mediación de Nuestra Señora de Characato. Solo nos contraeremos á los muy notables y públicos, aprobados por el ordinario, Tal fué el que sucedió con el mercedario Fray José Salas. En estado de corista, se paralizó desde medio cuerpo para abajo, que se le secó y quedó inmóvil. Fué curado cuatro años, sin alivió alguno. El sábado 8 de Novienbre de 1748, víspera de la festividad del patrocinio, se hizo llevar de Arequipa á Characato, que dista dos leguas, y oyó dos misas, pidiendo la salud á la Santísima Vírgen Al cerrar el velo de la imágen, esforzó su petición, y, repentinamente, salió corriendo. Al correr se encontró con otro tullido, que andaba con dos muletas, y que había ido al templo con el mismo objeto que Salazar, y también quedó bueno. Hecho el proceso con todas las formalidades, se declararon por milagrosos los hechos, el 1°. de Febrero de 1750. Otro milagro aprobado por el Sr. León, á 29 de Agosto de 1691, fué obrado en D. Pedro Tapia Peralta, el 6 y 7 de Enero de dicho año, librándolo la Santísima Virgen, del parálisis en la lengua y pierna derecha, que padeció mas de dos años en el Cuzco, de donde se hizo traer á Characato".

Hay, también, en el templo de Characato, un gran crucifijo blanco, pálido, hermosísimo. Tiene este cruci-

(1) El Iltmo Sr. Juan Gualberto Valdivia.

fijo una mirada tan dulce y triste, tan llena de amor y de ternura, que rinde, inevitablemente, el corazón. Esa mirada hace comprender la redención, mejor que todas las palabras. Se ve, se siente que esa mirada se dirije á un ser desgraciado y miserable, que es para el hombre, que es para la pobre humanidad.—El Señor del "Consuelo" le llaman á este crucifijo,—han hecho bien en llamarle así.

"Agua del Milagro", se llama un manantial, que brota casi al pié de los cerros que rodean á Characato, bajo una espesura de arrayanes.

El sitio es hermoso, lleno de agreste poesía, y á los que van allí de paseo, se les refiere siempre la tradición siguiente:—

"Que, habiéndose secado, una vez, el abundante manantial, con cuyas aguas se riega gran parte de la campiña de Characato, fuése allá, al sitio del manantial, en peregrinación, toda la gente del lugar, llevando la imágen de la virgen de la Candelaria: que llegados al sitio del ya seco manantial, se improvisó, allí cerca, un altar, y en el comenzó á decir Misa el cura del pueblo, oyéndola éste, con gran fervor, y que, en el momento de elevar la hostia el sacerdote, vióse de improviso, brotar de nuevo el manantial, tan claro y abundante, como nunca ántes lo había sido".

Tal es la tradición unida á aquel hermoso sitio.

SABANDIA.

Descendiendo del alto de Characato, al pié de unas lomas, verdes hasta su cima, está el pueblo de Sabandía.

Es lugar de veràneo, porque en él nunca el calor es excesivo, y porque sus campos son muy hermosos.

Es sitio de baños, por lo claro de sus aguas.

Salen éstas de unos manantiales que brotan al pié de los altos cerros, y brotan tan limpias, tan puras, tan frías, que refresca el verlas.

No hay cristal, por fino que sea, que pueda compararse, en transparencia, con la linfa radiante de esas aguas.

En su fondo, por profundo que llegue á ser, se ve hasta la más pequeña brizna de yerba Son tan claras que, donde están detenidas, parece que no estuvieran, y que por donde pasan, parece que no pasaran, al menos, si el camino es llano y sin guijarros.—Esas aguas no le ocultan ni el más tímido de sus secretos á la luz; es una claridad casi ideal la suya!.........

Sumergirse en esa agua fría y pura, es sumergirse en agua y luz.

Tiene Sabandía, 1,095, habitantes.

Por los andenes de las colinas que rodean á Sabandía por el Noroeste, sube el verde, de grada en grada, hasta muy alto, y al otro lado de los cerros, se encuentra el pueblo de Yumina, rival de Sabandía por la claridad de sus aguas, las que, en breve, serán conducidas á Arequipa, por un atrevido acueducto que ahora se construye.

En otro tiempo, fué Sabandía lugar de mucha concurrencia, de muchos paseos y escursiones, y de fiestas y bailes en los *pastos*, donde la grama tapiza el suelo, como fresca alfombra.

Ahora no es ya tan animado este sitio; pero siempre van allí muchos que gustan de lo apacible, de los buenos días de campo frescos y tranquilos.

PAUCARPATA.

Pasando el río de Sabandía, torrentera de pobre corriente casi todo el año; pero que se crece y se hincha y baja rugiendo como una avalancha, en los días de grandes lluvias, se encuentra, á corta distancia, la histórica aldea de Paucarpata.

En esa aldea se firmó, el 17 de Noviembre de 1837, el célebre tratado de Paucarpata, entre el general chileno Blanco Encalada, á nombre del Gobierno de Chile, y el general Quiroz, á nombre del gobierno de la Confederación Perú-Boliviana.

Estipulóse en ese tratado, que el ejército chileno, que, tan altivo y orgulloso, había venido á destruir la confederación, se volvería á su tierra, sin haberla tocado siquiera.

En esa aldea de Paucarpata, se firmó, también, en 1883, el tratado en el que se estipulaba las condiciones con que el ejército de Chile entraría á la ciudad de Arequipa. Ni una palabra sobre esta triste página, aún no ha llegado la hora de la justicia histórica; conste sólo, que Arequipa no es responsable del desastre que abrió sus puertas al ejército chileno. Esto se probará, plenamente, en su día.

La hermosura del lugar, que está sobre una ancha colina, rodeada de feraces campos, no puede hacer olvidar el triste recuerdo unido al pueblo de Paucarpata.

Paucarpata significa,—*sembrío en andenes.*—Se cuenta que en 1600, quedó despoblado 'este distrito, á consecuencia de la erupción del volcán de Omate ó Quinistaquillas, y que, después, fué repoblado por indios que vinieron de diversos puntos.

Paucarpata tiene 3,135 habitantes.

CHIGUATA.

Chiguata,—*chirihuata*—quiere decir: *todo el año con frío.*

Es, en realidad, lugar muy frío, excelente, sin duda por la altura, para los que padecen de enfermedades de los pulmones, que allí se alivian y aún sanan.

Se halla Chiguata, entre el Misti y el Pichupichu, en las faldas mismas de la cordillera, y apesar de esto, produce trigo y maíz, aunque en poca cantidad, y alfalfa y patatas, en abundancia.

Según un historiador (1), Chiguata fué encomienda de Alonzo de Luque, desde el año de 1,547. Con los indios de este pueblo, se hicieron los tambos en el camino de Arequipa á Puno, sirviendo ellos de correos. Se les predicó el Evangelio por religiosos dominicos, que establecieron su templo, dedicado al Espíritu-Santo.

Chiguata tiene 1,564 habitantes; anexo de este distrito es Tarucani, situado atrás de la cordillera, junto á las

(1) El Dr. Valdivia, ya citado.

lagunas de Salinas.—En la estación de lluvias se llenan estas lagunas, y cuando bajan, á consecuencia de la evaporacion, de sus orillas se recoge sal común, en grano.

JESUS.

En la falda de la cordillera, donde la sequedad es ardiente, y la tierra parece muerta, brota cálido, vivo claro, el manantial de 'Jesús".

Aquel hijo de la cordillera, sale allí, sin rumor; aquella linfa cristalina, en medio de la inmensidad árida de tierra y peñascos revueltos, es un soberbio capricho estético de la naturaleza.

El manantial de 'Jesús' ha sido estudiado; sus aguas benéficas están analizadas.

El siguiente importante trabajo, obra del distinguido médico, Sr. Dr. Luciano Bedoya, se ocupa de estos puntos.

"Aguas minerales de Jesús".

POR EL Dr. D. LUCIANO BEDOYA.

El agua llamada de Jesús, se halla situada á una legua y cuarto al Este de la ciudad, en la falda de unos cerros traquíticos, pertenecientes á una cadena que toma orígen entre el volcán 'Misti', y el nevado 'Pichupichu' y termina en el pueblo de Paucarpata.

Como es fácil suponer esta fuente ha sido conocida desde la fundación de Arequipa, y por su corta distancia á esta ciudad no solo ha sido frecuentada por un crecido número de enfermos, sino que se ha estudiado con mayor cuidado que las de Yura.

Son tan conocidas en sus buenos efectos terapéuticos las aguas de Jesús, para los habitantes deesta población, así como por los de su campiña y tal el grado de confianza que le acuerdan, que muchos enfermos sin consultar á

sus médicos, se dirijen á ese lugar y hacen uso de ellas con el mejor resultado, especialmente, en cierta forma de artritis (reumatismo.)

El manantial de estas aguas, está encerrado en una buena habitación de cal y piedra, y su conservación y aseo, está á cargo de la Sociedad de Beneficencia, quien llena de un modo cumplido su deber.

Se ha construído un pozo de 10 ms. 92 cents. de largo, 4.55 de ancho y 1 m. 14 cents. de profundidad.

El agua es bastante cristalina y no despide olor sensible. Su sabor es lijeramente salado, pero no desagradable.

Tanto en el fondo del pozo, que es de arena con pequeñas piedras, como en sus paredes, se nota abundantes burbujas de gas, (ácido carbónico), que se desprende á la superficie del agua, produciendo un lijero ruido, siendo mayor, en el punto en que sale agua á la superficie del terreno, por el mayor volúmen de las burbujas.

El peso específico, es 1.000,264. La temperatura es de 23° centígrados, teniendo la atmósfera, 16° á 17° término medio en el verano. La reacción de esta agua es ácida, debida á la presencia del ácido carbónico que en tanta abundancia se desprende.

Muchos análisis cuantitativos de esta agua se han publicado, por los Sres. Haenke, Rivero, Dunglas, Valdéz, etc., pero el que reune mejores datos, es el practicado por el naturalista Raymondi en 1864, y es al que nos referimos.

"Análisis cuantitativo del agua mineral de Jesús".

Peso específico del agua 1.000,264.

MATERIAS GASEOSAS.

Calculadas al estado seco, á la temperatura de 0° y presión de 760 m^m.

GASES QUE SE DESPRENDEN Á LA SUPERFICIE DEL AGUA.

Un litro de estos gases se compone de:

Ácido carbónico........................	*litros*	0.531,353
Oxígeno....................................	»	0.085,326
Azoe..	»	0.325,315

GASES DISUELTOS EN EL AGUA.

Un litro de agua contiene:

Acido carbónico	litros	0.396,923
Oxígeno	»	0.005,799
Azoe	»	0.013,515

MATERIAS FIJAS.

Cálculos en el estado anhidro:
Un litro de agua contiene:

Bicarbonato de cal	0.082,800
» de magnesia	0.028,795
» de protoxido de fierro	0.001,000
Sulfato de cal	0.218,269
Cloruro	0.048,285
» de magnesia	0.201,920
» de potasio	0.078,638
» de sodio	0.893,731
Sílice	0.080,000

Desde hace algún tiempo se ha generalizado el uso de esta agua en la mesa y cada día, crece su prestigio, porque, los que la usan sienten efectos satisfactorios. No solo la usan como el medio de curar sus dolençias, sino por placer, habiendo reemplazado á las aguas de Vichy, de Vals, y aún á la de Apolinaris. Mezclada con vino Burdeux forma una bebida muy agradable, haciendo fácil la digestión y evitando, especialmente á las personas que vienen de fuera, la acción nociva del agua potable de que disponemos.

Como todas las aguas de su especie al principio del uso, el sabor es un tanto desagradable, pero continuándolo, desaparece sintiéndose satisfacción al beberla.

Su acción se refiere á la de las aguas acídulas bicarbonatadas.

Las enfermedades en que se ha manifestado más eficaz, habiendo adoptado el orden alfabético para su enunciación, y en las que su uso ha dado buen resultado, son las siguientes:

Acné, empleándose en baños y pulverizaciones, ha dado resultado satisfactorio.—*Albuminuria*, especialmente si hay dispepsia, son las siguientes:—*Amenorrea*, con resultado vario. *Artritis*—Artritismo, especialmente en e

período prodrómico y en los artríticos con lítiasis, úrica ó fosfática, siendo esta enfermedad en que ha dado mejór resultado el tratamiento de la agua mineral de Jesús.—*Ataxia* locomotríz, sin resultado en los varios casos, que han tomado este baño.—*Dermatosis*, el resultado ha sido vário, pero en la enfermedad que ha dado mejor resultado es en el *exema*.—*Diabetes*, buen resultado en los diabéticos dispépticos.—*Dispépsia simple*, dispépsia ácida y dispépsia con gastrorrea.—*Esterilidad* sin ninguna deformación en los órganos correspondientes. *Enfermedades del estómago, atonía, gastralgia*.—*Gastritis crónica*, con magnífico resultado.—*Enfermedades de las vías biliares, infarto del hígado, cálculos biliares*, siendo marcado el buen resultado que producen el baño y uso del agua como bebida contra los cólicos hepáticos.—*Litiasis uírica, fosfática* siempre que no haya gota.—En las *neuralgias rebeldes* generalmente, buen resultado.—En las *parálisis* de orígen reumático.—*Reumatismo crónico*, con ó sin litiasis pero sin complicación de gota, afecciones antiguas de la vegiga, han mejorado, especialmente las cal luclosas.

En la lista que precede, solo he considerado aquellas enfermedades, en que se ha obtenido buen resultado dejando las que no se ha conseguido mejorar.

Sensible es que "el Agua de Jesús" no se exporte, pues si se hiciera, un artículo exportación, creo que sería acogido con buen resultado, viniendo á reemplazar con ventaja en el Perú, á las aguas de Vichy y de Vals, que se consume para curar algunas dolencias. No solo puede usarse como medicamento, sino como agua de mesa, pues, su lijera mineralización, la cantidad de ácido carbónico disuelto, que posee, su transparencia, sabor agradable, y fácil conservación, son ventajas que la hacen muy apreciable y apta para trasportarla á grandes distancias.

Si en nuestro país se hubiera aclimatado el espíritu de empresa, la exportación del "Agua de Jesús" sería una industria muy productiva. Si con este mal bosquejo, que he hecho, de estas importantes aguas, llega á conocerse y estimarse sus cualidades, ser el objeto de una industria nueva, serán más que compensadas mis aspiraciones.

TINGO.

A una corta legua de Arequipa. entre sauzales, á la orilla del río, está Tingo, lugar de baños, de paseos, de recuerdos.

Tingo es, desde hace algunos años, el sitio preferido para veranear, por los habitantes de Arequipa. Únelo con esta ciudad, el ferrocarril que vá á Mollendo.

El agua de los manantiales de Tingo, que son muchos, se junta y deposita en grandes pozos de cal y canto, en los que brilla clara y llena de alegría.

Las casas de este pueblo, están casi todas en derredor de la alameda, en la que se halla concentrada toda la sombra, toda la frescura, toda la poesía del lugar.

No es la alameda, paseo de lujo, al contrario,—fórmánla solo algunas hileras de sauces, que allí, es verdad, medran mucho,—y parece como que gozaran en ponerse frondosos, y en juntar sus altas copas para dar más sombra al paseo.

En Diciembre, en Enero, en los buenos meses de verano, los dias de fiesta, llénase de gente la alameda, y van de uno á otro extremo, dejando huella de alegría, bandadas de hermosas niñas con vestidos claros.

Todo el que ha vivido algún tiempo en Arequipa, tiene, de seguro, buenos recuerdos de este sitio.—Muchos amores, muchas ilusiones han nacido allí, como que es sitio romántico, especialmente en las noches, cuando hay luna y las guitarras suenan dulcemente, despertando memorias y avivando esperanzas. Á ser feliz se debe ir á estos sitios. Todo está hecho allí, para arrullar corazones dichosos.

CAPITULO III.

Fuera del valle.

POCSI.

Pocsi es distrito de la provincia de Arequipa; pero se halla ya fuera del valle, casi en la sierra.

Ya en esas tierràs se siente, fría, deprimente y triste, la influencia de la altura. Se empieza á ver que es ruda la vecindad muy inmediata de los formidables colosos.—La tierra seca, es allí fría y muerta, más que en parte alguna. El aire es delgado y cortante. La vegetación, escasa y tímida. Hace mucho frío. La puna está cerca.

¡Qué diferencia entre estas pobres tierras, y aquel ancho valle del Chili, tibio y perfumado que, allá abajo, sonríe al sol!

Pocsi tiene 1,659 habitantes. Por este distrito limita la Provincia de Arequipa con la de Moquegua.

VITOR.

A doce leguas de Arequipa, se encuentra el valle de Vitor,—formado por el río Chili que, unido al río de Yura y á algunos riachuelos, ha salido ya del gran valle de Arequipa.

Corre el valle de Vitor de N. O. á S. O. Su longitud es de 30 millas. En su mayor anchura, puede tener, hasta 1,500 metros, siendo ella por término medio, de 600 á 700 metros.

Está unido á Arequipa, por el ferro-carril que pasa á Mollendo, á una legua de distancia de la cabecera del valle, donde hay una estación,

Fué Vitor uno de los primeros valles cultivados por los españoles, que en él plantaron viñas. Cuando en 1556, el Ayuntamiento de Arequipa, distribuyó tierras á algunos vecinos, el valle de Vitor era montuoso, y se hallaba habitado por muy pocos indios.

Cuenta un cronista que, en 1579, ya habían viñas para vendimiarse. Desde entonces no dejó de aumentar el cultivo de las viñas, llegando á ser Vitor, en el siglo pasado y á principios del presente, uno de los valles más ricos del departamento de Arequipa.

Al presente está en gran decadencia. Muchas de las viejas y nobles cepas, han sido arrancadas, para sustituirlas con cultivos más humildes. Puede calcularse, según informes dignos de crédito, que la producción de Vitor es hoy, aproximadamente, de 10,000 quintales de vino y de 7,000 de aguardiente. Además, se cultivan en este valle, el maíz, el trigo, legumbres, raíces, etc.; los frutos todos de los países tropicales se dán ó pueden darse abundantes en él.

Los cerros del valle de Vitor abundan en sulfato de cal, en formación, generalmente.

Tiene Vitor 1,276 habitantes.

YURA.

Una mañana de Noviembre salimos de Arequipa, en dirección á los famosos baños de Yura.

La mañana estaba hermosa, la campiña radiante, el cielo azul, y el corazón contento.

Nuestro mes de Noviembre tiene alegrías hasta para los más tristes.

El tren se puso en movimiento, ruidoso y brillande, impaciente de lanzarse, como potro no bien domado. que tasca el férreo freno.

Pasamos el gran viaducto de hierro, de 1,600 piés de extensión, que corta el Chili, y apenas al cabo de él, el tren, hasta entonces contenido, lanzando poderosos re-

soplidos, libre de frenos y de breques, rompió en violenta carrera.

Á un lado y otro de la vía, la campiña brillaba húmeda y fresca.

Los trigos de Noviembre ondulaban suavemente, inclinadas las flexibles cañas al dulce peso de la espiga casi madura.

En la yerba alta y ya en flor, veíase pacer vacadas y rebaños de corderos, que miraban pasar el tren con ojo inquieto. Corríamos hacia el N. O., buscando flanquear la cordillera por donde fuera menos empinada y soberbia; cuando, de pronto, la campiña cesó bruscamente, y comenzó la árida llanura gris.

El contraste es violento. No hay transición alguna que lo prepare.

En la misma línea en que termina el campo, verde, fresco y perfumado, comienza el desierto brusco, absoluto.

No va desapareciendo lentamente la vejetación, sino que, de improviso, queda suprimida.

De un lado, respiran suavemente, mieses engreídas de su aroma y de su fruto. Del otro lado, junto á ellas, padece sed la pobre tierra seca, disgregada, muerta.

Y esa orla de verdura fresca y húmeda, debe ser la ilusión y el tormento de la pampa sedienta, que la toca con sus labios secos y ardientes.

Ya no vemos, por toda vegetación, sino las ramas secas de esa planta de hojas gruesas y de florecillas amarillentas, que en el país se llama *mancapaqui*. Esas plantas brotarían, probablemente, el pasado verano, cuando las lluvias refrescaron aquel pobre suelo que no tiene la gloria de producir flores.

Comienzan ahora los *espinos*, los *cactus candelaria*, como les llama nuestro amigo el Sr. Juan L. de Romaña.

Escalando todas las colinas, bajando á todas las quebradas, por todas partes se levantan, erguidos, rígidos, descarnados, los heróicos espinos, á los que nada desalienta, que se derraman, siempre mudos é impasibles, como ejército taciturno, disperso por las montañas.

El espino, como todos los séres que viven en la lucha, es sobrio, severo y triste; no puede darse la alegría de tener un espléndido ramage; pero le basta el lijero aliento de humedad que le deja la brisa al pasar, para vivir una vida poderosa y ardiente; pruébalo la roja flor que de vez en cuando lanza á la luz, y que brilla con todo el fuego del corazón oculto entre las fibras del noble y austero vegetal.

Esa flor, esa nota roja y espléndida, en esas soledades grises y muertas, hace el efecto de una nota de alegría, de una palpitación juvenil, de una mirada brillante.

Yo he visto arder, para transformarlos en carbón, los viejos troncos de los espinos, y en el humo que selevantaba, parecíame, que el pobre leño enviaba al cielo, los pálidos recuerdos de sus rocas y sus arenas y de sus flores rojas ó áureas!

Seguíamos subiendo.

Alcanzábamos ya las primeras estribaciones de la cordillera.

El Misti parecía volvernos la espalda, ceñudo.

En cambio, el Chachani brillaba y se erguía con arrogancia infinita.

El terreno subía en ondulaciones empinadas y violentas, como si fueran grandes olas de un mar de tierra, y de peñascos, empujado contra la mole inmensa de la cordillera, por alguna convulsión del planeta.

Ya no se veía Arequipa.

En cuanto la vista alcanzaba, no se veían sino montañas á lo lejos, y en torno, colinas, gargantas, lechos pedregosos y secos de torrentes, sedimentaciones y rocas gigantezcas; y todo revuelto, atormentado, todo bruscamente interrumpido, la colina por la garganta, la sedimentación por el peñasco, tierra volcánica en que todo es colosal y salvaje, ruda avanzada de la cordillera en que se halla terriblemente impresa la mano brutal y sublime del cataclismo.

Los lechos secos de los torrentes descendían bruscos y rápidos, mostrando que el agua deben bajar por

ellos violenta, despeñada, á saltos, turbia, buscando, desmelenada y rugiente, algún paraje manso en que reposarse y depositar un poco de buena tierra vegetal, en la que arraigará, tal vez, alguna planta, y tal vez llegará á sonreir alguna flor.

El tren, agitado y brillante, pasaba por aquella región con metálico estrépito de martilleo, de frotaciones ásperas, de crugidos y sofocaciones.

Su negro penacho de humo subía vencedor de colina [redacted] en colina; desplegado al viento, como saliendo de la cimera de algún gigante cubierto de acero, enemigo y domador de la montaña salvaje.

Después de hora y media de marcha, la estación de Yura apareció á nuestra vista. Compónenla unas pocas casitas, entre las que bate su plomiso ramaje algún eucaliptus.—Suelen encontrarse en ella, algunas hermosas niñas que vienen de los baños, á veces también se vé alguna, muy bella y pálida, que sufre de mal de anemia, y que ha ido á buscar en el poderoso y rojizo manantial de fierro, glóvulos rojos para su sangre empobrecida.

Se halla esta estación en una pequeña esplanada, rodeada de altos cerros y de la que se desciende, por el lado del Oeste, hácia los baños de Yura.

Estrecha, profunda, inmensamente dominada por altísimas murallas de rocas, es la quebrada de los "Baños"; parece una grieta colosal, abierta por algún terremoto que partió en dos la montaña.

Al romperse la montaña, de sus entrañas brotaron humeantes, turbias, acres, saturadas de gases, amarillentas y bravas, las aguas minerales y termales; las sulfurosas, hediondas y empañadas; las del fierro inodoras y de fondo rojizo.

De su comunicación con el fuego, de su paso por los senos ardientes de la cordillera, traen estas aguas condición bravía y misteriosa, son tan poderosas para dar la vida como para dar la muerte; obran profunda y

enérgicamente sobre el delicado organismo del hombre. Son sagradas y terribles. No se debe jugar con ellas.

La quebrada, por lo demás, tiene su belleza triste y romántica. Le dá rumor el arroyo que corre por en medio de ella. Algunos arbolillos y matas de altas yerbas, crecen y se agarran por entre las asperezas del terreno. Una faja de verdura la corta perpendicularmente, al fin. Y allá, á lo lejos, en la altura, junto á los cielos, asoma, amenazante, resplandeciente de blancura, sublime, un pico del Chachani.

No hay como expresar el brío, con que ese colosal diente blanco se alza detrás de las colinas pardas, venciéndolas, humillándolas.

Hay en los baños de Yura, un pequeño hotel, bastante aseado y construído con las condiciones apropiadas para el clima del lugar. Además, hay tres pequeñas casas que se arriendan por cuenta de la Municipalidad de Arequipa, y un hospicio para pobres.

Una de esas casas, la que se halla inmediata á los pozos de las aguas sulfurosas, fué mandada construir por el cura de la catedral de Arequipa, don Luis García Iglesias.

El hospicio y la capilla, se deben al español don José Nodal. Era este, hombre, muy virtuoso y respetable. «Habiendo progresado en su trabajo, dice una crónica, este hombre beneficioso y caritativo, levantó el edificio de los baños de Yura. Trataba su cuerpo con gran desprecio, á imitación del gran padre de los pobres, San Juan de Dios. Nunca estaba más contento, que cuando se veía rodeado de los pobres, y Dios aumentó su fortuna, para que no le faltase, para dar á los desgraciados. De día trabajaba como el más robusto jóven, y de noche, después de la oración, se dedicaba á dar consuelo á sus enfermos. Vivía popremente, en un cuarto sin muebles, casi sin abrigo».

¡Qué suave aroma de virtud cristiana se desprende de estas lineas! Imagínese uno, despues de leerlas, la figura simpática y venerable del caritativo varón, cuya gloria era hacer el bien.

Sus restos están enterrados en la capilla, que él hizo construir. Hasta ahora existen las paredes del cuartito en que vivía, y que era conocido con el nombre de la «Ermita». Está edificado en una peña que se asoma sobre el riachuelo, en un sitio agreste y triste. Se comprende que allí los pensamientos brotan, naturalmente, apacibles y buenos.

Las aguas sulfurosas se hallan encerradas en un edificio de cal y canto, en el cual hay cuatro pequeños pozos, de dos metros de largo por uno y medio de ancho. Ojos distintos proveen á cada uno de estos pozos, que se conocen con los nombres de *Tigre, Végeto, Sepultura y Azufre.*

A propósito de estos nombres, dice el señor Raimondi:

«El nombre de Tigre parece debido á que su agua, tiene la temperatura más elevada y también, hallándose más saturada de ácido carbónico, produce un cierto escosor en el cuerpo de las personas de cutis delicado. El nombre de Végeto, se ha dado á otro baño, porque su agua tiene un color blanquizco, debido á un poco de azufre hidratado, que se halla en suspensión y que á la vista, asemeja al color lechoso de una disolución de acetato de plomo basico que vulgarmente llaman végeto. El tercer baño, ha recibido el nombre de Sepultura, por su profundidad, siendo el más hondo de todos. Por último, al cuarto se llamó Desagüe, porque por él desaguan también los otros baños.»

«Las aguas ferruginosas, dice el mismo Sr. Raimondi, las aguas ferruginosa forman también numerosos manantiales, de los que, la mayor parte salen á la superficie en medio de un terreno pantanoso, cubirto de grama. Para bañarse, hay dos pozos encerrados en un edificio de cal y piedra. Estos dos pozos, tienen metros 1.82 de largo, metros 1.80 de ancho y metros 0.96 de profundidad. En el mismo pozo, se ha construido un asiento de piedra, para los enfermos.

«Los habitantes de los lugares inmediatos, no conociendo la composición química de estas aguas y juzgando tan solo por la diferencia de temperatura, de los

diferentes manantiales, atribuyen al agua de cada ojo virtudes especiales, aplicándoles, diferentes nombres, tales como: los de *agua nueva*, *agua de ojos*, *agua de muelas*, *agua para el estómago*, *etc.* Más el minucioso análisis que se ha practicado, ha hecho conocer, que todas las aguas sulfurosas conocidas con el nombre de *Tigre*, *Végeto*, *Sepultura*, *Desagüe*, *Agua nueva*, *etc.*, pueden reducirse á dos principales, las que son: **Tigre y Végeto.** Estas dos aguas, aunque, por lo que toca á las materias fijas, tienen una composición casi idéntica, pueden sin emhargo tener propiedades muy distintas, tan solo, por la diferente proporción de los gases que tienen en disolucion. Así por ejemplo, el agua del pozo llamado Végeto, está más cargado de gas sulfhídrico y por consecuencia, deberá preferirse en la curación de las enfermedades cutáneas; mientras que el agua del Tigre, estando más cargado de ácido carbónico, dará mejores resultados, en la curación de los reumatismos.

«Todas las demás aguas de azufre, no son sino modifiaciones de estas dos, las que juntándose con algunas infiltraciones de agua fría común, se desvirtúan, disminuyendo su temperatura y la cantidad de las materias minerales que tienen en disolución.—Así, el agua del pozo que llaman Sepultura, no es más que el agua del Tigre, mezclada con un poco de agua común, que sale de una pequeña vertiente que hay en el fondo del baño. El agua del pozo llamado desagüe, es la misma del Végeto, desvirtuada con una mezcla con el agua común. El agua situada á un lado de los baños y conocida con el nombre de Agua nueva, tiene casi la misma composición que la del Tigre, con la diferencia, que tiene ménos ácido carbónico.

«Lo mismo sucede con las aguas ferruginosas; todos los diferentes pozos conocidos con los nombres de Agua de muelas, Agua de ojos, etc., no son más que la misma agua, mezclada con agua fría común. El pozo en que se bañan y el pozo exterior del que toman agua para las enfermedades del estómago, tienen una composición casi idéntica, coms se puede juzgar por el resultado de los análisis practicados. Advertiré sin embargo, que si se toma el agua para uso interno, del pozo en donde se bañan, se deberá recoger el agua del mismo manantial, situado en el piso del baño, cuando este último esté vacío; porque cuando el baño está lleno y el agua esté agitada por las personas que se bañan, la proporción

de fierro que contiene es muy pequeña. Esto es debido, á que casi todo el fierro se precipita al estado de óxido, desprendiéndose, por el contacto del aire y la agitación del agua, una gran parte del ácido carbónico, que tenía en disolución el fierro al estado de bicarbonato.

«Como juzgo, que esta agua puede ser muy útil como remedio interno y que podrá ser recetada por los médicos de otras partes del Perú, haré presente, que si se quisiera recoger esta agua en botellas para enviar á otros lugares, se deberá tener cuidado de llenar y tapar las botellas debajo de la misma agua, evitando de esponer el agua al contacto del aire, para que no se desprenda el ácido carbónico, á favor del cual se halla en disolución el fierro. Mucho mejor sería todavía, si se pudiera por medio de un aparato á propósito, cargar artificialmente de ácido carbónico el agua contenida en las botellas, aprovechando para esto del mismo ácido carbónico que se desprende en abundancia sea del agua del Fierro ó del Tigre.»

Del valor medicinal de estas aguas, dará clara idea el siguiente, importante trabajo, que debemos á la ilustración del Sr. Dr. D. Luciano Bedoya:—

"Aguas termales de Yura".

POR EL Dr. D. LUCIANO BEDOYA.

A indicación del Dr. D. Jorge Polar, he escrito la siguiente sinópsis de las «Aguas termales de Yura»,—Siento no haber dispuesto de bastante tiempo, para arreglar, convenientemente, mis notas sobre la acción terapéutica de estas aguas; pero me he visto limitado, también, en esta labor, atendiendo á la índole de este libro, pues, una monografía, quizá no le convenga por su lata extensión.

Las aguas de Yura, distan de esta ciudad siete leguas, camino que se hace hoy en ferrocarril hasta el

punto denominado "Estación de Yura", de allí, hay que hacer á pié, un camino, como de milla y media, mas ó menos, hasta el punto en que están las fuentes termales

Dichas aguas se encuentran situadas en en una pequeña y angosta quebrada, bañada por un arroyuelo que tributa sus aguas al río de Yura.

Aunque el agua de los diferentes manantiales, presenta caracteres físicos distintos, según el análisis practicado por el distinguido naturalista doctor don Antonio Raymondi, así como el de los sabios señores Tadeo Hahenke, Mariano E. de Rivero y doctor don Pedro M. Dunglas, se puede decir que su composición es semejante, y por lo tanto darles un mismo origen.

Sin embargo de esta composición tan análoga, las aguas termales de Yura, pueden dividirse en dos secciones: aguas sulfurosas y aguas ferruginosas. Llama mucho la atención, que en un pequeño perímetro, se encuentren la mayor parte de los tipos de las aguas termales; pues en otros lugares, siempre hay uno ó dos de estos tipos; pero no en el número y calidad de los de Yura. Las aguas sulfurosas se distinguen por la presencia de cierta cantidad de gas sulfihídrico y las de fierro, por su mayor proporción de esta sustancia.

En las aguas sulfurosas, llama la atención ver reunidos en ellas, los elementos de las aguas acídulas bicarbonatas; de manera, que se podrían llamar—*Aguas sulfurosas bicarbonatadas sódico calcareo magnesianas.*

Las aguas de fierro, pertenecen al grupo de las *Aguas ferruginosas bicarbonatadas.*

Las aguas sulfurosas, salen á la superficie del terreno, por diferentes ojos: cuatro de ellos, se hallan encerrados en un edificio de piedra en el que se han construido cuatro pozos, que sirven para bañarse. Estos pozos, tienen casi dos metros de largo, por uno y medio de ancho. La profundidad varía entre 0.93, á 1.43.

Estos diferentes pozos, se conocen con los nombres de *Tigre, Végeto, Sepultura y Desagüe.*—El nombre de Tigre, parece debido á que su agua tiene la temperatura más elevada, y hallándose también más saturada de ácido carbónico, produce ruido al desprenderse el gas en la superficie del agua, y escosor en el cuerpo de las personas de cutis delicado. El nombre de *Végeto*, se ha dado á otro baño, porque su agua tiene un color blanquisco, debido á un poco de azufre hidrotado, que se halla en suspensión y que á la vista se asemeja al color lechoso de

una disolueión de acetato de plomo básico que vulgarmente se llama véjeto. El tercer baño, ha recibido el nombre de *Sepultura*, por su profundidad que es de 1.42 superior á la de los demas. Por último el cuarto se llama *Desague*, porque en el se reunen y desaguan los otros baños.

Las aguas ferruginosas, forman también numerosos manantiales, de los que, la mayor parte salen á la superficie en medio de un terreno pantanoso, cubierto de grama (*Triticum repens*). Para bañarse hay dos pozos encerrados en un edificio de cal y piedra. Estos dos pozos tienen metros 1.82 de largo, 1.80 de ancho 0.96 de profundidad.

Son tantos los manantiales que hay en el fondo de la quebrada, que los habitantes del lugar, sin apreciar sino la temperatura de ellos, les han dado nombres distintos, ignorando su composición química, atribuyéndoles propiedades distintas, tales como los de *agua nueva, agua de ojos, agua de muelas, agua para el estómago, etc.*

Aguas sulfurosas.

POZO DEL TIGRE.

Este pozo tiene una agua transparente, de sabor lijeramente salobre y acídulo. Su temperatura es de 30°9 del termómetro centígrado á diferentes horas del día y de la noche, variando la de la atmósfera de 12° á 20°.

El peso específico de esta agua es de 1.001,284.

En este pozo hay varios puntos en donde sale del suelo una gran cantidad de ácido carbónico, el que viene á desprenderse con ruido en la superficie del agua, de manera que esta última parece en continua ebullición. Hay también desprendimiento de gas sulfihídrico, el que se reconoce por su olor característico de huevos podridos.

El agua de este pozo está muy saturada de ácido carbónico, de modo que, si se agita, el gas se desprende con fuerza y toma el agua un color blanquesino, debido

á infinidad de burbulitas de gas, como sucede cuando se vacía una botella de vino de Champaña.

Cuando el pozo no está lleno, es peligroso bañarse, por la acumulación de gas ácido carbónico, que se desprende en gran abundancia á la superficie del agua, y siendo más pesado que el aire, queda encerrado en la cavidad del pozo como en un depósito; y como las personas que se bañan se sumergen enteramente en el agua, dejando afuera solamente la cabeza, ésta queda en una atmósfera de ácido carbónico, el que no tarda en producir vértigos y aún la asfixia sino se les socorre pronto. Cuando el baño está lleno, el gas ácido carbónico, no puede acumularse.

RESULTADOS DADOS POR EL ANÁLISIS CUANTITATIVO DEL AGUA DEL POZO DEL TIGRE.

Peso específico del agua....................1.001,284

MATERIAS GASEOSAS.

Calculadas al estado seco, á la temperatura de 0° y á la presión de 760 mm.

GASES QUE SE DESPRENDEN DE LA SUPERFICIE DEL BAÑO.

Un litro se compone de:

Ácido carbónico........................	*litros*	0.948,746
Gas sulfihídrico........................	»	0.000,098
Oxígeno..	»	0.006,601
Azoe..	»	0.044,555
		1.000,000

GASES DISUELTOS EN EL AGUA.

Un litro de agua contiene:

Ácido carbónico........................	*litros*	0.538,577
Gas sulfihídrico........................	»	0.000,480
Oxígeno....................................	»	0.000,480
Azoe..	»	0.002,100

MATERIAS FIJAS.

Un litro de agua contiene:

Bicarbonato de magnesia......	*gramos*	0.463,027
Id. de cal................	»	0.215,029
Id. de soda..............	»	0.274,887
Id. de protóxido de fierro.........	»	0.006,386
Cloruro de sodio..................	»	0.107,746
Silicato de soda....................	»	0.010,080
Id. de cal......................	»	0.194,533
Alumina................................	»	0.048,000

POZO DEL VEGETO.

El agua de este pozo tiene un color blanquecino, debido á una pequeña cantidad de azufre muy dividido que se halla en suspensión. Su olor es el de los huevos podridos, que es característico al gas sulfihídrico que contiene en disolución. Este olor se percibe con más intensidad, cuando se sacude un poco de agua en un pomo cerrado y se huele en el acto de abrirlo.

El sabor de esta agua es dulcete, lijeramente acídulo y además desagradable por el gas sulfihídrico que contiene.

La temperatura de esta agua es algo variable y habiendo sido medida en diferentes horas, se obtuvo una temperatura, que varía entre 27° 5 y 29° 6 del termómetro centígrado.

RESULTADOS DADOS POR EL ANÁLISIS CUANTITATIVO DEL DEL AGUA DEL POZO DEL VÉGETO.

Peso específico del agua.................. 1.000,907

MATERIAS GASEOSAS.

Calculadas al estado seco, á la temperatura de 0° y presión de 760 m^m.

GASES QUE SE DESPRENDEN Á LA SUPERFICIE DEL AGUA.

Un litro de estos gases se compone de:

Ácido carbónico	*litros*	0.866,201
Gas sulfihídrico	»	0.000,235
Oxígeno	»	0.026,402
Azoe	»	0.117,162
	Litros	1.000,000

GASES DISUELTOS EE EL AGUA.

Un litro de agua contiene:

Ácido carbónico	*litros*	0.458.464
Gas sulfihídrico	»	0.002,142
Oxígeno	»	0.000,458
Azoe	»	0.002,290

MATERIAS FIJAS.

Contenidas en un litro de agua:

Bicarbonato de magnesia	*gramos*	0.448,070
Id. de cal	»	0.224,742
Id. de soda	»	0.267,624
Id. de protóxido de fierro	»	0.008,000
Cloruro de sodio	»	0.178,784
Silicato de soda	»	0.024,400
Alumina	»	0.009,000
Silicato de cal	»	0.185,600

No se dá el análisis del agua de los pozos de la *Sepultura y Desagüe*, porque en la primera desagua la del pozo de Tigre y en la segunda la del Végeto.

Aguas ferruginosas.

Bajando por la misma quebrada, á mas de seis cuadras de los baños sulfurosos, se encuentran otros manantiales de agua termal, conocidos en el país con el nombre de *agua de fierro.*

El agua del pozo en donde se bañan, cuando no es agitada, es clara, transparente; pero tan luego como empiezan á bañarse, se enturbia, removiéndose el óxido de fierro que se halla depositado en el fondo del pozo. El agua de este baño, cuando está un poco turbia, aparece, vista en masa, de un color verdoso.

Su sabor es estiptico y metálico, asemejandose un tanto al de la tinta de escribir. Esta agua no despide olor sensible.

El peso específico del pozo en que se bañan es de 1.002,670.

La temperatura del agua cuando el pozo está lleno es de 32° 6 del termómetro centígrado; pero si se mide la temperatura en el mismo manantial, cuando el pozo está vacío, entonces se encuentra una temperatura de 33° 9.

Las paredes del pozo se hallan revestidas de una materia roja ocrácea, formada de óccido de fiero, carbonato de cal y magnesia.

ANÁLISIS CUANVITATIVO DEL AGUA FERRUGINOSA DE YURA, TOMADA DEL POZO EN QUE SE BAÑAN.

Peso específico del agua.................. 1.002,670

MATERIAS GASEOSAS.

Calculadas al estado seco, á la temperatura de 0° y presión de 760 m^m.

GASES QUE SE DESPRERDBN Á LA SUPERFICIE DEL AGUA.

Un litro de estos gases se compone de:

Ácido carbónico........................	*litros*	0.908,099
Oxígeno..................................	»	0.002,023
Azoe..	»	0.008,878
	litros	1.000,000

GASES DISUELTOS EN EL AGUA.

Ácido carbónico......................	*litros*	0.513,047
Oxígeno........................	»	0.002,688
Azoe..	»	0.010,752

MATERIAS FIJAS.

Contenidas en un litro de agua:

Bicarbonato de magnesia......	*gramos*	0.650,789
Id. de cal..............	»	0.241,570
Id. de soda............	»	0.098,440
Id. de protóxido de fierro................................	»	0.088,000
Cloruro de sodio....................	»	0.463,617
Silicato de sal......................	»	0.252,002
Alumina, cantidad apenas sensible........		

Posteriormente á este análisis, el Sr. Raymondi, descubrió, mediante el espectómetro, la existencia de una pequeña cantidad de litina,.

Hace cinco años, más ó menos, que apareció una vertiente nueva, en el trayecto del pozo del fierro al pueblo de la Calera, llamando mucho la atención, tan to por la cantidad dd agua, así como por su sabor y temperatura.

De las investigaciones hechas por el infrascrito, para conocer su composición, resultó, que es una vertiente ferruginosa fría de inestimable valor.

El color del agua es trasparente, sin olor sensible, sabor extíptico menos pronunciado que el de agua ferrujinosa del pozo en que sebañan. La temperatura de 16° centígrados, el peso específico, 1.010,572.

Hecho el análisis cuantitativo, resultó contener las materias tanto gaseosas como fijas de la misma calidad del agua del pozo en que ahora se bañan, pero en cantidad mucho menor, encotrándose aumentado el cloruro de sodio. En nuestra opinión es una vertiente desviada de agua ferruginosa, que en su curso se ha unido á una porción de agua común, lo que desminuye la temperatura á 16° y ha aumentado la proporción del cloruro de sodio.

He tomado la descripción de este lugar, así como los cuadros de análisis del folleto del señor doctor don Antonio Raymondi, por encontrarlo en todo coformes, con el

estado actual de Yura, pareciédome inoficioso alterar nada, tanto en la forma como en la parte analítica.

No creo necesario entrar en la apreciación de la acción fisiológica de las aguas termales sulfurosas y ferruginosas, por ser una materia tan conocida por los hombres de ciencia, y por la naturaleza de este pequeño trabajo. Dado el análisis cuantitativo de una agua termal, hay que referirse á su temperatura y composición química.

Las indicaciones terapéuticas, también se desprenden de su composición. La hidrologia médica, ha hecho en la mitad última de este siglo, progresos que están á la altura de la perfección de los conocimientos científicos actuales.

Entrar en minucioso detalle de cada uno de los casos clínicos, que se han tratado con estas aguas, sería materia muy extensa para consignarla en una sinópsis de las aguas termales de Yura, Baste decir, que vienen siendo aplicadas, desde tiempo inmemorial y que, su crédito muy merecido, está sancionado por millares de enferque han obtenido la salud.

Las enfermedades que se han tratado empíricamente con estas aguas son las siguientes; (tomando para su narración el órden alfabético).

Acne, *Amenorrea*, *Anemia*, *Angina glandulosa crónica*, *Artritismo*, *Ataxial ocomotriz*, después de haber cesado los dolores fulgurantes. *Atonia*, *Caquexias* de las cloroanémicas, palúdica y escrufulosa, *Clorosis*, *Dartros*, *Dermatosis*, *Dispepsia* simple y atónica, *Escrófula* en sus tres períodos, *Esterilidad*, Enfermedades del estómago, atonia gastralgia, y gastritis crónica, *Neural gia*, *Ozena*. Han mejorado algunas *parálisis Reumatismo*, *Rinitis crónica*, *Sífilis*, *Accidentes cutáneos*, *Metritis crónicas*, Afeciones antiguas en la vejiga urinaria en los anémicos, *Blenorragia crónica*, *etc.*, *etc.*

En los baños de Yura, tanto en las fuentes sulfurosas come ferruginosas, hay un edificio de cal y piedra, que sufrió mucho con el terremoto de 1868, viniéndose al suelo la mayor parte. Todo el edificio lo construyó á sus expensas el señor don José Nodal y Nogüero (español) en 1834, legándolo para el uso de los pobres.

Una empresa que tomara estos baños, lo que urgentemente tendría que hacer, es constituir un Médico en este lugar, tanto para que atienda á los enfermos en sus dolencias, como para que dirija la aplicación de las aguas como tratamiento terapéutico.

Hay extensísimo terreno, para hacer nuevas construcciones sujetas á las prescripciones que la ciencia aconseja en establecimientos de este órden. Además se puede convertir este lugar, no solo en buena estación termal, sino en sitio de recreo, con la plantación de árboles, buenas alamedas y jardines. La sola explotación del agua de fierrro, es una magnífica empresa.

SIGUAS.

El valle de Siguas, distante 22 leguas de Arequipa, tiene de 14 á 15 de extensión. Su anchura, por término medio, se calcula en 400 metros.

Produce este valle, alfalfa en abundancia, que sirve para envernar ganado que se consume en Lima y Arequipa. Otro de sus productos más importantes, es el trigo. Además, hay en él, alguna hacienda en que se cultiva la vid.

La población del valle de Siguas, agregado hace poco, á la provincia de Arequipa, es de 500 habitantes próximamente.

TERCERA PARTE.



La ciudad.

CAPITULO I.

Fundación de Arequipa.

De la fundación de Arequipa se ocupa el siguiente estudio, obra del distinguido y laborioso escritor Sr. Dr. D. F. Javier Delgado. El Sr. Delgado ha hecho un importante servicio á la ciudad de su nacimiento, fijando la época y demás circunstancias de su fundación, que hasta ahora no eran bien conocidas.

LA FUNDACION DE LA CIUDAD DE AREQUIPA

POR

F. JAVIER DELGADO.

Asunto de interés para los hijos de Arequipa y para la historia nacional es el de averiguar lo cierto acerca de la fundación de esta ciudad, cuna de tantos hombres ilustres, y á la que, por su importancia y poderoso influjo en los destinos del Perú, corresponde lugar después de la capital, y el primero tal vez por otros muchos motivos.

Animado del deseo de conocer los antecedentes históricos de mi país natal he estudiado la cuestión propuesta, hasta quedar satisfecho, y á invitación de mi estimable amigo el reputado poeta y literato Dr. Jorge Polar, Director de la Biblioteca pública y redactor de los *Anales de Arequipa*, me he resuelto á dar á luz el fru-

to de mis labores, para su inserción en la interesante obra titulada *Arequipa* que como prólogo de aquella ha escrito.

Estudiando el asunto en los historiadores de la época de la conquista, y en los que vienen repitiendo hasta nuestros días lo que bebieron en las obras de aquellos, no quedé complacido, porque no concuerdan todos en la relación de los hechos.

El Iltmo. Sr. Dean del Cabildo Eclesiástico de Arequipa, Dr. D. Juan Gualberto Valdivia, de inolvidable y grato recuerdo, parece que hubiese dicho la última palabra á cerca de la fundación de esta ciudad, en su obra titulada *Fracmentos para la historia de Arequipa* 1847, porque indudablemente estuvo en posesión de algunos documentos fidedignos; pero, por causas que no me explico, amalgamó el contenido auténtico de éstos con los datos que le suministraran la tradicion y los historiadores, no siempre bien informados, y se apartó de lo cierto, en algúnas cosas, quedando en pié la creencia general de que D. Pedro Anzures de Campo-redondo, esforzado capitán entre los que ayudaron á Francisco Pizarro, á la conquista del país, fundó la ciudad de Arequipa.

Más, con motivo de ser ya once años secretario del H. Concejo Provincial, registré el archivo del antiguo Ayuntamiento, y allí, rectificando mis conceptos, he podido convencerme de que el verdadero fundador de esta ciudad fué el magnífico Sr. *Garcí Manuel de Carvajal,* por especial comisión de Pizarro, siendo la fecha exacta de la fundación el 15 de Agosto de 1540.

Bastaría para probar mi aserto el acta respectiva; pero me propongo además dar á conocer otros documentos que con ella se relacionan, y rectificar, con el mérito que ellos arrojan, los errores históricos que he podido notar; y, aunque parezca inoportuno, daré también otros documentos que hacen el honor histórico de Arequipa.

Procederé con el mejor órden posible.

AREQUIPA INCÁSICA.

Para conocer la existencia de Arequipa desde la más remota antigüedad, no hay otras fuentes que las obras de los historiadores españoles. Sintetizado y reproducido lo dicho por éstos en las de los modernos, no tengo necesidad de cansar la atención de los lectores con

muchas citas, lo que parecería alarde de vana erudición: sino reproducir de éstos lo indispensable al fin que me propongo.

El Iltmo. Sr. Valdivia, en su obra citada, dice:— «Cómo la historia de los Incas es muy incierta en cuanto á las épocas de la fundación de la Monarquía del Perú y el reynado de cada Inca, parece que Mayta-Capac, cuarto inca, después de haber sujetado las Provincias de Chumbibilcas, Parinacochas, Condesuyos y Collaguas, llegó al suelo de Arequipa hácia el año de 1170, de paso para el Cuzco. Se dice que á sus acompañantes les agradó el país y le pidieron al Inca permiso para quedarse; y él les contestó *Aré, quepay*, que quiere decir: *Sí quedaos.* Esta es la etimología que al nombre de Arequipa le dá Calancha (1); pero el Padre Blas Barela (2), según Garcilazo de la Vega, lib. 3°. cap. 9°. de los Comentarios, dice que *Arequipa* significa *trompeta sonora.* Los Capitanes del Inca sacaron de las provincias conquistadas 3000 familias y con ellas fundaron los pueblos de la Chimpa, Chimba ó Yanaguara, el de Cayma y el de Tiabaya y sacaron del río llamado Chilo, Chile ó Chiri las acequias conocidas hoy con los nombres de Antiquilla y Acequia-Alta. Fundaron también los pueblos de Chiguata, Paucarpata, Soccahuaya, Saracato y algunos otros pagos. Yanaguara fué poblado por indios de la provincia de Collaguas. Capac-Yupanqui 5° Monarca halló poblados los valles de la Costa de Arequipa, lo que prueba que Arequipa no se pobló por los indios de miedo á sus volcanes, ó que si fué poblado en la antigüedad, fué destruida la población por el Volcán de Arequipa, lo cual es más probable si se atiende á las tradiciones antiguas y á la cantidad de materias volcánicas que cubren el suelo de Arequipa en sus alrededores.»

Como se vé en el párrafo copiado, se fija la fundación de Arequipa, por Mayta-Kcapac, en el año de 1170: pero el Sr. D. José Fernandez Nodal y Noguerol, arequipeño, uno de los peruanistas más notables, autor del árbol genealógico de la dinastía de los Incas en el Imperio Tahuantisuyo, de la que parece se creía descendiente, la fija en el año de 1134. Dicho señor como pa-

(1) El Padre Calancha.— Crónica moralizada de la Orden de San Agustín, libro III, capítulo XXX.

(2) Varela, según otros historiadores.

ra perpetuar ese recuerdo, ideó un sello ó escudo de armas, simbólico de Arequipa, cuyo *cliché* remitió al Sr. D. Francisco Ibañez, de Europa á esta ciudad, y se vé impreso en la lámina adjunta.

En opinión del sabio naturalista Sr. D. Antonio Raymondi, consignada en su obra *El Perú*, el primer conquistador que visitó el valle de Arequipa, y que podría llamarse el descubridor, fué Diego de Almagro, en 1537, á su regreso de la conquista de Chile. Prescott al hablar del regreso de Almagro, de su infructuosa expedición á Chile, para dirijirse al Cuzco, dice, que se detuvo ese conquistador *en la antigua ciudad de Arequipa*, y fija este hecho entre los años 1535 y 1537; afirmando que Almagro entró en el Cuzco el 8 de Abril de 1537.

Pero el Iltmo. Sr. Valdivia en su obra citada dice: —«Para honra y gloria de la Religión cristiana, debemos decir que hácia el año de 1535, con los primeros españoles que se alojaron en Collasuyo, que después se llamó San Lázaro, vino el padre dominicano Fr. Pedro de Ulloa, que fué uno de los siete primeros religiosos domínicos que vinieron con Francisco Pizarro á la conquista del Perú, como puede verse en Melendez.........Fué el primero que hizo resonar la voz del Evangelio los pueblos de Yanaguara y Cayma» En otro lugar dice:—«El Convento de San Pablo de Predicadores principió de cierto modo desde 1,535 con existencia de Fr. Pedro Ulloa, primer ministro que evangelizó y convirtió á los indios de Yanaguara, Cayma, Tiabaya, Paucarpata y Chiguata.»

«Por el tenor de los párrafos trascritos de la obra del Iltmo. Sr. Valdivia, puede creerse que tuvo á la vista la del P. Travada, que titula *El suelo de Arequipa convertido en cielo*, en la cual se ven los mismos datos históricos, y la del R. P. Fr. Angel Vicente de Zea, titulada *Clave alfabética de lo contenido en diez protocolos que componen el archivo del Convento de Predicadores de Arequipa*, de cuyo prólogo copio lo siguiente:

«No he encontrado razón fija del tiempo en que los conquistadores llegaron á esta ciudad. Lo común es, que fué el año de 1535, y sería el 17 de Diciembre, día en que el Calendario Romano celebra á San Lázaro, por lo que pondrían este nombre á la capilla que formaron en aquel sitio.»

«Allí por lo pronto se acomodaron en las chozas de los indios, y allí fué donde dió principio á su ministerio apostólico el Padre Fr. Pedro Ulloa, uno de los siete pri-


AREQUIPA.
Á MAYTA KCAPAC ERECTA A·D·1134

meros religiosos de nuestro orden que vinieron con D. Francisco Pizarro á la conquista de este reino».

«Este religioso empezó la fundación de este Convento en el año de 1535, y aunque no se expresa el sitio que para ello elijió, fué sin duda en el recinto de San Lázaro, pues aquel año estaba todavía desierto el lugar que ocupa la ciudad, hasta que el Marques Pizarro concedió licencia para fundarla con el título de la villa hermosa, á 21 de Junio de 1540, la que se leyó públicamente en el sitio destinado para la Iglesia Matriz el día 15 de Agosto del mismo año, por cuya razón es jurada por patrona de la Ciudad la Reina de los Ángeles en su admirable advocación de la Asunta. Así consta del acta capitular que se halla en el primer libro del Cabildo, que firmaron como testigos Fr. Bartolomé Ojeda y Fr. Diego Manso, religiosos de nuestro Órden que vinieron de la Isla Española con otros varios.»

«Así pues el citado año por Agosto se formó esta ciudad, tirando cordeles á sus calles y señalando Solares á sus pobladores. Para la fábrica de nuestra Iglesia y Convento nos asignaron el cuartel en que hoy existe, á donde se continuó la fundación anterior, variando solo el sitio material, en fuerza de cuarenta y una cédulas por las que consecutivamente explicó la Real piedad los vivos deseos que tenía de las fundaciones de nuestros conventos en estas provincias.»

En la provisión de Francisco Pizarro, de 6 de Julio de 1540, por la que ordenó la fundación de la *Villa Hermosa*, que verán en el lugar correspondiente de esta obrita, mis lectores, dice aquel, refiriéndose al pedido de los españoles para que se fundara en el valle de Arequipa;—«.........en diez meses que en él residieron muchos españoles no murió ninguno.........»; de lo cual podría deducirse que diez meses, ó poco más, antes de la fecha de esta previsión fué cuando vinieron los españoles á descubrir el valle de Arequipa.

Tenemos, pues, opiniones distintas respecto al descubrimiento de Arequipa incásica por los españoles: la de Raymondi, que concuerda más ó menos con la del Prescott, fijando este hecho en 1537: las del Iltmo. Sr. Valdivia y del P. Zea, apoyadas en la autoridad de Melendez, que lo coloca en 1535; y la que resulta del dato sacado de la provisión de Pizarro, á que nos hemos referido, por la que podría afirmarse que el hecho del descubrimiento ocurrió en Agosto de 1539.

Difícil es atinar á descubrir la verdad, con datos tan diversos; á pesar de que el más auténtico es el que se deduce de la provisión de Pizarro, pues la autoridad de Melendez es respetable.

Pero no siendo de notable importancia este punto, trataré ya de la fundación de Arequipa por los españoles.

AREQUIPA ESPAÑOLA.

En el archivo municipal de Arequipa existe un libro forrado en pergamino, folio menor, con 258 fojas, en cuya primera página se lee lo siguiente:—«*Índice de las materias que contiene este segundo Tomo de Cédulas, Provisiones y Ordenanzas, puestas en Testimonio de órden del Concejo, Justicia y Regimiento de esta Ciudad, por ante Gaspar Hernandez, escribano de S. M. y de Cavildo, en su acuerdo de 7 de Enero de 1568, que se halla estampado original á foxas 55 del libro tercero de Cavildo, que empieza en el Año de 1556, y este volumen da principio en el Año de 1540 con la fundazion de Villa hermosa de Arequipa.*»

A continuación se lee, en el primer lugar del índice:—«*Provision real cometida á Alonzo Ramirez de Sosa Correjidor de la Villa hermosa de Arequipa, para que aperciba al Escribano del Concejo, pena de 500 pesos, á que todas las Superiores ordenes, que á él vengan, después de publicadas se sienten en sus Libros, y estos se guarden en sus Archivos.*»

Los documentos que el libro contiene corresponden exactamente á su registro ó índice, y después de éste, en la primera página, se halla la provisión mencionada, autorizada con la firma autógrafa de D. Alonzo Ramirez de Sosa.

Como se vé, la autenticidad del libro es incuestionable, y los documentos que en él se registran son copias legales de los originales que pasaban por ante el escribano de Cabildo.

Desgraciamente los originales de los testimonios que voy á trascribir no se hallan en el archivo municipal, ni he podido descubrir su paradero á pesar de prolijas investigaciones. Debieron archivarse en la oficina del escribano del Ayuntamiento, según se deduce del tenor de la provisión que encabeza el libro á que me refiero; pero ese archivo, al que antiguamente estaba adscrito el

de hipotecas, ha sufrido, como es notorio, graves daños en los movimientos políticos del país, por haber estado situada la oficina respectiva junto á la cárcel, cuya guardia era atacada en aquellos, habiendo sufrido alguna vez incendio, y perdióse muchos documentos.

El libro de que me ocupo tiene las cuatro primeras fojas de testimonios muy maltratadas, por la acción destructora del tiempo y del manejo que se conoce tuvieron. A la primera le falta en su extremidad inferior un pedazo, en forma de triángulo, que comprende desde la mitad de la base de la foja hasta la tercera parte de su altura. Á la segunda le falta menos, pero en igual sitio y en la misma forma.

Precisamente en esas fojas se hallan los documentos que trascribo, de manera que me ha sido preciso suplir la parte que en ellos falta, para restablecer la integridad de su texto.

Debo explicar la manera como he procedido en esa labor para que se vea que la parte suplida es lo que probablemente fué la original; siendo de advertir que, por por fortuna, lo que he suplido es muy poco, conteniéndose lo esencial de los documentos en la parte existente, y qne la trascripción está hecha con toda exactitud y fidelidad.

Para llegar al resultado de mi propósito me ha sido preciso: 1º. completar con una hoja de papel la parte mutilada de las del libro, colocando aquella debajo de éstas, sin adherirla, por supuesto, y cerrando el claro ó falta de escritura con líneas, escribir las palabras suplidas, con el mismo tipo ó carácter de letra del original, teniendo en cuenta los márgenes de las páginas, pues lo que está escrito á la derecha de éstas, corresponde en la vuelta al márgen izquierdo, ó parte blanca: 2º. conocer bastante los pormenores paleográficos de la escritura contemporanea de los documentos trascritos, entre los que abundan las abreviaturas y los rasgos innecesarios: 3º. penetrarme mucho de la índole del castellano en la época de los documentos referidos y las fórmulas documentales; y 4º. atender al contexto de esos documentos, á sus relaciones y concordancias mútuas, ocurriendo no pocas veces á otros de la misma época para deducir, por comparación, lo que no podía suponer fácilmente en los primeros.

Como puede comprenderse, no ha sido suficiente un ensayo, con elementos tan complejos como los que debia

coordinar para mi propósito; sino que me han sido precisos muchísimos, hechos con paciente laboriosidad, para llegar á obtener el resultado que ahora presento; debiendo tenerse en cuenta la dificultad que ofrece la lectura de los documentos antiguos, para la que es indispesable poseer conocimientos paleográficos.

Hé aquí, los documentos, en el mismo orden en que se hallan en el libro á que me refiero; advirtiendo que la parte suplida va señalada con distinto tipo de letra del que corresponde al texto existente, y que, para hacerla aun mas notable, he cuidado de dividir las palabras de las cuales faltan unas letras y otras pueden leerse todavía.

«El marques D. Franº. Piçarro **adelantado Gobernador e Captn. Gral** en estos rreinos de la nueua castilla **por s.mgs e del Concejo en su nombre. Hacemos** saber a vos Garçí Manuel.de Caruajal **mt theniente de la villa de Camaná que** muchos vezinos della me an **manifestado que en la dicha villa que** se **a** sienta en el valle de Camana to **dos los habitantes del dicho valle han pasado** muy grandes trauajos. de en **fermedades asi los españoles como los indios de** dicho valle que es de ynsa **no temperamento y el cual padecen españo** les y serranos como del esto ya s **abemos por los informes que tenemos y lo** qua seria caufa en poco ti **empo quedase despoblado y creemos que** nuestro Señor seria de seruir **que se trasladase de Camaná la dha** villa al valle de Arequipa **en el lugar que fuese mas conveniente pues** (1) en diez meses que en el rresidieron muchos Españoles no murio Ninguno E yndios muy pocos y por q^{e} mi yntento es acertar lo que más conviene al seruicio de smag^{d}. e conseruacion de los naturales. Yo uos mando q^{e} luego q^{e} este mi mandamiento rrecibais Junteis todos los Vezinos que tienen yndios que ay estubieren á la sazon é los Religiosos e medicos que ay obieren e con juramento que primero Rescibais p^{a} ello tomareis ante Escriuano el parescer de cada vno sobre si el valle de Arequipa lo tienen por mas sano quel

(1) En esta parte del texto se voltea la foja en el libro del cual tomo este documento.

de camana p[a] los yndios de la sierra e si los mas paresceres fueren quel dicho valle de Camana es mas sano la dha villa se quede en el y executareis luego la traça que os embio. E si ouiere mas botos quel valle de Arequipa es mas sano para los dhos yndios yo. / os mando que con toda breuedad hagais salir dese valle de camana a todos los bezinos e otras personas que en el ouiere e para ello les pongais las penas que os paresciere. E las executad en sus personas e bienes E os vais al valle de Arequipa. E asenteis la dha Villa en la parte de Collasuyo donde mejor os paresciere. E executad la dha traça. E yó en tal caso doy por ninguna la población del valle de camana lo qual asi hazed e cumplid so pena de mill pesos de oro p[a] la camara de smg[d]. Fecho en la ciudad de los rreys a seys del Mes de Junio de mill e quinientos e quarenta años. el marques Fran[co]. Piçarro / Por mandado de su señoriaCristoual (1) Garcia de Segura.»

«En Veinte dias del mes de Jullio de mill e quinientos e quarenta años el magnífico señor Garçi Manuel de Caruajal theniente de gouernador e gouernador e capitan por el Ilustre señor Marques Don Fran[co]. Piçarro aviendo visto este mandamiento del señor marques yen cumplimiento del mando juntar todos los vezinos queste dho dia se hallaron En este pueblo que de yuso se contenian en la yglesia del E su merced de cada vno dellos tomo yrrecibio juramento en forma de derecho por Dios e por sancta maria e por las palabras de los santos Evangelios e sobre una señal de cruz enque pusieron sus manos derechas. que diran la verdad de lo que les fuere preguntado los cuales aviendo dicho si juro e amen. Y cada uno dellos secreta e apartadamente dixo e declaro lo siguiente por ante mi Alonso de Luque escriuano **de smg[d]**. y del concejo desta dha villa. Alonso de Luque escriuano publico **certifico** que auiendo precedido las diligencias conforme a la pro **el magnifico señor** Garçí Manuel de Caruajal hizo un auto que dize asi—**y va despu** es de lo susodicho. En el

---

(1) He traducido entre otras abreviaturas, para mejor inteligencia del texto, ésta que en el original dice así: XPOUAL.

valle de Arequipa A quinze dias del mes de Agosto de mill e quinientos e quarenta años el magco señor Garçi Manuel de Caruajal theniente e capitan por el Ylle. señor marqu es don Franco Piçarro gouernador En estas prouincias de la nueua castilla en cumplimiento del mandamiento de dicho señor gouernador andubo e reconocio el valle de quipa y se ynformo del Asiento mas conveniente y que fuese con menos perjuizio de los naturales e auiendo la andado de la una a la otra parte di xo que En nombre de smagd. e del dho señor marques don Franco Piçarro e en fu rreal nombre fundaba y fundo la Villa Hermosa en el valle de Arequipa en la parte de Collasuyo al frente de la Chimba qe. esta en cima de la barranca del Rio del dho valle de Arequipa y en e l dicho nombre pufo la cruz ✠ enel sitio que se ha elejido para la Iglesia y ansi mismo pufo la picota en la parte que será plaza. Lo qual dixo qe. hazia E hizo En nombre de (1) smgd. y del dho señor gouernador en su rreal nom bre por su orden y por posesion y ansy fecho lo susodicho su merced mando pre gonar y fue pregonado que todos los vezinos e otras personas que tienen sus terrenos en esta dha villa hermomosa los pueblen y cerquen yedifiqu en por ellos dentro de seys meses cumplidos primeros siguientes so las penas que el señor gouernador manda y ansi fue pregonado publicamen te por boz de Pedro Yus pregonero publico E su merced lo firmo de su nombre siendo testigos Hernando de Silua y Hernando de Torres Re gidores e Juan de la Torre alcalde y Luis de Leon y el padre Rodrigo bue no y frai bartolome de hojeda y el padre frai Diego manso y Diego de H er nandez e otras muchas personas que ende estauan e su merced lo firmo como dho es. Garçi Manuel de Caruajal. todo lo qual que dho es pafo ante mi Alonso de luque escriuano publico.»

«El marques don FrancoPiçarro Adelantado gouernador Capitan general En estos Reynos de la nueua castilla por smgd. y del Concejo en su nombre. Por quanto Yo di un mandamiento por el qual mande a vos garçí manuel de Caruajal mi theniente de la Villa hermosa de Arequipa. que

(1) En esta parte del texto comienza la segunda foja en el libro á que me refiero.

armados con juramento los votos y paresceres de los vezinos de la dha Villa viesedes donde convenia seasen tase y edificase la dha villa para la salud de los Españoles que en ella huuiesen y de los naturales de la tyerra Y que allí donde mas dellos ouiese la fundasedes conforme á vna traça que yo ya ele ji segund mas largo En el dho mandamiento se contiene y por qua nto dha Villa se mudace del valle de Are quipa ay nescesidad quealos Vezincs dela dha Villa se les se ñale tierras para sus chacras por la presente mando á Vos el dho Garçi Ma nuel de Caruajal mi theniente q[e]. nombreys un Ve cino de la dha Villa y nombrado ambos juntos señaleys á los vecinos de la dha Villa que enesa prouincia tienen Yndios á su cargo en nombre de smg[d]. tierras p[a]. sus chacras la s cuales les señalareys de las del sol y de las del ynga / o otras las cuales no las hayan labrado de tres años á esta parte las repartireys conel menos perjuizio que pudieredes de los natu rales porque soy informado que En el dho Valle de Areq uipa existen tierras demasiadas. De las que los yndios ocupan para sí A los Vezinos de la dha uilla que tienen ya tierras en ese Valle. / otres leguas a la Redonda de la dha Villa hermosa no se ñaleys ni deis tierres ningunas por quanto, pueden tomar otras de las que tie nen los yndios tan cerca de la dha Villa salvo que queden probre mente sin ellas pero si en el dho Valle las pudiesedes señalar e dar sin perjuizio selas deys e señaleys E ansi les señalareys dichas tierras por bos y el dho Regidor y lo hareis a nombre de smg[d]. e por virtud de la facultad que para ello os concedo e señalo para el efeto susodicho y ansi mismo procederys á seña lar á vos mismo tyerras para chacaras del mismo modo que a los otros vezinos de la dha Villa E asilo ha ced. En la ciudad de los rreyes á Veinte e un dias del mes de Junio de mill e quinientos e qua renta años. Y an si os encargo e mando a vos Garcçi Manuel de Caruajal, e que (1) me lo Embieys no embargante lo de arriba p[a] que por mi visto lo confirme e haga lo que fuere servido smg[d]. / va entre renglones / o diz su mag[d]. / Segnra / El marques Franc[o]. Piçarro. Por mandado de su señoria Cristoual García de Segura.»

---

(1) En esta parte voltea la segunda foja del libro.

«En uilla hermosa de Arequipa á quinze dias del mes de septiembre de mill e quinientos y cuarenta años por ante mi alonso de luque escriuano de sus magestades e publico e del gouierno desta dha Villa y de los testigos deyuso escriptos el magnifico señor Garçi Manuel de Caruajal theniente e capitan Enesta Villa por el Ylle señor marques don Franco. Piçarro e por virtud deste mandamiento desta otra parte consultado nombraua e nombro a hernando de Torres Regidor e vezino de esta uilla para que ambos ados juntame. señalen y den las chacaras que su señoria manda comforme al dho mandamiento E lo firmo de su nombre siendo testigo Juan Romo y el bachiller Juan de Naua Vecino y estante En esta Villa. Garçi Manuel de Caruajal paso ante mi alonso de luque escriuano publico.»

«Por virtud del qual dho nombramiento E mandamiento que desuso se haze mençion el dho señor Theniente e fernando de Torres Regidor por ante mi alonso de luque escriuano de sus mgs. e publico y del Concejo de la dha Villa dieron y empeçaron A dar tierras Eneste dho dia a las personas siguientes alonso de luque escriuano publico.»

Al pié de los documentos trascritos sigue la nómina de las personas á quienes se dió tierras, con designación, en números romanos, de las fanegadas que recibieron; y queda incónclusa en la vuelta de la quinta foja, pues se nota claramente que faltan fojas en el libro, comenzando la sexta con el final de una real cédula, que de ningún modo concuerda con la nómina indicada.

A fin de satisfacer la justa curiosidad que se despierta por conocer los nombres de los primeros pobladores de Arequipa, daré aquí la lista que he podido formar, sacándola ya de la nómina del reparto de tierras, ya de la información de testigos que mandó actuar el Virrey D. Francisco de Toledo para dar el título de muy noble y leal á la ciudad, el año de 1575.

Del reparto de tierras.—Francisco Noguerol de Ulloa, Lope Ydiaquez, Juan Cansino, Juanes Navarro, Juan de San Juan, Juan de la Torre, Luis Mendez, Francisco de Montenegro, El padre Bravo, Lucas Martinez,

Alonso Ruiz, Pedro Pizarro, Antonio Beltrán, Juan Alexandre, Pedro Perez, Francisco Sanchez, herrero, Gomez de León, Garcí Manuel de Carvajal, Gomez de Tordoya, Melchor Cervantes, Pedro de Mendoza, Francisco de Avila, Gonzalo de Aguilar, Lope de Alarcón, Diego Hernandez de Mendoza, Alonso de Luque, Pedro Godines, Garcia Juarez, Francisco Pinto, Juan Ramirez, Francisco de Montoya, Hernando de Torres, Hernando de Silva, Pedro Barroso, Francisco Gomez, Martín Lopez de Carvajal, El capitán Jimenez, Hernando Alvarez de Carmona, Pedro Benitez, Pedro Hernandez, Francisco Madueño, Nicolás de Almazán, El bachiller Marín, Diego Martín, carpintero, Alonso de Aguilar, Juan Ruiz de León, Juan Crespo.

Citados en la información de testigos. Felipe Gutierrez, Gomez Delgado, Sebastian de Torres, Alonso Rodriguez Picado, Pedro de Fuentes, Juan de Arves, Miguel Cornejo, Juan Florez, Juan Lopez de Recalde, Susano Ramirez, Juan Allepo, Gomez Juarez de Figueroa, Susano de Ulloa, Miguel de Vergara, Francisco Barroso, Diego Hernandez Hidalgo, Bartolomé de Pradamos, Hernando Bueno, Juan Velazquez de Avila, Gaspar de Armontra.

En el reparto de tierras, se dió estas también á Francisco, Hernando y Gonzalo Pizarro y al Obispo del Cuzco. P. Valverde.

Ahora bien, para poner en claro los errores históricos relativos á la fundación de Arequipa, es indispensable trascribir algunos párrafos de las obras en que se trata de esta materia.

El Iltmo. Sr. Valdivia, que, como he dicho, parecía haber resuelto el problema, en su obra citada, dice: —«Hecha la conquista del Perú por los Españoles, visitaron el suelo de Arequipa y se acomodaron algunos en las casuchas de los indios en el pago que se llama la Loclla de San Lázaro. Encontraron sembríos hácia la orilla del rio y en el plano más estendido trabajaron una Capilla ó hermita. Pídieron permiso para fundar una Villa y se los concedió Francisco Pizarro hallándose en Yucay en el año de 1539. Pizarro encargó la fundación al Capitán Pedro Anzures Campo-rredondo nantural de Cisneros. Hubo diversos pareceres acerca del sitio elegible para la Villa y se fijaron en el llano atrás de Cayma: des-

pués se traslaearon al sitio en que hoy se halla Arequipa. Como en el decreto de Pizarro, se prevenía lo publicase el Teniente Manuel García Caruajal en un dia festivo, procedió éste á la publicacion el 15 de Agosto de 1540. La publicacion se hizo por bando en el lugar de Colesuyo encima de la barranca del río; se colocó una cruz en alto, se paró una picota y se mandó que todos los vecinos cercaren y edificasen pueblo. Se hallaron presentes como testigos del acto de publicacion el clérigo Presbítero D. Rodrigo Bueno y los Religiosos Domínicos Fray Bartolome Ojeda y Fray Diego Manso, D. Luis de Leon y D. Diego Hernandez............»

«El 16 de Setiembre de 1540 publicó el mismo Teniente Manuel García Carbajal otro decreto del Marques Pizarro de 21 de Junio del mismo año, en el cual se mandaba distribuyese las tierras vacantes entre los pobladores y vecinos de la Villa, e hizo la publicacion por ante el primer escribano nombrado Alonso de Luque».

Esta narración concuerda en parte con la del P. Zea, la cual he trascrito ya en el primer capítulo, fundada en la autoridad de la obra de Melendez, que titula *Tesoros de las Yndias;* notándose diverjencias que habrán de servirme para rectificar algunos errores que comprobaré con el apoyo de otros documentos.

En la obra del Sr· Raymondi, *El Perú,* se hallan resumidos los datos que suministran los historiadores antiguos más notables, y de ella tomo el extracto siguiente, más por vía de ilustración de la materia, que por necesidad para mi objeto, pues la inexactitud de los referidos datos se puede notar á primera v vista.

«Cieza de Leon dice;

«En lo tocante á la fundacion de Arequipa, no ten-
« go que decir mas, de que quando se fundó fué en otro
« lugar; y que por causas convenientes se paso a donde
« agora está......... La qual pobló y fundó el Marques D.
« Francisco Pizarro, en nombre de su Magestad, año de
« nuestra reparación de mil quinientos y treynta y ......
« años.»

« Aquí parece que falta algún número entre las palabras *treynta* y *años.*»

«El historiador Herrera en la "Descripción de las
« Yndias occidentales" dice:—"Está Arequipa en el valle
« de Quilca......... fundóla el marques D. Francisco Piza-
« rro, Año de 1534.

« En el curso de su grande obra, el mismo historiador, entre los hechos acaecidos en el año 1539, dice:

« Francisco Pizarro después de haber salido del Cuzco su hermano Hernando con dirección á España, él se fué al Callao de donde continuó hasta Chuquiabo (La Paz), y en seguida de regreso determinó de ir á poblar la ciudad de Arequipa.»

« En otro capítulo, que relata sucesos que tuvieron lugar en el mismo año 1539, dice:

« Buelto el Marques al Cuzco supo las dificultades que se ofrecían en la fundación de la Nueva Ciudad, i que el mejor sitio era el de Arequipa: hiço el repartimiento, y nombró Alcaldes i Regidores i por Teniente de Gobernador á Garçí Manuel de Carvajal, natural de Truxillo.»

« Por último, más adelante, el mismo historiador, en la parte de su obra que se refiere á los sucesos del año 1540. se expresa de este modo:

« El Marques en este tiempo tenia ya poblada la ciudad de Arequipa.»

« El padre Calancha, fijándose tan solo en lo que dice Herrera en su *Descripción de las Indias*, sobre la época de la fundación de Arequipa, cree correjir á este historiador, diciendo:

« Fundó la ciudad de Arequipa el Marques don Francisco Pizarro, no en el año de mil i quinientos i treynta i quatro, segun el Coronista Real Antonio de Errera sino el de treynta i seis.»

« Hé aquí pues que los tres cronistas, Cieza de Leon, Herrera y el padre Calancha dan para la fundacion de Arequipa cuatro fechas distintas, á saber: 1530, 1534, 1536 y 1539.»

En seguida el Sr. Raymondi da firme asenso á la opinión del Iltmo. Sr. Valdivia, cuya obra cita, haciendo notar que aquella se funda en documentos auténticos.

El Sr. General D. Manuel de Mendiburu, en su *Diccionario Biográfico histórico,* copia casi textualmente, en su artículo *Pizarro,* lo dicho por el Iltmo. Sr. Valdivia, acerca de la fundación de Arequipa.

Ya sea, pues que los españoles viniesen al valle de Arequipa en 1535 con el padre Ulloa, según Melendoz, el P. Zea y el Iltmo. Sr. Valdivia, ó con Almagro, al regreso de éste de Chile al Cuzco, de 1537 á 1539 según Raymondi, ó que viniesen de Camaná en Agosto ó Setiembre de 1539, según se deduce de la provisión de Pizarro

de 6 de Junio de 1540: ya sea que se establecieses provisionalmente en las poblaciones de Yanaguara ó Cayma, ó que desde luego edificasen el barrio conocido con el nombre de *El Matorral*, situado próximente en la confluencia de la torrentera de San Lázaro y el río, y al que la tradición oral en Arequipa llama *la ciudad vieja*, y que pudo ser en realidad lo que primero se pobló, por la irregularidad de sus edificios que forman un laberinto de torcidas calles, que á manera de imperfectos radios concurren á una plazoleta:—el hecho es que la fundación de la actual ciudad, oficialmente realizada, se verificó el día 15 de Agosto de 1540, por Garcí Manuel de Carvajal, según queda probado por los documentos trascritos, siendo por lo tanto inexactas todas las opiniones emitidas en contrario.

Mas. para llevar la evidencia á todos los ánimos y destruir hasta las mas pequeñas dudas que pudieran suscitarse, por las afirmaciones erroneas que se contienen en la obra del Iltmo. Sr. Valdivia, voy á permitirme hacer algunas apreciaciones á cerca de ellas para rectificarlas.

La obra citada se apoya en la autoridad de Garcilazo de la Vega y de Robertson, según en aquella misma se indica; pero es sensible que no se tuviese en más la de los documentos trascritos que hacen plena prueba.

Afirma, como hemos visto, que Arequipa fué fundada por D. Pedro Anzures de Campo-redondo, el cual recibió encargo de Francisco Pizarro para hacerlo, cuando éste se hallaba en Yucay, el año de 1539; y que en el decreto del Marqués se previene que lo publique el Teniente Manuel Garcia Carvajal en un día festivo, lo que se hizo el 15 de Agosto de 1540, en el lugar de Colesuyo, encima de la barranca del río. en donde se fundó la ciudad, trasladándose después al sitio que hoy ocupa.

Pero, respecto de la primera parte, consta y aparece de la provisión de Pizarro, de 6 de Junio de 1540, que aquel dió directamente la comisión de fundar Arequipa á Garcí Manuel de Carvajal, pues dice:—"**Hacemos** *sabe a vos Garçí Manuel de Caruajal, etc.........Yo uos mando qe. luego qe. este mi mandamiento rrecibais Junteis todos los Vezinos.........e con juramento que primero Rescibais pa. ello tomareis ante Escriuano el parescer de cada vno......... E si ouiere mas botos quel valle de Arequipa es mas sano......... YO OS MANDO que con toda breuedad hagais salir del valle de Camana a todos los*

vezinos........... e os vais al valle de Arequipa E ASENTEIS DHA VILLA......... DONDE MEJOR OS PARESCIERE......... E excutad la dicha traça etc.........»

En el acta de fundacion, dice:—«*En el valle de Arequipa A quinze* **dias del mes** *de Agosto de mill e quinientos e quarenta años el magco.* **Señor Garçi** *Manuel de Caruajal THENIENTE E CAPITAN POR EL YLLE* **señor marqu** *es don Franco. Piçarro.........* **en** *cumplimiento del mandamiento de dho señor gouernador...........***di** *xo........... que FUNDABA Y FUNDO* **la Villa Hermosa** *etc.........»*

En la provisión de Pizarro para el repartimiento de tierras á los pobladores, dice:—«*Por cuanto Yo dí un mandamiento por el qual mande A VOS garçi manuel de Caruajal mi theniente de la Villa hermosa de Arequipa que armados con juramento los votos y paresceres de los vezinos de la dha Villa viesedes en donde convenia seasen*tase *y edificase......... Y que allí donde mas* **dellos** *ouiese LA FUNDASEDES etc.........»*

Esto es concluyente, y prueba que no fué Anzures de Campo-redondo el que recibió el encargo de Pizarro para fundar Arequipa, sino Carvajal.

Pero hay más. En el diccionario citado, del Sr. General Mendiburu, artículo *Anzures* se lee lo siguiente:

«Habiéndose trasladado al Cuzco (D. Pedro Anzures de Campo-redondo) le ordenó el gouernador D. Francisco Pizarro marchara á la Provincia de Charcas de su lugar-teniente. Allí fundó y formó la villa de Chuquisaca, año de 1539, en el mismo sitio en que existía un pueblo de indios del propio nombre.........»

«Cuando en 1541 la muerte del gobernador Pizarro causó grande impresión en Chuquisaca, se hallaba ausente D. Pedro Anzures empeñado en descubrir la nación de los "Juries" en la parte occidental de Tucumán.........»

Sigue manifestando que de allí vino llamado por los vecinos de Chuquisaca para combatir á la facción de los Almagros y continúa:

«.. . ..Ya á este lado del Desaguadero, se encaminó á Arequipa: allí adquirió algunos recursos y dejando en buen orden este pais que se había prestado al partido de Almagro, volvió al Cuzco con proutitud y se puso á órdenes de Holguin, etc.........»

El contenido de estos párrafos, conforme á la narración de los historiadores de la conquista del Perú, acre-

dita que D. Pedro Anzures se halló sin interrupción en la provincia de Charcas, de 1539 á 1541, que vino á Arequipa, cuando ya estaba fundada en 1540, y que, por consiguiente, no pudo ser el fundador de esta ciudad.

En cuanto á la segunda parte de la afirmación á que me he referido, advertiré que en el decreto de Pizarro de 6 de Junio de 1540, por el que ordena la fundación, no se previene, como puede verse, lo que dice en la obra del Iltmo. Sr. Valdivia, que lo publicase el *Teniente* Carvajal *en un dia festivo.* Y haré notar, también, de paso, que se llama *Teniente* á Carvajal, equivocando sin duda una clase militar con el carácter de encargado ó lugarteniente.

Se continúa diciendo en la obra citada, que la publicación del decreto de Pizarro se hizo por bando en el lugar de Colesuyo, encima de la barranca del río, en donde se colocó una cruz y una picota, formalidades de la fundación de la ciudad; y hablando de los diversos pareceres respecto al sitio en que debía edificarse, se afirma que se designó el llano existente atrás de Cayma, pero que después se trasladó la población al lugar en que hoy se encuentra.

Más, de los párrafos de la obra del P. Zea trascritos en el capítulo primero, aparece que el decreto de Pizarro se leyó públicamente en el sitio destinado para la Iglesia Matriz, el día 15 de Agosto de 1540; y que en ese mismo mes se formó esta ciudad tirando cordeles á sus calles y señalando solares á sus pobladores, designándose para la fábrica del templo y del convento de Santo Domingo el sitio en que hoy existen.

Por otra parte, en la información mandada seguir por el Virey Toledo, para dar á la ciudad el título de *muy noble y muy leal,* se lee lo siguiente, en la declaración de Alonso de Luque, que fué precisamente el escribano que autorizó el acta de fundación de Arequipa:

«El dho Alonso de Luque vezino desta ciudad de Arequipa testigo presentado por el dho procurador general desta ciudad para la dha provanza de servicios jurado e preguntado en forma dixo lo siguiente:

«A la primera pregunta dixo que este testigo conoce á los bezinos desta ciudad de Arequipa presentes e conocio á los demas que enella hubo ya difuntos de vifta e habla e conversacion e que este testigo es de los primeros pobladores desta ciudad y *uno de los que pufie-*

ron la primera piedra desta ciudad en una cruz que se pufo junto á la yglesia mayor desta ciudad, dia de nra. señora de Agosto. E que ha treinta y cinco años pasados que se pobló esta ciudad .... etc.»

La concordancia del relato del P. Zea con la declaración trascrita, prueba que la publicación del decreto citado y la fundación de la ciudad no se hicieron encima de la barranca del rio, sino en lo que hoy es la plaza de armas de Arequipa.

El error que rectifico ha podido resultar de no haberse tenido en cuenta, al leer el acta de fundación, que la foja en que ésta se halla está mutilada.

Para acreditarlo, trascribiré aquí el trozo pertinente tal como existe en la foja indicada:—«................ xo que En nombre de smgd. e del dho señor.......................................nco. Piçarro e en fu rreal nombre fundaba y fundo...el valle de Arequipa en la parte de Collasuyo .... cima de la barranca del Rio del dho...l dicho nombro pufo la cruz......... etc.»

Cpmo se ve, entre las palabras *Collasuyo*, que está al final de un renglon, y *cima*, con la cual principia el siguiente, faltan otres por la mutilacion de la foja; y es claro que por no haberlas suplido, y sí leido esa parte del acta uniendo las palabras indicadas, pudo afirmarse que Collasuyo ó Colesuyo como dice en la obra del Iltmo. Sr. Valdivia, estaba encima de la barranca del río.

Llenando los claros que se ven en lo trascrito, tal como yo lo he verificado, se lee con claridad:—"**di** xo que En nombre de smgd. e del dho señor **marques don Fra** nco. Piçarro e en fu rreal nombre fundaba y fundo **la Villa hermosa en** el valle de Arequipa en la parte de Collasuyo **al frente de la Chimba que está en** cima de la barranca del Rio del dho **valle de Arequipa y en e** l dicho nombre puso la cruz.........etc.»

Precisamente para suplir la falta de palabras en el claro en cuestión, he puesto yo las que aparecen, después de haberme convencido, por la afirmación del P. Zea y por la declaración de Alonso de Luque, que la fundación de Arequipa se realizó en el lugar que hoy ocupa esta ciudad y no encima de la barranca del río.

Además, prueba mi aserto la confusión que á cada paso se hace en la obra del Iltmo. Sr. Valdivia del lugar que el llama *Colesuyo;* pues da este nombre al sitio de encima de la barranca del rio y también al ba-

rrio de San Lázaro, en que, dice, se alojaron los españoles que vinieron el año 1535 con el P. Ulloa.

A mi modo de ver, en el acta de fundación se quiere decir que el valle de Arequipa está en la parte de Collasuyo del Imperio Peruano, pues ese nombre correspondía á todo el Sur de éste, como se verá en seguida; y es probable que los españoles denominasen *Colesuyo*, por corrupción de aquella voz, ó por mala inteligencia, al lugar en que se alojaron y que después se llamó San Lázaro, como dice el P. Zea, por la circunstancia de haber llegado aquellos allí el 17 de Diciembre de 1535, día del santo mencionado, al cual le edificaron una capilla.

Es también probable que en ésta fuese donde se tomó, el 20 de Julio de 1540, el juramento á que se refiere la diligencia que precede al acta de fundación de Arequipa, á los primeros pobladores.

Vamos á ver, ahora, cómo Arequipa estaba en la parte de Collasuyo del Imperio Peruano. Garcilazo en la parte 1ª., libro II, capítulo XI de sus *Comentarios reales* dice:—«Los Reyes Yncas dividieron su Ymperio en cuatro partes que llamaron *Tavantisuyo*, que quiere decir las quatro partes principales del Mundo, conforme a las quatro partes principales del Cielo, Oriente, Poniente, Septentrion y Mediodia. Pusieron por Punto ó Centro la Ciudad del Cozco, que en la Lengua Particular de los Yncas, quiere decir Ombligo.»

«Llamaron á la parte del Oriente, Antisuyu por una Provincia llamada Anti que está al Oriente, por la qual tambien llaman Anti á toda aquella gran Cordillera de Sierra nevada, que pasa al Oriente. Llamaron Cuntisuyu á la parte del Poniente, por otra provincia muy pequeña llamada Cunti. A la parte del Norte, llamaron Chinchasuyo por una gran provincia llamada Chincha, que está al Norte de la ciudad, y al distrito del Mediodía llamaron Collasuyu, por otra grandísima provincia llamada Colla que está al Sur.»

Así, pues, Arequipa, que se halla en la región del Sur respecto al Cuzco, estaba en Collasuyu.

Deduzco de todo lo que precede: que es probable que los españoles descubriesen el valle de Arequipa por los años de 1535 á 1539: que se situaron en lo que hoy se llama San Lázaro ó en el *Matorral*, que la tradición denomina *la ciudad vieja*, en donde se formó una población primitiva: que el acto de la fundación de la ciudad

se realizó en el lugar que hoy ocupa ésta, el 15 de Agosto de 1540; y que el fundador fué Garcí Manuel de Carvajal, por comisión especial de Pizarro.

Finalmente, puede juzgarse, ahora, cnan cierto es, como me permití decirlo al principio, que en la obra del Iltmo. Sr. Valdivia se hizo una amalgama de los datos de la tradición recojida por los historiadores, con el contenido de los documentos auténticos que él vió, pues tomó muchos datos del archivo municipal, que yo con paciente trabajo he comprobado.

ESCUDO DE ARMAS Y TITULOS DE LA CIUDAD.

Fundada Arequipa como hemos visto, con el título Villa Hermosa, no tardó en crecer su población, debido indudablemente á la bondad de su clima y á la hermosura de su suelo, y en 22 de Diciembre de 1540, esto es, cuatro meses después de fundada, la elevó al rango de ciudad el emperador Cárlos V., por real cédula de aquella fecha.

Tengo el sentimiento de no poder confirmar este dato con documento alguno, por más que lo he buscado en el archivo municipal. Puede verse la obra del Sr. General Mendiburu, que lo trae en el artículo *Cárlos I. de España* y en la del P. Travada que titula «*El suelo de Arequipa convertido en cielo.*»

Y debe de ser exacto, pues en la real cédula por la que se concede escudo de armas á Arequipa, se llama ya ciudad á ésta, y solo había trascurrido un año y dos meses de su fundación.

La real cédula á que me refiero existe original en el *Libro 1°. de Reales cédulas* del archivo del antiguo Ayuntamiento, y respecto de ella dije ya en un artículo que publiqué el año anterior, lo siguiente:

«Esa real cédula ocupa seis páginas *in folio*, de finísimo pergamino, y está escrita con letra de puño, del caracter gótico alemán, con rica tinta de inalterable color negro, y parece á primera vista impresa, por la corrección y pureza de los perfiles de la letra; bien que intentándose la lectura se hace difícil, á cada paso, por las abreviaturas, contracciones y lujos caligráficos pro-

pios de la escritura española del siglo XVI, para leer la cual es necesario apelar á la paleografía.»

«La escritura de cada página está encerrada en un marco de dibujos caligráficos con tinta de oro sobre un fondo rojo, ostentándose en los cuatro ángulos del de la primera los retratos de busto, de Cárlos V, su esposa y los infantes, hechos á pluma y coloreados, con una perfección que sorprende.»

«En la misma primera página, dentro del óvalo de una gran D, inicial del nombre de Don Cárlos, están primosamente dibujadas las armas de Imperio Alemán. En la parte media superior del marco se hallan las célebres Columnas de Hércules, y en igual situación de la inferior las armas del Reino de Castilla, cuyo escudo sostienen dos angelitos, uno de cada lado.»

«En la página tercera, al medio de la parte superior del marco, aparece dibujado, también á pluma, el escudo de armas de la Casa de Austria; y en el centro de la página, dentro de un marco, inscrito paralelamente al de ella por sus cuatro líneas, se halla el dibujo del escudo de armas concedido á la ciudad de Arequipa, intercalado, por lo tanto, en el texto de la real cédula.»

«Esta termina en la mitad de la quinta página, y en la sexta están las firmas, comenzando solo desde la del Conde García Manrique. Algunas de éstas son casi indescifrables, especialmente la del mencionado Señor Conde, y hemos podido leerlas solo por comparación con las del registro de la misma cédula y con otras de documentos de la misma época.»

Hé aquí, ahora, el texto de la real cédula.

DON CARLOS Por la diuina clemencia emperador de los Romanos augusto Rey de alemania. Doña Juana Su madre y el mifmo Don Carlos por la gracia de dios Reyes de Castilla de leon de aragon de las doff fecilias de hierufalen de navarra de granada de toledo de valencia de gallizia de mallorcas de fevilla de cerdeña de cordova de corcega de murcia de Jaen de los algarbes de algezira de gibraltar delas iflas decanaria delas yndias yflas y tierra firme de el mar oceano condes de barcelona feñores de biscaya i de molina duques de athenas i de neopatria condes de Ruffellon E de cerdania marquefes de oriftan i de gociano archiduques de abstria

duques de borgonia i de brabante condes de flandes i de tirol etcetera. Por quáto ALONSO RVYZ en nombre de el concejo (1) Jufticia Regidores caualleros efcuderos oficiales i omes buenos dela cibdad de ARIQUIPA. que es en las prouincias de el peru. nos hizo Relacion quelos vezinos i conquiftadores dela cibdad en la conquifta i pacificacion de aquellas prouincias paffaron muchos trabajos poniendo fus perfonas en mucho peligro i Ryefgo. Nos suplico i pidio por merced que en memoria dello mandaffemos feñalar armas á la dicha cibdad fegun y como las tienen las otras cibdades i villas de las nras yndias ó como la nueftra merced fueffe. E nos acatando los trabajos y peligros qe los dichos vezinos i pobladores de la dicha cibdad han paffado touimoslo por bien. E por la preffente hazemos merced y queremos y mandamos que agora y de aquí adelante la dicha cibdad de ariquipa aya y tenga por fus armas conofcidas un efcudo que en lo baxo del efte un Ryo y fobre el un mogote del qual falgan vnos humos amanera de bolcan y alos lados del cerro mogote dela vna parte y d'la otra eften vnos arboles verdes y encima d'llos dof leones de oro el vno de la vna parte yel otro (2) de la otra todo ello en campo colorado y por orla ocho flores de lis de oro en campo azul, y por timble vn yelmo cerrado ypor diuisa vn grifo con una bandera en las manos en la qual eften efcritas las letras del nombre de mi el Rey Con fus trafcoles y dependencias i follajes (3) de azul y oro fegun que Aqui van figuradas y pintadas. las quales dichas armas damos á la dycha cibdad de ariquipa por fus armas y deuiffa señaladas para que las pueda traer E poner E trayga E póga en sus pendones E fellos (4) y efcudos i vanderas y en las otras partes ylugares que quifiere y por bien touiere fegund y como y de la forma y manera que las ponen y traen las otras cibdades i villas de nuestros Reynos á quien tenemos dadas Armas (5) E deuiffa. E Por efta nueftra carta Mandamos al ylluftriffimo prícipe Don PHELIPPE Nueftro muy caro i

---

(1) En esta parte termina la primera página del original.

(2) Aquí termina la 2ª. página del original.

(3) Aquí comienza el espacio en que está intercalado el dibudel escudo.

(4) Aquí cancluye el espacio mencionado.

(5) En esta parte termina la cuarta página del original.

muy amado nieto i hijo. E alos ynfantes nuestros muy caros hijos y hermanos E a los perlados duques marquefes condes Rycos omes maestros de las hordenes priores comendadores E fubcomendadores alcaydes de los castillos y casas fuertes y llanas E a los de el nuesftro confejo alcaldes alguaziles dela nueftra casa i corte i chancillerías E A todos los concejos correjidores afiftentes gouernadores alcaldes alguaziles merinos preboftes veynticuatros Regydores jurados caualleros efcuderos oficiales i omes buenos de todas las cibdades i villas i lugares de eftos dhos nros R.ynos i señorios i de las dichas yndias yflas i tierra firme de el mar oceano afy à los que agora fon como alos que fueran de aqui adelante E a cada uno i cualquier d'llos en fus lugares i juridifciones que guarden i cumplan i hagan guardar y cüplir la dha merced que ansi hazemos delas dychas armas que las aya E tenga por Sus armas conofcidas i las dexë como tales Poner i traer E que enello ninen parte dello embargo nin contrario alguno les non pongan nin confientan poner en tiempo alguno nin por alguna manera fo pena dela nueftra merced i de cient mill marauedis para la nuestra camara acadavno que lo contrario hiziere. Dada en la Villa de fuëfalida À Siete dias del mes de Otubre Año del nafcimiento de nro. faluador iefuxpö. de mill i quinientos E quarenta e un (1) Años.

Fr. g. Car^lis.
hifpaley

yo Juan de samano secretario de sus cefarea y Catho^cas. mg^s. la fize escreuir por su m^do. el go^or. en su nombre.

Armas para la civdad de Arequipa. (2)

(1) En el original, algo deteriorado en esta parte, hay un agujerito que no permite leer con claridad la palabra *un;* pero en el registro de la cédula, que está por duplicado, á fojas 122 y 255 vuelta del libro 2° de Reales cédulas, se lee clarísimamente 1541.

(2) En esta parte termina la 5ª página del original, hallándose hasta la mitad escrita, el resto en blanco y al pié el renglón que lleva la nota [2]. En la 6ª página siguen las firmas.



Escudo de armas de la ciudad de Arequipa.

El Conde Don Garcia
Manrique — eps. lucey
El Doctor Bernal

E'llic° gtrre.
Velazques
Rda.
Ochoa d'luyando
Por chanciller
Blas de Saavedra

El escudo de armas, *fac símile* del original, intercalado en el texto de la real cédula, es el que se ve en la lámina adjunta.

A fin de satisfacer la curiosidad que naturalmente se despierta con las últimas lineas y firmas de la real cédula que antecede, pondré aquí su traducción:—"Dada en la villa de Fuenzalida á 7 dias del mes de Octubre, año del nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo, de 1541 años".—*Frater gracia Cardenalis Hispaley.—Yo Juan de Samano, secretario de sus cesareas y católicas Magestades la hice escribir. Por su mandado, El Gobernador, en su nombre.—Armas para la ciudad de Arequipa.—El Conde Don García Manrique.—Episcopus Lucey.—El Doctor Bernal.—El licenciado Gutierre Velazques.—Registrada, Ochoa de Luyando.—Por el Canciller, Blas de Saavedra*».

Trataré ahora del título de *muy noble y muy leal* concedido á Arequipa, por el Virey D. Francisco de Toledo, hallándose en esta ciudad, con motivo de la visita general que hizo al Vireynato del Perú.

La concesión se hizo á petición del Ayuntamiento, siendo procurador general D. Diego Hernandez Hidalgo, siguiéndose para ello una información de testigos, y mandada actuar, por Toledo, según su decreto de 28 de Agos-

to de 1571, comisionando, al efecto, al escribano Juan Ruiz de Gamarra.

Los declarantes fueron Alonso de Luque, Hernando Alvarez de Carmona, Juan de la Torre, Nicolás de Almazan, Hernan Bueno, Juan Ruiz de León, Juan Velasquez de Avila, Bartolomé de Pradamos y Gaspar de Armontra.

El interrogatorio debía versar sobre los servicios prestados á la causa del Rey, en la conquista y pacificación del Perú, por los españoles vecinos de Arequipa, pues, haciendo mérito de aquellos, el Ayuntamiento pidió al Virey la merced que este quisiera otorgar á la ciudad.

Habría querido trasladar aquí el texto íntegro de esa curiosa información, ó por lo menos el interrogatorio; pero siendo demasiado extenso, y no pudiendo disponer para este trabajo sino de estrechos límites, me contentaré con dar siquiera un estracto del último, para que pueda apreciarse el valor del título de *muy noble y muy leal*, concedido por D. Francisco de Toledo á la ciudad de Arequipa.

Las diez y seis preguntas que comprende el interrogatorio se contraen á los hechos siguientes:—que los primeros pobladores de Arequipa fueron gente principal y distinguida entre la que vino á la conquita del pais:—que los vecinos de esta ciudad estuvieron, á sus expensas, con el marqués D. Francisco Pizarro, cuando la ciudad de los Reyes se hallaba cercada por los indios, con motivo del levantamiento general de éstos, que encabezados por el joven Inca Manco, hermano lejítimo de Huascar, y heredero, por consiguiente, del trono, trataron de recuperar su independencia; contribuyendo dichos vecinos á levantar el sitio de la ciudad mencionada:—que, leales siempre á la causa del Rey, se afiliaron á las banderas de Vaca de Castro é hicieron campaña con él contra el usurpador Diego de Almagro, el joven, habiéndose hallado en la batalla de Chupas, cerca de Huamanga, en que éste fué derrotado. Prescott trae en su *Conquista del Perú*, la carta que los miembros del Ayuntamiento de Arequipa dirijieron al Rey, desde San Juan de Frontera, (1) dándole parte del triunfo de Vaca de Castro y felicitándolo por el restablecimiento del órden;

(1) Cerca de Ayacucho.

—que dieron asilo y escondieron en una cueva al capitán Diego de Centeno, llevándole allí los alimentos, cuando vino perseguido por Francisco de Carbajal, teniente de Gonzalo Pizarro, que fué proclamado Gobernador del Perú, con la prisión del Virey Blasco Nuñez Vela, desde las Provincias de la Plata en que Centeno desconoció el gobierno de aquel Pizarro, por lealtad á la causa del Rey:—que acudieron á engrosar las filas de Nuñez Vela, habiéndose hallado en la batalla en que fué derrotado y muerto por el ejército de Pizarro, en las cercanías de Quito, sufriendo después de ésto, y con tal motivo, confiscaciones de sus bienes, prisiones y mil crueldades de parte de los paniaguados de Gonzalo Pizarro:—que sabida la llegada del Licenciado de la Gasca, que venía de España nombrado por el Rey á restablecer el orden, y saliendo de su escondite Diego de Centeno, se sublevaron, contra Pizarro, prendiendo á Lucas Martinez Begazo, capitan de éste y á Alonso Begazo, Alcalde mayor por el mismo, mandaron á Garcí Manuel de Carbajal á cerca de Gasca en demanda de auxilios, hicieron aprestos de guerra, gastando mucho oro y contrayendo deudas y por fin expedicionaron sobre el Cuzco, en donde los esperaba Centeno, al que se reunieron en Yucayto:—que desde allí enviaron de emisario á Luis García Samanes, á donde el capitán Mendoza, que se hallaba en la ciudad de la Plata, para que éste se le uniese con sus tropas, lo cual consiguieron:—que así se dió la batalla de Guarina, contra las tropas de Pizarro, y que fué desastrosa para Centeno, habiendo muerto allí muchísimos vecinos de Arequipa:—que después de la batalla de Guarina, fueron todavía en ayuda de Gasca, quedando sin hombres la ciudad, por lo que llegado á ésta Francisco de Carvajal, robó á las mujeres todas sus joyas, cometió mil crueldades y por fin se llevó al Cuzco á las mujeres, en donde dió muerte á D[a]. Ana Calderón esposa de Hernando de Villegas:—que reunidos á Gasca se hallaron en el combate de Xaquixaguana, cerca del Cuzco, en donde con la deserción de los de Gonzalo Pizarro, terminó la rebelión de éste, y se obtuvo la paz, que el admirable Licenciado de la Gasca tuvo encargo de restablecer:—que posteriormente, y con motivo de la insurrección de D. Sebastian de Castilla, hijo del Conde de la Gomera, en Charcas, hicieron armas á favor del Rey, velando las tropas día y noche en la plaza de Arequipa:—que cuando se insurreccionó también en Charcas el audáz Fran-

cisco Hernandez Girón, que paseó sus huestes hasta cerca de Lima, se afiliaron á las tropas del Mariscal Alonso de Alvarado, y á las de la Real Audiencia, que ejercía el Gobierno por muerte del Virey D. Antonio de Mendoza, y se hallaron en el combate de Villacuri, cerca de Ica, favorable á Girón, en la batalla de Chuquinga, hacía los orígenes del Pachachaca, en la que el mismo Girón derrotó á Alvarado, y en el combate de Pucará, favorable á las armas del Rey, y cuya consecuencia fué la difinitiva pérdida de Girón, su captura y ejecución en Lima, con la cual la paz no volvió á alterarse:—y, finalmente, que durante su ausencia de Arequipa, y habiendo quedado casi sin gente esta ciudad, se apoderó de ella Tomáz Vasquez, capitan de Girón, y la saqueó, y que después de la batalla de Chuquinga vino el capitan Piedrahita, también de Giron y cometió asesinatos, robos é incendios; siendo de advertir que todos estos servicios á la causa del Rey, eran prestados á expensas propias de los vecinos de Arequipa.

Los que conocen la historia nacional verán muy claros todos estos hechos; los que no la conocen, tendrán en ellos un motivo para interesarse en el estudio de aquella; y hé aquí otra causa que me ha determinado á hacer el extracto del referido interrogatorio, cuyo original, así como las declaraciones de los testigos, y demás actuados, fueron devueltos al Ayuntamiento, á petición de su procurador D. Diego Hernandez Hidalgo, y se registran en el Libro 1°. de Reales cédulas, provisiones, etc., del archivo municipal de Arequipa, del cual he tomado estos datos.

En vista de la referida información, el Virey D. Francisco de Toledo expidió el siguiente título.

«Don Francisco de Toledo, mayordomo de Sumagestad Visorrey gouernador y capitan general en estos rreynos é prouincias del Perú y tierra firme presidente de la audiencia y chancillería Real que rreside en la ciudad de los rreyes. &. Por quanto auiendo buelto de las prouincias de arriba de dar asiento y estabilidad en las cossas que tocavan al gouierno delias asienlo espiritual y temporal como en el castigo que mande hazer é hize delos que se Reuelaron en la prouincia de santa cruz y castigo delos Chiriguanaes dela cordillera fronte-

ra alos valles dela ciudad dela plata donde los chiriguanaes hordinariamente auian hecho mucho daño á los moradores é yndios questauan con ellos en sus heredades yasimismo e hecho en todoeste Reyno gratificando ala ciudades é personas que enlas ocaciones quese auian ofressido auian seruido asumagestad con la fidelidad quo heran obligados por ser negocio que sumagestad particularmente me mando y encargo lohiciese y- llegado aesta ciudad de Arequipa enel progreso y continuacion dela dha visita general que pormi persona bengo haziendo ye hecho enella loqueen las demas ciudades villas y lugares deeste rreyno dexo proueidas y las cossas que conbenian para su aumento y rremediando las que parescian ser contrarias paraello e dexado la horden que mas conbino alos vezinos y moradores ynaturales que enella estan yrresiden estando de camino para la ciud. de los rreyes para allí acauar de resolver lcs negocios quean Resultado dela dha visita general ylo hazer conmas acuerdo ydeliberacion conla esperiencia quenella etomado poraverlo visto y tratado pormi persona tomando parescer conlas personas graves quemas conbenga paraeste efecto conel deseo de proveer y acertar lo que mas sea seruicio de dios nuestro señor y de sumagestad yaumento destos rreynos vezinos e moradores della y seconsiga yaia efecto delfruto quese pretende desta visita general quecon tanto acuerdo y maduro consejo sumagestad y el real consejo delas yndias mando hazer como sea hecho pormi persona y comisarios Diego Hernandez Hidalgo ennombre ycomo procurador general desta dha ciudad de Arequipa me hizo rrelacion lo mucho ybien queesta ciudad y vezinos della auian seruido asumagestad enlas ocaciones que se auian ofrecido al seruicio de sumagd. contra las rrebeliones yalteraciones de don Diego de Almagro y Gonzalo Pizarro Franco. Hernandez Giron y donsebastian de Castilla y sus sequases lo qual demas de ser publico e notorio me constaua por una prouanza quedelos dhos seruicyos se auia hecho porcomision particular mia porende queme pedia humildemente y me suplicaua fuese seruido hazer merced ala dha ciudad enrremuneracion de los dhos seruicyos de le dar nombre y titulo de muy noble y muy leal ciudad de Arequipa pues constaua de la dha prouanza lo avia sido poniendo en efeto los vezinos della con sus personas vidas y haziendas el ser basallos y berdaderos seruidores de sumagestad entodas las batallas y recuentros que auia

auido eneste rreyno hallandose siempre los vezinos y moradores dela dha ciudad enellas e pormi visto lo susodicho juntamente con la dha provanza ylabuena satisfacion que de todo ello tengo y que enenla ocacion quede presente se ofrecía del seruicio que yo propuse para sumagestad porla necesidad urjente enque al presente esta á caussa dela perdida dela goleta y rreyno detunez amostrado por obra clamor y delo quela dha ciudad tiene eatenido en las cossas que sean ofrescido yofrescen asurreal seruido haziendo desuboluntad gracyosamente enprestando asumagestad y no solamente se contento conesto sino que tambien algunas señoras e mugeres de vezinos e particulares me presentaron mucha parte de sus joyas para conellas seruír asumagestad enla dha necesidad obra heroyca y generosa enloqual econoscydo el muchu amor yboluntad que la dha ciudad yvezínos tienen al seruicio de sumagestad conformando con la obligacion que tienen como basallos suyos yporque la dha ciudad sea gratificada eylustrada conforme asus seruicios lealtad yboluntad yotras se animen alo hazer asi ycumplan conla obligacion queparaello tienen Acorde dedar y dila presente porla qual ennombre desumagestad eporvirtud delos poderes que de supersona rreal tengo quepor su notoriedad noban aqui ynsertos hago merced aesta dha ciudad enrremuneracion de sus seruicyos fidelidad y lealtad deque desdeeldia dela dacta desta mi provision enadelante para siempre sepueda yntitular nombrar yllamar enytitule yllame la muy noble ymuy leal ciudad de Arequipa eutodaslas escripturas eynstrumentos yautos judicyales que sehicieren yotorgasen yconel dho nombre se puedan presentar ante sumagestad ysus rreales consejos ycomo atal selede el lugar y seleguarden todas lashonrras gracias eprominencias que deueaver y gozar por rrazon del dho título en guisa que nole mengua nimengue ende cossa alguna sopena decaer, eyncurrir enlas penas enque yncurren y caen los que ban contra semejantes mercedes porquanto yo ennombre de sumagestad erresceuido y rresciuo ala dha ciudad conel dho titulo para que enlos dhos tribunales yotros cualesquier sele de lugar y preheminencia conforme alas quelas leyes e prematicas de los rreynos decastilla suelen dar y señalar alas dhas ciudades que tienen nombre yapellido dela muy noble ymuy leal ciudad la qual seapregone y pongaenel archivo dela dha ciudad. Dada en la ciudad de Arequipa ensiete dias del mes denoviembre de mil y qui-

nyentos ysesenta ycinco años. —*Don Fran^{co}. de Toledo.* Por mandado de su ex^{a}.—*Don Juan de Saavedra.*»

La provisión que precede se halla escrita en *letra procesal,* de donde resulta la ligazón de palabras, que no he querido alterar en gracia á la fidelidad de la trascripción del documento original, cnya lectura es bastante difícil, como puede suponerse.

En la obra del P. Travada, *El suelo de Arequipa convertido en cielo* se lee que el título de *muy noble y muy leal,* dado á esta ciudad por el Virey D. Francisco de Toledo, lo confimaron Felipe II y Felipe III *con muchas más honras,* en dos cédulas, la una en Badajóz, fecha 19 de Setiembre de 1580 y la otra en Madrid, á 28 de Enero de 1594.

Con este dato, registré minuciosa y detenidamente el archivo municipal, para poder dar aquí el texto de esas reales cédulas; pero no he hallado otras que las de que voy á ocuparme, las cuales llevan las fechas apuntadas.

La de Badajóz, de 19 de Setiembre de 1580, que se registra en el libro de reales cédulas del archivo, se contrae á manifestar al Concejo, Justicia, Rejidores, caballeros y vecinos de Arequipa la gratitud del Rey, por el magnífico donativo que le hicieron para aliviar la situación del Tesoro Real, exausto con motivo de los fuertes gastos que ocasionaban las guerras que aquel sostenía con los musulmanes y protestantes, por la causa católica; donativo que recibió el Virey Toledo, y para el cual las matronas de Arequipa se desprendieron de sus más valiosas joyas; por lo que el Rey las compara con las matronas romanas, y califica de heroica su acción y digna de perpétua memoria, y dice:—«Os certificamos de que en premio de este seruicio todo el tiempo que Dios quisiesse que Bivamos y gouernemos essos Reynos, adeuoçión y memoria de este hecho y Particularmente por el señalado seruicio que vras. mugeres nos hicieron, fauoreceremos essa Republica encargando anuestros subsesores hagan siempre lomismo.»

La de Madrid, á 28 de Enero de 1549, que se registra en el mismo libro mencionado, expresa también la gratitud y las laudatorias del Rey á esta ciudad, por haber hecho entusiasta el pago del impuesto recién co-

brado de *alcabalas*, por gruesas sumas, y ofrece hacerle todas las mercedes que pida; pero ya esta real cédula comienza así:—«El Rey.—Al Concejo, Justicia y Regimiento de la muy noble y muy leal ciudad de Arequipa, de las prouincias del Perú. etc.»,—lo cual prueba que, si no hubo reconocimiento y aprobación especiales del título de *muy noble y muy leal*, dado á Arequipa por el Virey Toledo, los hubo ya de consentimiento y de un modo expreso, como en esta real cédula y otras posteriores. Puede este asunto ser, ó equívoco del P. Travada, ó falta en el archivo municipal; pero como se ve no perjudica al título nobiliario de la ciudad de Arequipa.

EL AYUNTAMIENTO.

Sensible me es no poder señalar con exactitud el día en que se instaló el Ayuntamiento de Arequipa, pues la única fuente segura de la cual habría de tomar ese dato, sería el libro primero de los acuerdos de aquel, y desgraciadamente ese tomo no existe en el archivo municipal. Comienza la colección de los libros de acuerdos que en él se hallan, por el segundo tomo, cuyo primer acuerdo lleva la fecha de 14 de Enero de 1546.

El Iltmo. Sr. Valdivia, en su obra tantas veces citada, dice:—«El 1°. de Enero de 1541 se juntaron los vecinos de Arequipa y con el juez Teniente Gobernador nombraron seis Regidores y dos Alcaldes ordinarios, un Fiel Ejecutor, un Alcalde de Aguas y un vecino que sacase el Estandarte en clase de Alferez real. A este Ca bildo se le encargó la administracion de justicia y el régimen interior. Se reunía para el despacho dos dias á la semana y adjudicaron los terrenos de toda la Provincia de Arequipa desde Acarí.»

«Precedieron al Ayuntamiento los Tenientes Gobernadores hasta que el Licenciado D. Pedro Gasca nombró por correjidor al Licenciado Alonso Herrera de la Cerda en 26 de Abril de 1528, y le recibieron Pedro Barroso y Martín Lopez Alcaldes ordinarios. Hubo Correjidores hasta 1784 en que los subrogaron los Gobernadores Intendentes por orden de Carlos III.»

Como he dicho antes, el Iltmo. Sr. Valdivia estuvo en posesión de datos fidedignos, tomados del archi-

vo municipal, y es probable que tuviese á la vista el libro primero de acuerdos del Cabildo. Pero surjen desde luego algunas dudas que paso á manifestar en seguida.

En el acta de fundación de la ciudad figuran como testigos de esa ceremonia, realizada el 15 de Agosto de 1540, el Alcalde Juan de la Torre y los regidores Hernando de Silva y Hernando de Torres, lo cual prueba que antes del 1° de Enero de 1541, en que se dice se instaló el Ayuntamiento, existía éste de un modo indudable.

Y no se crea que hay equívoco en esa parte del acta citada, pues en la información seguida para otorgar á la ciudad el título de *muy noble y muy leal*, y en la que figura como testigo Juan de la Torre se lee lo siguiente:—«A la primera pregunta dixo que conoscia a los vezinos desta ciudad presentes e conoscio a los vezinos pasados e pobladores desta ciudad de vista e abla e conversacion e porque este testigo es vno delos primeros treze descubridores deste rreyno (1) *e fue el primer alcalde enesta ciudad* por fu magestad e que este testigo vio como al tiempo que se hubo cercado la ciudad de los rreyes por los capitanes del ynga se allaron En servicio de Sumag^{d}. y la descerca ron los bezinos que enesta ciudad después hubo e po blaron...»

El hecho es, pués, que ya hubo Ayuntamiento antes del acto oficial de la fundación de Arequipa, y de algun modo puede explicarse, pues es un hecho, también, que los españoles se establecieron en el valle de Arequipa de 1535 á 1540, como en otra parte lo he dicho, y bien pudo ser, y debió de ser así, que en ese lapso de tiempo se nombrase Alcaldes y Regidores, ó vendrían estos de la población de Camaná cuando se trasladó á Arequipa; ó bien serían nombrados aquellos por Pizarro en 1539, como dice el historiador Herrera, en el párrafo que en otro lugar he trascrito, pues pudo suceder que este autor tomase por fundación definitiva de la ciudad el establecimiento de una población provisional, que hiciese Pizarro en ese año, lo que con-

(1) Los trece que en la Isla del Gallo pasaron la línea que trazó Pizarro, para que los que quisieran seguirlo al descubrimiento y conquista del Perú avanzaran sobre ella.

cordaría con lo que se lee en la provisión de éste, de 6 de Junio de 1540, de la cual se deduce que los españoles residieron en el valle de Arequipa *diez meses antes de la fecha de esa provisión*, esto es, más ó menos, desde Agosto de 1539 todo lo cual no perjudica que el 1°. de Enero de 1541; se instalase un nuevo Ayuntamiento en la forma que indica el Iltmo. Sr. Valdivia.

Por lo demás, el Cabildo de Arequipa tuvo el privilegio de que sus Alcaldes y Regidores pudiesen ejercer sus cargos, una vez hecha su elección, sin necesidad de que ésta fuese aprobada y ratificada por el Virey, tanto que cuando fué puesta en su conocimiento por el Corregidor Alonso Ramirez de Sosa, siendo Alcaldes Juan de la Torre y Pedro Godinez, la real cédula circular expedida por Felipe II, en 2 de Abril de 1561, en la cual se ordenaba que precisamente fuese ratificado el nombramiento de Alcaldes y Regidores de todos los Cabildos por el Virey, con motivo de haberse informado que el Virey Marqués de Cañete concedió á varios de aquellos la no ratificación, contestó el de Arequipa al Corregidor, en acuerdo de 4 de Agosto del mismo año: —«questa cibdad de Arequipa tiene patente y merced de sumag[d]. el emperador Don Carlos de gloriosa memoria para hacer en cada un año election de Alcaldes E rregidores Y demas offisciales sin que sea necesario pedir confirmación dellas al que gouernare este reino E no lo hazen por prouicion del marques De Cañete ni la prouicion Real del caso habla con ellos Equel traslado de la dha merced Lo tienen en corte dela ciudad De los rreyes los procuradores de esta ciudad e questo dauan por respuesta.»

Posteriormente, habiendo otorgado el Rey, por real cédula de 30 de Diciembre de 1571, al Virey D. Francisco de Toledo, la facultad de poder exceptuar de su confirmación la elección de oficios de algunos pueblos lejanos de la capital, el mencionado Virey confirió la facultad de confirmar la elección de cargos del Ayuntamiento de Arequipa, al Corregidor de esta ciudad, en ella, á 30 de Setiembre de 1575.

El Cabildo de Arequipa, recibió el título de *Excelencia*, y sus miembros el de *Señoría*, por real cédula de Fernando VII, de 16 de Noviembre de 1818.

El Iltmo. Sr. Valdivia enumera los primeros actos notables del Cabildo y nombra á los personajes ilustres y respetables que en él se distinguieron; y hubiera que-

rido yo hacer aquí igual cosa, pero no es de mi objeto, y, además haría largo ese trabajo.

Por mi parte solo diré, en honor al fundador de Arequipa, el magnífico Sr. Garcí Manuel de Carvajal, lugar-teniente de Pizarro y primer Teniente de Gobernador de esta ciudad, que fué nombrado Regidor perpetuo del Cabildo, y como tal incorporado en él, en 6 de Abril de 1547, y Alcalde ordinario de primer voto, elejido en 24 de Diciembre de 1548, para el año de 1549, en que ejerció el cargo, siendo segundo Alcalde Martín Lopez y Justicia Mayor ó Corregidor el licenciado Alonso Herrera de la Cerda. Carvajal había muerto ya por el año de 1551, pues aparece entre los acuerdos del Cabildo, una concesión que éste hizo en Febrero de ese año, á los herederos de aquel, de unos terrenos vacantes.

PATRONOS DE LA CIUDAD Y DEL CABILDO.

El mismo día en que se fundó Arequipa, 15 de Agosto de 1540, y en el que la Iglesia Católica celebra la fiesta de la Santísima Vírgen de la Asunción, tomaron á ésta por patrona de la ciudad los fundadores, como se vé por el siguiente párrafo que copio de las ordenanzas expedidas por el Ayuntamiento, que se registran en el tomo segundo de reales cédulas, provisiones, etc., y que fueron aprobadas y confirmadas por el Rey, en su decreto dado en Valladolid el 4 de Agosto de 1550.

Dice:—«E luego el dho cauildo los dhos señores dixeron que porque enel dia de nuestra señora de Agosto se fundo esta ciudad *yenel tal dia el cauildo desta ciudad la tomó por patrona* y hordeno que el tal dia se sacafe el estandarte de armas que esta ciudad tiene y sumagd. ledio y porque es justo que latal festividad se haga con todo Regocijo hordenaron que de aqui adelante para siempre jamas se lidien seis toros e se haga el mas regocijo posible e asi lo acordaron.»

El día 22 de Junio de 1562, se instituyó solemnemente una cofradía de Ntra. Sra de la Asunción, tomándola por patrona, intercesora y abogada de Arequipa, en Cabildo abierto, en memoria de haber sido fundada esta ciudad el día de la fiesta de la Sma. Vírgen bajo la advocación indicada, siendo Corregidor y Justicia Mayor

Alonso Ramirez de Sosa y Alcaldes ordinarios el Licenciado Gomez Hernandez y Diego Bravo. Omito el texto de ese documento por su larga extensión, registrándose en el tomo segundo de reales cédulas, provisiones, etc., del archivo del Ayuntamiento.

Santa Marta fué también tomapa por patrona de la ciudad, como se vé por el siguiente párrafo, que copio de las mismas ordenanzas mencionadas:—E luego el dho cauildo, sus mercedes dixeron que por quanto en efta ciudad solía aver grandes temblores de que cayan muchas casas e moria algunas personas e para amparo della despues de la gracie dibina avian tomado por patrona de esta ciudad A señora Santa Marta y edificadole casa y despues que se avia tomado por patrona mediante ser nuestro señor servido avia cefado los temblores y por que hera justo que el dia su abocacion se festejase y alegrase esta ciudad por tanto que hordenaban y hordenaron quel dia dela avocacion de señora Santa Marta de Aquí adelante para siempre jamas se digan visperas solenes e mifa ese tal dia se lidien seis toros y se haga todo Regocijo y que esta horden se tenga para siempre e asi lo acordaron.»

Despues resolvío el Cabildo señalar seis fiestas, que debían ser celebradas por la ciudad. determinando desde luego cuatro, como se vé por el siguiente párrafo de las mismas ordenanzas:—«E luego en el dho cavildo los dhos señores dixeron que porquanto conviene que haya orden en las fiestas que en esta ciudad se hubieren de hacer por tanto acordaron que las tales fiestas sean el dia de señor San Juan e Santiago e nuestra señora de Agosto e Santa Marta y otras dos fiestas quales el Cauildo de esta ciudad quisiere nombrar e señalar e que para que aya toros qara las dhas fiestas e no aya falta dellos al tlenpo que esta ciudad Rematase las carnicerias sea obligado a sacar e saque por condicion y postura que se den para cada fiesta de las susodichas que son seis toros para cada fiesta y questa horden se tenga e guarde perpetuamente.»

En 22 de Setiembre de 1601, el Cabildo acordó tomar por abogado de la ciudad á San Genaro, pidiéndolo al Vicario de ésta D. Domingo Barriga, y con su acuerdo se dispuso que el día del Santo, 19 de Setiembre, fuese de fiesta de guarda: que las fiestas fuesen dos, una el día indicado y la otra el 19 de Febrero, en memoria de la reventazón del volcán de Quinistaquillas,

que originó un terremoto y lluvia de arena en la ciudad, en aquella fecha, del año de 1600, lluvia que duró por muchos meses: que se erigiese una hermita al santo en la banda occidental de la ciudad, en la que también se veneraría á la Sma. Vírgen de Guadalupe; todo lo cual se escribiría al Iltmo. Sr. Obispo. La hermita se convirtió mas tarde en el convento de la Recolección franciscana, cuyo patrón es San Genaro.

Tomó el Cabildo por patrón de la ciudad á este Santo, según dice el acuerdo, por su milagrosa intercesión como abogado de la ciudad de Nápoles y de los volcanes de Italia.

Por acuerdo de 14 de Setiembre de 1632, reclamó el Cabildo de la Autoridad Ecleslástica, la celebración de la fiesta de San Genaro, que se había omitido algunos años, rememorando que con motivo de la reventazón del volcán de Quinistaquillas, el 19 de Febrero de 1600, y con el voto del Cabildo Eclesiástico, se había hecho día de fiesta el del Santo mencionado.

El 7 de Diciembre de 1632 acordó el Ayuntamiento jurar y defender el misterio de la Purísima Concepción de María Santísima, y tomada la vénia de la Autoridad Eclesiástica se verificó el juramento solemnemente en la Iglesia Matriz, el día 12 del mismo mes y año, siendo primer Alcalde D. Nicolás de Cáceres Ulloa; y en 27 de Noviembre de 1655 se acordó pedir al Iltmo. Sr. Obispo, que declarase patrona de Arequipa y de la Diócesis á la Sma. Virgen de la Concepción.

Por ser general la devoción de los vecinos de Arequipa á San Francisco Javier, acordó el Cabildo, en 3 de Diciembre de 1654, día del Santo, pedir al Iltmo. Sr. Obispo, que mandase observar como de fiesta, para lo sucesivo, el mencionado día, y en 27 de Noviembre de 1655 tomó y juró por patrono y abogado de la ciudad al mismo Santo, disponiendo que se diese cuenta al Diocesano. Por acuerdo de 19 de Noviembre de 1720, juró, además, el Cabildo, por patronos especiales suyos al mismo San Francisco Javier y á San Sebastián, declarando feriado el día 3 de Diciembre.

Prolijo sería enumerar otras muchas fiestas que el Cabildo se impuso la obligación de celebrar, pues mi objeto solo ha sido dar á conocer los santos patronos de la ciudad y del Ayuntamiento.

Impertinente habrá parecido que me ocupe de todos los puntos que este imperfecto trabajo contiene, debiendo haberme limitado al de la fundación de Arequipa; pero todos aquellos tienen íntima relación con los principios de la ciudad, y sirven como para caracterizar su fisonomía moral, desde esa época, pues con tales antecedentes, que no han sido desmentidos en el trascurso de tres siglos y medio, por los hechos de la vida social de esta ciudad, fácil es advertir que la educación, por tradición permanente en las familias, ha hecho de Arequipa un pueblo eminentemente piadoso; entusiasta y fuerte para la guerra; amante de las causas que tienen por base el cumplimiento del deber y de la ley, para las cuales su abnegación y lealtad rayan en el heroismo; patriota ardiente, con el patriotismo de los corazones sanos y honrados, como lo acredita su historia contemporánea, en la que se registran páginas gloriosas, ya con la gloria que dan los laureles del triunfo, ya con que da la palma del sacrificio y del martirio.

Arequipa, por eso, es un pueblo creyente y patriota, y Dios y la Patria son su divisa, y las dos poderosas bases sobre que descansa su educación social, y que forman el carácter distintivo de sus hijos, contribuyendo á ello hasta las condiciones físicas de su suelo y de su cielo, que tantos atractivos tienen para los propios y los extraños.

CAPITULO II.

Descripción general de la ciudad.

I.

Cuando aquel día de Agosto de 1540, el buen caballero Garcí Manuel de Carvajal, fundó la ciudad de Arequipa presentía que, andando los tiempos, llegaria á ser ella una de las mas hermosas de la América española?

Hermosa sí: todos los que la ven lo dicen. Oigamos á algunos de los que la han celebrado.

«Al penetrar al valle del Chili, de improviso, el terreno bruscamente cortado, deja ver, en una perspectiva de luz y de azur, la ciudad de Arequipa, recostada al pié del ,volcán Misti, y coronada, como por una diadema, por las nieves de la sierra. El golpe de vista es mágico. No puede imaginarse una decoración más bella. Solo Méjico en su llanura puede rivalizar, en esplendor de aspecto, con Arequipa». (1)

«El animado verde de la campiña de Arequipa, dice un escritor inglés, con sus campos de maíz, sus alamedas de elevados sauces, sus huertos de frutales, sus aldeas y sus casitas, forma un cerco de esmeraldas, en que está engastada, como una perla, la blanca ciudad».

(1) Paul Marcoy.—Viaje á través de la América del Sur.

En un libro de Flanmarión, se lee lo siguiente: (1)
«Arequipa, ciudad muy notable, no solo por el número de sus habitantes, su industria, su patriotismo y su valor, sino, también, por sus instituciones y sus monumentos. No solo es Arequipa, una de las ciudades más importantes del Perú, sino la mansión más agradable de la América del Sur, así por la dulzura de su clima, como por las hospitalarias costumbres de sus habitantes, laboriosos agricultores, durante la paz, y soldados siempre que la tiranía ha intentado derribar la libertad de su país».

El ilustre historiador americano, Leubel, se expresa así:

«Hay en el Perú, dice, una ciudad notable por la inteligencia y valor de sus hijos; grande por sus razgos heróicos, áun en medio de todos sus delirios. Colocada al pié de un hermoso volcán, dijérase que sigue una marcha paralela con el cráter cuya influencia recibe. Contínuamente agitada y á veces rebelde; vencedora ó vencida, siempre es digna de respeto. Centinela avanzado, es la primera que da el grito de alarma, cuando se atacan las libertades nacionales. Entonces se convierte en un cuartel. Lucha y lucha á lo antiguo, casi á lo espartano; triunfa ó sucumbe; pero nunca retrocede. Terminado el combate, el soldado se convierte de nuevo en obrero de la santa ley del trabajo; y las robustas manos que dejan el arma inútil, vuelven á tomar el azadón. Esa ciudad tiene también sus tribunos que la abandonan para escalar el poder y á veces se convierten en apóstatas. Pero ella existe siempre y la patria vive en su seno.»

Se cuenta que un gallardo general, á quien Arequipa quizo mucho,—tanto, que por él se sacrificó, más de una vez, contenta - pagóle su amor, llamándola—"paloma en nido de esmeraldas".

Y Arequipa, la buena ciudad romántica, quedó más contenta de la galantería del noble general, que de un tesoro que le hubiera dado.

---

(1) Contemplaciones científicas.

Fácilmente se ocurren poéticas imágenes, al contemplar á Arequipa.

Los orientales, si la vieran, quedarían de ella enamorados, se creerían trasportados á su país querido.

El oásis, el sol ardiente, la sombra fresca, el cielo purísimo, la blancura radiante, nada le falta para reina de oriente. Para reina tiene, además, sus montañas, de las que aprende la altivéz de las reinas.

El ser tan blanca, es lo que la hace más bella. Por blanca la comparé, una vez, á cisne de cándido plumaje que moja en el río, las plumas de sus alas.

Otra vez, á la distancia, parecióme una sultana que dejaba, indolente, desprenderse de sus hombros el blanco manto imperial.

Una mañana, estaba yo viéndola despertar, desde una de las alturas que la rodean. Me parece que era en Abril.

El día comenzaba lijeramente brumoso, y la ciudad, entre la niebla, parecía vestida de gaza trasparente. Estaba un poco pálida. No había aún salido el sol. Era un amanecer gris de otoño.

Nada se oía en la ciudad. Estaba dormida aún.

De pronto, el cielo se encendió sobre las cumbres de las montañas, y luego, blancos rayos de sol, volaron á posarse en los campanarios, y los despertaron.

Las campanas comenzaron á sonar, comenzaron á cantar. Echaban alegres al viento sonoros repiques, y los sonidos, llamándose unos á otros, cruzábanse lijeros en la claridad ya rosada de la mañana.

Y la blanca ciudad, despertándose bajo aquella bandada de voces matinales, claras y gozosas, tenía un despertar lleno de poesía, fresco y juvenil.

En ese momento, parecía brotar de la tierra, como evocada por la claridad de la mañana.

En nuestras espléndidas noches tropicales, la luz de la luna pone más blanca á la hermosa ciudad, comunicándole misterio y melancolía. Parece entonces—si se la mira

desde lejos—parece una ciudad de ensueños que los rayos de la luna hubieran construído con nieblas del rio.

Es ciudad romántica, apasionada, soñadora, un poco triste, y muy altiva y muy buena.—Es ciudad histórica y gloriosa: en cuarenta años ha hecho más historia y poesía que otras ciudades en siglos.

El ser tan blanca y bella, le dá expresión delicada y hasta tímida; tanto que, de lejos, nadie diria, que es lo que es, una ciudad batalladora, orgullosa, de indomables energías.

II.

La muy noble y muy leal ciudad Arequipa, está hecha de piedra, es ciclópea, granítica, es toda una ciudad de combate. Acercándose á sus muros, se reconoce, luego, en ella, á la hija de un volcán.

Sus magníficos templos, sus dos mil casas, sus puentes monumentales, toda ella ha sido construída de la piedra que se conoce en el país, con el nombre de *sillar*, y que según los geologos, es *tufa traquítica*.

Se saca esta piedra de unas inmensas canteras, que se hallan en las faldas del volcán.

Es una hermosa piedra blanca, muy porosa, blanda al pico, resistente en el muro y en la bóveda.

Rara vez se la encuentra á flor de tierra.—Generalmente, se halla bajo una terrosa formación gris, de poco espesor.

Al ver hoy á la blanca piedra, tan inmóvil, tan fría ¿hay quien piense en su terrible historia de lava? A ella la arrojó la tierra, en una de sus violentas sofocaciones, por la enorme boca inflamada del volcán.

Porque ella no es de la superficie de la tierra, sino que se crió junto al corazón de fuego del planeta.

Un día de cataclismo, salió del seno del volcán, en ola de grueso y cálido líquido humeante. Descendiendo

por los flancos de la montaña, principió luego á condensarse, á sentirse lenta y pesada, á contraerse, apretando, mordiendo pedernales entre su masa. Y al fin, paralizada por el enfriamiento, detúvose, petrificada, muerta, á los pies del todavía estremecido monte. Y fué, al morir, que se puso blanca y hermosa.

Después, la tierra gris comenzó á depositarse lentamente sobre ella, y al cabo de siglos, la soberbia materia volcánica, quedó sepultada bajo sucio manto de fea tierra negrusca. Por el espesor de esta capa de tierra, que tendrá de uno á dos metros de altura, podría un geólogo calcular el tiempo que hace de la última erupción del Misti.

En la región de las canteras de sillar puede verse, así, la obra de las dos grandes fuerzas geológicas: el producto del fuego, petrificado, pero recordando, por compacto, su génesis ardiente, porque solo el fuego funde así á la materia: el producto del agua, depositado grano á grano, debil, propenso á disgregarse.

Han sido escabadas las canteras, en forma de anfiteatros de colosales paredes blancas, teñidas, á espacios por placas de color rosa pálido.

Es región hermosa, áspera, un tanto salvaje; produduce una sensación enérgica, original, extraña.—De estas sensaciones necesitan el aquejado de sensiblería y el de imaginación enferma, para vigorizarse psíquicamente. Pero volvamos al sillar, y á la ciudad que de esta piedra edificaron, porque debía ser ciudad de combate, capaz de resistir, los grandes cañones y de luchar con temblores.

Decía que el sillar es blando al pico, fácil de ser labrado.

En efecto, en muchas construcciones, en las antiguas, especialmente, se ve cómo el sillar puede ser labrado y tallado, hasta la delicadeza. No hay ornamentación arquitectónica, desde la más sencilla columna dórica, hasta el complicado capitel corintio, que no pueda labrarse en sillar.

En los edificios del tiempo colonial, cuando el gusto churrigueresco dominaba, se ven frontispicios cubiertos de vegetaciones. de eflorescencias, de verdaderos encages, tallados en la piedra.

Ahora no se labra tanto el sillar: las construcciones son ahora más sencillas, más libres, más despejadas.

Y no han perdido con el cambio, por cierto, al contrario.

Las casas de Arequipa, son, generalmente, de muros de más de un metro de espesor, hechos de sillares y unidos por una mezcla de arena y cal. Sobre estos muros descansan bóvedas de los mismos materiales ó de ladrillos, en vez de sillar. Los trozos de esta materia, se consolidan, hasta formar casi una sola masa, en enormes bloques, que la cuña y la comba separan apenas, á costa de grandes golpes, como si fueran de granito.

La casa se une asi en todas sus paredes, formando como una pequeña fortaleza, tan resistente que los primeros cinco minutos de un horrible movimiento de tierra, que casi no permitía sostenerse en pié á los hombres, no fueron bastantes á derribarlas. Solo cuando el terremoto, como exasperado, cambió su movimiento de balance en sacudidas bruscas de arriba á abajo, solo entonces cayeron los fuertes muros, y se agrietaron y hundieron bóvedas.

Este género de construcción, es el mejor para el clima de Arequipa, porque, en las casas de bóveda, la temperatura se mantiene igual todo el día y toda la noche, libertandose así sus habitantes, de las transiciones violentas de temperatura, que son el mayor inconveniente de este clima.

Tiene, tambien, el edificio de sillar, la ventaja, de su duración para siglos; y, además, por supuesto, la de estar libre de incendios.

Las casas son, casi todas, de un solo piso: la construcción de piedra no consiente grandes elevaciones, ni hay tampoco para que aglomerar y amontonar viviendas, desde que el espacio sobra para edificar. Los altos ó segundos pisos que hay, son, por lo general, techados con madera y fierro acanalado.

En las casas de Arequipa se ve muchos jardinillos, y bastante arbolado, y se prestarían facilmente al aseo y demás condiciones higiénicas, si llegase á estable-

cerse un buen servicio de desagües. La provisión de agua será pronto abundante con la de los manantiales de Yumina, que se está trayendo á la ciudad, por un magnífico acueducto.

La habitación en Arequipa es, por lo general, cómoda, sana, fresca, alegre y buena para la vida.

III.

Las calles de la ciudad, que corren de NE. á SO. son rectas y anchas, y van á terminar en pedazos de campiña á cual más hermosos.

Está edificada la ciudad, á uno y otro lado del rio Chili. Descansa su parte superior en la falda del Misti.

En la orilla derecha del rio hay dos calles, el paseo denominado La Alameda, el convento de Recoletos, y la pequeña Iglesia del Beaterio,

En la orilla izquierda, está lo mejor de la ciudad, en terreno algo pendiente, que va á extenderse en el llano en que se encuentra la estación de los ferrocarriles de Mollendo, Puno y Cuzco.

La Plaza de armas de Arequipa, es la plaza de los trágicos recuerdos, es la plaza de las revoluciones. En ella, durante cincuenta años, decretó el pueblo de Arequipa los grandes acontecimientos de la historia patria.

Es una plaza grande y hermosa. A uno de sus lados se levanta la soberbia Catedral, y en los otros tres, portales ó galerias de piedra gris y de elegantísima arquitectura.

Es Arequipa una ciudad llena de sol, radiante. Es tambien una ciudad sin construcciónes endebles ni mezquinas, sin los harapos, sin las degradaciones que á otras grandes ciudades les da el pobre material, de que están hechas.

No hay en ella gran animación; pero tampoco es una ciudad muerta.

El ferrocarril al puerto de Mollendo, la pone en comunicación rápida y fácil, con el océano Pacifico, y,

por éste, con todas las naciones civilizadas.

Por el ferrocarril á Puno y al Cuzco, es el centro del comercio del Sur del Perú y aun de alguna parte de Bolivia.

Por telégrafo, se halla Arequipa unida á todos los pueblos del mundo.

Es ciudad algo triste, por el carácter de sus habitantes, mas aficionados a los goces del hogar, recogidos y tranquilos, que á las fiestas ruidosas de la calle y de los lugares públicos,

No faltan, sin embargo, distracciones para la vida. Arequipa, con sus veladas familiares, con sus partidas de campo, con sus alegres dias de carnaval, con las fiestas de los diferentes círculos y asociaciones, tienen animación y alegria bastantes.

En, suma, Arequipa, es ciudad hermosa, sana, tranquila laboriosa, un tanto silenciosa y pensativa, hospitalaria, buena, algo romántica y llena de poesía. Por eso, sin duda, se dijo de ella que era la mansión mas agradable de la América del Sur. Es fácil amarla y olvidarla es muy dificil.

CAPITULO III

La Catedral.

I.

En el siguiente artículo se encuentra la historia de la Catedral de Arequipa, narrada, con arte y verdad, por el distinguido escritor Sr. Dr. D. Mariano A. Cateriano.

LA CATEDRAL DE AREQUIPA.

POR MARIANO A. CATERIANO.

Antes de ocuparnos de este hermoso y antiguo templo, daremos una lijera idea de la erección de su Sede Episcopal, para hablar en seguida de la parte material, desde el principio de su construcción hasta su total incendio, acaecido en Diciembre de 1842.

Paulo IV decretó la erección de esta iglesia, que no pudo efectuarse por la oposición del Obispo del Cuzco, D. Sebastian Lartaún, temeroso de que los proventos de su vasta Diócesis fueran *insuficientes* para mantener dos prelados. Después Paulo V. por bulas de 20 de Julio de 1609 y de 16 de Enero de 1612, á las que Felipe III, dió el *exequatur*, la instituyó Iglesia Catedral. El Obispo Dr. Fray Pedro de Perea hizo la erección en 11 de Octubre de 1619 y creó cinco dignidades para su coro, á saber, Dean, Arcediano, Chantre, Maestre-escuela y Te-

sorero y además una Canongía de Merced y dos Raciones.

Ni la índole, ni la estrechez de límites de este escrito nos permiten ocuparnos en él, de los ruidosos y prolongados pleitos que con motivo de dicha erección, cuya nulidad solicitaban los Canónigos, promovieron estos á su Obispo, con desacato á la autoridad de tan venerable prelado y grave escándalo del pueblo de Arepa. Bástenos decir que tales pleitos duraron doce años, que solo la muerte del Obispo les puso término, que agriaron, hasta donde no es creible, el ánimo del recto prelado, obligándole en un documento muy notable á prorrumpir en esta tan amarga queja: «Aunque mi corazón fuera de piedra me lo habían de quebrantar......................Al fin, soy su padre y pastor y nací con mas obligaciones que ellos, á cuya cuenta les he perdonado tantas ofensas particulares en que otro reparara, porque, en verdad, saben poco y no tienen mucho que perder».

Al fin, ni la buena causa del Obispo, ni su brillante defensa merecieron la atención del monarca, y la justicia tuvo que estrellarse ante la parcialidad y las influencias. Felipe IV, por cédula de 24 de Setiembre de 1624, declaró nula la erección hecha por el Sr. Perea, obligóle á practicar otra, ordenando en consecuencia, que los canónigos continuasen en la posesión de sus prevendas. Pero el recto prelado que vió así ultrajada su dignidad y violada la ley, no dió cumplimiento á lo dispuesto en dicha cédula, ni aún salió de su convento de Lima.

El sucesor de este prelado que lo fué D. Pedro Villagomes, después Arzobsipo de Lima, efectuó la nueva erección de la Iglesia Catedral en 1635, y dictó la regla consueta para el régimen interior del Cabildo, que fué aprobada por el virrey, y es la misma que rije hasta el presente, salvas las modificaciones introducidas por el último Sínodo Diocesano.

CONSTRUCCIÓN DE LA CATEDRAL Y SU TOTAL INCENDIO.

Inició la construcción de este templo el Iltmo. Sr. Perea ya recordado, quien celebró la contrata, y según lo estipulado en ella, debía ser de tres naves, con frente á la plaza: su largo 70 varas por 28 de ancho: 8 pi-

lastras, 4 portadas, sacristía y oficinas interiores, costo 50,000 pesos, y tiempo 8 años. Con 8,000 pesos que recibió el contratista se dió principio á la obra y quedaron enterrados los cimientos en tiempo del recordado Sr. Perea.

El inolvidable Villarroel que le sucedió en el episcopado de Arequipa, después de los Iltmos. Sres. Villagomes y Ugarte, la edificó hasta terminarla completamente, y fué tan grande el interés que desplegara este insigne prelado, en la obra de su Catedral, que todas las mañanas se dirijía á las canteras, con el objeto de acelerar la conducción del material, y el mismo traía en sus hombro alguna piedra, y vijilaba el trabajo durante el día como sobre-estante de la obra.

Fundado bajo el patronato del Apóstol San Pedro este templo, fué de los más suntuosos que ostentara el Perú en los mejores tiempos de su proverbial riqueza. Estendíase su longitud de Oriente á Poniente, del Septentrión al Mediodía su latitud; del orden compósito era su arquitectura, constaba de tres naves espaciosas y anchas, diez columnas áticas cubiertas con cortinas de terciopelo carmesí, sostenían las dieziocho bóvedas de arista, catorce ventanas le franqueaban la luz y tres grandes puertas, la libre entrada. Trece hermosos altares de cedro perfectamente dorados lo decoraban. El mayor constaba de tres cuerpos, y estaba laminado de plata, el tabernáculo ocupaba el primero y guardaba la valiosísima custodia con el viril y resplandores de oro, engastadas en ellas muchas piedras preciosas de gran valor. En el segundo cuerpo veíase la efigie de la Virgen de la Asunta; en el tercero la de San Pedro, Patrón de la Iglesia, y en los nichos colaterales, las de los demás Apóstoles, todas de magnífica escultura. En el altar llamado de las reliquias se veneraban las de San Sebastian, San Julio, San Justo, San Donato, San Vicente, San Plácido, San Leonardo y San Valentín, colocadas en preciosos relicarios de plata, las cuales habían sido donadas por el Obispo Leon, que ordenó se rezase el oficio de ellas con rito doble por haber sido declaradas insignes según decretos de Gregorio XIII y Urbano VIII.

El coro ocupaba el centro de la nave mayor, en el que se contaban sesenta y una sillas de madera de cedro, divididas en dos secciones superior una é inferior la otra, teniendo las de aquella, en su respaldo, talladas de alto relieve las efigies de los doce Apóstoles y de

otros santos. En la testera y parte superior de la silla Episcopal que se distinguía por su esmerado trabajo veíase en un elegante nicho, el busto del Salvador al natural, y coronaba toda la testera una hermosa cúpula sostenida por seis columnas, en cuyo centro estaba colocada la estátua colosal de San Juan Bautista. Sobre los muros laterales del coro se hallaban dos magníficos órganos de muy sonoras voces, en el medio, ostentábase majestuoso el facistol giratorio, de cuatro faces sostenido por cuatro leones, y cerraban las preciosidades de este lugar una bien torneada reja de tres varas de alto. En la columna inmediata al coro, hácia la derecha destacábase el magnífico púlpito de cedro muy bien tallado. Hácia atrás del coro en un precioso altar construido con gusto y adornado con esmero venerábase á la Virgen María bajo la advocación de la Virgen de la Antigua en un hermoso cuadro pintado al óleo, al natural y de mérito superior. A los estremos del presbiterio habían colocadas dos tribunas con sus atriles, donde se cantaban la Epístola y el Evangelio en las Misas solemnes. La bóveda subterránea de figura circular donde reposaban las cenizas de los Obispos que morían; hallábase también debajo del presbiterio y tenía su entrada por el costado derecho. La capilla dedicada á San José tenía una preciosa cúpula y un hermoso altar de tres cuerpos.

La sacristía, en la que guardaban muchos y muy valiosos ornamentos sacerdotales y más de veinte mil marcos de plata y algunos vasos sagrados de oro, tenían como la mejor de sus decoraciones los dieziocho retratos de los Obispos de Arequipa, desde el Iltmo Rodriguez hasta la de Laencina, en cuadros al óleo y al natural que formaban una valiosa galería.

Tal era la Catedral de Arequipa cuando le sobrevino la catástrofe de que nos vamos á ocupar.

INCENDIO DE LA CATEDRAL.

El Domingo 1°. de Diciembre de 1844 después de la Misa conventual que celebró el Sr. Chantre Dr. D. Bruno Valcárcel y demás distribuciones de los dias festivos, se retiraron los Canónigos de la Catedral, cerrándose las puertas á poco más de las diez de la mañana. Como una hora después, vióse salir por las ventanas un espeso nubarrón de humo. Inmediatamente se dió aviso á los sacristanes, los que acudieron sin dilación. Abier-

tas las puertas, presenciaron los circunstantes el espectáculo más sorprendente y terrible: el altar mayor estaba convertido en una formidable hoguera, de donde, como por corrientes eléctricas, partían rayos de fuego á los demás altares, con tal celeridad, que en pocos momentos era inextinguible en todos ellos, así como en el coro y en la sacristía. Para dar más libre acceso á la inmensa multitud que, convocada por el imponente tañido de la campana mayor, acudía presurosa, se abrieron de par en par las tres puertas, y el viento Sur que dominaba en esos momentos, inflamando las llamas, hizo más voráz el incendio, y precipitó la consumación de la catástrofe. El agua que se había hecho represar la acequia de la Pontezuela, entraba como un torrente impetuoso por la sacristía y no sirvió más que para anegar la Iglesia. Columnas y capiteles íntegros, convertidos en ascuas, desprendiánse de lo alto de los altares, despedazándose unas veces en el aire, y cayendo en copiosa lluvia de fuego, ó precipitándose íntegras, y aumentando con su estrépito, el terror esas moles candentes. Las piedras de berenguela que cubrían las ventanas reventaban también con fuerza, y sus fracmentos se esparecían por todas partes.

Seriános imposible describir, la confusión y el temor de los que presenciaron tan espantoso espectáculo. Unos arrojaban agua para apagar el fuego, y otros intentaban precipitarse por entre las llamas para salvar las efigies; mientras las mujeres lamentaban ó pedían misericordia.

Toda diligencia fué inútil y el fuego devoró cuanto era combustible en aquel suntuoso templo, sin perdonar la voracidad de las llamas, ni el santuario, pues la plata que lo decoraba corrió como el agua, fundida á fuego tan devorante, A las doce del día todo estaba concluido. Cuarenta minutos bastaron para que en ese templo no quedara más que un poco de ceniza y bóvedas calcinadas que pocos dias después se vieron en el suelo: cuarenta minutos bastaron, para que desaparecieran por siempre, tantos monumentos memorables, tantos objetos preciosos, tantas reliquias venerandas, que testificaban el espíritu religioso y ferviente de las generaciones de más de dos siglos.

La consternación fué general y profunda y las autoridas interpretando fielmente el sentimiento popular, dispusieron una procesión de penitencia y una misión en la plaza, el segundo Domingo de Diciembre. El orador elegido para manifestación tan solemne fué el prestigioso y

popular tribuno del año 34, aquel que había hecho la sublime apoteósis del génio, ante las venerandas reliquias del mártir de Humachiri y el que pocos dias antes del incendio había quebrantado los corazones, y cautivado las voluntades de su inmenso auditorio desde el púlpito de San Camilo. Ese orador fué el Dean de la Iglesia Catedral Dr. D. Juan Gualberto Valdivia, favorecido entonces del aura popular. El acto era imponente y el espectáculo conmovedor. La casa de Dios acababa de ser devorada por las llamas, y delante de esas paredes calcinadas por el fuego y ennegrecidas por el humo, se hallaba congregado el pueblo de Arequipa. Esas masas populares que así rebozan de alegría al oir el traquido de los cohetes en sus festividades religiosas, como la detonación del rifle en las convulsiones políticas: que de mañana oyen misa, al medio escuchan á su tribuno ó victorean á su caudillo y por la tarde piden á gritos la cabeza del que han elegido para su víctima; todos se hallaban reunidos en la plaza. Los ojos se arrazaban en lágrimas al mirar los tristes despojos del augusto templo, donde en la mañana y en la tarde acompañaba el órgano, los divinos cánticos de los ministros del santuario: donde el cristiano ofrecía al cielo en sus humildes y sinceras preces, el tributo de su adoración, y donde el pecador contrito se purificaba con las lágrimas del arrepentimiento.

A las cuatro de la tarde apareció el orador en una tribuna portátil colocada al medio de la plaza. El gentío era inmenso y las efigies de los santos titulares de todas las parroquias, conventos y monasterios, vestidos de penitencia ocupaban el atrio. Conmovido el inspirado sacerdote con el imponente espectáculo que tiene á la vista, dirije una mirada penetrante á la Catedral y la contempla y volviendo al pueblo, después de algunos instantes, con voz un poco quebrantada, así dice: «La casa del Señor que acaba de ser entregada á las llamas por los pecados del pueblo y las iniquidades de los ministros del santuario, será reedificada de nuevo, y volverán á ella tan sólo los que teman al Señor.» Expuso con claridad y elocuencia, esta sentencia del libro de Tobias (Capítulo 2°.), hace las aplicaciones convenientes, y trata de probar que el incendio había sido un castigo del cielo por las profanaciones del templo y un medio de purificarlo.

El efecto producido por tan terrífica peroración fué

sorprendente y dió lugar á muy diversas apreciaciones.

Aún no habían pasado los primeros dias de la catástrofe, cuado se mandó instruir un sumario para inquirir el orígen del fuego que ocasionó tan voráz incendio. Considerados los sacristanes menores como culpables, fueron capturados y detenidos en el cuartel de la Merced, donde hoy se halla el convento, pero toda indagación fué inútil, porque los susodichos, como era natural, se afirmaron y ratificaron en sus declaraciones respecto al orígen del fuego que aseguraban haberles sido completamente desconocido.

En la reedificación del templo, no fué pequeño el interés del Gobierno, asignando un subsidio de dos mil pesos mensuales, nombrando una comisión directiva de la obra, compuesta de cinco personas de notoria competencia presididas por el sabio matemático Dr. D. Juan de Dios Salazar, y atendiendo con solicitud á todos los pedidos.

La obra con todas las viscisitudes del tiempo duró el espacio de veinte años, y antes de ofrecerse al culto divino, sirvió de parque al ejército de la nunca bien ponderada regeneración, y de hospital de sangre al sitiador, después de la espantosa hecatombe del 7 de Marzo de 1858.

El Iltmo. Sr. Dr. D. Bartolomé Herrera, de feliz memoria, al tomar posesión de este Obispado que gobernó con sabiduría y mucha prudencia, abrió las puertas de la nueva Catedral, desprovista aún de ornamentación.

Hoy que escribimos estas líneas, contamos 47 años del incendio de la antigua y hermosa Catedral.

Arequipa, Diciembre 1° de 1891.

II.

Hecha la historia de nuestro hermoso monumento, por el Sr. Cateriano, voy yo, ahora, á intentar describirlo.

No es la Catedral de Areqnipa, templo vulgar, aglomeración informe de piedras, como algunos de los viejos edificios de Arequipa. No es, tampoco, correcto, ni está sujeto á orden arquitectónico riguroso, sino que es obra de inspiración, y de inexperiencia artística.

Su hermosura es de conjunto; examinándolo en detalle, se le encuentran muchos defectos.

Su carácter dominante, es la grandeza.

Es la obra de un pueblo joven, vigoroso; pero aún inculto.

¿Cómo es que el alma de un pueblo, que el alma de un hombre, toma realidad y formas en las obras de sus manos?

¿Cómo en la piedra se difunde y vive el pensamiento?

No se sabe cómo pasan estas misteriosas transubstanciaciones del arte que hacen de la idea luz, color, línea, sonido.

El arquitecto que construyó este templo — Lucas Poblete, natural de Arequipa—era hombre de poca ilustración, de poca ciencia, de escasa cultura artística. No babía visto, siquiera, en su vida, grandes monumentos, pero tenía, sin duda, un gran talento artístico.

Era gran conocedor del sillar. Familiarizado por toda una vida de trabajo, con esta piedra, llegó á conocerla perfectamente, á calcular, instintivamente, su resistencia, su valor estético.

Para edificios monumentales, en tierra de gran luz, no hay piedra más hermosa que el sillar.

Parece que el sol penetrará mucho en él; parece que penetrara por todos sus poros, introduciendo tibia circulación de luz entre sus moléculas frias, porque con el tiempo, las blancas piedras toman un tono cálido, dorado, como si fuera reververación pálida de vaga y débil combustión interior. Se verifica entre el sillar y la luz del sol una compenetración tan íntima, que parece que los granos de la piedra se fundieran lentamente; que los rayos del sol se condesáran en ellos, formando unos y otro, un reflejo de luz y piedra fundidos.

Y tambien, después de algunos años, el sillar, de tanto beber rayos de sol, se pone algo oscuro, como si reflejara la tristeza que le dá á la piedra, á ella tan inmóvil, el contacto, el beso de los alados rayos del sol.

Así se ve, cómo el calor que es el alma del mundo, da expresión hasta á las piedras.

Y el sillar ha encontrado su idealización en el hermoso templo—Idealización digo, porque también las piedras, aunque parecen tan frías, tan muertas, si el artista sabe trabajar con ellas, si las comprende, cobran vida, y, aunque calladas, á su manera, comienzan á expresar idea, á expresar pensamiento.

En nuestra Catedral, el sillar, llega á lo más á que

puede llegar;—es poderoso en los basamentos, lijero, delicado, casi aéreo en los capiteles y frisos, atrevido en las altísimas bóvedas suspendidas sobre las esbeltas columnas.

Que el monumento es fuerte, casi como una montaña, se vió, en el terremoto de 1868.—La colosal fábrica, apesar de su elevación, y de las grandes torres que sostenía, se mantuvo firme, y el cataclismo, con toda su violencia, solo pudo, al fin, romperle las cumbres de sus torres, abrirle una grieta en una de sus bóvedas, y rajar un pilar. Ese pilar que, casi partido, continuó sosteniendo cuatro bóevdas, tenía expresión sublime de fuerza......

El frontispicio de la Catedral, ocupa todo un lado de la plaza de armas, ciento cincuenta varas. Abrénse en él tres puertas y lo adornan setenta columnas de orden compuesto, joníco-dórico.

El frontispicio está, pués, sólo.—No tiene á sus lados ninguna mezquina construcción extraña, que lo empequeñezca,que desluzca su imponente grandeza.

Sólo los dos arcos que se desprenden de sus extremos, lo afean, le ofuscan la fuerza que tiene—Parecen colosales muletas, con que ha querido darse sostén al monumento—¿Desconfiaron de su solidéz? No es creible. El arquitecto que lo construyó estaba tan ufano de ella, que, después, hizo alarde de romperle una columna, y dejar cuatro bóvedas que se sostuvieran casi solas.

Fué, pués, por darle más hermosura, por lo que se le arrimaron esos arcos—Pero, se quivocaron, pués, al contrario, lo degradan un tanto.

Por eso el soberbio monumento, parece como que quisiera arrojar esos arrimos, que lo humillan.

¿Qué significación pueden tener esas dos construcciones que cortan perpendicularmente el frontispicio, impidiéndole que se desarrolle libre hasta el fin?

Una línea de cornizón, corre á lo largo, á poco más de la mitad de la altura del frontispicio, sostenida por treinta columnas, distribuidas en grupos.—Sobre esta línea de corniza, se levantan otras treinta columnas que llegan á la coronación del templo.

Tiene el frontispicio dos espacios salientes, casi á

sus extremos, sobre los que han sido construidas las torres, que aún se hallan sin concluir.

Lo que más hermosura y grandeza le da á este templo, es que nada hay en él oprimido, que nada hay pequeño, que nada en él se amontona.—Se destaca libre y dueño de ancho espacio.

Y por esto mismo, la luz en él, ni se empaña, ni desmenuza, ni enreda en rosetones y calados, y rincones estrechos. Por el contrario, en su gran fachada, que no tiene repliegues ni sinuosidades, resplandece en francas y llanas superficies la iluminación radiante del sol.

Al contemplar este monumento, un día claro, cuando se destaca sobre el fondo sublime de las montañas coronadas de nieve; al verlo brillar inmenso, blanco, todo bañado de luz, se diría que es una colosal eflorescencia de piedra, tallada por el sol, á golpes de sus rayos, en gigantezco bloque granítico.

Tres colosales naves, separadas por soberbias columnas, que sostienen las bóvedas, forman el interior del templo. Su color es blanco, de una blancura mate, en que la luz palidece levemente. Su pavimento es de mármol.

La impresión que se experimenta al penetrar en este templo, es solemne, se siente grandeza moral.

La luz penetra en el, por las altas ventanas, suave, contenida, como impresionada por lo sagrado del recinto.

La iluminación es igual, serena, no interrunpida por notas chillonas, sin más diferencia que las gradaciones lentas que, la misma luz, al extenderse, vá proyectando á lo lejos, mientras más distante está de donde viene; sin más sombra que las vagas opacidades entre las columnas, en los ángulos, y relieves.

Es una iluminación. sin contrastes, igual, pura, serena que predispone á la paz del alma, por dulce contagio ...La grandeza del templo dilata la mirada y el espíritu.

El retablo mayor del templo se construye, ahora, en Europa, y se dice que será magníco, todo de mármol.

Al gran órgano, ha sido preciso doblegarle la coronación, porque, apesar de la altura del templo no cabía en él.

El púlpito es acabada obra de arte.

Sobre el torso del vecindo Satán, se levanta la

cátedra, tallada en rica madera y apoyada en elegante respaldo, á cuyos lados suben, magníficas graderías de mármol. Es una cátedra digna de príncipes de la Iglesia.

Tal es, á grandes ragos descrita, la Catedral de Arequipa, el mayor monumento religioso que en suelo peruano se ha levantado hasta hoy.

CAPITULO IIII

Iglesias, Edificios, establecimientos públicos, &.

I.

LA COMPAÑIA.

La Iglesia de la Compañía, como su nombre lo indica, fué construida por la Compañía de Jesús.

El 17 de Agosto de 1578,—dice un cronista de la Orden—«con extraordinario gusto y consuelo de todo el pueblo, y tomándose por base, 20,000 ducados, legados por Diego Fernandez Hidalgo», dióse principio á la edificación del Colegio de Jesuitas. La Iglesia solo se comenzó a levantar el año de 1.595.

Y dice el mismo cronista—que sólo el abrir y llenar los cimientos, fué cosa de un año, lo cual, agrega, «fué harta presteza», tales serían ellos de profundos y anchos, Habla también, de que «la traza de Iglesia es muy buena y muy reparada de estribos, contra los temblores.»

Las bóvedas de este templo, comenzado en 1595, no fueron cerradas, hasta el año de 1690.

Cerca de un siglo tardo, pues, la gran construcción, en levantarse con el inmenso peso de sus muros, bévedas y soberbia cúpula.

Y no podía crecer el coloso sinó así, lentamente, afirmándose sobre sus pesados rugosos piés de negra piedra granítica, levantando poco á poco su enorme tronco, encorvando sus arcos, desarrollando sus bóvedas con crecimiento tardo, pero firme, inconmovible.

Como compensación de que en este templo todo es grande y sólido, pusiéronle un frontispicio todo recortado, calado, labrado con primores de encage.

Parece este frontispicio, sobre la mole del monumento, una labor de manos sobre construcción de gigantes. Entre pilastras y cornisas, desarróllanse en él labranzas semejantes á vegetaciones complicadas, á eflorescencias caprichosas; formas extrañas, que parecen dotadas de monstruosa fecundidad y como aspirando á extenderse, á arrastrarse por todo el edificio, pegándose, agarrandose á la fria piedra. Es esta recargada ornamentación, magnífica muestra del arte churrigueresco, arte de decadencia, que trageron aquí los españoles, y que, como todas las decadencias, queria cubrir con la profusión de adornos, la falta de la inspiración que sabe trazar las grandes y estéticas líneas arquitectónicas.

II.

CONVENTOS.

Un religioso domínico, Fr. Pedro Ulloa, fué el primero que enseñó el Evangelio á los indios de esta comarca.—Domínicos fueron también los sacerdotes á quienes se encomendó las primeras doctrinas, que lo fueron las de los pueblos de Yanaguara, Cayma y Tiabaya.

Á poco de fundada la ciudad de Arequipa, se esta bleció en ella, el Convento de Predicadores, y se construyó un templo que fué destruido por los terremotos de 1582 y 1604.—El templo de Santo Domingo que hoy existe, sufrió bastante con el terremoto de 1868; pero ya se halla refaccionado. Actualmente se construye en él una elevada torre.

El Convento de la Merced fué el tercero que se fundó en Arequipa. — Dice el Iltmo, Sr. Valdivia, que no se sabe, con certeza, el año de su fundación; pero que parece muy probable que lo fundó, en 1548, el Padre Alejo Daza Patarroyo.—El templo actual fué conclui-

do en 1661.—Al presente este templo se halla perfectamente aseado y ornamentado.

El Convento de San Francisco fué fundado en 1552, dando principio á la obra Fr. Alonso Rinón.

La Iglesia de San Francisco es una de las más grandes y hermosas de Arequipa.

«Al lado del Chili hubo una ermita, dedicada á San Genaro Obispo. En 1642, se puso la mira para fundar una Recoleta en el sitio de esta ermita de San Genaro; se pidió licencia al Rey por ambos Cabildos, y en 1648 se concluyó la casa de Recolección».—Este es el Convento que hoy existe.

En Arequipa hay tres monasterios, que son Santa Catalina, Santa Teresa y Santa Rosa, y un Beaterio.

III.

CASA DE HUERFANOS. (1)

Este establecimiento fué fundado por el Iltmo. Sr. Obispo de la Diócesis Dr. Pedro José Chaves de la Rosa, Galván y Amado, de feliz recuerdo, en 1°. de Diciembre de 1788.

Consultado el Rey, por el Consejo de Indias, sobre el establecimiento de esta Casa, y las contribuciones formadas para ella, por su ilustre y caritativo fundador, después de nombrar una Junta para su examen, compuesta del mismo Rdo. Obispo, de Arequipa, el Dean, el Doctoral, el Intendente, el Alcalde, un Regidor y el Síndi-

(1) Esta noticia de la Casa de Huérfanos, la debo al Sr. Dr. J. Felipe Calle.

co General, informó que en vista de los Estatutos de la Casa de Expósitos de Lima, de Mendoza y Santa Fé, aprobó la fundación y las contribuciones con el voto particular del Iltmo. Sr. Obispo Chaves de la Rosa, por real cédula de 13 de Marzo de 1794, la que se mandó ejecutar y cumplir por el Virey, en 2 de Diciembre del mismo año.

En dicha cédula, se adjudicó por el Rey á este establecimiento, perpetuamente, el Colegio ó Convento de Jesuitas expatriados, con exclusión de la Iglesia, cuyo Convento interinamente había sido destinado por la Junta Superior de temporalidades de Lima, para un Hospital de pobres en 1783, y que no habiendo tenido subsistencia, se hizo cuartel y estaba ocupado por la tropa, mandando el Rey, que esta se trasladase á la casa tambo que fué también de los Jesuitas, y que se destinaba para cuartel.

Desde el año de 1848, en que se fundó la Sociedad de Beneficencia, y tomó la administración de la Casa de Huérfanos, ha hecho mejoras considerables y valiosas, tanto en la parte material del edificio, como en su administración y régimen, consagrándole gran parte de las rentas de la institución para su mejor conservación y marcha.

Al presente, este asilo de caridad, ocupa un vasto edificio, situado en el centro mismo de la ciudad, á una cuadra de la plaza principal: la construcción de los bajos en su mayor parte es de piedra labrada, llamada de ala de mosca.

Además, se ha destinado á este establecimiento un jardín que está inmediato á la Estación de los ferro-carriles, para que los niños vayan á pasear y recrearse en las tardes de los dias de fiesta.

Las condiciones higiénicas de la casa, así como el buen trato y alimento que se da á los niños pueden apreciarse por el movimiento ocurrido en los cinco años últimos y que tomamos de los libros y documentos respectivos.

En Diciembre del año de 1886, quedó una existencia de..........................	300	niños
Entraron en el año de 1887..............	59	»
Suma	359	

Salieron con familias..............	21	60	
Murieron..........................	40		
Quedaron para el año siguiente....		298	

Siendo el promedio de la mortalidad de 11'142 por ciento.

En el año de 1888 ingresaron............		50	niños
Número que sumado con la existencia anterior dá		350	»
De estos salieron con sus familias y colocados...........................	11	53	
Murieron..........................	42		
Quedando una existencia de........		297	niños

En este año el promedio de la mortalidad fué del 12 por ciento.

En el año de 1889, ingresaron...............		51	niños
Número que sumado á los que existían en la casa da		348	»
De estos salieron con sus familias	8	90	»
Murieron	82		
Queda una existencia de.................		258	»

La mortalidad fué en este año del 23 por ciento, en razón de la fuerte epidemia de sarampión y viruelas, que hizo estragos no solo en los niños de esta ciudad y sus alrededores, sino también en en otros puntos de la República.

En el año de 1890, entraron al establecimiento........		54	niños
Que sumados á la existencia que quedó en el año anterior dan la cifra de.......		312	»
De estos salieron con sus familias y empleados........................	19	38	»
Murieron..........................	28		
		350	

IV.

HOSPITAL DE SAN JUAN DE DIOS. (1)

Este establecimiento que hoy ocupa todo el antiguo Convento de San Juan de Dios, indudablemente fué fundado junto con dicho Convento, pues, según los libros del archivo de Beneficencia, en el año de 1640 ya existía, y el Excmo. Sr. Virey Marques de Mancera, comisionó al Juez Mayor Visitador y cobrador de sus rentas Capitán don Francisco de Arteaga y Soto, para que formara un libro de sus rentas y censos, y mandó que para guarda de sus archivos y papeles se pusiese una Caja en el Cabildo con dos llaves, una que debía tener el mayordomo del Hospital y otra el Secretario del Visitador.

El indicado Hospital, se llamaba en aquella época de Nuestra Señorade la O, y la administración económica corría á cargo de un mayordomo.

Posteriormente, á principios del presente siglo, aparece que los padres Juandedianos, estaban á cargo de los enfermos y las rentas las manejaba un Ecónomo.

Los indicados padres se distribuían los diferentes cargos de enfermeros, encargados de la ropería y demás, y el Ecónomo les pasaba una pensión semanal de 36 pesos para sus alimentos, y al año se les daba para hábitos de cada uno, según sus puestos de 30 á 50 pesos.

Establecida la Sociedad de Beneficencia el año del848, pasó el hospital á la dependencia de esta institución, y corría á cargo de la administración económica, un Ecónomo nombrado por la Beneficencia, la que suministraba los fondos y estaba encargada de la recaudación de las rentas que le pertenecían.

(1) Los datos relativos á este establecimiento, nos han sido suministrados por el Sr. Dr. D. J. Felipe Calle., Secretario de la Sociedad de Beneficencia.

Desde esa fecha, la Beneficencia ha ido estableciendo en el Hospital, mejoras de consideración, año en pos de año, tanto en la parte material, como en el servicio, hasta ponerlo en el estado en que hoy se encuentra, con las comodidades necesarias y los elementos indispensables para la mejor asistencia de los enfermos.

Si es cierto que por hallarse este establecimiento en el centro mismo, puede decirse, de la población, hay necesidad de trasladarlo á otro local, no puede negarse tampoco que el actual llena satisfactoriamente su objeto, y sus condiciones higiénicas están demostradas con los hechos y las cifras de la mortalidad, que no son desfavorables como se podría creer á primera vista, por su situación y antigüedad.

Desde el año en que la Sociedad de Beneficencia hizo venir Hermanas de Caridad, para el servicio del Hospital, está atendido por éstas, corriendo la administración económica interior á cargo de la Superiora.

El estado actual de ese asilo de caridad, podrá apreciarse por los siguientes lijeros datos.

Está dividido en dos grandes departamentos independientes: uno para varones y otro para mugeres; el primero consta de diez y seis salones para la asistencia de los enfermos, de los que seis forman un departamento destinado para los de cirujía, y una sala en el alto para las amputaciones ú operaciones quírurjicas; y el 2°, tiene siete salones para efermos, y todo él 7 patios. Hay además una sala para ropería, un parlatorio ó recepción de las hermanas, y una contraluria.

Una sala para baños de lluvia, frios y tibios.

Un Amacijo con dos hornos para la elaboración del pan para el establecimiento y un granero para depósito de trigo y harinas.

Una sala para enfermos pagantes.

Una botica bien surtida y dos habitaciones accesorias para la elavoración de los remedios.

Una despensa; una cocina.

Un departamento con sus dormitorios, comedor y Capilla grande, destinado esclusivamente para las Hermanas de Caridad.

Una sala grande y su comedor para las empleadas.

Una lavandería, con todos sus útiles necesarios.

Un departamento con diez celdas para insanas.

construido últimamente, estando en trabajo, otro para varones con el mismo número de celdas, patio y baño.

La Iglesia de San Juan de Dios y la Sacristía son también pertenecientes al Hospital.

Los empleados que sirven en el establecimiento, son: dos médicos; un practicante; un Capellán para enfermos, un contralor; ocho hermanas de caridad; dos topiqueros y 31 empleados subalternos.

Los gastos ordinarios del establecimiento, están calculados, proximamente, al año, en 20,800 soles.

Cuenta en la actualidad con 325 catres de fierro y sus respectivas camas y mesitas de cabecera para los enfermos.

Para apreciar mejor el movimiento de ese asilo, que indudablemente marca la salubridad de Arequipa y sus ventajosas condiciones higiénicas para vivir, extractamos, de nueve años atrás, las cifras que se relacionan con él, tomadas de los mismos libros.

En 1882, se asistieron....	4993	enfermos	
De estos murieron.....	727	ó sea el 14 %	próximte.
En 1883, se asistieron....	4992	enfermos	
De los que murieron..	518	ó sea el 12 %	di.
En 1884, se asistieron ...	3687	enfermos	
De estos murieron....	658	ó sea el 17 %	id.
En 1885, se asistieron....	3366	enfermos	
De los que murieron..	573	ó sea el 17 %	id.
En 1886, se asistieron....	2940	enfermos	
Murieron de estos.....	498	ó sea el 16 %	id.
En 1887, se asistieron....	3601	enfermos	
De los que murieron..	532	ó sea el 14 %	id.
En 1888, se asistieron....	4355	enfermos	
Murieron..............	587	ó sea el 13 %	id.
En 1889, se asistieron....	4514	enfermos	
De estos murieron.....	804	ó sea el 17 %	
En este año hubo epidemia de viruelas y sarampión.			
En 1890, ingresaron al Hospital..................	3825	enfermos	
De los que murieron..	647	ó sea el promedio del	
17 % despreciando la fracción.			
En 1891, se asistieron en			

el Hospital........... 5100 enfermos
De estos murieron..... 646 ó el promedio del 12°/o

De donde se vé, que en una decena de años la mortalidad ha subido á más del 20°/o solo por motivos de la guerra, por haber sido Arequipa, el centro para la formación del ejército y por que las malas condiciones en que se tenía á este, aumentaron considerablemente el número de enfermos del Hospital.

Debe tenerse también, en cuenta, al apreciar las cifras de la mortalidad del Hospital, que gran parte de los enfermos, van con enfermedades crónicas incurables y muchos en estado de agonía, para ahorrarse los deudos, gastos de la inhumación, que en verdad son multiplicados.

IV.

El puente viejo, hoy puente Bolognesi, es una informe construcción, de fines del siglo décimo sexto. Se principió á construir en 11 de Junio de 1577, siendo maestro alarife, Gaspar Balz, y se concluyó en 1608.

Tardaron pues, 31 años en construirlo, y se dice que gastaron en él un millón de pesos. Ó el dato histórico es falso, ó esos tiempos no brillaron por la honradez de los administradores de fondos públicos.

Comparado con este antiguo puente, el puente nuevo, que tiene el nombre de «Puente Grau», se nota cuanto ha mejorado, entre nosotros, el arte de las grandes construcciones.

Los que dejo indicados son los principales edificios de Arequipa.

No son muchos; pero harto es que una ciudadad tan combatida de temblores, haya levantado y conserve algunas grandes construcciones.

El terremoto de 1868, arruinó casi todos sus templos y edificios particulares; pero ya la ciudad de pie-

dra, está nuevamente en pié, tanto ó más fuerte que antes, y más hermosa, sin duda.

Así Arequipa ha ido surgiendo de cada cataclismo, más poderosa y bella cada vez.

V.

AGUA DE YUMINA.

No concluiré este capítulo, sin hablar del gran acueducto que debe traer á esta ciudad las aguas de los manantiales de Yumina. El Sr. Eduardo L. de Romaña, ingeniero y director de la obra, nos ha suministrado los datos acerca de ella. La realización de esta obra acredita que, entre nosotros, hay quien tiene inteligencia y aliento para realizar grandes trabajos. En cuanto á la parte económica, toca al actual municipio la gloria de haber superado todas las dificultades de ella.

Desde 1830 se tiene conocimiento que se hicieran algunas esploraciones del terreno y estudios de conducción del agua. El primer estudio formal lo hizo el ingeniero escocés Stirling en 1853.

No tenemos detalles de este trabajo, y como en su época no existía el Ferrocarril y era imposible la traida de tubos de hierro, no se puede conjeturar el método que dicho ingniero recomendase para la conducción.

En 1864, el Sr. Manuel Mariano Echegaray, construyó el Filtro, que no pasa de ser un depósito ó Estanque de servicio.

En 1874, el Sr. Mariano Bustamante y Barreda, propuso conducir las aguas del Bautista (32 litros), con tubos de 9 pulgadas, de diámetro y su presupuesto ascendia á 303,660.

En 1879, el Sr. Augusto Tamayo, hizo un estudio de conducción de las aguas del Manantial alto de las Monjas, proponiendo traer 50 litros, con un gasto de S/. 274,252 plata, y tubos de 9 pulgadas de diámetro.

En Marzo de 1886, el Sr. Eduardo L. de Romaña, propuso el trazo definítivo por túneles y alcantarillas, y presupuestó la obra, incluso el valor de 50 litros de agua en S/. 233.690, valor que ha sido reducido dnrante la ejecución por mejoras y variaciones importantes á S/. 155,000 próximamente.

El acueducto tiene capacidad actual para conducir 70 litros por segundo, pero con gasto comparativamente pequeño de cañerías, podría conducir los 200 litros de todos los manantiales reunidos de Yumina.

Sin duda fué preferido este proyecto, porque evitaba la necesidad de reunir más de S/. 120,000 en plata contante, para compra de cañerías, puentes &. y á la feliz idea de emplear, principalmente, materiales del pais en túneles, puentes y alcantarillas, se debe quizá la realización de la obra y, ciertamente, su notable economía.

Las vertientes de Yumina son tres: la más alta, demasiado insignificante, la segunda rinde 70 litros por segundo, y es la más pura y la que se ha escogido para conducir sus aguas á esta ciudad; la tercera ó "*manantial grande*" rinde 120 litros y sus aguas son de análoga composición.

Todos estos manantiales, que pueden rendir 200 litros por segundo, surgen á pequeña distancia unos de otros, del costado de un Cerro de roca conglomerada, á dos kilómetros del pueblo de Yumina y doce próximamente de Arequipa y al oriente de esta.

El trazo actual puede conducir todo este caudal de agua, con solo aumentar la capacidad de los tubos en los sifones y la última sección, que es de cañerías, lo que podrá verificarse cuando las necesidades de la población lo exigan, con gasto relativamente pequeño.

ANALÍSIS DEL AGUA.

	gramos por litro.	
Cloruro de sodio (sal común)	0. 115.	
Sulfato de id............	0. 045.	
Id. de Magnecia..........	0. 120.	0. 280
Salas terrosas que se precipitan al hervir............	*Carbonato de cal y de magnecia.*	0. 080
Silice........................		0. 040
Materia orgánica............		0. 020
Total de materia sólida por litro		0. 420

Se vé por lo anterior, que esta agua no contiene sino 20 milígramos de materia orgánica por litro, y es casi normal la proporción de sales terrosas. Al recorrer casi 12 kilómetros de acequia, túneles, alcantarillas y cañería de fierro, se debe esperar que la materia orgánica desaparecerá casi por completo y disminuirán las demas sales.

Cuando sea posible comprar todo el caudal del agua de Yumina, se prolongará el último túnel, hasta cortar los manantiales y conducir el agua desde su orígen hasta la población, por un cauce continuo cubierto. Mientras tanto, se conducirá el agua á dicho túnel, por la Acequia-Alta del manantial, que recorre como un kilómetro, hasta penetrar á la primera lumbrera, casi á una distancia igual del pueblo de Yumina. El agua recorre 2 túneles que tienen un agregado de casi 900 metros, por debajo de la cuenca de Yumina, hasta llegar al costado de la quebrada del Rio Sabandía, que es atravezado por un sífon de 400 metros sobre un puente de 80 metros de largo y 15 de altura, formado por pilares de piedra y plataformas de rieles usados. Al otro costado del rio, habiendo salvado el principal obstáculo, pasa sucesivamente por tres túneles de 411, 225 y 471 metros, unidos por ramales de alcantarilla, hasta llegar á la quebrada de Jesús, que atravieza por un puente de 15 metros y sifon de 100 metros y estenso ramal de alcantarilla. Finalmente, un último túnel de 565 metros atravezando el cerrro llamado de Jesús, entrega el agua sobre la pampa alta de Miraflores.

Esta primera meseta, que mide casi 1,500 metros, es atravezada por la alcantarilla ó canal de manpostería cubierta, hasta el punto culminante de la pampa, donde arranca, con un gran descenso, la cañería que, casi en línea recta, recorre todo el accidentado trayecto de la última pampa, y barrios de Miraflores, hasta la plaza de San Antonio, bajando de allí hasta el filtro, que como hasta aquí, servirá de depósito para la mejor distribución del agua.

Al bajar de San Antonio al filtro, bifurcará la cañería, un ramal conduciendo el agua a dicho filtro y otro, directamente, seguirá hasta la plaza del mercado. Este ramal, los 2 que existen de 8 pulgadas y un 4° que se colocará desde Santa Teresa hasta el Puente Grau, serán los ramales principales que suministrarán el agua a una

red completa de cañerías que se debe tender en todas las calles de la población.

Los túneles ó socabones han sido perforados en colinas de roca conglomerada, arenisca, granítica, excepto un trayecto del túnel de Yumina que es terreno *cretáceo*. Dichos túneles se han trabajado simultáneamente por ambos costados, siendo notable la exactitud con que han coincidido las labores al encontrarse en las entrañas de los elevados cerros, tanto en dirección como en gradiente, no teniendo disponible el ingeniero sino un teodolito de *cinco* pulgadas de diámetro para las operaciones geodésicas.

Sin embargo de ser suficientemente resistente el conglomerado de dicho túnel, se ha formado en todo su trayecto, una alcantarilla interior de piedra granito con cimiento romano de $1^{m} \times 60$ ctms. para que el agua pase en las condiciones más ventajosas posibles. La altura uniforme de los túneles es de 1^{m} 70 centímetros, y el ancho 1^{m} 20 centímetros. Cada estremo tendrá una portada de granito con su número de orden y reja de fierro para ventilación.

Los contratistas fueron Gilardi y C°. para los túneles de la pampa, y para los grandes de Yumina, Vicente Gutierrez, Ortiz, Cuadros y otros peones, mineros y vecinos de Yumina y Paucarpata, que han hecho su parte de trabajo con la misma perfección que los anteriores.

Los maestros Rodriguez y Muñoz han construido la alcantarilla interior, excepto la del túnel de la Calera que corrió á cargo de Augusto Gilardi.

La alcantarilla de la pampa es toda de granito y cimiento romano con coberturas de piedra negra y sillar de ala mosca. Ha sido construída con el mayor cuidado, parte por administración y parte por contrata. Mide 1 metro de altura por 60 centímetros de ancho y con la gradiente respectiva puede conducir un gran caudal de agua. A distancias de 250 y 300 metros tiene ventiladeros ó torres que servirán también para penetrar en su interior, cuando sea necesario examinar ó componer la alcantarilla.

La cañería es de 10 pulgadas de diámetro y mide próximamente 5 kilómetros.

Los puentes forman una faz distintiva de la obra y una notable economía. Son construidos de pilares graníticos y plataformas de rieles, que ofrecen tanta riji-

dez por su sencilla construcción que no sería exajerado decir que una locomotora podría atravezarlas sin peligro. Son tres el de Sabandía 80 × 2 mts. 10 ctms. de ancho × 15 mts. alto; Jesús 15×2 mts. × 6 ms. y Paucarpata 30 mts. × 2 mts. × alto.

CUARTA PARTE.



La sociedad.

CAPITULO I.

La raza.

Caballerezco, valiente, aventurero, codicioso y fanático; Quijote con levaduras de villano, eso era el español del siglo décimo sexto.

En España, el latino se había complicado con el árabe, con el africano, acentuándose, así, sus cualidades meridionales. La exaltación de la fantasía, que en todas las cosas de la vida mezcla la quimera; la desigualdad de carácter, la pasión y la violencia, eran, rasgos característicos de los españoles de aquellos tiempos, de los que conquistaron la América, especialmente.

Y en América, estos hombres, perdidos en países misteriosos, vivían en un medio sustraído, casi por completo, á la realidad común del vivir.

Lo maravilloso, surgiendo á cada paso, exitaba en ellos la imaginación; y el oro, corriendo entre las arenas de los rios, ó mirándolos, fijo y ardiente, desde las grietas de la tierra, despertaba sus instintos bajos y feroces.

Vivían aquí, esos hombres, sumergidos por mitad, y más que por mitad aún, en el ensueño heróico, y el resto de su ser se arrastraba, pegábase ávido á la tierra, para chuparle el oro de sus venas.

Siempre lleva el hombre un contraste dentro de su propio ser; pero nunca, tal vez, hombres algunos fueron hechos de contraste más inconciliable y extraño que aquellos hombres. En su alma, junto al tallo brillante de la fantasía heróica, alzaba su chata cabeza de reptil, el brote craso y deforme de la ruin codicia.

Y esa exaltación de la fantasía, los lanzaba á derrochar torrentes de energía nerviosa en un rasgo heróico, en alguna maravillosa aventura; pero hacíalos, al mismo tiempo, inaparentes, por exceso de inquietud, para la lucha diaria, lenta y vulgar por la vida.

No podían encerrarse dentro del esfuerzo contenido y persistente que exije la lucha oscura por la existencia: necesitaban el riesgo, el salto, el grito de combate.

En sus almas, la voluntad no tenía tiempo ni tranquilidad para acumular fuerza lentamente y luego lentamente gastarla.—Procedían por impulsos. De un arranque llegaban á lo increible del valor; pero no se avenían á estarse hora tras hora, repitiendo el golpe tenáz y acompasado que, á cada choque, hace saltar un fragmento de la roca del obstáculo. Y la verdad es, que esto último, necesita más fuerza de voluntad que aquello otro.

No es la misma la energía que impulsa al heróico soldado aventurero, que la que sostiene y alimenta al callado y paciente luchador por la vida. La primera es torrente, la segunda sólo manantial humilde; pero que mana y fluye constante, sin agotarse jamás. La primera arranca de la fantasía, de la pasión, de los nervios; la segunda procede sólo de la voluntad, es como médula de voluntad.

Ya sabemos, pues, de quienes nos vienen los derroches caprichosos de energía y de pasión; ya sabemos de donde nos viene ese entrar con el corazón lijero en las más terribles aventuras. Las pocas gotas de sangre de los conquistadores que aún corren en nuestras venas, despiertan, todavía, en nuestro cerebro, impulsos vagabundos y aventureros y románticos. Allá, en el fondo de la memoria, donde se vé lo lejano, vemos pasar, todavía, imágenes y reflejos de mundos maravillosos, que nos parece haber visto ó soñado, al menos, en remoto tiempo.

La larga decadencia de los siglos décimo séptimo y décimo octavo, debilitó, en los españoles, las grandes cualidades y desarrolló los defectos.

Y no por ser larga fué lenta esa decadencia; al contrario, fué rápida, fué violenta, todo entró, al mismo tiempo, en descomposición en España; sólo que, co-

mo la gloriosa nación caia de tan alto, tardó mucho en caer: dos interminables siglos.

Y los españoles de la decadencia, los de los siglos décimo séptimo y décimo octavo, fueron los que colonizaron la América; ellos la formaron, casi esclusivamente, porque los brillantes tercios conquistadores pasaron pronto; hiciéronse pedazos ellos mismos. La turba heróica no tuvo tiempo de dejar profunda huella en los vencidos imperios americanos.

Y eso, el haber sido colonizada por una raza que decaía, fué la inmensa, la irreparable desgracia de la América.

La nueva población americana, llevó, casi desde su primera generación, sangre cansada.

Estos pueblos nacieron viejos, fatigados y decadentes, sin que la tierra, virgen y ardiente fuera parte, de pronto, al menos, á vigorizarlos.

No tuvieron juventud, en sus primeros años, los pueblos latino-americanos, su juventud sólo comenzó el día de la independencia, fué hija de la libertad.

Los españoles comenzaron á perder la independencia individual, bajo la mirada de águila de Cárlos V.

Durante el reinado, de este monarca, no tenía el español otra válvula para dar salida á su carácter inquieto y ardiente, que las aventuras, las hazañas en lejana tierra, en tierra de infieles. Esta era la única manera que tenían de llegar á ser libres y dueños de sí mismos, y aún esto no del todo. Y por eso, porque estas salidas en busca de tierras que conquistar para Dios y para el rey, eran el único campo que tenía el vasallo de Don Cárlos para ejercitar su independencia individual, por eso fué que lució en ellas tanta bravura. Ellas eran la libertad.

La férrea mano de Don Felipe el segundo, acabó de domar á los altivos descendientes de los comuneros. Los españoles llegaron ya rendidos al siglo décimo séptimo, y los otros Felipes no cesaron de disciplinarlos rudamente, á fuerza de fanatismo y despotismo.

Perdieron, pues, los españoles, la independencia, la soberanía propias; olvidaron sus nobles antiguas tradi-

ciones, y llegaron á no permitirse osadías ni de pensamiento siquiera.

Y para entónces, ni aún era una liberación venir á América. En el Perú, Felipe segundo, tuvo un representante digno de él, en el terrible virrey Toledo, tan pesado de mano para contener á los colonos amigos de alborotos y libertades.

Y de estos españoles decadentes, de los siglos décimo séptimo y décimo octavo, descienden las actuales razas americanas.

Vengamos ahora al quechua, que es el otro elemento ó factor étnico de nuestra población.

El vasallo de Atahualpa era manso, apacible, laborioso y paciente; pero no era libre, no era, tampoco, dueño de sí mismo. Cuatro siglos de absolutismo y teocracía, habíanlo hecho siervo de entendimiento y de voluntad.

Lo que al quechua le faltaba, era, sobre todo, carácter. Su larga, su secular indiferencia por todo lo que fuera independencia individual, habíale producido atrofía profunda de la voluntad.

Acostumbrado estaba el indio á que su soberano, el representante de su Dios, pensase por él; á que le reglamentara la vida, marcándole el inflexible camino que debía seguir en el mundo. El indio hacía su labor como la rueda impasible de un mecanismo, que no conoce otra actividad que dar vueltas eternamente.

No tenía ni podía tener seguridad y soberanía de sí mismo el indio, en quien la voluntad había sido tenáz y duramente deprimida, por una organización social en que el estado lo era todo, y el Inca era el estado.

Y este fué el vicio radical de la antigua sociedad peruana, en otros conceptos tan admirable y hermosa; por ese vicio debía morir, y por él murió, porque el día en que faltó el soberano, adorado y temido, los indios no supieron, no pudieron luchar, y fueron fácil y asombrada y mísera víctima de esos terribles conquistadores, mitad fieras, mitad héroes.

Resistencia tiene el indio hasta lo increible. Déjase oprimir, estrechar, hasta quedar reducido á la más

mísera expresión humana, conservando siempre y á pesar de todo, el valor de vivir; soportándolo todo, sin que vacile en él la aceptación sufrida y dolorosa de su destino.

Resistencia tiene el indio hasta el heroismo; pero iniciativa, acción, impulso propio, expontáneo, independencia, eso no tiene.

¿Cuál debía ser el producto de la mezcla de estas dos razas? ¿Qué debería ser el descendiente de españoles y quechuas, cómo se manifestarían en él las energías vitales y las del espíritu?

Veámoslo:

Las modernas ciencias del hombre—Antropología y Sociología—dán por probado, ó poco menos, que el producto de la mezcla de dos razas que se hallan á distinta altura en civilización, esto es, de la mezcla de una raza superior con otra inferior, es siempre débil, siempre incapáz para la lucha por la vida, para el progreso.

Según este principio ¿hubiera valido más, para el porvenir del continente americano, que los españoles destruyesen á la raza indígena, no en parte, como la destruyeron, sino, totalmente, como los ingleses lo han hecho con los habitantes de Norte-América? Tal vez; pero los españoles no tenían valor suficiente para realizar sistemáticamente esa terrible forma de colonización. Por otra parte, ¿hay civilización que merezca el sacrificio de millones de hombres, el sacrificio de toda una raza? Era la *tierra* de América, ó eran los *hombres* de América los que había que civilizar?

Siguiendo el camino opuesto, ¿debieron los españoles limitarse á introducir en las naciones americanas la religión, las ciencias, las artes, todos los factores de civilización, dominándolas así, indirectamente, y sin mezclarse con ellas, dejándolas evolucionar solas hácia el progreso?

Tal vez hubiera sido esa la salvación de las poblaciones americanas; pero ¿era posible, era realizable?

Problemas sociológicos son estos, de muy difícil solución, y que la índole de este libro no permite tratar detenidamente.

Mas ya que la mezcla de razas fuese inevitable, convenía, al menos, que, de entre los hombres adelantados en civilización, fuese con los españoles, con quienes los quechuas se mezclasen?

La sangre de los conquistadores, agitada y turbulenta, penetró en el pueblo quechua, como torrente impetuoso en ancho mar inmóvil y dormido. Trájole el español al peruano, la nota ardiente, la chispa brillante y fugitiva, la inquietud, el grito; y no era esto, ó, por lo menos, no era sólo esto, lo que el peruano necesitaba.

Bueno hubiera sido, tal vez, que la llamarada inquieta del caracter español penetrase un poco en la sangre del quechua, porque éste estaba excesivamente resignado con su vida mecánica y monótona.

¡Quién sabe, tal vez, hasta un poco de veleidad es necesario á los hombres, para que no se cristalicen, para que no se petrifiquen en tal ó cual forma, porque en materia de organización social no hay ni debe haber formas definitivas!

Pero, cuando la inquietud es excesiva, y, sobre todo, cuando se introduce en un hombre en quien la voluntad no está poderosamente desarrollada, como sucedía en el indio, entonces se convierte en desasosiego, en movilidad enfermiza, haciendo imposible la perseverancia, que es la mayor y la más humana ó la más sobrehumana fuerza de la vida. La raza de los conspiradores inquietos, de los eternos revolucionarios de nuestra tierra, procede, indudablemente, de este factor, de esa desgraciada combinación étnica entre la veleidad de los unos y la falta de fuerza de voluntad de los otros de nuestros progenitores.

La sangre ardiente de los españoles introdujo, pues, en la masa dócil y sumisa del pueblo quechua, violencia, agitación, explosiones que la turbaron, y la intranquilizaron; pero que no le dieron independencia individual, que no le templaron el caracter; que no le vigo-

rizaron la voluntad, enferma, crónicamente enferma, desde tanto tiempo.

El español no le trajo al quechua fuerza moral para hacerlo dueño de sí mismo, para que pudiera vencer y sofocar, dentro de su propio ser, la tendencia á la servidumbre que lo doblegaba, que pesaba sobre él, con la pesadumbre inmensa de una herencia de cuatro siglos.

Lo que la raza quechua necesitaba, era mezclarse con una raza activa, no agitada, con una raza en que el individualismo estuviera plenamente desarrollado, ya que en ella había sido profundamente deprimido. Criarle voluntad era lo que el quechua más necesitaba, y esto no podía hacerlo el español, porque él también tenía la voluntad enferma, como la tienen todos los hombres de las razas en decadencia.

Y decir que los españoles no tenían las cualidades que los indios necesitaban, para transformarse útilmente en su sangre y en su espíritu, no es renegar de nuestros mayores. Nunca lo haríamos, porque, al fin, su sangre es nuestra sangre, y renegar de ellos, sería renegar de nosotros mismos. Pero el respeto á nuestros antepasados, no quita que procuremos darnos cuenta de los defectos de raza que en nosotros hay, y si no renegamos de la brillante y loca herencia española, tampoco nos avergonzamos por cierto de la buena y triste herencia que de los quechuas nos viene. Los pobres indios tan martirizados, tan oprimidos, ¿qué más podían dejarnos que la dulzura de sus costumbres, su condición apacible, su sobriedad y su resistencia?

No olvidaremos jamás, que á los españoles debemos la religión católica, la nobleza de sentimiento y el habla castellana, la más hermosa del mundo; pero esto no bastaba para hacer del peruano un valeroso é independiente luchador por la vida, lo cual, para nada era más necesario que para hacerlo capaz de comprender y practicar esa religión augusta.

Y de esta falta de individualismo, de esta falta de soberanía propia, es de donde vienen todas las deficien-

cias de nuestra raza, como va á patentizarse en este ensayo de Sociología nacional.

De esa falta proceden la inconstancia, la carencia de tenacidad y persistencia para marchar hácia un objeto, sin desalentarse por más obstáculos que se interpongan.

De la falta de libertad de espíritu, vienen la apatía, la lentitud del entendimiento, reducido casi á mecanismo que nunca hace una idea, sinó que se entretiene en dar vueltas á viejas ideas pálidas, y deja á la fantasía forjar imágenes poco semejantes á la realidad.

La falta de independencia y de caracter, acabó, en fin, por ahogar en las sociedades coloniales la originalidad, manantial único de vida para el arte.

La mezcla de las razas española y quechua, tenía que ser, en cuanto á falta de caracter, lo que es siempre la mezcla de afinidades, exageración de una tendencia, que, faltando elemento contrario que la modere, acaba por hacerse irritable y morbosa, desequilibrando al hombre.

El producto de esa mezcla, el criollo peruano, que es, casi exclusivamente, el habitante del valle de Arequipa, debía llevar en su sangre, y en sus nervios y en su cerebro el sello de su orígen, debía ser ardiente, soñador, veleidoso, turbulento, romántico, modificadas, estas cualidades de raza, por la influencia de los medios ambientes en que ha vivido.

El determinismo de los medios ambientes, sobre razas que, como la nuestra, tienen profundamente debilitada la espontaneidad individual, es, indudablemente, más poderoso y *determinante*, que sobre los pueblos de espontaneidad vigorosa.

No puede, sin embargo, dejar de tenerse en cuenta, el factor de la fuerza individual, por débil que haya sido en la formación de una sociedad. Todas las tiranías, todas las opresiones juntas, no pueden matar por completo en el hombre la impulsión propia suya. Siempre el hombre saca algo de sí mismo para hacer se su vida.

En los capítulos siguientes, estudiando la Filosofía y la Psicología de nuestra raza, se verá como han trabajado, para formarla, los factores que crean las sociedades.

CAPITULO II.

La vida física.

Los hijos del pueblo, en la ciudad como en el campo, son aquí bien formados, sanos, fuertes.

Su estatura es, por lo general, mediana; su tez, morena, más ó menos clara; sus formas, menos toscas que lo que suelen serlo en las clases bajas de otros países.

En los rasgos de la fisonomia, predominan los que caracterizan á la raza indígena; pero muy disminuido ya el excesivo desarrollo de la parte baja del rostro que en el indio es saliente, y que parece ser signo de inferioridad intelectual.

No puede decirse que es una raza hermosa; pero tampoco es una de esas razas feas, antipáticas, esencialmente antiestéticas, como hay tantas.

No son constantes ni aún muy frecuentes en nuestra raza, los signos que tanto la Estética como la Fisiología han reconocido como característicos de la belleza, y entre los que se cuentan como principales los siguientes: la prominencia de las quijadas, producida en una raza por el uso exagerado de este órgano, como sucede en los pueblos, cuya alimentación es puramente vegetal, y que necesitan, por lo tanto, masticar grandes cantidades de alimentos; los pómulos salientes, resultado del desarrollo de los músculos de las quijadas; la nariz chata y arremangada, y semejante al hocico de un animal; los ojos muy separados; la boca grande y de labios muy gruesos.

No puede negarse, que algunos de estos rasgos no se ven en nuestra raza, y que otros, si aún existen, tienden á desaparecer. Ni puede ser de otro modo desde que es una ley sociológica constante, que la civilización

los va borrando á medida que penetra y se connaturaliza en un pueblo.

No se ve en la gente del pueblo, los raquitismos, las deformaciones que tanto abundan en otros países.

Y el observador de las costumbres, no tiene que buscar mucho la causa de la comparativa ausencia de gente deforme en esta provincia; esa causa está en la alimentación de la gente pobre y trabajadora, que, como es sabido, se alimenta de carne, papas y maíz.

Considerado bajo el punto de vista fisiológico, puede decirse, que el cocido que aquí es el alimento del pueblo, reune todos los elementos para la formación de la sangre, de la que todas las partes del cuerpo extraen los principios que necesitan para su conservación, para su crecimiento, y, sobre todo, para el indispensable cambio de materia que constantemente se efectúa en toda la economía animal.

La relación en que las partes constituyentes de dicho alimento están con la sangre, es muy ventajosa. La sangre consta, esencialmente, de los principios siguientes: agua, 789 partes, corpúsculos de sangre, 131; albúmina, 71; sales minerales, 5; fibrina, 2; grasa, 2. En el alimento de que hablamos, que es un conjunto de papas, carne, legumbres, condimentos y mucha agua, la carne provee á la sangre de albúmina y fibrina, las papas le traen los cuerpos productores de grasa, las legumbres le dan ácidos vegetales y minerales y sales, y el abundante caldo corresponde á la crecida cantidad de agua que entra en la composición química de la sangre. Lo único que no hay en este alimento, es el fosfato de cal, tan indispensable para endurecer y fortalecer la parte huesosa del cuerpo: pero esta sal existe en el maíz, de manera que la falta de sal calcárea en él, está compensada por la abundancia de ella en la *chicha*. Esta bebida se elabora de maíz, el que, como acabamos de decir, contiene en abundancia, fosfato de cal, y es, además, rico en gluten. (1)

Por lo expuesto se ve, que la gente pobre, en Arequipa, tiene un alimento que le surte de todo lo necesario y en la proporción conveniente para la conserva-

(1) Debo, en gran parte, estas indicaciones, al Sr. Juan L. de Romaña.

ción de la salud y para el desarrollo de todas las partes de su organismo.

Es natural, por consiguiente, que resista bien el trabajo, hasta en los oficios más duros y penosos. Leñateros y carboneros pasan las noches, en toda estación, á 12 y 14 mil piés de altura, sufriendo nevadas, vientos y temperaturas sumamente bajas. Los arrieros pasan constantemente de los ardientes climas de los valles al rigor de las punas, sin que su salud se resienta.

Los hijos del pueblo, aquí, no son lentos en sus movimientos, ni tampoco de una movilidad excesíva; su sistema nervioso, bien equilibrado, por regla general, los liberta de las terribles enfermedades nerviosas, que son el azote de nuestros tiempos. El alcoholismo no hace en ellos los estragos que en otras partes, porque la chicha, débilmente alcohólica, es la bebida que prefieren, No se ve tampoco, en ellos, ninguna de las enfermedades que acusan vicios de sangre. Es, pues, este, un pueblo bien constituido fisiológicamente, no obstante la falta de aseo, y de otras condiciones higiénicas, que en todas partes faltan al pueblo; pero que aquí sería fácil establecer.

La raza, en las clases superiores, gana en belleza y finura, lo pue pierde en robustez. La sangre en ellas, no suele ser ya abundante de hierro; al contrario, la anemia comienza á robarle los glóbulos rojos. Débese esto, sin duda, á la alimentación desordenada, á la falta de ejercicio físico, al género de vida, poco conforme con los preceptos de la higiene.

El sistema nervioso se halla en estas clases sujeto á perturbaciones constantes, que, probablemente, .no han sido trasmitidas por herencia.

El antiguo indio del Perú, no era, por cierto, un neurópata. Sus costumbres, las condiciones todas de su vida estaban hechas para domarle los nervios. Es ahora, recien, que el alcoholismo está haciendo del indio de nuestras sierras, un degenerado.

Los colonizadores españoles tenían ya, tal vez, nervios menos tranquilos; pero las perturbaciones que sufrían no eran, de seguro, tan profundas y extensas, que

pueda decirse que de ellos nos viene esta predisposición mórbida: la hemos adquirido, indudablemente.

¿A causa de qué?

En parte, sin duda, por ser esta, una tierra terriblemente eléctrica; pero esta influencia agitadora del sistema nervioso está compensada, con el aire puro, con el clima tónico, que no deprime por extremado rigor, ni enerva por excesiva blandura. Aquí la sangre se oxigena bien, cuando no se hace una vida artificial.

Aquí, como en todas partes, más que á las influencias físicas, es preciso atribuir los desórdenes funcionales del sistema nervioso, á causas morales, entre las que figura, en primera línea, la brusca transición de un género de vida, á otro que le era opuesto.

A este respecto, dice un distinguido profesor de Fisiología, lo siguiente:

« Nuestros padres tenían exceso de sangre; todas sus enfermedades reclamaban la lanceta; nosotros tenemos exceso de nervios, nuestra sangre empobrecida no puede ya moderarlos, y están prontos siempre á hacer explosión en el estado de salud como en el de enfermedad.

«Estas modificaciones de la salud pública no son fortuitas; ellas son el resultado de profundos cambios sobrevenidos en las condiciones de la existencia. A la vida tranquila, regular, ponderada de otro tiempo, ha sucedido una existencia accidentada, arrebatada y febril. En otro tiempo, la tradición y las leyes sujetaban á los hombres en castas cerradas, imponían límites á su actividad, contenían en estrecho espacio sus deseos y sus apetitos y los impelían naturalmente, en la senda trazada por sus padres, en la que penetraban seguros de recorrerla sin hallar obstáculos, y, por consiguiente, sin gran esfuerzo. Hoy que las barreras sociales han caído, un horizonte inmenso se abre á todas las ambiciones y á todas las energías: la ciencia, los honores, el poder, la riqueza, son objetos accesibles á todos. Pero al mismo tiempo los obstáculos se acumulan, la concurrencia se desencadena, de tal suerte que la vida ha llegado á ser una lucha encarnizada en la que los débiles sucumben y los fuertes se agotan en esfuerzos sobrehumanos. La caravana que penetra en el desierto deja tras ella más cadáveres mientras más se aleja de su punto de partida; así la sociedad moderna, á medida que avanza en la senda

del progreso siembra su camino de despojos cada día más numerosos, tristes víctimas de las neurósis y de las psicopatías.

La transición, tan enérgicamente expresada en los párrafos anteriores, ha sido más violenta en América que en Europa, y, de los países de América, en ninguno lo ha sido más que en el Perú.

Si ha habido en el mundo una organización social pesada, lenta en su funcionamiento, hecha exprofeso para el sopor, ha sido la organización de la América colonial española.

La España de los siglos décimo sétimo y décimo octavo, era una nación fatigada, tendida al sol, reposando de sus altas empresas. La América colonial era una nueva España, pero una España más inmóvil, más amodorrada, y sin el recuerdo de las glorias que, aunque lejano, siempre dá resplandor y grandeza á las frentes abatidas.

Y el Perú era, entre los países de la América del Sur, el más dominado, el más contagiado de las propensiones y tendencias de la vieja madre española, como que en él tenía ella todas sus complacencias, y él era el orgullo y el tesoro de sus colonias.

Imagínese, ahora, lo que sería la vida en una ciudad de provincia de este remoto país.

Lima, la capital del virreynato, tenía siquiera sus intrígas de corte casi real, para animar un poco su vida; pero en una ciudad de segundo orden, por más que ésta fuera la muy noble y muy leal ciudad de Arequipa, la monotonía gris y lenta, debía pasar eternamente sobre la frente de sus moradores.

La vida física era, sin duda, abundante, barata, fácil; en la olla del más pobre hervía un buen cocido; pero esto mismo contribuía á que el arequipeño no se agitase mucho para conquistarse una vida segura.

La vida intelectual estaba suprimida, casi por completo. Los siervos de los siervos de los reyes de España no tenían necesidad de ciencia. La ciencia no hace sino complicar la vida, intranquilizarla, crearle al hombre necesidades y aspiraciones, y la vida, mientras más sencilla, más feliz.

La incomunicación con el mundo, era casi absoluta. Así como no podían venir géneros sino de España,

ideas sólo de allá, también, podían venir. Verdad es que, entonces, en la península se elaboraban pocas ideas, y que, de estas, no todas atravesaban el océano, pero así y todo, eran bastantes para dar entretenimiento á los tranquilos cerebros de los colonos, en los que jamas aparecían esos pensamientos audaces, insurgentes, qne vibran y suenan y relampaguean en el cerebro de los hombres de ahora.

La voluntad, no había tampoco gran cosa en qué ejercitarla. Los caminos de la vida eran pocos y bien conocidos. Eran, por lo tanto, perfectamente inútiles, esas tensiones de voluntad que dan al carácter el temple del acero.

Las profesiones de agitación y de lucha, no tenían espacio en que ejercitarse. Ni pasiones políticas, ni ambiciones, ni ideales, ni nada de lo que sobrexita la vida de una ciudad moderna, se conocía entonces en Arequipa.

Las rencillas entre autoridades, los chismes de la pequeña crónica familiar, eran el único alimento de la curiosidad.

Solo cuando moría un rey de España, alguno de aquellos Cárlos ó Felipes, tan queridos de sus súbditos de América, la buena ciudad se conmovía, y, como había que jurar obediencia al nuevo rey, la gente se alborotaba y engalanaba, y salían á la calle alcaldes y regidores conduciendo el estandarte real, vestidos con los casacones de terciopelo, de color verde ó violeta, y con el calzón corto y los coletos y chupas y coletas bordadas con torzal de oro.

Figurémonos un día cualquiera, de cualquier año del siglo décimo octavo, en Arequipa.

Todo el mundo se levanta temprano, y se desayuna, luego, con el clásico chocolate.—Después, se vá un poco al trabajo. Por la calle se vé cruzar, en sendas mulas, á los señores canónigos que van á coro, y á los médicos que van á ver á sus enfermos.—Al acercarse el mediodía, todos á su casa, á dormir la *siesta;* la siesta, tan dulce de dormir en lo fresco de las habitaciones, mientras el sol abraza los empedrados de las calles;

la siesta que era uno de los más profundos goces de la vida, que era el sueño acariciado de la pereza.—Después de la siesta, la comida, la suculenta y sana comida, á las dos ó tres de la tarde.—Y luego, á trabajar otro poco.—Y después, al oscurecer, en el *estrado*, á la luz del enorme velón de sebo, la sabrosa plática, seguida de la cena, y á las ocho de la noche á acostarse.—Y el silencio y la paz descienden sobre la ciudad, cuyo sueño guarda el sereno, que, de hora en hora, canta el tiempo.—¡Hermosa vida aquella! ¡Qué bien se observaban los preceptos de la higiene! Arequipa era una ciudad envidiable; tendía, lenta y sosegadamente, á la cristalización.

Una grande y pacífica aldea, con ribetes y penachos de ciudad, muy honrada, muy leal, y también muy feliz, sin duda, eso era la Arequipa colonial.

¡Oh, el buen tiempo viejo! ¡No sabe uno si envidiar ó compadecer á nuestros bisabuelos!

Y bien, imagínese, lo que sería para una tal sociedad, el paso violento á la vida moderna, complicado aquí, con el paso, violentísimo, del absolutismo á la libertad y á la democrácia.

Compárese la vieja ciudad tranquila, olvidada del mundo, con la Arequipa de hoy, á la que el poderoso grito de la locomotora despierta cada día á la vida; á la que el golpeteo inquieto del telégrafo, le trae, á cada instante, la sobrexitación moral, la agitación eléctrica del mundo!

Compárese la mansa ciudad, la hija sumisa de los reyes, con la tormentosa, con la loca ciudad revolucionaria, con la Arequipa batalladora y nerviosa, que se improvisó, apenas consumada la independencia; medítese en lo que sería ese brusco cambio, y se comprenderá, que la conmoción que por él sufrieron los hombres, debió ser muy honda, bastante á turbar, profundamente, el alma y la organización de los más fuertes.

De la absoluta indeferencia política é intelectual, se pasó, sin preparación alguna, á la vida de las diarias luchas políticas, á la vida de la plaza pública, del comicio, de la tribuna, de las academias, de la prensa, de las revoluciones, en fin, que abrían, en medio del humo de los combates, ancha brecha en las alturas socia-

les, para dar paso á todas las ambiciones, á todas las audacias.

Véase, pues, cómo el paso de un género de vida á otro profundamente opuesto, que ha sido la causa universal de los desórdenes del sistema nervioso en todas las razas humanas, fué aquí, en el Perú, en Arequipa, más violento, más brusco y, por lo mismo, más poderoso para desequilibrar los organismos.

Si á esta causa moral, se agrega la influencia eléctrica de nuestro clima, y la anemia que principia á debilitarnos, se comprenderá la necesidad de reconstituir nuestra población en sus clases más elevadas, por medio de inmigraciones de las razas fuertes, y acercándonos, cuanto sea posible, á la naturaleza, que siempre tiene aliento y sávia reconstituyentes para el hombre.

El valle de Arequipa puede sostener una raza vigorosa, digna de la vida, apta para las grandes evoluciones del porvenir. Sustancias alimenticias abundantes y sanas, aire puro, rico de oxígeno y aún de ozono, gran sol, ancho espacio, ¿qué más se necesita para sustento material de un gran pueblo?

CAPITULO III.

La vida intelectual.

¿Descendemos de razas que, por el trabajo intelectual, y por la acumulación lenta de fuerza nerviosa, trasmitida por la herencia, fueron perfeccionando su cerebro?

Sí, sin duda, por lo que hace á los latinos, raza altamente intelectual.

No puede asegurarse otro tanto de los quechuas; pero, por lo menos, es innegable, que hacían una vida intelectual, muy distinta ya de la que viven las razas primitivas. Ideas y organización hay en la civilización incasica, que acusan alto desarrollo mental.

No es, por consiguiente, la raza que hoy puebla el valle de Arequipa, en cuanto á entendimiento, una raza desheredada.

Procuremos determinar su valor intelectual.

Sensible es, desde luego, que no se pueda establecer, con precisión, en nuestra raza, el grado de desarrollo del cerebro, órgano cuyas relaciones con las facultades intelectuales son tan marcadas.

Ni sobre el peso, ni sobre la constitución, ni sobre la forma y tamaño del cerebro se han hecho observaciones y estudios entre nosotros.

Especialmente, en cuanto á la constitución y peso de este órgano nuestra ignorancia es absoluta.

Por lo que hace al tamaño y forma, como, aun sin mensuras exactas, puede formarse de ellos una idea el ob-

servador, creemos que puede afirmarse que nuestra raza, podría, en general, competir con las más civilizadas.

El prognatismo, ó desarrollo excesivo de la parte baja de la cara, signo de inferioridad intelectual, muy general en las razas americanas, desaparece rápidamente, en la nuestra, siendo reemplazado por elpredominio de la parte superior de la cabeza ó sea del cerebro, predominio que aumenta, naturalmente, el tamaño del cráneo, y, por lo mismo, el del encéfalo.

El ángulo facial, si bien, pocas veces, llegará á los 85 grados á que suele llegar en la raza europea, es indudable, que pasa y mucho de los 70 de laraza negra y también de los 76 de los chinos.—Á primera vista, se nota que las frentes aplastadas y que huyen hácia atrás de la cabeza, son raras entre nosotros.

Los cráneos de los indios, han sido clasificados como dolicocéfalos ó de cabeza larga; pero, la mezcla de esta raza con la española, ha modificado seguramente esta forma, porque en la raza que ahora puebla el valle de Arequipa, predominan los cráneos mesocéfalos ó de cabeza media.

La influencia de los medios ambientes; es más fácil de caracterizarse que el desarrollo del cerebro.

Como decía hace poco: país de sol es el nuestro, país de sol, y de electricidad también.

El sol radiante mira tanto á nuestra tierra, que llega á ponerla morena, de tanto como la mira.

La atmósfera seca, rara, de purísima transparencia óptica, no les roba á los rayos de sol, casi nada del calor con que á traves del espacio vienen vibrando; los deja pasar, sin debilitarlos casi.

Es también tierra muy eléctrica la nuestra; esa sequedad de la atmósfera es, así mismo, causa de acumulaciones de electricidad.

Por las erizadas puntas de la cordillera, descarga la tierra intranquila, la sobrexitación eléctrica que la domina. Todas las noches veo parpadear, tras las altas cumbres de los Andes, las llamas eléctricas lívidas.

Y vuelvo sobre esto del mucho sol y de la mucha electricidad, porque estas dos poderosas fuerzas, no pueden dejar de tener mucha influencia sobre la sensación, y, por la sensación, sobre la vida íntelectual.

La sensación es fenómeno psico-físico, y el medio físico, tiene, por consiguiente, sobre ella, influjo muy marcado. Veamos de qué manera se manifestará aquí ese influjo.

Cuando la luz es muy intensa, los colores son débiles.—Los colores brillan más en una atmósfera húmeda y opaca, que en una atmósfera seca y muy clara. En ella no hay gran riqueza de matíces, porque el esplendor de la luz tiende á borrarlos, á confundirlos. Las sensaciones de color no deben ser, por lo tanto, muy intensas para nosotros, puesto que la atmósfera de Arequipa es, indudablemente, una de las más transparentes y claras del mundo. Las sensaciones de color tienen que producirse aquí un tanto fundidas en la gran sensación de luz blanca.

Pero lo que en energía pierden las sensaciones de color, lo ganan las de línea. Las líneas, los contornos, lo que podría llamarse el dibujo de los objetos se destaca con más fuerza en una atmósfera seca y radiante, que en una atmósfera densa. Los contornos de los objetos son tan puros, tan acusados que parecen dibujados por dura mano. Cuando la trasparencia del aire es excesiva, hasta llegan á verse los objetos escuetos, descarnadas, terminados por líneas secas, enérgicas.

Según esto, en Arequipa, las sensaciones de la vista, si bien menos variadas, menos provocativas que en otras partes, son, en cambio, más firmes, más individuales, más puras; porque los colores intensos en un aire denso, á la vez que dan placer á la mirada, tienden á disfumar los contornos, á dar como una penumbra, ó vagos términos á las cosas.

Si como parece estar ya probado, la transparencia óptica de la atmósfera (1) debilita su trasparencia acústical, las sensaciones del sonido serán aquí menos enérgicas que en otros lugares, donde el aire es más opaco ópticamente.

---

(1) Véase Tyndall, Física.

Pero esta debilidad relativa del sonido, no parece influir desfavorablemente en la claridad y en la delicadeza de las sensaciones del oído, en la fina distinción cuantitativa y cualitativa de los sonidos, que es lo que importa para el desarrollo mental. Prueba de ello es, que Arequipa es tierra de músicos. Si hay, entre nosotros un talento que sea casi de todos, es el talento musical.

Más, aunque, en algún caso, la solicitación objetiva, fuera aquí un tanto débil, esto se hallaría ámpliamente compensado con la aptitud subjetiva, que es pronta, delicada, excesiva, enfermiza casi.

El organismo aquí es de una receptividad sumamente irritable, hasta dolorosa, especialmente en las clases cultas, de manera que, por escasa que sea la fuerza que sobre él actúa, la impresión resulta enérgica.

El organismo, profundamente penetrado de electricidad, de la electricidad que pulsa locamente nuestros nervios, hace aquí del hombre un sujeto de percepción impresionable, susceptible, en quien las impresiones comunes llegan á ser sufrimientos, á veces.

Hay días en que la tensión eléctrica es tan violenta en la atmósfera, que todos se sienten desasosegados, interiormente extremecidos, enfermos de sobrexitación nerviosa; padeciendo de todos los sentidos, por exceso de irritabilidad. En estos días, la sensación llama al espíritu, con llamadas bruscas, extrañas, punzantes, caprichosas, que lo traen agitado y triste.

Además de esta influencia de la electricidad sobre los nervios, hay que tener en cuenta, que el sol, incendiando la sangre en nuestra venas, nos impulsa á la acción, al movimiento, al anhelo de impresiones, y que, los bruscos cambios de temperatura, desequilibrando el organismo, lo obligan á equilibrarse por medio de actividades incesantes.

Como se vé, el medio físico ambiente, puede tener aquí gran influencia sobre la impresión orgánica y sobre la sensación, por la susceptibilidad del sujeto, y no es necesario decir, cuánto esta influencia puede trasmitir-

se á la constitución mental. ¿Esta influencia es favorable ó adversa al desarrollo de la potencia intelectual?

Favorable es, indudablemente, en cuanto la sensación suministra abundante material, poderoso impulso al espíritu; pero desfavorable, en cuanto esa incesante solicitación del exterior, no dá espacio al espíritu, para que los datos de la realidad sean plenamente asimilados, bien elaborados intelectualmente.

Al tratar de la ciencia y del arte en Arequipa, diré la forma en que, sobre estos dos grandes productos del espíritu, se manifiesta esa influencia.

———

Dada esta actividad sensacional, se comprende, lo que la imaginación, esta hermosa y peligrosa facultad, será en el hijo de Arequipa.

La sensación constante, obliga á la imaginación á incesante labor de reproducción interna.

La sensación intensa, solicita todo el poder imaginativo, para que la reprentación del objeto corresponda á la impresión que ha producido.

Y la actividad incesante, en facultad tan susceptible como la imaginación, puede causarle intranquilidad.

Y un trabajo que exije siempre toda la energía de una facultad, la fatiga, la debilita, al fin.

La imaginación, obligada á la tenáz labor que las sensaciones le imponen, tiene, necesariamente, para ejecutarla, que absorver gran parte de la fuerza psíquica, con perjuicio de otras falcutades.

Á la vida intelectual conviene la actividad de la imaginación, porque, sin ella, ni hay ciencia, ni hay arte posible; pero esta actividad, cuando es excesiva, tiene, como se vé, serios peligros para el equilibrio mental.

La imaginación agitada, no deja espacio al entendimiento, para su labor lenta y tranquila.

El entendimiento, deslumbrado con el perpétuo movimiento de imágenes, no tiene tiempo para extraer la idea de entre el incesante cambiar de las formas.

Para que la riqueza de la imaginación sea riqueza del espíritu, es necesario que pueda ser valorizada y empleada por el entendimiento. No es tener muchos obje-

tos de pensamiento lo que conviene, sino poder asimilarse mucho.

No porque se reciban muchas impresiones del mundo, y porque la imaginación reproduzca muchas formas, se está en más perfecta comunicación con la naturaleza: al contrario, los objetos, lijeramente vistos y apresuradamente reflejados, no son sentidos ni comprendidos.

Felizmente, la sensación, mientras más placer ó dolor causa, mientras más afectiva se hace, es menos representativa, y como para nosotros, seres impresionables y nerviosos, casi no hay una sensación que no sea un placer ó un dolor, resulta que la fuerza de la sensación, haciéndose emocional, en gran parte, tiene menos influencia sobre el entendimiento.

Pero, aun así, aun corregida la exaltación mental, por esta desviación de la energía sensacional hacia la sensibilidad, todavia la imaginación, como que ya la tenemos ardiente de raza, tiene, creo, entre nosotros más influencia de la que debiera en la vida psíquica.

Esto se advierte luego, en los productos intelectuales de nuestra raza. Estamos dominados por cierta lijereza intelectual.

Hacemos la ciencia un poco fuera de la realidad, porque el imaginar excesivo conduce á la quimera.

En arte, hemos estado bastante lejos de la naturaleza.—Nuestra poesía ha sido, casi toda, de pura imaginación.

¿Y áun en nuestra vida, un tanto lijera y caprichosa, no se vé que estamos gobernados por la imaginación más de lo que debiéramos?

Y no es la imaginación la facultad á la que el hombre debe dar la soberania de su vida.

La dirección de la vida corresponde á la razón, como que sólo ella tiene el ver claro, y el prever distante.

La razón, el entendimiento, como facultad de la idea, trabaja poco en nosotros.

Más que ideas, tenemos impresiones de las cosas.

Solemos quedarnos á la superficie de los objetos, por la poca costumbre de manejar el análisis, que es el más poderoso instrumento de investigación mental.

En nuestro espíritu, la proporción entre imágenes é ideas no es favorable á la evolución intelectual.

Más ideas y menos imágenes necesitamos.

Pero ideas que correspondan á realidades exteriores ó internas, á realidades del mundo ó del espíritu; que sean aplicables á la vida.

El hombre debe estar en comunicación profunda y simpática con la naturaleza y con su propio espíritu, y la imaginación agitada desvía, aparta al hombre de sí mismo y del mundo, porque dificulta la observación larga y tranquila, que es la única que puede establecer correspondencias y comunicaciones que penetren en lo íntimo de los séres y de las cosas.

En nuestro espíritu, todo se resiente del predominio de lo sensible sobre lo ideal, sobre lo racional.—Se ha hablado del idealismo de nuestra ciencia y de nuestro arte: no ha sido idealismo, sino más bien un *imaginismo*, ó *imaginarismo* lo que nos ha dominado. Nuestra ciencia y nuestra poesía, han estado tan lejos de la realidad viva, como de la idea, pura, abstracta.

No es esto decir que falte, en absoluto, entre nosotros, quien medite y penetre hondo en las cosas; pero esta no es la tendencia general de nuestra raza; y si no es bueno un pueblo todo de sabios y pensadores, por lo menos, es necesario que hayan en él algunos que piensen y mediten mucho en lo que no se vé de las cosas, que es donde está lo que más valen, lo que verdaderamente son.

La idea es el más elevado producto del hombre.

Elaborar una idea es lo más grande que la mente pueda hacer.

Porque la idea es hija sólo del espíritu, y el espíritu es el que al hombre ennoblece; la razón, es la que le dá atributos soberanos, atributos de rey de la creación.

Dejemos, pues, al espíritu las cumbres de la vida, que mientras más altas sean, mejor.

Verdad es que esto de dar larga parte en la vida al entendimiento, exije tranquilidad y espacio de que pocos pueden disponer, aquí, donde el pensamiento, en forma de arte ó de ciencia no circula, como valor real, no representa la subsistencia de los días que ha costado producirlo.

Pero así, y todo, es necesario dar el dominio del alma y de la vida, á la razón, porque para reina se la ha dado Dios al hombre.

Es cierto que para sentir enérgicamente, es necesario imaginar enérgicamente, porque, si no, la sensación expira, sin dejar huella, sin prolongarse. Es cierto, que una imaginación activa, habituada á la variedad de tonos y de matices, pronta siempre á reunir en torno de la sensación que la provoca, otras muchas emociones, es condición precisa de una vida mental, de una sensibilidad, ricas; pero, á la imaginación constantemente exitada le entra también un poco el delirio.—La influencia excesiva de la imaginación sobre las otras facultades del alma y sobre los sentidos, hasta puede conducir á lo que la ciencia llama ahora, las *fronteras* de la locura.

Por supuesto, que, al caracterizar la alta vida psíquica en nuestra raza, me he referido, especialmente, á las clases sociales elevadas, á las que, por su preparación hereditaria, por su educación y su género de vida, representan el elemeno intelectual de un pueblo.

CAPITULO IIII

Vida del sentimiento.

Pueblo de sentimiento, de pasión, es el pueblo de Arequipa: y lo es no sólo por herencia de las nobles razas de que desciende, sino también, por estímulos y ejemplos de la tierra en que se vive.

Para energía de corazón, los españoles. Nadie les negará que saben sentir el amor á la patria y á la gloria y á todo lo grande. Cuando de estas cosas se trata, es cuando se tornan leones.

El indio no es ardiente, sino profundo y manso y un tanto triste en el sentir.

Mezclóse, pues, la pasión bravía de los unos, y el sentimiento hondo y callado de los otros, y heredamos pasión y entusiasmo y tristeza juntos. Somos por herencia de raza, ricos de sentimiento.

Somos, por esto mismo tal vez, un pueblo esencialmente romántico, como lo fué Mariano Melgar, el poeta héroe, aquel en quien brillaron idealizadas las más grandes y hermosas cualidades de la raza arequipeña: el valor, la pasión, la concentración íntima y profunda y por lo mismo triste en el sentir.

Aviva aquí la tierra el sentimiento.

Tradiciones volcánicas ardientes, recuerdos terribles tiene esta tierra. Todavía se estremece, como si pasaran por ella los recuerdos de los dias de fuego.

Rojas manchas de quemaduras le quedan aún en sus rocas, y desgarramientos y roturas, también, huellas del cataclismo.

Y áun no está fría del todo, como que en ella tiene su hogar un volcán.

Y bien se vé, que hija de la soberbia montaña es esta comarca. Su carácter volcánico, á la primera mirada se advierte. Por todas partes hay peñascos, puntas de rocas, desdeñoso desórden de lo regular y llano. El poderoso esqueleto granítico de la tierra se acusa por uno y otro sitio. Ni el mecerse por siglos en ellas las olas de inmenso lago; ni el acarreo incesante de las aguas, que bajan de la cordillera cargadas de materiales disgregados, han podido borrarle á esta región, la expresión brava y altiva de región volcánica.

Y decir volcán, es tanto como decir corazón, pasión de la tierra. Y esta vida de la tierra se contagia al hombre, porque, al fin, partículas de ella aspira y de ella está hecho.

Grande honor para un pueblo, es vivir mucho por el sentimiento: esto dá nobleza y simpatía y poesía á su vida.

Pero la vida del sentimiento tiene dos peligros: la pasión y la sensiblería.

La pasión ofusca el ánimo, y si algunas veces ha sido gloria, siempre fué, en cambio, destrucción y ruina para Arequipa: lo prueban las revoluciones.

Libre está, por lo general, nuestra raza, de la sensiblería que enerva y apoca el ánimo; que aleja el sentimiento de la realidad para alimentarlo de mentiras. El sentimiento es aquí natural, profundamente humano; se cría entre las asperezas de la vida, y crece fuerte como para resistir decepciones, y hermoso como para difundir poesía hasta en las horas más vulgares y áridas del vivir.

No faltan en las clases más cultas, algunas vagas tendencias á ese romanticismo falso y contrahecho, importado por novelas y versos españoles desde mediados del siglo; la producción literaria, especialmente, ha brotado impregnada de ese sentimentalismo que no se alimenta de realidades, sino de imaginaciones; pero ya empiezan á curarse nuestros poetas de esa enfermiza exageración que tan lejos está de la delicadeza de sentimiento, que es el verdadero romanticismo.

Necesario es el ideal en el sentimiento; pero esta idealización no debe ser hija de la imaginación, sino de la vida, que por dura y humilde que sea, dá de sí siempre ideal.

Es preciso amar la vida tal como es, porque ella por sí misma es buena y hermosa, y de ella misma, de su propia condición, le nace la aspiración al ensueño.

No es necesario cubrir las cosas con un velo, ni mirarlas esfumadas por imaginarias lejanías, para que parezcan bellas. La idealización debe brotar, expontánea, del choque del alma con la realidad.

En esto de idealidad y poesía para el sentimiento, lo que hay que hacer es, en lugar de arañar en la superficie de las cosas, para sacarles fosforescencias y fantasmagorías, penetrar profundamente en ellas, penetrar hasta sus entrañas, hasta su corazón, porque en lo interno de todas las cosas hay calor y misterio en que la poesía prende y arraiga, y de donde sale, en onda ideal, á derramarse en el sentimiento.

Hijos de una raza de creyentes, viviendo en presencia de sublimes espectáculos de la naturaleza, no puede dudarse que el sentimiento religioso, inarrancable del hombre, como ha acabado por reconocerlo, al fin, la ciencia contemporánea, (1) tenga en nosotros hondas raíces.

Y gran honor y felicidad, es, por cierto, para un pueblo, que en él viva ardiente, el sentimiento religioso, único fundamento inconmovible de la vida moral.

El catolicismo ha penetrado profundamente nuestro sér, y á él debe atribuirse esa honradez, esa nobleza, esa grandeza de alma que, en la próspera ó en la adversa fortuna, ostentó siempre el pueblo de Arequipa.

La religión, sino puede siempre evitar los extravíos del hombre, no le consiente jamás pequeñeces.

Pero, por lo mismo que el sentimiento religioso es el más grande en el hombre, es necesario que sea el que más puro se conserve. Pueden los otros sentimientos, sin envilecerse completamente, soportar alguna mezcla de extraños elementos, como que al fin se ponen en

(1) Spencer, "Primeros principios".

cosas de la vida en las que siempre entra algo de miseria; pero el sentimiento religioso ha de ser puro, austero hasta lo ideal. Mientras más grande es un sentimiento, más funesta es su degeneración.

Mucho se habla, para quitarle el honor que le dán sus creencias, del fanatismo del pueblo de Arequipa, y suele hablarse de tal modo, que quien no nos conozca, podría creer que es un fanatismo semejante al de los negros tiempos de autos de fé y exterminios de herejes!

Desdén tan sólo merecerían estas vulgares acusaciones, si no fuera por que lo poco que se nos conoce hasta en nuestro propio país, pudiera hacerlas valer.

Nó, el pueblo de Arequipa no alimenta esa brutal y sangrienta pasión del fanatismo de otros tiempos, ni mucho menos. No se presentará un sólo ejemplo de imposición violenta ó de persecución implacable por diferencias religiosas. Tranquilos pueden vivir aquí hombres que no piensan como la generalidad de los habitantes.

El carácter del pueblo de Arequipa, noble y magnánimo, no consiente violencias ni atropellos que lo deshonrarían.

No podrá decirse que el sentimiento religioso sea completamente sano y puro en todo nuestro pueblo; exageraciones ha tenido y tendrá el celo religioso, pero de esto á lo que se supone y se dice del fanatismo de Arequipa, hay una distancia inmensa.

Malo es el fanatismo por poco que sea, y debe procurarse que desaparezca, porque lejos de engrandecer el sentimiento religioso, lo empequeñece y ciega. Pero si en Arequipa hay algo de fanatismo, en cambio otros pueblos, casi todos los del mundo hoy, sufren una dolencia moral más terrible y honda: la indiferencia.

La indiferencia va hoy amortajando, lenta y fría, las almas, como la nieve, cuando cae sobre la tierra, amortaja montes y llanos, silenciosa.

Malo es el fanatismo; pero lo más triste de todo es el no creer, que es como el llevar muerta casi toda el alma;—porque el alma, más que de las cosas de la vida, vive de esperanzas y ensueños de inmortalidad.

El fanatismo es como tierra volcánica, convulsa y violenta; pasan las convulsiones, y la tierra queda tibia

y buena para dar frutos. La indiferencia es como tierra endurecida por un frío profundo, irremediable; es tierra muerta.

Un ilustre escritor extranjero, hablando de Arequipa, ha dicho: "el corazón de la patria peruana vive en ella".

Con efecto: hacer del Perú una patria libre, grande, feliz, fué, desde el primer momento de la indepencia, una pasión tan dominadora para Arequipa, que llegó hasta extraviarla, hasta enloquecerla, á veces, con la locura heróica y abnegada de sus revoluciones.

Cuarenta años se ha batido Arequipa bravamente, dejándose hacer pedazos por metrallas y bombas, dessangrándose, por conquistar instituciones libres para la patria.

Y como la pasión es confiada, la noble confianza del pueblo de Arequipa han explotado los políticos de todos los tiempos; han explotado su candorosa fé en los hombres, en los principios y en las palabras para lanzarlo á las revoluciones.

Se le hablaba de patria, de libertad, de gloria, de justicia, y estas palabras, que en todas partes fascinan á los hombres, y que, aquí, en nuestra atmósfera seca y tensa de electricidad, parece que tubieran resonancia, vibraciones más intensas y penetrantes, esas palabras, las hermosas promesas de los caudillos, seducían su corazón ardiente y generoso, y por ellas salía á batirse el pueblo de Arequipa, con aquel valor, con aquella pujanza, con aquella generosidad, que le conquistaron fama de león.

Todo lo grande y noble que ha habido en las revoluciones, pertenece al pueblo de Arequipa.

Se acusa de revolucionaria á Arequipa, sin fijarse, en que lo único que ella puso en las revoluciones, fué su sangre y su riqueza; que los únicos provechos que sacó, fueron, casi siempre, desengaños.—Ella quería para sí, sólo el honor y los sacrificios, y dejaba para otros los medros,—lo que prueba que era guiada por algún nobilísimo sentimiento.

Las revoluciones fueron deseadas, fomentadas y sostenidas, por todos los pueblos del Perú, sólo que, co-

mo á Arequipa se la conocía de arrojada y fuerte, se le pedía la iniciativa, el impulso y la fuerza de ellas.

Y Arequipa aceptaba resueltamente el peligro y el honor del primer puesto en la lucha, porque esto es lo que aman los pueblos valientes: el peligro y la gloria.

El pueblo de Arequipa, impresionable de suyo, viendo por todas partes, en la tierra en que vive, ejemplos de lucha; recibiendo, aspirando, hasta en el aire, exitación y violencia, era el pueblo mejor preparado para hacer esas revoluciones que todas las naciones de Amé rica hicieron, como resultado inevitable de la brusca transición de la esclavitud á la libertad.

La tierra de Arequipa, áspera, quebrada, granítica, extremecida cada día con subterráneas convulsiones, hecha para resistir los embates del fuego interior del planeta, que la sacude rebramando; esta tierra que da á sus hijos, cada día, el espectáculo de la lucha, debía hacerlos apasionados por el combate, propensos á la explosión. No se nace en vano al pié de un volcán.

En las tierras volcánicas hay emanaciones, y vibraciones y corrientes, invisibles, impalpables, pero que turban y agitan profundamente al hombre. Todo habla aquí de lucha, y el alma es apasionada y heróica como la naturaleza,

Si á esto que la naturaleza hace para que los hijos de Arequipa sean hombres de combate, se agrega la ola de sangre española que circula por sus venas, sangre de comuneros y heróicos rebeldes, se comprenderá cómo era natural, que, en nuestra tormentosa era de revoluciones, Arequipa fuera casi siempre la iniciadora de las revoluciones; fuera siempre la altiva domadora de tiranos.

Felizmente, esos turbios tiempos de guerras civiles han pasado para siempre.

Las revoluciones, esas heróicas aventuras en que Arequipa se lanzaba con el corazón atrevido, concluyeron ya.

A costa de su sangre, ha aprendido Arequipa á conocer lo que son y lo que valen los políticos que en otro tiempo seducían tan fácilmente su alma apasionada y generosa.

Hoy el valiente hijo del pueblo, no sale á la calle á hacerse matar por cualquiera que le finge patriotismo; hoy el pueblo de Arequipa tiene otro ideal guerrero, aspira á otras glorias; recuerda en silencio terri-

bles ultrajes que se vió obligado á sufrir; piensa en una reparación suprema del honor de la patria, que debe hacerse allá por el Sur, y mientras tanto, quiere ser el primero en la paz, y trabaja y adelanta, y abre exposiciones en las que muestra que no estorba el valor al trabajo, porque bien saben manejar la herramienta las mismas manos que manejaron el rifle.

Los sentimientos privados son, todavía, en nuestra raza, sencillos, fuertes, confiadamente ligados á la vida. La simpatía, el amor, la compasión, la generosidad brotan expontáneos, sin aligaciones extrañas, sin mezcla de intereses y miserias.

Sano está el sentimiento en nuestra raza, sano y vigoroso. La Psicología mórvida no descubre, felizmente, en nosotros, ninguna de esas enfermedades ó depresiones de la sensibilidad, que son el tormento de otros pueblos. Al contrario, nuestra raza, puede decirse, que se deja dominar, fácilmente, por el corazón.

No seguimos en esto, es verdad, la senda de los grandes pueblos modernos, cuyo esfuerzo se dirije, principalmente, á desarrollar el pensamiento, armándolo del análisis.

El análisis es la grande y terrible fuerza psicológica de nuestros tiempos.

El pensamiento, armado de la aguda hoja del análisis, coge implacable al sentimiento entre sus frios tentáculos, y lo desgarra, fibra por fibra, hasta que descubre, que está hecho de partículas de barro dorado y embellecido por una vieja ilusión.

En nosotros, por felicidad, el pensamiento no ha llegado á esa absorción, á ese terrible é impasible dominio del alma que acaba por debilitar y por matar al fin el sentimiento, decepcionándolo de sí mismo, quitando al alma el valor y el encanto de sentir.

Y por esto, sin duda, no está atacada todavía nuestra raza, de ese pesimismo, que, oscuro y silencioso se ha aposentado en el fondo de casi todas las almas, en los pueblos más adelantados en civilización.

Triste es nuestra raza; pero, de su tristeza apacible, á ese pesimismo contemporáneo que ha acabado por proclamar el *nirvana* búdico, el aniquilamiento de la personalidad, como la única liberación posible del dolor para el hombre, hay una distancia inmensa.

Nuestra tristeza no es desolada, ni amarga, ni escéptica; no nos la producimos nosotros mismos á fuerza de desgarrarnos el alma con el pensamiento, sino que nos viene, más bien, por herencia de los siglos de servidumbre en que vivieron nuestros antepasados, y algo también, sin duda, de nuestra tierra, que tiene sus melancolías austeras y grandes, como toda tierra de montañas.

CAPITULO V.

La vida de la voluntad.

La voluntad es la gran fuerza del hombre.

El pensamiento es solo llama fugitiva, si la voluntad no lo condensa en poderoso foco que proyecte rayo de luz brillante, en toda la extensión que del camino se alcanza.

La sensibilidad es pasión de ánimo, es agitación enfermisa y estéril, si la voluntad no la torna acción, amor grande é intenso hácia algún noble objeto de los de la vida.

Se puede tener talento y nobles sentimientos, y ser, sin embargo, un pobre hombre.

Porque por la voluntad es el hombre dueño de sí mismo, y por ella á sí mismo se basta, no en absoluto, sin duda. sino en cuanto el hombre puede bastarse á sí mismo. Sólo ser dueño de sí mismo es ser libre, y el hombre, mientras más libre es, es más hombre.

El que no puede valerse á sí mismo. el que de otro necesita, no es casi persona, se le puede llamar parásito, ó esclavo, ó cosa, á elegir.

No hay en el mundo espectáculo más hermoso, que el del heróico luchador por la vida, que sabe conquistársela diariamente por el propio esfuerzo: ese hombre merece una corona.

El hombre que lucha con la adversidad y la vence y la subyuga, y hace brotar la luz del obstáculo negro y pesado, y sobre él se alza y se encarama y encumbra, ese hombre tiene la mejor grandeza, la grandeza sublime del triunfador.

Dios hizo el mar para su gloria, y dijera yo que atmbién lo hizo, para que en él viera el hombre la imá-

gen de la vida, como él inquieta, como el movediza, como él llena de escollos y de tempestades, y que, como él, en fin, gusta de que el hombre la dome y azote, y pase á través de ella como señor, como dueño, como rey.

Las olas juegan primero y despedazan luego, irónicas y hastiadas, el barco que se entrega á merced de ellas, y, en cambio, besan sumisas el barco que vá recto y poderoso sobre ellas, y lo arrullan y cantan, como esclavas rendidas, al acariciar sus flancos.

El hombre debe saber adónde vá y porqué vá; y es preciso, además, que sepa *ir*.

Muchos hay que ven en su entendimiento objetos hermosos, dignos de consagrar a ellos la vida; pero no saben ni pueden marchar en busca de esos objetos, y esto es, porque no saben ni pueden *querer*, querer intensa, enérgicamente, con resolución y condensación de toda el alma en el querer.

De esta clase de. hombres, no hay muchos en el Perú, en la América española.

En pocos, es cierto, pero, al fin, en algunos de nuestra raza ha quedado una levadura romántica de idealismo y de desdén por la vida real, que los perjudica mucho como hombres de acción.

El ideal romántíco de la vida, tal como lo poetisaron Werter, René y Chidy Harold, no es la acción, no es la lucha exterior y abierta para llegar á un objeto claramente percibido y determinado en el mundo, sino que es, más bien, el ensueño vago, lleno de ideas confusas, de aspiraciones indefinibles.

Y como Göethe, Chateaubriand y Byron rodearon de tanta poesía á sus héroes, es fácil y dulce el contagio, para las almas soñadoras, de la enfermisa pasión de ideal íntimo y difuso de esos grandes románticos.

Este ideal nebuloso, no reclama, ni exije imperiosamente la exteriorización, la acción; el hombre pasa su vida ante él, encantado y turbado por su misteriosa sonrisa.

Casi en todos nosotros hay huellas y vestigios de la influencia de esas almas no saciadas, hermanas del alma del Werter, que se creían capaces de todos los grandes pensamientos y sentimientos, sin decidirse á hacer de alguno de ellos, el objeto y la ocupación de su vida.

Estas almas que se creen grandes y poderosas, se reposan en su fuerza, y tienen cierta magnanimidad desdeñosa, que no les permite ocuparse de nada, porque se creen superiores á todo.

En vez de este ideal flotante, é indeciso, necesita el hombre un ideal claro, firme, que, más que en el fondo del alma, se vea entre las asperezas del camino, en las alturas, en las cumbres de la vida.

¿Será, tal vez, menos poético este ideal, porque no se mece en las nubes, allá, en el pálido confín del alma, donde el pensamiento se torna ensueño?

Cierto que en la bruma hay poesía; pero también la hay, y grande y noble y consoladora, en la lucha por la vida.

El buen trabajador, después de un día de lucha, siente en el corázón una paz inefable y santa, y de ella asciende suavemente al ensueño y en el ensueño se reposa tranquilo.

Al ensueño quimérico se sube con alas, lijeramente, entre rayos de luna, pero luego no hay donde descansar; á las rudas alturas de la vida, se sube á la luz del sol, á pié, y encorbado, y penosamente; pero cuando se llega á la cumbre se descansa dulcemente, y el ensueño tranquilo visita entonces al bravo luchador, y bate sus alas sobre la noble frente, surcada por el sudor y el cuidado.

No debe renunciarse á esa bruma interior, en la que tantas hermosas visiones nacen; no debemos apagar en el alma esa penumbra de los dulces desvaríos que parece limitar con lo infinito: en la vida debe entrar un poco de ideal pero la vida no ha de ser sólo cántico, recogimiento interior, porque entonces quedan sin empleo las mejores facultades del hombre, y su agitación estéril trae el hastío.

Bueno es que cada día, al comenzar y al morir, tenga su ensueño; bueno, indispensable, es que tenga su oración; pero el día ha de ser para la lucha por el bien, por la verdad. Solo así se tiene la paz del alma que es la suprema felicidad de la vida.

———

En los hombres de nuestra raza no predominan las ideas abstractas, que, aunque frías é incoloras, absorven, para producirse, toda la fuerza psíquica, con perjuicio del sentimiento y de la voluntad, y tienen, por lo tanto, escasa fuerza motriz, débil impulso á la actividad, á la exteriorización.

La voluntad no es débil en nuestra raza por falta de sentimiento y de imaginacion; al contrario la voluntad suele sufrir más bien en nosotros por exceso de impulso.

El sentimiento, la pasión que en nosotros domina, llega en muchos casos á constituir un estado psíquico permanente, que dá extraordinaria energía á la voluntad; pero, á veces, también, el sentimiento varía, y sus variaciones arrastran á la voluntad y la vuelven tornadiza y débil.

Además, las imágenes que rigen, casi por completo, nuestra vida mental, tienen, al revés de las ideas abstractas, gran fuerza motriz, y pueden, por lo tanto, con su rápido cambiar, traer movilidad excesiva á la vida, haciendo imposible la constancia, la resistencia, la independencia de la naturaleza y de los hombres, que son las cualidades que constituyen el carácter.

Solo por la voluntad es fuerte el hombre. El hombre debe acostumbrarse á contar sólo consigo mismo, porque, como alguien ha dicho, todo auxilio que viene de fuera es flaco; sólo el que nace de adentro es poderoso.

La sociedad no puede ser sostenenedora del hombre; el estado no debe hacer otra cosa que garantizar el libre y armónico movimiento de las fuerzas individuales.

Esto de que el estado ha de sostener y llevar á remolque á todos los habitantes de un país, es, en gran parte, la causa de que el Perú, de que las naciones hispanoamericanas, casi todas, sean masas confusas é indolentes, no organismos activos y fuertes.

Y si la sociedad no debe ser abrumada por el cuidado de los individuos, tampoco estos deben ser absorvidos por aquella.

El hombre debe formarse á sí mismo, debe por sí mismo hacerse sus principios y reglas de conducta, desarrollar su naturaleza. Y esta labor exije gasto enorme de voluntad, para poder resistir el embate incesante del obstáculo, para saber vencer en la terrible concurrencia de la vida.

El hombre debe ser independiente, y la independencia sólo por la fuerza de voluntad se alcanza.

No hay nada más triste y miserable, que el hombre que no se ha hecho sus ideas; que no hace su vida, según su conciencia y su razón.

Allí donde la sociedad absorbe al individuo, y le impone ideas y conducta y sentimientos, el progreso es imposible.

Léjos de que la sociedad domine al individuo, es necesario estimular, en el mayor grado posible, el desarrollo de la individualidad, de la espontaneidad.

Trae el hombre en su propio sér, en su personalidad, un principio, una fuerza, que es preciso dejar que se manifieste libre y desembrazada, porque esa energía propia y expontánea es uno de los medios más poderosos que Dios le ha dado para combatir el determinismo de las circunstancias que lo rodean, para ser libre y dueño de sí mismo, y no sólo una resultante de factores encerrados en su propio sér ó fuera de él.

Entran en el sér del hombre, y al hombre rodean, elementos que tienden á obrar fatalmente; pero halla él, dentro de sí mismo, una fuerza con qué luchar y vencer á las causas que tienden á esclavizarlo, á modelarlo, y esta fuerza es la espontaneidad natural, en virtud de la que él es él y no otro.

Esa fuerza que reacciona contra las influencias de los medios ambientes, es necesario no comprimirla; hay que dejarla libre y dosembarazada, mientras no se desarrolle con perjuicio de los demás.

Esa fuerza que produce la diferenciación de los hombres, es la mayor fuerza productora del progreso.

Sin la espontaneidad, sin la individualidad de cada hombre, las sociedades acabarían por llegar á la unifor

midad, á la sencillez mecánica de la reproducción del mismo tipo.

Y la sociedad no debe ser sencilla, sino compleja, porque mientras más complejo, más perfecto es un sér.

El sér rudimentario, apenas tiene una necesidad y una forma de acción. El ser en las escalas elevadas, tiene muchas necesidades, y, también, muchas formas de acción, y por lo mismo vive más; toma más de lo que le rodea y dá más á la que le rodea, y en esta actividad es en lo que la vida consiste.

Esa fuerza, pues, que hace que el hombre se diferencie de sus semejantes, en inclinaciones y maneras de pensar y de sentir, debe manifestarse libremente, porque ella enriquece la sociedad con elementos nuevos, cada uno de los cuales es factor de progreso.

La sociedad en que todos sus miembros tienen que modelarse por patrones inflexibles, y seguir, en pensamientos y acciones, rumbos y sendas de las que es vedado apartarse ni una línea, ni un momento, es una sociedad-máquina, en la que se ha suprimido, porque se la cree perturbadora, la libertad del hombre, su voluntad, su derecho de buscarse el camino.

Y el ideal de la sociedad no es la sociedad-máquina, nó; el idealde la sociedad es la concurrencia libre; es la armonía; no es el mecanismo inflexible y duro; es la unidad en la variedad, que decían los antiguos filósofos.

Las sociedades en que los hombres tienen atrofiada su espontaneidad, son fácil presa de tiranos de todo género.

Necesario, es, pues, dejar á la espontaneidad del hombre, que se desarrolle y crezca; preciso es dejar que tomen aire y sol los brotes de la personalidad, porque sólo ellos son vigorosos, como que nacen de lo más vivo del sér, y éste ha de alimentarlos con su sangre y con su alma.

Y deber del hombre es, si no se le deja el libre movimiento de su personalidad, luchar para conseguirlo, y en esta lucha ejercitar el poder de la voluntad, que Dios le ha dado para rechazar tiranías, y resistir imposiciones, y conquistarse á sí mismo.

Y al combatir en favor de la independencia del hom-hombre, no queremos, por cierto, que ésta sea absoluta. Ya sabemos que el hombre está y debe estar rodeado de las limitaciones que le imponen la concurrencia de otros hombres y otros séres. Sabemos, sobre todo, que hay creencias y principios y reglas de conducta que ningún hombre puede dispensarse de seguir: pero de esto á la disciplina, á la tiranía de todos los pensamientos y de todas las acciones, hay una diferencia inmensa. Las fórmulas hechas para pensar y sentir y obrar, cuando quieren reglamentarlo todo, todo lo matan.

Y si en alguna raza debe ser estimulada la indi vidualidad, la voluntad que hace que el hombre se forme á sí mismo y á sí mismo se lo deba todo, es en las razas americanas, y en la peruana especialmente.

Fruto del cruzamiento de dos rázas, en que la espontaneidad individual había sido atrofiada por todos los despotismos y disciplinas, las razas americanas, lejos de ser deprimidas en todo lo que hay de personal y propio en cada hombre, deben, por el contrario, ser aguijoneadas, para que la espontaneidad brote y crezca y se levante en ellas.

Fuera nuestra raza una de aquellas razas bravías y fieras, en que el hombre, no acostumbrado á yugos, no sabe poner freno á sus deseos ni dar moderación á sus impulsos; fuera una raza así la nuestra, indómita y rica en estímulos propios, convendría disciplinarla, quebrantar su fiereza y violencia.

Pero una raza acostumbrada desde hace siglos, á que la dominen y á que reglamenten su vida y hasta su alma, una raza que ha pasado por los tres mortales siglos del coloniaje, necesita ser sacudida, necesita que en cada uno de sus miembros, se despierten pensamientos, ideas, impulsos dormidos desde hace centurias en ellos.

¿De dónde puede venir al peruano esa altivez, ese celo de la propia soberanía, esa independencia del carácter que en otros pueblos, ha llegado á ser un hábito?

¿De dónde le puede venir una personalidad, una naturaleza rica en elementos, en energías, que reaccione contra la influencia de los medios ambientes, dando variedad y matices á la raza?

Una herencia de timidez y de servilismo nos abruma, y no podemos fácilmente sacarla de nuestras venas, de nuestros nervios, de nuestras almas.

En las sociedades coloniales, había moldes hechos para todo, y el hombre no tenía más trabajo que encerrarse en ellos y momificarse tranquilamente.

¿En qué podía ejercitarse la voluntad, la voluntad que sólo resistiendo crece, en una sociedad, en la que obedecer, era la fórmula única de la vida?

¿Qué habia que hacer, en aquellos tiempos, sino pisotear bien á la raza indígena, que, despedazada y sangrado salía de la conquista, á fin de que trabajara y llorara con la cabeza inclinada?

La voluntad tenía que enmohecerse en esa raza, falta de uso; y lo mismo todos los más nobles resortes del espiritu.

El desenvolvimiento de la personalidad era imposible, donde no podía hallar empleo, sino más bien rechazo, todo lo que en el hombre hay de espontáneo y libre.

La yerba crecía, entonces, en las calles de las ciudades, y las ideas triviales en las inteligencias.

Al despertar de aquel sopor del coloniaje, por una de esas reacciones poderosas, que son ley de la vida, los americanos, ébrios de luz, de aire, de movimiento, de independencia; aguijoneados por el sol, por la electricidad, por las ideas que, agitadas y estremecidas, llegaban del viejo mundo; los americanos, sintiendo bullir y brincar en ellos la vieja sangre de los conquistadores, se lanzaron á vivir en pleno sol, en plena libertad, derrochando á torrentes su vitalidad en movimientos delirantes, en agitación loca, como la del que, después de largos años de prisión, vuelve á la libertad y á la luz.

Y en aquellas agitaciones gastaron su energía, sin llegar á adquirir fortaleza, sin conseguir formarse un carácter, porque el caráter está tan lejos de la inercia, como de la movilidad inquieta.

Constancia, es lo que al peruano, lo que al arequipeño le falta.

Hemos vivido levantando ídolos que derribábamos al día siguiente; lo que un día coronábamos de flores, al otro día lo arrastrábamos por el fango. Y un día de heroismo, no basta para hacer triunfar, para implantar en la vida un principio.

La inconstancia, cualidad que parece femenina ó infantil, aliada en el arequipeño con cualidades viriles, ha hecho que éstas se malgasten y se esterilicen.

Proponerse un fin grande y bueno, y perseguirlo tenazmente, sin exageraciones ni alardes, pero con inquebrantable firmeza, esto es lo que nos hace falta.

Antes de marchar hacia un objeto, es preciso formarse de él una idea clara, acumular toda la fuerza de voluntad, de que uno sea capaz; y entonces y solo entonces, ponerse en movimiento. No hay cosa más triste y desairada, que eso de emprender todos los caminos, y de todos ellos volver desanimado y con la cabeza caída; mejor es caer noblemente en nna senda cualquiera.

El hombre que una vez siquiera no ha conseguido el objeto que se propusiera; el eterno vencido por la vida, no merece llamarse hombre.

La línea recta es el ideal de la vida. Feliz y grande el hombre que sabe seguirla, en dirección á la verdad y al bien. Pero ya que la línea inflexible, no sea posible siempre, ya que á veces una fuerza brutal arroje al hombre á un lado de su camino; es preciso que sepa levantarse y volver á él. No hay senda sin caídas; pero la caída es gloriosa cuando el hombre se levanta de ella cubierto de polvo y de sangre, y con la llama de la resolucion en la mirada. El que no pueda llegar á donde se propuso, que muera al menos en el camino; sus restos servirán de guía á los que le sigan. Es preciso que los hombres mueran como Trajano, de pié y con el arma en las manos.

Constancia, constancia invencible, inquebrantable, hé aquí la cualidad más viril, la gran cualidad del hombre.

Ejercitemos diariamente la voluntad, formémonos un carácter; lo mejor que podemos hacer por las gene-

raciones futuras, es arrancarnos nuestras veleidades y caprichos y debilidades de carácter, para que á nuestros hijos no llegue esa herencia funesta.

Aprendamos á resistir, á sufrir, á morir antes que á ceder; y la raza peruana, con sus nobles sentimientos y su clara inteligencia, será una de las grandes razas del mundo.

CAPITULO VI.

La ciencia.

La vieja raza latina es la madre intelectual del mundo.

Hace más de dos mil años que esta raza piensa, investiga, medita, produce ciencia.

Por nuestra ascendencia española, procedemos, pues, de una raza maravillosamente apta para la ciencia; nuestros cerebros, por la lenta preparación hereditaria, deberían estar altamente organizados para la labor científica.

Desgraciadamente, durante los tres siglos de la época colonial, fué, casi absoluta, la paralización de los trabajos intelectuales en América, y, naturalmente, esta circunstancia debió debilitar la aptitud de la raza para la vida intelectual, en sus manifestaciones científicas y artísticas.

En cambio, desde hace cerca de un siglo, desde los primeros anuncios de la independencia, nos hemos apresurado á vivir vida intelectual, como vida política, y, tanto se ha trabajado que, puede decirse, que la aptitud para la ciencia se halla ya formada en nuestra raza.

Ha contribuido poderosamente, á este rápido desarrollo de la aptitud científica, la gran energía y actividad que en el peruano tiene la imaginación, esa facultad considerada en otro tiempo como esencialmente anticientífica, y rehabilitada hoy y reconocida como factor indispensable en la producción de la ciencia.

Hoy, en efecto, se sabe que casi no hay ciencia posible sin la imaginación.

Las Matemáticas,tan orgullosas con su título de ciencias exactas, no podrían, sin embargo, existir sin la imaginación, esta facultad soñadora, pero creadora también. Y para las Matemáticas, no trabaja la fantasia, copiando ó fotografiando objetos de la realidad exterior, sino que elabora las figuras que el entendimiento le pide para operar, ó para pensar sobre ellas. Esta intervención de la fantasía en las ciencias Matemáticas, explica, la aptitud de nuestra raza para estas ciencias; aptitud de que tenemos notabilísimos ejemplos, en matemáticos como Salazar, Paz-Soldan (Mateo) Garicochea, Huanqui y otros.

La potencia imaginativa debe favorecer también, en nosotros, el desarrollo de las ciencias físicas; porque porque casi todo el progreso de estas ciencias está basado en la imaginación.

Un físico sin imaginación, reducido á fórmulas absolutamente abstractas, no tendría materiales sobre qué pensar.

"Sin la imaginación, dice un eminente físico, nuestro conocimiento de la naturaleza sería una simple clasificación de coexistencias y de consecuencias. Hay muchas formas de la naturaleza, que no percibimos con los sentidos; pero que construimos con la imaginación, siguiendo los dictados del entendimiento: asi por ejemplo, las ondas luminosas.

La favorable influencia de la imaginación sobre otras ciencias, se halla confirmada por la experiencia, pues en Arequipa, al lado de matemáticos tan distinguidos como los que dejamos citados, ha habido naturalistas como D. Eduardo de Rivero, mecánicos como D. Manuel María Vargas, geógrafos como D. Mariano Felipe Paz-Soldán, filósofos como D. Andrés Martinez, hombres de estado como D Francisco Javier de Luna-Pizarro; todos de indisputable mérito y algunos de reputación hasta europea.

Ciencia se ha producido y se produce en Arequipa; sólo que las ciencias sociales no tienen toda la

vida, toda la correspondencia con la realidad, que deberían tener para ser algo más que puras ciencias de aula.

Y hé aquí en lo que la imaginación demasiado viva, perjudica á la ciencia. La imaginación muy pronta, suple con suma facilidad el dato que debiera tomarse de la realidad exterior. Por evitar el esfuerzo que siempre exijen la observación y la experiencia, se acaba por prescindir de ellas, tomando el material del trabajo mental sólo de la imaginación que, sin esfuerzo alguno, crea lo que no copia de la naturaleza.

Y este alejamiento de la realidad y de la vida, hace á la ciencia infecunda, impotente; porque, para vivir es necesario mezclarse profundamente á las corrientes de la realidad.

La ciencia, para ser ciencia viva, debe mantenerse en correspondencia íntima y constante con la naturaleza, con la humanidad. De otro modo, se convierte en ciencia puramente verbal, en armazón de palabras, que el choque de un sólo hecho derriba. Si el empirismo absoluto es estrecho y rastrero, el idealismo exagerado es vano y débil.

Esto se vé, en lo inútil que nos ha sido la ciencia brillante y fácil que, hasta hace poco, solía aprenderse entre nosotros.

Hermosos sistemas, perfectamente construídos; ideas que se daban hechas, admirablemente coronadas de fuego fatuos de la mente, esto es lo que, con raras excepciones, se ha aprendido. Teníamos teorías jurídicas, políticas y sociales de todo género, con las que cogíamos á la humanidad y la constituíamos, con admirable precisión y contentamiento, en sociedades libres, tranquilas, felices, todo merced á la eficacia de unos cuantos principios, ó de algunas ideas.

Se salía de las Universidades, con el cerebro lleno, vibrante de tantas hermosas concepciones, con las que se iba, en poco tiempo, á engrandecer la patria; pero, después, al llegar á la realidad, al querer aplicar gallardamente alguna de las hermosas teorías, resultaba que no servía para el caso, que no ajustaba á la realidad, que los hechos la rechazaban brutalmente. Y al cabo de algunos años de ensayos desdichados, de tentativas inútiles, encontrábanse los ilusos doctores, fatigados, rendidos, lleno el cerebro de trozos de ideas, de pedazos dispersos de teorías, sin saber qué hacer de ellos, y, entonces, por natural reacción, entregábanse al empirismo re-

signado, dejábanse ir á merced de los hechos, arrastrados por su turbia corriente, perdida la ilusión de la ciencia, muerta la fé en las ideas.

Así, nuestras sociedades han pasado, de la dirección de los soñadores de la ciencia, á la de los positivistas, esclavos de las cosas, empujadas sin cesar de uno á otro extremo, sin hallar nunca rumbo seguro.

Y la causa de esta inutilidad, de estos males traidos por la ciencia, ha sido que, la que se enseñaba en nuestras Universidades, era una ciencia que de Europa se nos traía toda hecha; no era ciencia fundada en nuestras necesidades, en nuestras costumbres, en nuestra sociologia.

No se estudiaba nuestros pueblos, sus condiciones geográficas, topográficas, morales, sociales, para de ellas deducir los principios que convenía aplicar y la forma en que debían aplicarse, sino que se tomaba un principio del libro, y se proclamaba su aplicación inmediata.

Y las Universidades, sin dejar de estudiar la ciencia ideal, deben, ante todo, estudiar la sociedad que las rodea, pará formar la ciencia aplicable á ella.

El mayor premio del más grande certámen, debe darse entre nosotros, al hombre que haya estudiado un pedazo de nuestro territorio, y nos diga su naturaleza, las condiciones, las necesidades de su población. Este hará más bien que todos los sabios y doctores.

Observemos, estudiemos, formemos la sociología peruana, y sabremos lo que deberemos hacer para reconstituir y engrandecer nuestra patria.

También necesitamos dar más lugar en nuestros trabajos intelectuales, á la ciencia de la naturaleza y de la vida, que es la que hoy está transformando al hombre.

Nuestro concepto del universo es, generalmente, estrecho, se halla casi petrificado, porque nos viene de otros tiempos ya muy lejanos. Debemos vivir un poco más la vida de nuestro siglo, entrar en sus corrientes de progreso, sin abandonar, por supuesto, lo grande y bueno que nos legó el pasado. Ola de un mar es cada pueblo, y la ola debe correr y brillar en medio de las olas.

Por lo demás, para cincuenta años de vida independiente, ó si se quiere de vida, porque la esclavitud no lo es, bastante ciencia se ha hecho entre nosotros.

Puede desearse más ciencia para Arequipa, no porque en ella no la haya, sino, porque querríamos que hubiera mucha, tanta cuanta fuera necesaria para equilibrar nuestras facultades intelectuales, á las que la imaginación ardiente suele arrastrar y vencer y deslumbrar, dándoles dato quimérico y vano.

Y si se tiene en cuenta la agitadísima vida de revoluciones que ha hecho Arequipa, se comprenderá que debe ser muy poderoso el espíritu de este pueblo, que daba cada año uná batalla, y cada año producía un libro.

No es una raza gastada é impotente la que así sabe elaborar pensamiento, al mismo tiempo que lucha por la libertad.

No son cerebros embrionarios ni degenerados, los que sirven así, á entendimientos fuertes y fecundos para la verdad.

CAPITULO VII.

El arte.

El pasado, un pasado lejano, en el que hayan sucedido grandes y memorables cosas, y al que estemos ligados por tradiciones, leyendas, y recuerdos, y por cariño, sobre todo, es manatial inagotable de poesía. En él hallan asunto fácil y hermoso todas las artes, porque el arte gusta de evocar todas esas cosas, que son tristes, porque fueron, y que, tal vez, porque son tristes son poesía.

A la distancia en el tiempo como en el espacio, se ve flotar una bruma pálida, en que las cosas se disfuman, vagas y armoniosas.

El recuerdo tiene más poesía que la visión presente, y la reminiscencia más que el recuerdo.

Siempre lo que se aleja es más querido, y allí donde se pone el cariño, brota luego la poesía.

Una perspectiva distante, parece hecha toda de luz, de luz un tanto difusa, grata á las escursiones lejanas del ensueño.

Dejad que un gran dolor se hunda lentamente en la memoria, y después, cuando vayais á buscarlo, lo hallareis purificado, habrá dejado su amargura en desconocidas profundidades del alma, y será un dolor amigo.

Un gran suceso, visto en el pasado, á lo lejos, es más grande; ha caído todo lo pequeño que lo rodeaba; ha quedado sólo y se le vé, encendido como faro gigantesco, entre las sombras rijidas de las cosas muertas.

En las ruinas hay poesía, porque hablan de hombres y cosas que pasaron para nunca volver.

¡Feliz el poeta, heredero de cien generaciones, que pasaron por el mundo, dejando esparcido en el viento, algo

de sus ensueños, de sus ilusiones, de sus tristezas y esperanzas, su poesía, en una palabra! ¡Dichoso el heredero de tantas sombras, si sabe evocarlas, volverlas á la vida, soplando sobre ellas con el corazon y la fantasía!

Nosotros apenas tenemos un pasado lejano querido; casi no tenemos ese depósito misterioso é inagotable de poesía, los hijos de esta tierra.

Recuerdos *nuestros*, que interesen á nuestro corazón, casi no los tenemos, lo repito.

¿Cómo puede ser esto?

¿No tienen pasado poético los descendientes de los Incas? ¿No lo tienen, los descendientes de españoles, de esa noble raza, cuya historia, más que historia es poesía?

Pues, no, no lo tienen sino muy limitado.

En el imperio, en el viejo imperio de Manco, en el *Tahuantinsuyo* hay, en verdad, poesía.

Aquel soberano casi divino, adorado y temido al mismo tiempo, á quien nadie osa mirar de frente, porque vive envuelto entre los rayos de su padre sol; aquel fuego sagrado que, en lo recóndito del templo, alimentan vírgenes de sangre imperial; aquella corte expléndida, formada de los domados reyes de las provincias conquistadas; esas morenas princesas, de breve pié y talle esbelto como vara de junco, sueño de amor de los nobles generales que, por ellas, pierden vida y honra; las grandes fiestas del trabajo, semejantes á églogas por lo sencillas; el pueblo sumiso, feliz, sin inquietudes, sin miseria; aquella paz profunda, agena de cuidados; esas gentes que no tendrían noches sin sueño, ni despertar con angustias; todo esto es, sin duda, poesía, de todo esto se desprende, como una respiración lenta y tranquila, el encanto de las cosas que fueron.

Poesía hubo, pues, sin duda, en aquel viejo tiempo del imperio; pero una poesía demasiado sencilla, que dejaba sin empleo, que no movía las más nobles facultades del hombre; poesía de escaso sabor, que no podemos sentir y comprender bien, los que ya tenemos sangre de otra raza más activa, más libre, más agitada é inquieta.

Se advierte demasiado el mecanismo, en aquella sociedad casi geométrica, en aquellos hombres, reglamentados hasta en la hora del despertar del corazón, que es la más caprichosa y vaga é indecisa, y por lo misteriosa la más poética y bella de la vida.

La vida, la labor de aquella sociedad era buena, era sana; pero uniforme y monótona, hasta ser mortal para la poesía.

Hay que dejar á las sociedades un poco de inquietud, de aspiraciones, de movimientos libres y vagabundos; hay que dejarles drama y tristeza y un poco de quimera y mucho ideal, sobre todo, para que sean poéticas; para que en ellas sucedan cosas que, vistas de lejos, parezcan bellas.

Además de no ser muy poéticos los tiem pos del imperio, los españoles se propusieron desligar de él á los indios, y lo hicieron, brusca y brutalmente.

Ellos sabían bien que, mientras el indio se acordase de su Dios radiante, de su padre Inca, de su dulce vida, de su paz y sus amores, no podría avenirse con la servidumbre resignada, fría y profunda que querían imponerle.

Era necesario, por lo tanto, matar en el indio el recuerdo del imperio; había que matar en el indio la memoria, la memoria, llena de queridas imágenes, de rumores lejanos, de vagos perfumes del tiempo feliz.

La memoria podía ser eterna consejera de sediciones y rebeldías y era preciso ahogarla.

Y para ahogar la memoria, había que transformar que renovar moralmente al indio, porque sólo así se conseguiría hacer que olvidase, y así se hizo.

Hubo una verdadera solución de continuidad, entre el alma y las tradiciones del imperio, y el indio siervo de los españoles.

El recuerdo del imperio fué apagándose en el indio, hasta hundirse en lo más hondo y oscuro de la memoria. Tanto temió el pobre indio á sus nuevos señores, que hasta temió acordarse de los antiguos, de los que lo amaban, y á los que él amaba; y bajó la cabeza y olvidó, ó no quiso acordarse más.

Y como el recuerdo, como la tradición, como el alma del viejo imperio, debió trasmitírsenos por intermedio

del alma del indio, hé aquí que aquella sumersión brusca y terrible de esta alma en la oscuridad y el silencio, rompió ó debilitó por lo menos la comunicación del tiempo incásico, con el alma y el tiempo nuestros.

Los recuerdos de aquel noble tiempo no han venido, pues, todos, hasta nosotros, como debían venir, á la manera de bandada de aves, volando de alma en alma, sino que muchos se perdieron en la negra noche que se hizo en las almas de los siervos, y los que llegaron, apenas llegaron.

De la pobre raza indígena, condenada á servidumbre y á miseria moral y física, durante el coloniaje, se exhala un lamento largo y doloroso; su infortunio es grande, es infinito; pero es un infortunio terriblemente uniforme y monótono; es un rio de lágrimas, negro y profundo, que pasa siempre por eterna ribera desolada. La poesía brota de la tristeza y el dolor, gusta de ellos; pero cuando el dolor llega á ser tan terrible y tan oscuro, hasta la poesía plega sus alas y muere en él.

De la vida colonial de españoles y mestizos, tampoco tenemos recuerdos poéticos. Aquel vivir no era vivir sino vegetar; las energías, los impulsos, las contradicciones del alma, que son el orígen de la poesía, estaban entonces casi atrofiadas, dormidas por lo menos. Sólo alguna que otra aventura, algún caso milagroso o tenido por tal, dan color y animación á aquellos tiempos.

El mismo pasado de la raza española, tan lleno de aventura y drama y poesía, no tiene para nosotros prestigio y vida artística, porque no es nuestro, porque no armoniza con nuestra tierra. Esas cosas no han pasado aquí, en suelo peruano, no están impregnadas del ambiente y de la luz y del calor de nuestra tierra; hay qne imaginar otro país, otro horizonte, otras perspectivas que no son los nuestros, para colocar en ellos, estos maravillosos hechos de la raza española.

No diré que en las hazañas de esta raza para conquistar nuestra tierra no haya poesía; pero nosotros no amamos esas hazañas; de recordarlas sólo, se nos llena de amargura el alma. Preferiríamos olvidarlas para siempre.

No somos, pues, ricos herederos de poesía, en un pasado distante al menos; pero si no tenemos material de poesía venido hasta nosotros de lejano tiempo, con la tristeza que brota de las cosas de otros días, si ese pasado poético nos falta, en cambio, de ayer, de los comienzos de este siglo, tenemos tantos y tan grandes y tan hermosos recuerdos, que en el alma no nos caben y que, la emoción nos rinde, cuando nos ponemos á verlos pasar por la memoria. Y estos recuerdos sí son nuestros, nuestros como nuestra vida, como nuestra tierra, como nuéstra sangre, como nuestra alma; los vemos por todas partes y nos rodean, y amparan, y los respiramos con el pecho y con el alma en el ambiente y en el soplo que de aquel tiempo llega hasta nosotros.

En nuestra guerra de la independencia, tenemos más poesía que pueblo alguno de la tierra en su historia. ¡Qué tiempos aquellos, en que el idilio corria mesclado con la tragedia, y, de la tierra peruana empapada de sangre, brotaban héroes y artistas, y pensadores geniales.! Son esos años una gloria de poesía, y apesar de que aun estan cerca de nosotros, reemplazarán para nosotros el pasado añoso. ¿Qué será cuando pasen dos ó tres siglos?. Entonces, serán un mundo para el arte.

Y además de este glorioso pasado, tenemos, para materia y asunto y estimulo del arte, nuestro presente, turbado, crusado de corrientes morales encontradas, lleno de inquietud y, allá en el fondo, triste, tristísimo.... Pero ya hablaremos de nuestro presente; volvamos antes, una vez más, al pasado, es indispensable.

Sabemos cuál es nuestra herencia de material poético, de poesía hecha; falta. ahora, dar respuesta á la pregunta siguiente.

¿De donde procede el genio artístico de nuestra raza, de quién lo hemos heredado?.

Conviene indagar esta procedencia, porque en las razas, á traves de los siglos, se deposíta un sedimento de poesía, de genio artístico, científico, industrial, que es, también, honra y gloria ó indigencia y miseria de los que heredan.

Yo creo que, etnicamente, el génio artístico de nuestra raza, viene, principal y casi exclusivamente, de la raza española. De los indios le vendrá, tal vez, á nuestra poesía la tristeza, la melancolía profunda que nunca se disipa.

Los indios, ni en la época imperial, descollaron como artistas.

Sus monumentos son grandiosos, pero no bellos. Sus ídolos son feos; apenas sabemos algo de sus poetas.

La causa de esta pobreza artística, debe ser la falta de actividad moral, que, dígase lo que se quiera, es la unica raíz viva del arte.

Además, la compresión de la personalidad, llevada hasta su máximun por los Incas, era mortal para el arte.

Donde la personalidad del hombre no puede desarrollarse y crecer libremente, no hay expontaneidad, y donde no hay expontaniedad, no hay originalidad tampoco, ¿y acaso hay arte donde no hay originalidad? El arte es es el alma encarnándose en las formas de la naturaleza, y mientras más hombre es el hombre, mientras mayor actividad da á todas sus facultades, es más artista. Y bien, el súbdito de los Incas era como un árbol al que se le cortan todas sus ramas menos una, y á ésta se le dobla, para que no eche brotes ni libres penachos al viento.

La expontaneidad, la personalidad del indio estaba comprimida, lo cual sería bueno, tal vez, para su paz, para su quietud, pero no para su grandeza, ni para su gloria. ¡Si hasta los pensamientos, si hasta las almas debían ser uniformes, iguales en ellos!

Genio artístico, no ha podido, pues, legarnos, sino muy escaso, la raza indígena, en la cual estaba profundamente atrofiado durante el imperio, muerto, como toda la vida libre del hombre.

Si, pues, del indio no viene nuestro genio artístico, es claro que procede del alma y de la sangre española, ya que, históricamente, no sabemos de otra raza que á América viniera.

Y por cierto que no nos pesa ser en esto herederos de tan noble raza; muy al contrario, orgullo-

sos estamos y felices nos sentimos de tan ilustre abolengo.

Artísticamente, entre las naciones de Europa, no hay ninguna que con España pueda competir.

Para mí, no hay brote de poesía nacional en la infancia de las sociedades modernas, como aquellos gallardos cantares y poema del Cid; ni hay en el mundo novela como el Quijote, ni drama como la. "Vida es sueño".

¡Qué originalidad la de aquel pueblo, tan enérgica y hermosa y grande!

Y por esto, por la originalidad, es el pueblo español el más artista de todos entre los modernos, porque no es originalidad caprichosa ni extravagante la suya, sino que brota expontánea de una personalidad rica de elementos, exhuberante de savia y de calor de alma, como que ella es producto de múltiples razas que, en su rico suelo, y bajo su sol radiante, se funden en nuevo y magnífico tipo. El ibero y el celta y el griego y el romano y el fenicio y el germano, y el árabe y el godo confunden, mezclan su sangre y su genio en la península, que, hasta geográficamente, hasta por su suelo, impone la originalidad al pueblo que en ella vive.

En España el despotismo todo lo comprimió y deformó, menos el arte. El arte fué la gran válvula de aquella nación violenta, y por ella arrojó, en brillantes llamaradas, todo lo que en su seno, todo lo que en su corazón ardía de entusiasmo; por ella dió espacio y aire, y luz á su alma que se le ahogaba.

La imaginación y el sentimiento, las dos más grandes fuerzas estéticas en el hombre, son, en el español, brillante la una, romántico y soñador el otro, y ambos poderosos.

Y la tierra española, rica y fecunda, que no rechaza al hombre, ni le obliga á encerrarse dentro de sí mismo, sino que á salir de sí mismo lo llama y provoca, foméntale su alma artística, ofreciéndole al pueblo español, por todas partes, luz y color y formas para dar realidad y vida á su pensamiento.

Resulta de aquí, que los caractéres del arte español son, la imágen viva, la pasión, la inquietud, el movimiento, el colorido brillante.

Y estos caractéres son también los del arte entre nosotros; pero modificados, naturalmente, por nuestros medios ambientes.

Veamos en qué han consistido estas modificaciones.

Por lo pronto, el genio artístico de los españoles, apenas éstos llegaron al Perú, cayó en inactividad profunda; la savia poética durmió en ellos y en sus descendientes, durante casi tres siglos, y no despertó sino al brusco sacudimiento de la revolución americana.

Y durante este sueño, verificóse en él una incubación misteriosa y honda: absorvió el calor, la luz y la vida de la tierra americana, y, al despertar, sintióse rejuvenecido, ansioso de vivir, turbado por desconocidos impulsos dulcísimos. Y también sintió, allá en el fondo de su sér, como una ola de tristeza que, á veces, subía hasta ahogarlo, y esta ola de tristeza era formada de las lágrimas que en su seno había derramado el genio de esa raza infeliz como ninguna, de la pobre raza indígena.

Y aquí, en Arequipa, el genio artístico de los españoles, fué penetrado también del fuego y de los sacudimientos de esta tierra volcánica, y también de sus aromas y sus colores, porque aquí la verdura sonríe fresca y radiante, sobre ígneas rocas que le sirven de sostén.

La guerra de la independencia, gloriosamente complicada con la proclamación de la democrácia, tuvo, como sacudimiento del alma y la sangre de nuestra raza, poderosa influencia en el arte.

Despertólo de su largo sueño; fué aquel un verdadero renacimiento, lleno de esperanzas y de palpitaciones juveniles. A la tierra americana, á la vez que héroes, le nacieron poetas ó, más bien, de aquellos nacieron éstos.

En verdad que fué grande y hermosa esta influencia de nuestro advenimiento á la libertad y á la gloria. Este advenimiento que, por brusco, tuvo algo de explosión volcánica, ese advenimiento sublime era para hacer brotar hasta de las piedras la llama inquieta de la poesía.

El fué el que hizo romper á los poetas con las influencias gongórica y galo-clásica que España nos había traído, dejándolos dar libre espansión á su alma.

Y después de esta poderosa conmoción, nos quedó la brega heróica para ponernos á la altura de la civilización, de la que estábamos atrazados en tres siglos; la lucha para alcanzar, en cincuenta años, á naciones que ya habían vivido largos siglos, y colocarnos á su lado y marchar con ellas hácia el porvenir. Y mientras tanto, la tierra que no se aquietaba, que, violenta, se sacudía y nos derribaba. Y luego, la batalla que había que dar cada día á nuestra propia sangre y á nuestra propia alma, propensas á la servidumbre y al abatimiento; la batalla á las preocupaciones que crecían hasta en el aire, para cerrarnos el paso; todo este luchar y caer y rodar y subir; todas estas ardientes jornadas, un pasado que arrojar de dentro de nuestro propio sér, de dentro de nuestras propias entrañas, por enemigo de nuestros ideales presentes; toda esta labor inmensa, debía despertar necesariamente la poesía que, nunca es más hermosa, nunca es más grande que cuando sale de espíritus agitados, de entrañas despedazadas, de pechos desgarrados por el grito, para iluminar frentes heridas por el rayo.

Pero ¡cosa extraña! los poetas que en esos días se levantaban, no cantaban las grandes y dolorosas agitaciones de la sociedad en que vivían; no daban, en sus versos, forma y expresión á la desazón, á la fiebre que ellos mismos padecían, ni cantaban, tampoco, los ideales, las tristezas, la inquietud de sus días.

Y era lástima, porque un arte, una poesía que estas cosas, que estas luchas y agitaciones, hubiera expresado, habría sido la poesía nacional; porque ellas sí eran nuestras, para nuestra gloria y tormento, solo nuestras.

¿Por qué, entonces, nuestros poetas, con muy escasas excepciones, sólo cantaban los sentimientos comunes á todos los hombres, y los cantaban en las formas, con el tono, y al uso de los poetas de Europa, de los de España, especialmente?

¿Nuestra vida, agitadísima, cruzada de encontradas corrientes; nuestro suelo, nuestra tierra, no podían dar

asunto propio y formas originales á nuestros poetas? Una sociedad que vivía con vida tan ardiente y múltiple, ¿no podía tener una poesia propia suya? ¿Por qué no hemos tenido poesía nacional?

No es fácil responder á esta pregunta.

¿Será que en estos tiempos, ningún pueblo tiene poesía nacional, porque tanto y tan completamente se comunican los hombres, que todas las naciones tienen las mismas ideas y los mismos sentimientos?

Pero aunque así fuera, siempre la manera especial de comprender y de sentir, y de expresar esas ideas y sentimientos, imprimiría un sello característico al arte en cada país. Además, se vé que la uniformidad que vá imponiéndose en ideas y costumbres, no puede vencer la poesía ni nada de lo que hay de nacional y de propio en cada país.

¿Será, entonces, la causa de que no tengamos poesía nacional, el que la nacionalidad peruana no está aún formada? Aquí, sí, que podría hallarse la explicación del fenómeno.

Con efecto, la nacionalidad peruana recién empieza, recién aparece. La época que hemos atravesado desde los primeros movimientos por la independencia hasta estos días, ha sido epoca de formación, ha sido la época biogénica de la nacionalidad peruana. Todos los elementos que en nuestro país se agitaban, han chocado entre sí, y luego han sido fundidos y mezclados por la corriente de fuego de las revoluciones. El material social, calentado, golpeado, batido por los golpes de la lucha, ha entrado en fusión, y recién aparecen los nuevos moldes en que hemos de vaciar nuestra nacionalidad democrática, industrial y artísicamente.

Ahora ya estamos bastante lejos de la colonia y de la civilización española, para poder comenzar á ser algo nuevo, distinto y original.

Y cuando el Perú sea una nacionalidad con carácter propio, entonces habrá, de seguro, una poesía nacional, de la que apenas brillan anuncios vagos ó pasajeros en los turbados años que hasta ahora hemos vivido.

Cierto es que también, entonces, nuestro arte tendrá mucho del arte español, porque, además de que nues-

tro genio artístico procede de España, la lengua en que hablamos y escribimos es la lengua castellana.

En arte, ni podríamos y aunque pudiéramos, fuera locura ahogar en nosotros la herencia española, que es nobilísima herencia. Pero ella no impedirá que nuestra poesía adquiera un carácter propio, original. Aun el dualismo, el antagonismo de nuestro sér, en que juntos corren sangre española y peruana, antagonismo que, en otro sentido, puede contrariarnos, en arte, esa lucha que se traba en lo más íntimo de nuestra vida, entre las moléculas de nuestra propia sangre, es manantial perenne de abundante poesía, original, rica de inspiración.

Lo que sí es indispensable, si hemos de tener un arte nuestro, en cuanto es posible que lo tengamos, es que nuestros artistas quieran ver y oir lo que les rodea; que amen y piensen en las cosas de ella; que absorban, que se asimilen la vida del pueblo, en el cual, siempre cruzan y pasan corrientes de genuina y natural poesía. Toda poesía verdaderamente nacional, en todo país, ha nacido de la poesía popular.

Por lo que hace á Arequipa, puede mejor que otros pueblos de América tener su poesía propia, y esto, por la enérgica influencia que la tierra tiene aquí en el hombre, y por lo mucho que nos ha transformado nuestra terrible vida de revoluciones y combates. Ya Areqnipa tiene dentro de las influencias de raza, delineada, casi formada su individualidad, su personalidad como pueblo, como ciudad.

La gente arequipeña, por su historia, no es gente vulgar, sino soñadora y enérgica; la tierra de arequipa, por su historia también, de cataclismos y de luchas, ha adquirido profunda expresión y originalidad, y la originalidad en la manera de sentir del artista, es lo que el artista pone de su parte en la creación de la belleza, y las formas de vida que lo rodean, es lo que la naturaleza le dá al artista, para enseñarle cómo se expresa y cómo se crea la hermosura.

Que nuestros artistas y poetas se confíen á sí mismos, á su propio sentimiento, que no quieran asimilar-

se la manera de sentir y de ver las cosas de otros poetas de otras naciones, y entonces serán grandes, porque, en materia de sentimiento las asimilaciones resultan siempre imitaciones. Que sientan por sí mismos; y entonces harán versos que cada uno sea como un estremecimiento nervioso, en que se agite un aliento de su alma.

Que nuestros artistas y poetas se dejen penetrar por la vida ardiente, eléctrica, bravía por momentos y dulce también, de nuestra tierra; que se dejen dominar por la hermosura de nuestra tierra de Arequipa; que se apasionen, que se rindan á ella, y entonces harán estrofas, radiantes como nuestro cielo, armoniosas como los rumores del viento entre nuestras arboledas; estrofas vivas, inquietas, hechas de sensaciones intensas, aleteando coloreadas por la rica fantasía.

Basta ya de imitaciones, que, en arte, son siempre frías, resultan siempre falsas.

Deben estudiarse los maestros de otros pueblos; pero no para imitarlos, sino sólo para alimentarse con la savia intelectual que en sus obras circula. Nuestra poesía, elaborémosla nosotros; arranquémosla de nuestras entrañas; cojamos los sacudimientos de nuestros nervios y de nuestros corazones, y hagamos de ellos versos, hagamos de ellos estrofas.

Para asuntos de poemas, ahí tenemos los episodios de nuestra dramática historia de ¡60 años de combates revolucionarios y heróicos; para asuntos de poesías, aquí, dentro de nuestro corazón, tenemos nuestras creencias y nuestras inquietudes, y nuestras dudas y nuestras tristezas; las formas que, por nuestras condiciones especiales de raza, y por las influencias del medio físico ambiente, ha tomado aquí la vida moderna, esta brillante vida moderna ingertada en nosotros, como eflorescencia frágil y delicada en oscuro tronco añoso.

Ser artista es, sentirlo todo, gozar y sufrir con todo; con la luz, con el sonido, con los colores, con las lineas y ondulaciones, con todas las armonías y todas las disonancias, con todas las esperanzas y con todas las tristezas de la humanidad. —El alma del artista, debe vivir perpétuamente extremecida, en medio de sus sentidos abiertos á toda la naturaleza y á toda la vida.

Ser poeta, ser artista, es ver todo el universo en la imaginación, y sentirlo palpitar en el corazón.

Para encontrar formas, imágenes en qué expresar lo que piensan y sienten, nuestros poetas, en esto muy felices, tienen la tierra en que han nacido, tan hermosa que, si hay alguna que por su hermosura merezca ser cantada, es ella.

¿Quiere un artista formas extrañas, enérgicas, salvajes? Pues que ascienda á nuestro volcán, y allá, en su cima, al borde de la resquebrajada y árida y sedienta boca del monstruo, mire á sus piés el abismo asfixiándose, y en torno suyo las rocas hechas pedazos, las piedras negras, amarillentas, rojas, violáceas, que parecen fijar miradas extraviadas, en el hombre que hasta sus alturas ha llegado.

¿Tiene un poeta mente de águila, y quiere imágenes de inmensidad? Pues que suba á algún pico de nuestra cordillera, á 20,000 piés de altura, y contemple, desde allí, la tierra á sus plantas. Y en las petrificaciones de lava, en los peñascos leonados ó rojizos, que, como avanzadas de los montes, bajan y se derraman por nuestro valle, qué formas tan nuevas, tan atrevidas, tan originales no encontrará el artista?

Y en nuestros campos, en fin, tan frescos, tan llenos de flores todo el año; en las laderas por donde se despeñan las rojas y azules trepadoras; en las quebradas profundas, tibias, llenas de silvestres perfumes, qué sitios tan acomodados hay para idilios, qué arrullos para ensueños palpitan y murmuran en ellos, qué rumores tan acordes con el canto de amor y de ilusión del alma!

Nuestra tierra, nuestra alma, nuestros ideales, nuestra tristeza, casi no han tenido hasta ahora expresión en el arte: poetas de Arequipa ahí está el rico, el profundo filón de poesía nueva, viva, que es preciso arrancar de vuestras almas para darlo al mundo en estrofas, en líneas, en colores, en armonías.

Poeta no es el que imita; poeta es el que crea.

CAPITULO VIII

Poetas arequipeños.

Melgar es el primero y es el mayor de nuestros poetas: de él proceden todos.

Nació en 1791. Hace un siglo ahora, precisamente.

Fué un niño prodigioso. A los tres años sabía leer. A los dieziseis traducía á los clásicos latinos en verso castellano.

Aquella pobre sociedad colonial, vieja, oprimida, desdeñada, debía estar loca de contento y de orgullo, con aquel niño radiante de poesía y de talento; debía mirarse ufana en aquel rayo de sol, que no sabía cómo había nacido de ella.

Y en verdad que aquel niño, más que vástago de una triste raza de siervos parecía fresco tallo brillante de la raza helénica. ¡Qué figura más ideal!

Corazón de león por lo grande, y, de niño, por lo sensible y tierno.

Y, á la vez que orgullosa, aquella vieja sociedad, estaría inquieta también, por el simpático jovencillo. Lo miraría con cierto temor. Era un soñador, un poeta, un romántico, un rebelde, tal vez; se salía del viejo molde; tenía movimientos bruscos y rápidos de inteligencia y de sentimiento.

Arequipa, la Arequipa independiente, altiva, batalladora, gloriosa y artista y romántica de nuestro siglo, comenzó en Melgar. Melgar es el primer hijo de Arequipa que salió parecido á su madre. Melgar es el primer hijo del volcán, rey de esta tierra. En su corazón, en su fantasía hay ya incendio.

Pobre sociedad aquella del coloniaje. Ese hijo suyo que era su amor y su orgullo, debía abandonarla, para ir á pelear y morir por un ideal que la era adverso, que debía destruirla. Era una madre que había tenido un solo hijo hermoso, y este hijo la abandonaba y se iba á morir por otra madre que no lo había criado. ¿Ingrato? No que esta otra madre era la libertad, la libertad á la que todas las madres darán siempre contentas sus hijos; la libertad, entonces apenas soñada, y por lo mismo más hermosa.

La libertad es la pasión de las almas grandes, y el alma de Melgar era inmensa; era tal vez la única alma de hombre que se agitaba entonces en Arequipa.

¿Qué habrá en la libertad, que así seduce á todas las almas grandes, y que todos los días encumbra mártires que por ella mueren sonriendo?

El amor, que es la pasión de las almas buenas, fué temprana y noblemente sentido por el poeta.

A los veinte años, se enamoró de una hermosa niña, de una de estas niñas de mirar dulce y de condición de paloma que suelen nacer á orillas del Chili, y que nacen para ser amadas de algún poeta.

¡Qué pasión aquella tan grande, tan pura, tan romantica!

A ella puede aplicarse aquello de lo heroíco y virgíneo de los sentimientos, de que habla José Martí.

La corriente de sus amores, clara al princípio, enturbióse luego, y entonces fué la vez de sentir el poeta las tristezas de amor, que son las más hondas, y las mas tristes de todas; esas melancolias infinitas y lánguidas, que sólo los que amaron y sufrieron saben lo que son.

Quebrantada la salud, por estas penas de amor, y, más que por ellas, por el *exceso de alma*, que no hallaba empleo, partióse Melgar, al hermoso valle de Mages, á recuperar tranquilidad, y á ver de recobrar esperanzas para la vida.

Hallábase en esta ausencia de Arequipa, cuando en 1814, Pumacahua hizo su revolución en el Cuzco, proclamando la *independencia del Perú.*

Esta revolución de Pumacahua que, por la imprevisión y el atrevimiento, se diría hecha por heróicos niños impacientes, es una de las páginas más tristes de nuestra historia.

Del Cuzco vinóse Pumacahua á Arequipa, y entróse en la triste ciudad, que lo recibió de mal ceño.

Cuando en Chuquibamba, una antigua tierra de valientes, supieron lo del Cuzco, alzóse la ciudad en armas, y formó un pequeño batallón que envió, en su nombre, á unirse al ejército de Pumacahua. Con este batallón se vino Melgar á Arequipa, y fué nombrado auditor de guerra de los insurgentes.

No culpeis más á Arequipa de no haber sido patriota en 1814. Ella le dió á la santa revolución americana, su hijo más grande, más noble, más querido, le dió toda su alma y todo su corazón que en aquel adolescente habíanse encarnado. Lo demás que no le dió, valía poco.

Pronto tuvieron los patriotas que salir de Arequipa, porque se aproximaba, con poderoso ejército, uno de aquellos terribles generales españoles, que tenían algo de tigres por la marcha elástica y rápida y como á saltos, y por la crueldad fría

Fuéronse en retirada hasta el Cuzco, y de allí volvieron, después de allegar nueva gente.

En Humachiri se dió la batalla.

Los soldados españoles, lobos acostumbrados á morder y á despedazar, vencieron y destrozaron á los pobres patriotas peruanos, que era la primera vez que peleaban, pero que, si no supieron vencer, morir sí supieron.

Melgar, fué hecho prisionero en esta jornada.

Al saberlo, el feróz genearl Ramirez se sonrió, chasqueó la lengua. ¿Qué presa mejor para aquel tigre, que el leoncillo patriota? ¡Qué bien iba á devorarlo!

Al día siguiente fusilaron al heróico jóven.

Lo mataron, sin considerar que solo tenía veintitres años, y que era la esperanza y era el orgullo y era el amor de la pobre tierra peruana.

La sangre del mártir clamó al cielo. Y aquella noche se oyeron gemidos, por las serranías y collados. La tierra lloraba, y los verdugos se aterraron.

¡Qué historia más terrible!

¿Cómo no hemos de amar la memoria de Melgar? ¿Cómo no hemos de bendecirla?

Su alma se ha quedado con nosotros en sus versos, que hasta ahora se cantan; en el *yaravi* quejumbroso, que es la queja, que es el suspiro de nuestro corazón lleno de tristeza, tristeza que nos viene, en mucho, de haber padecido esclavitud en nuestros padres.

Será ilusión tal vez, pero yo creo que del alma del poeta queda algo sobre la tierra, vibrando en sus estrofas.

Poeta fué, sin duda, Melgar, y poeta de los grandes, poeta de sangre y de alma.

Sólo que la influencia literaria reinante, que era la *galo-clásica*, trasplantada á España y de España á América, le enfriaba sus versos.

Pero, al través de las flores ajadas y del ropaje prestado, se vé pasar, á relámpagos, por sus versos, la inspiración.

Romántico fué Melgar, pero lo alimentaron con el fiambre clásico, y lo desnaturalizaron.

Aquel corazón, aquella inspiración, aquellos nervios eran de romántico. Al través del ampuloso ropaje neo-clásico, se vé asomar el músculo joven y vigoroso.

Su amor, su amor desgraciado fué su inspiración, y con la congoja y con la pena grande, se lamentó, pero no con la queja hueca y compuesta, al estilo entonces, sino con acentos salidos del corazón. A veces, la frase hecha le empaña una estrofa; pero pronto la lágrima verdadera, borra, al caer, la ojera falsa.

Cuando murió Melgar (1815), y dejó vagando, esparcidos en el viento, los écos de su triste yaraví, acababa de nacer Manuel Castillo.

Por esto, y al ver cómo la inspiración de Castillo, no es sino la de de Melgar, más lírica y fecunda, hé pensado ó he soñado, no lo sé bien, que el alma del mártir de Humachiri, antes de remontarse al cielo, buscó al alma del niño, y, trasmitiéndole su inspiración, por algún dulce misterio, dejó en la tierra al heredero de su genio.

Todavia á Castillo le alcanzó el influjo de la decadencia literaria de España, marchitándole sus primeros versos, las primeras flores de su vida.

Felizmente, entre los años 35 y 40, llegó aquí el soplo ardiente y juvenil del romanticismo, y, entonces, la poesía arrojando las viejas galas retóricas, y abriendo las alas, alzó el vuelo y fuése á cantar libre y gozoso al hermoso bosque romántico.

Manuel Castillo personifica estos años de resurrección de nuestra vida literaria.

Sus primeras composiciones, están hechas con arreglo al patrón neo-clásico, y han sido olvidadas. Las que viven, las que son poesía y arte, son las que hizo después, que son románticas con el más puro y fresco é ideal romanticismo.

Todos se acuerdan de aquella estrofa suya, que es la más dulce entre las oídas:

'Blancas palomas que fueron
el encanto de su nido;
apenas alas tuvieron
en el éter se perdieron,
como en el viento el sonido.'

Benito Bonifáz, (1829-1858) floreció en pleno romanticismo. Sus cantos son expontáneos y libres, como los de los pájaros.

Poeta y soldado, se pareció á Melgar, por el genio, por el valor y por la muerte temprana y heróica.

Bonifáz es, sobre todo, la encarnación brillante del espíritu de libertad y de indómitá fiereza del pueblo de Arequipa.

Era un hijo de nuestras revoluciones; como ellas ardiente, como ellas generoso, extraviado como ellas, tal vez, pero también heróico.

No es posible recordarlo, sin ver la barricada, el fogonaso, el humo; sin escuchar el silbido de la bala que pasa y el estrépito de las descargas. Hay que imaginarse al bravo jóven, á la luz lívida de uno de aquellos trágicos dias de revolución.

Miradlo, ahí está, de pié, el fusil en la mano, apellidando gloria con su actitud y su arenga.

Es el genio, es la poesía de las revoluciones.

Las balas pasan á su lado, silbando como reptiles, aullando por romper aquel noble pecho y destrozar ese leoncillo de corazón que en él palpita sereno.

Una penetró, al fin, y el jóven cayó......... Tenía 28 años. ¡Oh, la guerra civil, es horrible!

Escuchad unas estrofas suyas. Al pueblo arequipeño le dijo:

«¡Levanta, oh pueblo, tu inmortal cabeza,
tan alto como el Misti alza su frente,
y que tu brazo audáz y prepotente,
armado del fusil,
enseñe de una vez á los tiranos,
que el pueblo que defiende su derecho
lleva un muro invencible en cada pecho,
saliendo á combatir.

....

Así como el león en el desierto
confiando en su valor y fortaleza,
duerme tranquilo, hundida la cabeza,
en los nervudos piés,
y cuando siente á su enemigo, pronto
salta, sacude la melena erguida
y le muestra su boca enrojecida
por devorante sed;

———

y con la cola los jadeantes flancos,
bate, avanza, las garras estirando,
los acerados miembros preparando
para el salto mortal;
y así lo espera en aparente calma
y así le aguarda á que acometa, insano
para hacerle sentir de su ancha mano
la fuerza colosal;

reposa, pueblo, en tu poder confiado:
duerme, duerme tu sueño majestuoso,
y, ay, del que temerario, tu reposo
se atreva á interrumpir!
Ay del que del león en los dominios
vaya á azuzar la cólera salvaje;
ay! del que un pueblo libre á su carruaje
pretenda, loco, uncir!»
....

También hemos tenido á Angel Fernando Quiróz, (1799-1862); á quien llamaron el loco Quiróz.

Un original, un escéntrico, en verdad; pero todo un hombre por el desprecio de los hombres y de la vida; un loco, si se quiere, pero con aquella antigua locura de desdeñar lo que el mundo adora, locura que ya padeció Diógenes, y que es incurable, porque viene de una indomable fiereza de alma.

Nunca poseyó Quiróz más que un cajón para dormir, un libro, y una vela para leer el libro. ¡Era todo un hombre aquel loco!

De día andaba de un lado á otro, pobre vagabundo que paseaba sus sueños entre la multitud, como un sonámbulo.

Era un desequilibrado, sin duda, pero desequilibrado en el sentido del ensueño; el pobre vivió demasiado de su quimera.

Ah! quien no vive, un poco siquiera, de la suya? Sólo que hay quimeras nobles, que hacen locos ó héroes, y las hay bajas y ruines, que hacen cerdos!

A Ernesto Noboa, (1839-1873), hay que darle la palma en el arte de cincelar y esmerilar el verso. Lo digo, porque escribió versos, que parecen de filigrana.

Entre los que ahora viven, hay también poetas inspirados y correctos.

Movimiento literario, animado y original, hay en Arequipa. Yo envío desde estas páginas, un cariñoso saludo, á todos los que hoy cantan en nuestra tierra. Casi todos son amigos, son hermanos míos del corazón. Yo escribiré algún día de ellos.

CAPITULO IX.

La arequipeña.

"Tienen el cariño sin doblez, el obsequio en que son extremadas, sin estafa, el recato sin artificio, la crianza con pundonor, la honestidad sin melindre, la discreción sin bachillería, y la hermosura sin vanidad, y todas estas prendas son trascendentales, no sólo en las de distinguida nobleza, sino aún en las de mediana esfera".

Este elogio de las arequipeñas, hacíalo D. Ventura Trabada, en 1752, en un libro que escribió intitulado "El suelo de Arequipa convertido en cielo".

Y por cierto que no exajeró el galano escritor. Va á hacer siglo y medio que escribió esas palabras, y ellas pueden aplicarse todas á la arequipeña de hoy. El tipo no ha variado.

El viajero inglés Marckam, que no hace muchos años visitó Arequipa, dice de las arequipeñas, que son hermosas é inteligentes, y alaba su cultura y fino y dulce trato, y su admirable talento para la música, y desde su patria recuerda en frases poéticas y cariñosas, las dulces canciones que les oyó cantar.

Tiene la arequipeña inclinaciones de violeta.

Y le gusta un poco de sombra y de recogimiento para vivir.

Se le ha comunicado, como á ser más delicado é impresionable, toda la poesía de nuestra tíerra. También es algo triste de condición, y de natural apasionado. Su belleza, sin que le falte corrección de forma, es, sobre todo, belleza de expresión, le viene del alma principalmente,

---

No hay como unos ojos para una alma, para que una alma nos mire en ellos y en ellos se deje mirar.

Pues de esta clase de ojos, adorablemente indiscretos,

sonlos ojos de la arequipeña. Son luminosos y profundos. Se vé en ellos muy distante, muy lejos. En el fondo de su mirada se vé el amor que es triste, y la tristeza què es amor, y más lejos, más allá, se ve la poesía que es penumbra misteriosa; y todo esto que se vé, es claro que es el alma de la arequipeña que está hecha de amor, de poesía y de tristeza.

Son casi siempre negros los ojos de las arequipeñas, negros, muy negros, y, probablemente por esto, por el contraste, son ellos el amor de la luz, clara, clarísima en nuestra tierra.

Gusta la luz de penetrar en ellos, sin duda para ver por qué están tan tristes, cuando tanta luz hay en el mundo, y luego resulta que, al brillar en ellos, acaba la luz por entristecerse también. ¡Qué irresistible imperio el de los ojos de las arequipeñas que á la luz la ponen triste!

La tez de las arequipeñas suele ser del color de las perlas. También en algunas, es de nieve y rosa, y aún solo de nieve. Algunas tienen la palidez aristocrática y romántica. Por mi parte, querría vér siempre en ellas, aquellas "rosas de las mejillas", que decían los poetas de otro tiempo!

Airoso es el andar de las arequipeñas, su talle esbelto, breve su pié, noble su porte.

El tipo moral de la arequipeña, es el de la mujer que busca amparo en el hombre, y quiere dulce sujeción á él. Tiene inclinaciones de violeta, ya lo decía.

Este tipo romántico de mujer, es el que amamos los hombres de raza latina. No nos gusta la mujer independiente, que se basta á sí misma, que quiere todos los derechos, que puede serlo todo. Queremos ver debilidad en la mujer, pero es por la ilusión de sostenerla.

No hay hombre á quien no sonría la idea de cruzar la vida siendo apoyo y protección de una criatura delicada y bella que en él pone su mano confiadamente.

Por realizar esta ilusión,se hace el hombre mejor, evita los contactos impuros, quiere crecer, ser fuerte

y tener honor, tener gloria; todo para que la mujer querida esté orgullosa de él.

No debe quitarse al hombre este ideal de fortaleza y cariño, si se quiere ver limpia y serena su frente.

Gusta el hombre de raza latina, de que la mujer no sea dueño en absoluto de su vida; gusta de verla en un poco de sujeción; pero sujeción de amor, de reina y señora. ¡Es tan hermoso que la mujer venza dulcemente por el amor á aquel á quien voluntariamente se somete! ¡Brota inagotable maniantal de poesía de esta mescla de dulce imperio y de sujeción buscada y querida!

Y si se quiere que la mujer sea pura y buena y adorada, es menester rodearla de poesía, es preciso que ella sea poesía, que sea la misma poesía.

No es esta frase de romántico, no. La mujer funda la mitad de su imperio en la poesía; por ella encadena al hombre como con lazo de flores; por ella, por la poesía, la mujer cristiana es la mejor y la más querida de las mujeres.

La mujer, por la delicadeza del sentimiento, está llamada á hacer que la ilusión se mescle á la vida para darle perfume.

Debe haber en el hombre algo de aquella ilusión de los tiempos caballerescos, cuando la mujer era siempre la dama y reina de los pensamientos de algún noble caballero.

Y no es esto decir que la mujer deba dominar al hombre en todas las cosas de la vida, no. ¿Ella qué sabe de las luchas del mundo? Ella donde ha de reinar es en el corazón del hombre.

Un escritor ha dicho, que el hombre debe ser encina, la mujer, vida á la encina enlazada, y los niños, pájaros, flores....y está esto muy bien hablado; este es nuestro ideal de la vida.

Creerán algunos que si la arequipeña no es apasionada por el lujo, es solo porque nuestra ciudad no es grande, ni opulenta, y no hay en ella, por lo tanto, palenque ni aguijón para la vanidad.

Pues yo pienso, que no por esto, sino porque es de condición apacible y contenida, por lo que la arequipeña no es esclava del fausto. Otras son sus glorias.

Con una corona sobre la frente, sería la misma que es ahora que pone afición escasa á eso de brillar y deslumbrar al mundo.

Por supuesto que no se conoce aqui ese tipo de la mujer del gran mundo, linda, indolente, ociosa, y delicada, hecha para lucir encages y pedrería, y dentro de cuyo cerebro aletea una mariposilla inquieta y aburrida.

No, no se ven aquí, en Arequipa, mujeres así idealizadas por el lujo, flores de salón y de carretela, rodeadas de gazas y cristales, hadas que viven de la gloria de ser bellas, que no es pequeña gloria, sin duda, para la mujer.

Y no es que le falte distinción y elegancia, á la arequipeña; las tiene nativas y hay en ella el germen de todo lo aristocrático y fino; nobleza tiene en el porte y gallardía como para lucir todas las riquezas del vestir y todas las galas.

A la arequipeña la idealizan la sencillez, la sonrisa, la mirada, el amor puro, la aceptación dulce y afable de su destino, felíz ó adverso.

Pero lo que á la arequipeña idealiza, antes que todo, es la resignación.

El amor, es su felicidad suprema; pero si en amor es desgraciada, con el deber se contenta, con el deber sencillamente cumplido tiene bastante sol en su vida.

Soporta valerosa todos los dolores, acepta todos los sacrificios, sin aparato, sin hacer novela de su vida, natural y dulcemente.

Si, la resignación, esa virtud nobilísima, es la gran virtud de la arequipeña.

Se le ve contenta en las más humildes situaciones.

Y qué admirable valor el suyo ante las contrariedades de la vida.

Es la mujer fuerte sin dejar de ser la mujer tierna.

En fin, es honor de las razas latinas, el que la mujer sea siempre en ellas, hermosa, delicada y buena. En Arequipa, además de estas cualidades que le vienen de su noble abolengo, la mujer se ha hecho pensativa, valerosa para la vida, y vagamente melancólica, todo lo cual hace de ella, el honor y el orgullo de nuestra tierra.

CAPITULO X.

Constitución social.

La población del valle de Arequipa, según el censo de 1876, asciende á 57,588 habitantes, de los que, 26,958, corresponden á la ciudad de Arequipa.

La poderosa corriente de las revoluciones, ha mezclado, sacudiéndolos, caldéandolos, fundiéndolos, los elementos que formaban esta población..

Nuestra constitución social ha variado profundamente; las tres razas enemigas, que antes la formaban, españoles criollos, indios, se han aproximado. Las nuevas generaciones, son más homogéneas, más unidas. Los viejos ódios, los rencores y envidias de los de abajo, las humillaciones é injusticias de los de arriba, han desaparecido casi por completo.

La sociedad de Arequipa sale de la tormenta de fuego de las revoluciones, preparada para la democracia.

Las clases sociales elevadas, no son aquí una verdadera aristocrácia; fáltales para ello, las gloriosas tradiciones á cuya sombra se amparan las aristocrácias de otros países; y fáltales también, las fortunas que dán brillo y orgullo á las grandes familias. En cambio, los que aquí pertenecen á las altas clases sociales, son laboriosos y activos; no viven en el lujo y en la ociosidad; saben luchar noblemente por la vida.

Estas clases sociales, no pesan, pues, aquí sobre las demás; no las deslumbran con el espectáculo del lujo; no

las desmoralizan con ejemplos de corrupción, ni las irritan con humillaciones y desdeños. Las primeras clases sociales no viven aisladas, separadas en absoluto, de las otras; al contrario, respiran casi el mismo ambiente que ella.

Por lo demás, no hay en nuestra sociedad, alturas inaccesibles, para el hombre que tiene corazón y talento. A esto se le abre paso, y es mejor así, porque de otro modo él abriría, y en la lucha derribaría á los que se le opusieran.

La clase media es aquí como en todas partes, la de la gente de esfuerzo y de ambición, la de los más fuertes luchadores por la vida.

Y entre nosotros, la lucha es más dura para los hombres de esta clase, porque las profesiones liberales á que ellos generalmente se dedican, y que son las grandes profesiones de combate, así como la política, son aquí ásperas, penosas, exijen gasto inmenso de fuerza, para alcanzar por ellas el triunfo.

De aquí la emigración, que lleva fuera de Arequipa á gran número, y, á veces, á los mejores de sus hijos.

El arequipeño, pobre, fuerte, laborioso, se va por todas partes, buscando trabajo. No hay una ciudad, no hay un pueblo del Perú, donde no se encuentre al arequipeño, portándose, como hombre honrado, con muy escasas excepciones.

El pueblo, en Arequipa, es más feliz que en parte alguna.

El obrero, halla fácilmente trabajo; todo el trabajo que quiere, y bien retribuído.

No se conoce aquí esa miseria, negra y profunda, en que viven una gran parte del pueblo en otros países. El problema económico, no es aquí un problema siquiera, para las clases obreras; lo es, más bien, para las clases industriales más elevadas y para las profesiones liberales.

El artesano no es aquí siervo, por la falta de trabajo; puede independizarse fácilmente, por medio de la actividad, y si fuera más previsor, sería más feliz.

El pueblo de Arequipa, es, sobre todo, honrado, con una honradez llevada hasta el sacrificio, hasta el heroismo.

En los dias de las revoluciones, ha quedado, con frecuencia, el pueblo, único dueño de la ciudad, y lejos de verse, entonces, ataque alguno á la propiedad particular, se ha visto á los hombres del pueblo vigilarla y defenderla. El ladrón es un tipo de deformidad moral que aquí apenas se conoce, como son también muy raros el asesino y el bandolero.

La constitución social, en Arequipa, descansa sobre bases seguras; no bien que comprimir las violencias y hostilidades que en otros pueblos.

La organización económica, y la organización social, no son aquí una amenaza para el porvenir, ni aún lejano. La propiedad, sumamente subdividida, nos liberta de esa irritante desigualdad, que engendra en el pobre, el ódio contra el rico.—La poca distancia que hay entre las clases sociales, hace fácil la democrácia.

En estos tiempos de tan hondas perturbaciones, de tan sombrías perspectivas, para otros pueblos, es un honor y una felicidad grandes, para Arequipa, estar constituída bajo un plan social, que le facilitará, inmensamente, su evolución hácia el porvenir.

QUINTA PARTE.



Las instituciones



CAPITULO I.

Instituciones religiosas, políticas, judiciales y municipales.

LA Iglesia de Arequipa tiene gloriosas tradiciones. En todo tiempo ha contado su clero con hombres eminentes en saber y virtud.

El discreto y galano cronista Zamácola, dice, respecto de la fundación del Obispado de Arequipa, lo siguiente:

"El Iltmo. Dr. Fray Juan Solano, de la órden de Predicadores, segundo Obispo del Cuzco, considerando la vasta extensión de aquel Obispado y serle casi imposible cumplir con los deberes de su Ministerio Pastoral, viendo su grey derramada y descarriada por tantas y tan remotas provincias, informó á la Corte Católica, sobre la necesidad de erigir dos nuevos obispados; es á saber: Huamanga y Arequipa" (1570).

En efecto, oyó el rey con benignidad los clamores de aquel ilustre y desinteresado prelado, y tuvo á bien nombrar y nombró para primer Obispo de Arequipa, al

muy Reverendo Padre Maestro Fray Antonio Ervias, de la orden de Santo Domingo, natural de Valladolid, en Castilla la Vieja, sujeto de irreprensible conducta, y en quien resplandecían la sabiduría, el desinterés y la prudencia.

"Al Iltmo. Solano sucedió en aquella mitra el Sr. D. José Sebastián de Lartaun, muy distinto en genio y complexión á su antecesor; pues no obstante hallarse electo Obispo de Arequipa el Rvdo. Padre Maestro Ervias supo oponerse con tanto ardor á los designios de su antecesor, que interponiendo para ello recursos los más ruidosos en Lima y en la Corte, pudo lograr el que por entonces no tuviese efecto la desmembración. Y al Obispo electo de Arequipa se le confirió la mitra de Veracruz, desde donde fué promovido á la silla de Cartajena de Indias, en donde murió.

"Triunfó el Iltmo. Sr. Lartaun, tal vez, aún contra aquello mismo que le dictaba su propia conciencia; y por consiguiente quedaron frustradas las esperanzas de Huamanga y Arequipa, que á porfía deseaban tener Obispos en sus respectivas capitales, para de este modo tener más prontos los recursos, y á los auxilios espirituales y temporales.

"Serenados los disturbios y contradicciones de los Iltmos. Sres. del Cuzco, que con tanto ardor se opusieron á la desmembración de aquel Obispado, y erijida que fué la Iglesia de Arequipa en Catedral, fué nombrado por su primer Obispo el Iltmo Sr. D. Fray Cristóbal Rodriguez".

Veintitrés Obispos, ha tenido la Diócesis de Arequipa, y hoy se halla gobernada por el eminente Prelado Iltmo. Sr. Dr. D. Juan Ambrosio Huerta.

Hay en Arequipa un Cabildo eclesiástico, compuesto de cinco Dignidades, de dos Canongías de Oficio, de dos de Merced y de dos Raciones.

El Gobierno político y administrativo, en cuanto á las necesidades generales, se ejerce en Arequipa por un Prefecto, cuya autoridad se extiende á todo el Departamento de Arequipa.

La prefectura de Arequipa es, despues de la de Lima, la más importante de la República.

Secunda á la Prefectura, un Subprefeto ó intendente de policía.

Arequipa es asiento de un Tribunal ó Corte de apelaciones ó de 2ª Instancia, compuesto de siete Vocales ú oidores y un Fiscal.

Años atrás llegó este Tribunal á tal altura de justificación é ilustración, que era llamado el aerópago peruano.

Largo sería enumerar los nombres de los varones ilustres que en este Tribunal han ocupado un asiento.

Tan ilustre institución, fué creada por el Libertador Simón Bolívar.

Hay, además, en Arepuipa, 4 Jueces de 1ª. Instancia, de los que uno juzga en lo criminal y tres en asuntos Civiles.

Los intereses locales de Arequipa, están confiados á un Municipio ó Concejo Provincial, elejido por el pueblo, en elección indirecta.

Componen el Municipio, 44 Concejales, de los que, 28 son elejidos por el mismo Colegio electoral que elije al Presidente y Vice-Presidente de la República y á los Senadores y Diputados á Congreso Nacional,--y 16 son elejidos por los Concejos Municipales de Distrito.

La renta que administra el Ayuntamiento de Arequipa se distribuye entre los ramos de Instrucción, Policía, Agua, Cárcel, Baños, Mercado, etc.

La Instrucción primaria es la gran preocupación de este Municipio, y á ella dedica casi la mitad de sus rentas, y por eso puede enorgullecerse de que ninguna provincia de la República la tiene mejor servida, como se verá en el capítulo "Instrucción".

Ahora se halla empeñada en la conducción de las Aguas de Yumina, obra colosal, que mejorará inmensamente las condiciones higiénicas de Arequipa.

CAPITULO II.

UNIVERSIDAD.

El día 11 de Noviembre del año de 1828, acudían á la iglesia de San Agustín de esta ciudad, todas las corporaciones civiles, eclesiásticas y militares, y gran número de personas de las de más valía del vecindario.

Notábase animación, en todos los semblantes; había como un aire de fiesta esparcido en la población, así como cuando se vá á conmemorar ó á presenciar algún suceso grande.

Y grande y digno de memoria era, en verdad, el acontecimiento de aquel día, era nada menos que la solemne instalación de la Universidad de Arequipa, que en 2 de Junio del año anterior, había sido creada con el nombre de Universidad del G. P. San Agustín, por el General don Antonio Gutierres de La Fuente, en uso de la autorización que le diera el Consejo de Estado.

Poseer una Universidad de ciencias, era, desde hácia mucho tiempo, una de las aspiraciones de Arequipa.

"Setenta años—dice un cronista de aquel tiempo—setenta años se ha trabajado en esta ciudad por tener una Universidad, y nunca la habría consegido, probablemente, bajo el gobierno español...... Entonces se nos quería mantener, sumidos en la ignorancia y la superstición para sojuzgarnos mejor; se quería, entonces, súbditos embrutecidos, porque siendo incapaces para gobernar, no sabían más que oprimir, y se hacían supersticiosos porque no sabían ser virtuosos".

En estas palabras vibran la idea y la emoción de aquel instante.

La Universidad de Arequipa era, en efecto, fruto de la libertad.

Los hombres de quel tiempo, los libertadores, sintiéndose rodeados de sombras por todas partes, sin darse un instante de reposo, pasaban de la titánica guerra de la Independencia á la labor santa y gloriosa de dar la luz á los mismos á quienes acababan de dar la libertad.

¡Qué hombres aquellos!

Después de diez, de veinte años de campañas y batallas, no soltadas aún las correas de la rota armadura del héroe, no desceñida aún la larga espada de los combates, se les veía llegar á las ciudades, y abrir escuelas, colegios y academias. Y esos duros soldados, sentíanse profundamente conmovidos, y creían que era su día más hermoso, aquel en que, en nombre de la patria por ellos libertada, instalaban alguna noble institución destinada á difundir ideas.

De estos hombres era, el General don Antonio Gutierrez de La-Fuente, que, aquel día, 11 de Noviembre de 1828, presidía la instalación de la Universidad de Arequipa. A su lado, veíase al Gran Mariscal don Agustín Gamarra, otro glorioso veterano, gloriosísimo.

Gamarra venía entonces de Piquiza, é iba al Portete. ¿Qué pasaba en esos momentos en el pensamiento de aquel hombre, pensamiento profundo y lleno de sinuosidades, como el de todos los grandes políticos? Meditaba ya la caida del infortunado La Mar? Caso de ser así, nada revelaba, al menos, su semblante en aquel día. El perfil aguileño del héroe, dominaba noblemente, su rostro moreno.

Allí estaba también el Iltmo. Sr. D. José Sebastian de Goyeneche y Barreda, noble caballero, virtuoso sacerdote, á quien los reyes de España habían presentado obispo antes de que cumpliera los treinta años de edad. El Iltmo. Sr. Goyeneche pasaba, impenetrable y tranquilo, del viejo régimen que lo había incubado, á los radiantes dias de libertad, que parecía debieran haber deslumbrado sus ojos acostumbrados á la débil luz del tiempo colonial; pero el jóven príncipe de la Iglesia, no pestañaba siquiera.

El heróico mariscal, el Prelado ilustre, y unas cuantas jóvenes é inteligentes cabezas, que se movían inquietas, á uno y otro lado de los estrados, simbolizaban y re-

sumían los elementos de la nueva sociedad peruana. Algún día desarrollaré este pensamiento.

Ahora continúo recordando la fundación de nuestra Universidad.

Los individuos que debían formar el nuevo claustro Universitario, eran los doctores de todas las Universisidades que se hallasen en Arequipa, los Catedráticos del Colegio de la Independencia y los socios de número en ejercicio, de la Academia Lauretana de Ciencias y Artes.

Comenzó la ceremonia por la lectura de los documentos relativos á la fundación, y luego; pero mejor es que ceda la palabra al notable cronista de aquel tiempo, á quien ya he citado. (1)

"Concluída, dice, la lectura de los documentos de la fundación, el Prefecto Sr. General La Fuente, pronunció solemnemente el acto de la instalación, cerrando su administración pública en este Departamento, con un acto que abre las puertas de la ciencia á la juventud estudiosa, y la pone en carrera para todos los destinos literarios. Le contestó el Dean de esta Santa Iglesia Catedral con un discurso apropiado. Se formó, en seguida, la mesa por el Dr. D. José Fernandez Dávila, que nombró el Prefecto para sólo el acto de instalación, (debiendo luego elejirlo el claustro), del Maestre-escuela de esta Santa Iglesia Catedral y de los padrinos para las tres facultades de Teología, ambos derechos y Medicina, que lo fueron respectivamente, el Dr. D. José Zegarra, el Dr. D. Manuel Fernandez de Córdova y el Dr. D. Jaime Coll y Amil".

En seguida se fueron graduando los que no lo eran, confiriéndoseles el grado en las Facultades de que habían presentado credenciales auténticos. Al Sr. Prefecto le pertenecía la gracia de conceder cuatro grados de obsequio como á fundador, que los designó en el Sr. Presidente de esta Corte D. José Sanches de la Barra, en el Fiscal D. Mariano Luna, en el Chantre de esta Iglesia D. Manuel Rivero, y en un alumno del Colegio D. José María Rivero. Los designados por el gran Mariscal han sido D. Juan Vera Rondón y D. Pedro Zega-

(1) El Dr. D. Manuel Amat y León, según creo.

rra, el Sr. Obispo ha designado á D. Manuel Jose Martinez, y le resta otro para el goce de su gracia. Por no molestar el concurso, se suspendió para el día siguiente, en el que se completó el claustro. El que se compone de los doctores antiguos Dr. D. José Zegarra, D. Ramón Escovedo, D. Manuel Menaunt Maestre-escula, D. Mariano Larréa, Conjuez de la Corte; D. Santiago Ofelan, Magistral; D. Manuel Fernández Córdova, Dean; D. Toribio Prado, D. Mariano José Ballón, D. Mariano Guerola, D. Mariano Blas de la Fuente, Vocal de la Corte; D. Ignacio Velarde, Presbítero; D. F. Jerónimo Cavero; D. José Benigno Feijoo, Magistral del Cuzco; D. Mariano Martinez, D. F. Francisco Luque, D. Mariano Gandarillas, D. Manuel Chaves, D. Juan José de la Fuente, Doctoral; D. José Fernandez Dávila, Juez de Derecho; D. Mariano José de Ureta, Vocal; D. Pedro Flor, D. F. Manuel Bedoya, D. F. Mariano Salas, D. Manuel Antonio Ureta, D. José Gavino Fernandez Dávila, Agente Fiscal; D. José María de la Cuba, Auditor de Guerra; D. Jaime Coll Amill, D. Pedro María Ocháran, Juez de Derecho; D. José María de la Torre-Bueno; D. Miguel Jerónimo García; D. Manuel Gandarillas, Conjuez; D. Mariano Navarro, D. Cayetano Requena, Arcediano; D. Mateo Cosio, Cura interino de Sachaca; D. Mariano Cornejo Presbítero, D. Manuel Casimiro Morales, Presbítero; D. José Antonio Zavala; D. Dámaso Rodriguez, Canónigo.

Doctores graduados en la Universidad por Catedráticos del Colegio, y socios de número, excepto el primero que es Catedrático.

Dres. D. Santiago Ofelan, Magistral; D. Tadeo Chavez; D. Manuel Amat y León, Coronel de Milicias; D. José María Arce y Adriasola; D. Juan Gualberto Valdivia, Presbíto y Presidente del Colegio.

Doctores graduados por socios de número en ejercicio de la Academia Lauretana de ciencias y artes.

Dres. D. Fernando Arce Fierro, Presbítero; D. F. Domingo Lopez del Castillo, Comendador de la Merced; D. F. Santiago Polar, Prior de Santo Domingo; D. Juan Manuel Vargas, D. Luis Agustín Rodriguez, D. F. Mariano Rivera, D. Manuel Antonio Ureta, D. José Luis Gó-

mez Sanchez; D. Ezequiel Rey de Castro, Relator; D. Antonio Gonzales, D. Rafael Barriga, D. Andrés Eguiluz, D. Mariano Llosa, D. Ignacio Novoa, Administrador de Aduana, y los agraciados por el Gran Mariscal Sr. Gamarra y el General Prefecto, que se han designado, á los que se agrega un grado en obsequio por el ejército al físico D. Juan de la Cruz Vasquez

Acto contínuo se nombró una comisión para formar la Constitución, recayendo la elección del claustro en los Dres. D. Santiago Ofelan, Dr. D. Mariano Llosa Benavides, y Dr. D. Manuel Amat y Leon: disolviéndose el cuerpo".

Después de estas relaciones, el cronista se anima, entra en calor y exclama:

"Si las terribles preocupaciones que nos han dominado subsisten aún: si sólo se aceptase el honor del grado para buscar una carrera, y después de conseguido sólo sirviese para envanecerse con una ridícula presunción: si los mejores talentos se han de perder entre los pesados y farrajinosos volúmenes que se legaron á la posteridad sobre la Teología escolástica, el Derecho romano, y la Jurisprudencia del decreto y decretales, con glosas y más glosas: si un gran talento está obligado á seguir el paso de un imbécil, á escuchar las lecciones de un maestro ignorante que logró este destino con la intriga: si se le sujeta á formas escolásticas, á términos, á libros, que corrompen el gusto, é inficionan el espíritu, si se persigue en la escuela con el encarnizamiento de la envidia y del amor propio humillado, al jóven que por una fuerza de alma singular, ó por circunstancias favorables, ha podido hacerse superior á sus maestros; si para dar los grados, no se consulta el talento, más bien que las propinas y contenta; si para nombrar los profesores se atiende á los años, á cierta gravedad, al favor, y á estas impresiones de error que aún nos dominan, por el fausto y lo que llaman dignidad; si la renta ha de ser para provecho de las canas, y el trabajo para los sostitutos: si todò esto vá á hacerse en esta Universidad, digo, con el docto Comendador de Burlamaqui, y el juicioso Smit; que la Universidad en lugar de servir á la República, la perjudica: que se hará una escuela de frivolidad, de vanidad é ignorancia, y que no saldrá de ella ningún aprovechamiento".

"Pero si por el contrario, se le dá una forma distinta; si todos son llamados á trabajar; si se elijen los

mejores estudios, si se destierra el ergotismo, si la Academia compone una fracción del cuerpo, con su Presidente y Reglamento. continuando en sus antiguas secciones; será la Universidad un cuerpo científico, digno de la estimación de la patria, la admiración de los pueblos, el centro de la ilustracion y el mejor aprendizaje de los hijos libres del Perú".

Como se vé en aquel tiempo se hablaba claro.

Así pasó la fundación de la Universidad del G. P. San Agustín de Arequipa.

Y como la noble institución halló un terreno bien preparado, pronto se hizo famosa, en toda la República. De ella salían, año tras año, hombres eminentes en todos los ramos del saber.

Después vinieron malos tiempos, y la vanidad y la ignorancia penetraron alguna vez en ellla; pero esto pasó pronto.

Arequipa, es ciudad universitaria; tiene que serlo necesariamente.

Industrialmente somos pobres, y con nuestros recursos y poder actual, es casi imposible que la industria alcance gran desarrollo. La inmigración de capitales y de brazos tormentará, indudablemente, gran movimiento industrial; porque, materia explotable por la industria, la hay abundante y rica; pero con las fuerzas de que hoy disponemos, con nuestras solas fuerzas, es sumamente difícil que podamos ser productores industriales de importancia.

Este escaso movimiento de las industrias, pudo ser bastante, en la época colonial, en que toda actividad dormitaba en Arequipa; pero, desde que, con la independencia y la República, se despertaron aspiraciones, anhelos, necesidades que no se conocían; desde que entramos de lleno y bruscamente en la agitada vida moderna, hemos tenido que buscar en la ciencia y en el arte, lo que la industria no podía darnos.

Y como el ejercicio desarrolla las facultades, estimuladas, en el arequipeño, las facultades intelectuales; porque de ellas depende su existencia, porque con ellas,

principalmente, lucha por la vida, tenían necesariamente que desarollarse y adquirir pujanza extraordinaria.

El cerebro se perfecciona con el trabajo y la constante exitación intelectual. Y la mejor organización cerebral, trasmitida por la herencia, se aumenta rápidamente, á poco que los estímulos externos ó internos la favorezcan, y puede convertirse en una predisposición intelectual nativa, que viene á ser como uno de los caracteres de la raza.

Precisamente, aquí, el medio ambiente moral y el medio físico, son favorables á la labor intelectual.

La ciencia, afanosamente cultivada, desde hace un siglo, desde que el ilustre Obispo Chavez de la Rosa, despertó en el alma de Arequipa, el anhelo y el amor del saber, ha llegado á formar en Arequipa, un medio intelectual, esencialmente favorable al trabajo científico. Los que han estudiado, saben cuanto facilita el estudio, un medio, una atmósfera intelectual, en que se ama y se comprende y se elabora ciencia.

El medio moral sano, es, también, favorable á la labor intelectual. La perversión del sentido moral, la corrupción de costumbres, son, indudablemente, obstáculo poderoso, para la producción científica. Es difícil que en sociedades donde la noción del bien no es clara, enérgica, imperativa, se desarrolle la alta actividad del entendimiento.

Bajo este aspecto, Arequipa, ciudad honrada, sana, creyente, de costumbres severas; Arequipa, la ciudad austera por exelencia, tiene ventajosas condiciones, para ser un centro intelectual de primer orden.

Arequipa es una ciudad pensativa, algo silenciosa, tranquila. El placer con sus infinitas formas no llama aquí, como en otras partes, á cada momento al hombre. Y esta quietud, este reposo moral, no solo permiten el estudio, sino que estimulan á él.

Finalmente, el clima de Arequipa, que no enerva por exceso de calor, ni deprime por frío riguroso; clima esencialmente templado y sano, hace posible el estudio, sin el peligro de anemias que tan fácilmente se producen en los que se dedican al trabajo mental. Hasta la fuerte tensión eléctrica, manteniendo en viva actividad el sistema nervioso, favorece, facilita aquí el trabajo mental.

Con estas condiciones, nada más natural que Arequipa haya sido la ciudad universitaria del Perú; y que tenga que volver á serlo, si, como es de esperarse, la exesiva centralización, mejor dicho la absorción que se ha establecido en la capital de la República, llega á modederarse.—Una capital debe ser intelectualmente, la primera ciudad de un país, pero no la única.

El personal de la Universidad de Arequipa, se compone hoy de un Rector, un Vice-Rector, un Secretario, un Tesorero, un Amanuense, un Bedel y un Portero.

Los Catedráticos son catorce, que sirven las *Facultades de Jurisprudencia, Letras y Ciencias.*

La Facultad de Letras comprende los ramos de enseñanza siguientes: Filosofía, Literatura General, Historia Universal, Literatura Castellana, Estética y Literatura Antigua.

La Facultad de Jurisprudencia, comprende los siguientes cursos: Derecho Natural y Constitucional, Derecho Romano, Derecho Penal, Filosófico y Positivo, Derecho Eclesiástico, Derecho Civil, Común, Derechos Especiales, Teoría y Código de Enjuiciamientos en materia Penal y Juicios privativos.

La Facultad de Ciencias comprende los ramos de enseñanza siguientes: Revisión de las principales teorías de Matemáticas, Complemento de éstas, Física General, Química General y Analítica, e Historia Natural.

El número de alumnos matriculados en la Universidad, es de setenta.

INSTRUCCION MEDIA.

En Arequipa, hay un Colegio Nacional de Instrucción Media, que tiene el nombre de Colegio de la Independencia. Hay además, varios colegios particulares, en que se enseña la instrucción media completa. El número de alumnos que, asiste á estos establecimientos, es, de quinientos, por término medio.

INSTRUCCIÓN PRIMARIA.

Honra de la Municipalidad de Arequipa, es haber difundido la instrucción primaria, hasta en la última aldea de la provincia. Así como no hay pueblo en nuestro valle, que no tenga su iglesia, tampoco hay pueblo que no tenga, por lo menos, una escuela.

Gasta el Municipio en la instrucción primaria, más de la mitad de su renta, y con esto prueba que conoce á este pueblo, el cual prefiere una idea á una fiesta una escuela á un paseo.

Los siguientes datos oficiales, manifiestan la gran difusión de la instrucción primaria entre nosotros.

Estadística Escolar.

Provincia de Arequipa — Concurrencia á las escuelas.

RESUMEN GENERAL.

ESCUELAS.	*Matrícula.*	*Asistencia*
70 sostenidas por el H. Concejo Provincial	4,073	2,665
4 Id. por los Concejos de Distrito.	223	163
19 particulares	1,501	1,219
91 total	5,797	4,045

Como se ve, hay en Arequiqa, noventa y una escuelas en que se instruyen 5,797 niños. Se puede confiar en el porvenir de un pueblo que así comprende y sostiene la instrucción.

CAPITULO III.

OBSERVATORIO ASTRONÓMICO.

El Sr. W. H. Pickerín, Director del Observatorio Astronómico, establecido en el valle de Arequipa, ha escrito para este libro, el siguiente artículo que, mucho mejor que todo cuanto yo pudiera decir, dá á conocer tan importante establecimiento científico.

Estación Astronómica de Boyden del Observatorio de "Haward College".

A fin de salvar los graves inconvenientes que ocasionan las influencias atmosféricas en los observatorios que hoy existen, el finado señor Urish A. Boyden tuvo á bien dejar en su testamento un legado por valor de *trescientos seis mil soles* (S/. 306,000) con el objeto de que se estableciera un observatorio astronómico á la mayor altura posible, sobre el nivel del mar.

Los albaceas del testamento transfirieron dicho legado al Presidente y miembros del "Haward Collage" en Cambridge (Massachusetts, U. S. A.) para que estos llevasen á debido efecto los deseos del testador. Este trabajo astronómico está sostenido por una porción de los fondos del observatorio, en adición á los fondos dejados por el señor Boyden. Desde luego se procedió á dar cumplimiento á aquel mandato, y fué de necesidad obtener todos los informes posibles respecto á las alturas, accesibilidad y clima de varias regiones montañosas que parecían prestarse para la colocación de un observatorio. En tal

virtud, cuando Mr. Pickering se hizo cargo de ese nuevo departamento del observatorio de "Haward College" en 1887, en el acto se propusó y realizó una expedición á la elevada cerranía de Colorado en Estados Unidos de Norte América. Muchos instrumentos se llevaron para dicha expedición, contándose entre ellos un telescopio visual de 12 pulgadas de diámetro, que fué colocado en la cima de *Pikes-Peak* á una altura de 14,200 piés sobre el nivel del mar; probablemente la mayor á que haya llegado á colocarse un telescopio tan grande.

Desgraciadamente las condiciones atmosféricas de aquellas regiones no fueron muy favorables, y en el invierno de 1888 á 1889 se mandó otra expedición á California, colocándose entonces un telescopio fotográfico de 13 pulgadas en la cima de *Wilson's Peack*, cerca de la ciudad, llamada "Los Angeles", á 6,200 piés de elevación sobre el mar. El instrumento permaneció allí durante un año y se obtuvieron resultados bastante satisfactorios. Mientras allí se trabajaba, se mandó otra expedición al Perú á cargo de los señores S. y J. Bailey y se arregló una estación astronómica en el monte Harvad, cerca de "La chosica", á 6,600 piés de altura. Esta estación se ocupó más de un año y se obtuvieron muchas fotografías y observaciones de importancia. Sin embargo, durante la estación lluviosa se presentaban muchos inconvenientes y repetidas molestias, ocasionadas por las nubes, por cuya razón se resolvió ir más hácia el Sur á fin de obtener mejores resultados. Con este motivo el Sr. Bailey, acompañado de su hermano M. H. Bailey, recorrieron gran parte de la costa hasta Valparaíso y Santiago, y establecieron una estación provisional en Atacama donde hicieron algunas observaciones. Por ese mismo tiempo, más ó menos, algunos trabajos meteorológicos importantes habían sido practicados en los alrededores de Arequipa por el Sr. Juan L. de Romaña, los que fueron continuados después por el Sr. V. H. Mac Cord. Como dichos trabajos produjesen resúltados halagadores para la ciencia, se les solicito á los Sres. Bailey á visitar Arequipa, á fin de que diesen su informe respecto á la conveniencia que presta este lugar para el objeto que se proseguía. Por felicidad su informe fué muy favorabie para esta localidad, y en seguida se emprendió otra expedición completamente equipada, á cargo del Sr. Pickering. Reconocida la idoneidad del lugar se procedió á la compra de una área de terreno aparente, hácia el Nor-

te de la aldea de Cármen-Alto, y el edificio é instrumentos que corresponde se construyen ahora.

Los instrumentos de que al presente dispone el naciente observatorio consisten en un refractor de 13 pulgadas, el que por medio de un cambio de la lente se puede usar para trabajos de mera observación ó de fotografia, con un descubridor de 8 pulgadas; hay una lente fotográfica de 8 pulgadas, un reflector de 20 pulgadas de foco corto, un refractor visual de 5 pulgadas de diámetro, otras dos lentes de 3 y 2 ½ pulgadas, teniendo además un gran número de instrumentos pequeños que se relacionan con la exacta determinación del verdadero tiempo, con observaciones meteorológicas y también con los temblores.

También se ha propuesto traer á este lugar un refractor de 14 pulgadas de visual, con lo que este observatorio sería el mejor equipado de Sud América, y es probable que le siga un telescopio de 24 pulgadas.

El telescopio de 13 pulgadas se halla colocado en un edificio que mide 20 piés de altura, por otros 24 por cada uno de sus cuatro lados. El techo es de lona sobre armazón de madera, montado sobre ruedas; y no obstante su tamaño es tan liviano, que el observador lo puede mover á su antojo con una sola mano. El techo tiene además varias ventanas, que se abren y cierran desde el suelo, por medio de cordeles, las que dando vuelta al techo permiten perfectamente para colocarse al frente de cualquier fracción del cielo y observarla con toda comodidad.

La abertura del telescopio es de 14 centímetros y su longitud focal de 490, el peso de este instrumento es de un poco más de 2.000 kilógramos, fuera del peso de sus partes movibles que es de 700 kilógramos, sin incluir el reloj y peso. El lente fotográfico de 8 pulgadas ha sido el primer instrumento que se ha puesto en estas tierras, y se espera que durante el presente año se puedan sacar con éste, cerca de 2,000 fotografías. El telescopio de 5 pulgadas se dedicará esclusivamente para observaciones solares. Los otros instrumentos no se han colocado todavía.

Desde luego, lleno de esperanza en la limpidez de tan admirable atmósfera y en vista del equipo instrumental de que disponemos, no dudo que en día no remoto, éste llegue á ser uno de los mejores observatorios del mundo.

SEXTA PARTE.



Industrias.

CAPITULO I.

Agricultura.

NUESTRA agricultura decae.—Produce hoy menos que en otros tiempos, y valen menos sus productos.

Trigo, maíz, patatas, son los principales productos de nuestros campos, y ninguno de ellos alcanza un precio que compense lo que cuesta producirlo.

Urge, por lo tanto, hallar un medio de reanimar esta industria madre, que es la que á todas las demás sostiene.

¿Cuál es la causa de que nuestra tierra produzca hoy, menos que en otro tiempo?

¿Cómo se explica, que habiendo disminuido la cantidad de productos, valgan estos menos que antes, siendo así que la población de Arequipa no ha disminuido?

La tierra por fértil sea, cuando el hombre le exije constante y laboriosa producción, necesita ser robustecida por el abono; necesita que el abono le haga recuperar la fuerza gastada.

Y bien, la cantidad y calidad de los abonos de que el agricultor de Arequipa puede disponer, hoy, son muy inferiores á lo que antes fueron.

Antes que se construyeran las lineas ferreas, la arriería, muy numerosa, que conducía la carga del antiguo puerto de Islay, á esta plaza, y de ella á los departamentos de Puno y Cuzco, y á la República de Bolivia, tenía su centro en Arequipa, y las asémilas proporcionaban abundante abono.

Además de este abono, había entonces, el guano de las islas de Chincha, cuyas propiedades fertilizantes son bien conocidas.

Ahora falta la mayor parte de la arriería; el guano de pájaro que se trae, es malo y caro, y, por consiguiente, falta de abono la tierra, debe producir menos.

Asi se explica, que campos que daban hasta 25 fanegas de trigo, y hasta 40 de maíz por topo, lo cual es una magnífica producción, pues, en los países más adelantados en agricultura, apenas se llega á conseguir quince por uno en el trigo, y treinta por uno en el maíz, así se explica decía, por la falta de abonos, que nuestros campos que tan fecundos fueron, den hoy solo cosechas medianas, por regla general.

Es preciso, por lo tanto, introducir y aplicar en Arequipa nuevos abonos capaces de reemplazar los que se han perdido.

Pero no es solo la falta de abonos, la causa de la baja en nuestra producción agrícola; contribuye también á esta baja, el que las semillas que hoy se emplean, se hallan ya degeneradas, y dan, por lo mismo, escaso fruto. Sería pues, de gran conveniencia, que un comicio agrícola, apoyado por las autoridades locales, introdujera y repartiera á los agricultores, nuevos abonos y semillas, probándolos antes en pequeños cultivos, para descubrir los que más convenga emplear.

Dada esta baja en la producción, busquemos las causas de la baja en los precios, baja á primera vista inexplicable, pues, lo natural parece que hubiera sido el alza en los precios, como consecuencia de la disminución de productos.

En primer lugar, hay que tener en cuenta, que esa disminución de productos de nuestra agrieultura, no es absoluta, pues, si el topo de maíz, por ejemplo, da hoy menos que antes, en compensación, hay más topos desti-

nados á este cultivo, lo cual da por resultado, que, en realidad, la producción absoluta de maíz en la campiña tal vez no ha disminuido.

Suponiendo que la producción sea hoy con corta diferencia la misma que antes, y que nuestra población no haya disminuido, debe buscarse la causa de la baja de los precios, en otros motivos.

Figura entre estos motivos, la falta ó descenso en la exportación de nuestros cereales.—Tenemos, indublemente, un exceso de producción, y este exceso, lanzado á nuestro mercado, está deteniendo constantemente, cualquiera alza en los precios.

Debe buscarse un medio de que nuestro trigo, y nuestras harinas puedan ser exportados con ventaja, en condiciones de sostener la competencia que le hace en los mercados del interior, la harina de Chile.

Para esto, lo primero que hay que hacer, es mejorar y cambiar nuestras semillas. Las clases de trigo que entre nosotros llevan los nombres de *barba-blanca, se ñorita* y *dc Egipto*, es cargada de zacarina, con notable detrimento del gluten, que predomina en las harinas de California y de Chile. Necesitamos variar con frecuencia nuestras semillas, que, como la práctica lo ha demostrado, degeneran pronto en nuestros campos, al tercer año comunmente, y degeneran siempre en el mismo sentido, perdiendo el gluten y aumentando en la parte zacarina. (1)

Las semillas de maíz, pueden también ser variadas, en parte siquiera.

En muchos países se cultiva un maíz duro y cristalino, para sacar sémola, sustancia muy alimenticia y de fácil digestión. A Arequipa, se interna anualmente una buena cantidad de sémola de maíz, producido en Chile. Si en nuestros campos cultiváramos esta clase de maíz, podríamos exportarlo, abasteciendo los mercados de la República.

Finalmente, para dar valor á nuestros productos agrícolas, debe procurarse introducir nuevos cultivos en Arequipa.

(1) Debo algunas de estas observaciones, al laborioso agricultor Sr. Pedro J. Bustamante y Barreda.

La linaza, ya se cultivaba en tiempo del coloniaje, produce aquí perfectamente. Si se abandonó su cultivo, fué porque solo se aprovechaba de ella, la semilla por falta de indusariales que supiesen beneficiar el aceite y el lino. Hoy, podría introducirse, fácilmente, la explotación de estos dos productos, y entonces, los terrenos que se dedicasen al sembrío de linaza, dismunirían los de maíz y trigo, dando por resultado que todos alcanzaran mejores precios. Además, de la linaza, podría introducirse en nuestro valle el cultivo del ramié, que se produce en todos los climas, y que es uno de los más ricos y que mejor porvenir tienen en la industria agrícola.

Para que se pueda formar idea de nuestra agricultura, copiamos á continuarción, algunos datos tomados de un imforme que, en 1886, emitió el Apoderado fiscal Sr. D. Simón Tabeo Arévalo.

Hé aquí esos datos:

El número de topos cultivados, que hay en la provincia, de Arequipa sube á 16,219 de á 5000 varas cuadradas cada uno, ósean 566,463 áreas, que producen una renta anual S/. 23,965; casi un sol por área.

Estando comprobado por la experiencia que la renta anual de cada fundo rústico, corresponde por término medio, á un 6 por ciento sobre su valor; se deduce que la propiedad rural de Arequipa vale, más que menos 8.732,750 soles.

De los indicados 16,219 topos se cultiván:

más ó menos	De maíz cada año.........	5,400
	de trigo.. » »	4,000
	de papas » »	2,800
	de alfalfa » »	2,000
	de viña » »	900
	de cebada, habas, occas, cebollas, legumbres y fruta, cada año..................	1,110
		16,219

Cada topo de maíz, produce, según la localidad, de 7 á 30 fanegas de á 122 kilólitros, que se venden á 5 soles más ó menos. El costo de su cultivo es de 50 á 80 soles. Así es que puede asegurarse que la Provincia produce más ó menos 108,000 fanegas ó $5^{1}994,000$ litros que casi en su totalidad se consumen en la misma, con excepción de la harina de *güiñapo* que se exporta para Puno, y que puede estimarse en unos 20,000 kilógramos.

El topo de trigo produce tabién según la localidad de 5 á 20 fanegas que se venden á 6 soles más ó menos. El costo de su cultivo es de 20 á 50 soles. En la provincia pues se producen 60,000 fanegas, ó sean $3_{1}360,000$ litros, que totalmente se consumen en ella, más las harinas que se introducen de Chile.

Cada topo de 15 á 40 fanegas de á 58 litros que se venden por término medio á 8 soles. El cultivo de cada topo es más caro que el de los cereales, pues que su costo está calculado de 100 á 150 soles. La cosecha es muy contingente, por la delicadeza de la planta que está sujeta á las eventualidades de la temperatura. La producción anual sube á 84,000 fanegas, ó sean $4^{1}872,000$ litros, que totalmente se consumen en la misma provincia.

La alfalfa ocupa unos 2,000 topos, que se destinan á la mantención de los animales. Al año dá 6 cortes, que se venden, de 8 á 12 soles el topo, según la localidad y el tiempo. El sembrío de cada uno cuesta 15 soles, próximamente.

La viña solo se cultiva en el valle de Vitor, en el que existen unos 900 topos en regulares condiciones. Su cultivo cuesta más ó menos unos S/. 40 por topo y la producción de cada uno es de 60 á 80 botijas de vino de á 32 litros. En valle arriba todo se hace aguardiente por la mala calidad del mosto y en valle abajo, la mayor parte se conserva en vino, hasta su expendio. Aproximádamente se puede calcular la producción en 63,000 botijas, ó $2^{1}000,000$ de litros de vino, de los que $1^{1}000,000$ se reduce á guardiente de 16 á 20 grados y otro millón se conserva en vino que, en su mayor parte se consume en esta capital y una cantidad pequeña en las provincias de Caylloma é Islay, al precio de S/. 2 @ ó sea cada 16 litros. — El vino reducido á aguardiente, reduce también su cantidad, á la cuarta parte, porque de cada quintal de vino sale una arroba de aguardien-

te de primera, cuyo producto es de 250,000 litros de este líquido, del cual casi la mitad se consume en esta capital y la otra en las provincias del Departamento de Puno y Caylloma, al precio medio de 15 centavos litro.

Los terrenos en que se cultivan las muchas habas, cebollas, legumbres, sandías, melones y árboles frutales, no pueden calcularse con alguna exactitud, pues que varían mucho, tanto en su cultivo como en los gastos que ocasiona, la estensión y la cantidad que ocupan y los precios de venta de los frutos que producen.

CAPITULO II.

Minería.

"El departamento de Arequipa, dice el Ingeniero Oficial de Minas, Sr. G. L. Rémy, viene siendo, desde años atrás, el que vá á la cabeza del adelanto minero de los departamentos del Sur del Perú, siendo la ciudad de Arequipa, el centro donde se forma el mayor número de las sociedades que tratan de explotar no sólo los ricos minerales que encierran sus cordilleras, sino también los de los departamentos colindantes". (1)

Y agrega en otra página: "Caylloma que es el mineral floreciente de este departamente, tiene 300 peones en trabajo y el traslado de víveres, maquinarias con el retorno de metales, dá trabajo á numerosos arrieros que antes no tenían mayor cosa que hacer. El ánimo se ensancha al llegar al mineral y ver en esas desiertas regiones cómo el trabajo, las anima, los edificios é instalaciones de máquinas se ven crecer en un momento y todo esto no en balde; pues la "Compañia Minera de Caylloma" reparte a sus accionistas magníficos dividendos y la "Caylloma Silver Mining Company Limited", según el memorandum de su Directorio de Lóndres, resulta haber sacado de las minas., en un año, de pura instalación de trabajos, el valor de 11,631 £ 14^{s} 1^{d} producto de la venta de 177 toneladas de metal exportados, produciendo ya hoy día como 17,000 onzas mensuales; no habiendo repartido dividendos por lo fuerte de sus gastos de instalación que hacen de una oficina de beneficio de

(1) Informe sobre el estado actual de la Minería en el departamento de Arequipa.—1892.

metales, por vía húmeda ó amalgación para tratar 10 toneladas diarias".

Por lo que hace á la riqueza mineral del valle de Arequipa, puede juzgarse de ella, por el siguiente importante trabajo que nos ha suministrado el inteligente é ilustrado minero Sr. D. Antonio Alvístur.

MINAS.

No obstante la importancia valiosa del mayor y más efectivo provecho que la Nación alcanzaría, que primero é inmediatamente las industriales que consagraren sus facultades al honroso trabajo, de la minería, poco, muy poco, es lo que se puede anotar con los detalles indispensables, acerca de la riqueza minera del valle de Arequipa. Y no es, en verdad, que esta provincia deje de contar veneros que recompensen con utilidad marcada los capitales y afanes del Laboreo con oro, plata, cobre, plomo, azufre y fierro; muy al contrario estudios prácticos, resultado de la ciencia, comprueban esta consoladora afirmacion. Nos referimos á los ingenieros del Ramo, Sres. Arroyo y Rabinoki, cuyas conclusiones, no serán sino la base de negociaciones en grande escala en tiempo no lejano, en que Empresarios competentes aviven y comprometan el interés y actividad que en el día desconoce la próvida fuente de riqueza que pasa con indiferencia, y, si es posible juzgarla, hasta con desdeñosa repulsa.

Decia el Sr. Orrego Cortés, según Folleto que tenemos á la vista en 1874 ocerca de las Minas cercanas de Arequipa. Los alrededores de Arequipa están acumulados de minas, tanto de cobre como de plata y también de oro; pero no he tenido ocasión de visitar sino algunas de ellas.

Procediendo, en seguida, á pormenores dice: A cuatro ó más leguas Sur de Arequipa se halla la mina de Mollebaya (trabajada si nuestra memoria no nos es infiel por el Sr. Dr. D. José María Ugarte) con criadero de arcilla en su mayor parte, llevando al centro una vena metálica con quijo y peróxido de fierro, cuyas espe-

cies minerales son carbonato de cobre con picos de bronce y galena. El laboreo es de 16 metros. Parece haber sido trabajada por plata: la veta es angosta, piedras escojidas me dieron 18 marcos por cajón.

YARABAMBA.

A una legua al S. E. de Mollebaya en un cerro porfídrico, peñascoso y árido hay una veta cobriza muy bien formada de 50 á 60 centímetros, cuyo rumbo es de 45°, Este con criadero de quijo y peróxido de fierro. Las sustancias minerales explotables son el carbonato de cobre y una mezcla de peróxido de fierro con galena, con ley de plata. Tiene cuatro boca-minas donde se ha trabajado hasta 16 metros verticales en que cambia la naturaleza de la veta, que se convierte en un arcilloso sin metal alguno. En los desmontes y cancha hay bastante metal. Los ensayos por plata, con 5 °/₀ de cobre, cuyo criadero casi en su totalidad y óxido de fierro, dan 300 marcos por cajón en piedras escojidas. No será desacertado un reconocimiento en profundidad por ser tan bien formada la veta, libre de aguas que la inunden por hallarse en terreno seco, y el agua á la superficie está á mucha distancia. Anoto, con todo, que la ley de los desmontes es muy baja.

INCA.

Dista esta mina de la anterior 6 ó 7 leguas: su mejor metal da 50 °/₀ de cobre con 8 marcos plata por cajón. El término medio daría 31 °/₀ cobre y 6 marcos plata por cajón.

PICHU-PICHU.

Muestras de esta cadena presentaban pegaduras de plata.

CACHENDO.

Tuvo ocasión el Sr. Orrego Cortés de examinar una muestra de oro extraído de punto próximo á la Estación.

ARANTA (Provincia de Islay.)

Existe una mina á 6 leguas de la caleta, que, según datos, tiene metro y medio de potencia, poco trabajada, su metal es carbonato de cobre (metal de color) que dió 18 %.

También allí hay un metal negro, pesado, que á primera vista parece, en su mayor parte, compuesta de peróxido de fierro y que contiene azufre, mica y unos cristales traslúcidos, muy semejantes el granate ó zirión.

El inmortal Sr. Raimondi clasificó este metal como sub-súlfuro de cobre luminar con granate y mica. Obtuvo el Sr. Orrego de éste mineral 42 %.

Agrega este Sr. ingeniero que creía que las otras vetas rendirían tanto valor como ésta, pero que no pudo visitar.

MINAS DE TINGO.

En este precioso sitio balneario hallé por repetidos ensayos por plata 6, 8 y 55 marcos por cajón en muestras galenosas sobre criadero cuarzoso, siendo algunas de ellas cobrizas.

A una legua y media al S. O. de Tingo Grande en la quebrada "Enlozada", se encuentran varias vetas de criadero cuarzoso, bastante anchas, algunas de las que dán un común de 20 marcos por cajón: muestras escojidas me han dado hasta 90 marcos. Las vetas están en un cerro áspero de granito, y no sería perdido hacer nn reconocimiento en estas vetas.

Innumerables son (dice) los puntos en que abunden minerales y el Gobierno hará un verdadero servicio al país haciéndolos reconocer por ingenieros inteligentes bajo el punto de vista industrial.

CRIADEROS IRREGULARES.

Mención particular hay que hacer de los cerros al frente de Yarabamba por su orígen y composición, situados á la derecha del rio, que, en general contienen cobre, y también, oro, plata y plomo. El criadero es pórfido fildópatro, á veces anfibólico y cuarzoso, que, en ocasiones pasa á pórfido granítico.

Se encuentran vetas cruzadas por venas dando lugar á metamorfismo metálico.

Se notan erupciones parciales, posteriores á la primitiva, apareciendo superficialmente, unidas al anfibol, feldopato en reducido espacio. El mineral, así, con guías y vetas hace parte de la roca, fenómeno que se observa en *Peña-Verde* y *Roca-Negra.*

El pórfido como elemento asociado el foldopato, cuarzo y anfíbol, y algo de carbonato de cobre y fierro oligisto, caracterizan la roca como un ejemplar perfectamente mineralizado.

A ambos lados de la Posta de Subilaca se verifican estas combinaciones.

Reducidos depósitos de mineral dán alta ley de cobre que se pierde y poca hondura en los pórfidos, y, al exterior se vé el color verde de los cerros.

En *Roca-Negra* (erupción porfídica) se obtuvo, término medio, 9 %. En el reventón de la *Pampa* hubo muestras de 20 % cobre; más término medio no pasarán de 10 %.

En *Piedra-Verde* y otros puntos es la ley inferior, y es de creerse no exceda, el común de 6 %

Otros reconocimientos rindieron 4 á 5 % con excepción del de la cumbre del Cerro Grande de Subilaca que llegó á 10 % cobre. A legua y media de la Posta hay una labor con 10 metros en bastante desmonte que contiene oro en estado nativo, plata, cobre (metal de color) y dió 18 %.

También hay allí un metal negro, pesado, que á primera vista parece en su mayor parte, compuesto de peróxido de hierro y que contiene azufre, mica, y unos cristales traslúcidos, muy semejantes al granate ó zircón.

El Sr. Raymondi clasificó este metal como subsulfuro de cobre laminar con granate y mica del que alcanzó cuarenta y dos por ciento: el Sr Orrego cree que con las otras vetas allí existentes se hallen leyes por cobre de tanto valor como la anterior, las que no pudo visitar.

CAPITULO III.

Comercio.

La situación geográfica de Arequipa, hizo de ella, desde que fué fundada, una ciudad de depósito ó mercado al que venían á comprar y vender, á cambiar sus productos los industriales y negociantes de los departamentos del Sur del Perú y del Norte de Bolivia.

Arequipa, situada entre la costa y la sierra, es el natural punto de reposo, el intermedio más conveniente, entre el comercio de importación y el de exportación.—Hasta nuestro clima templado, sin peligros para el habitante de la sierra ni para el de los valles de la costa, contribuye á que Arequipa sea el mercado del Sur del Perú,

Cuando se construyeron las líneas férreas de Mollendo á Arequipa y de Arequipa á Puno y al departamento del Cuzco y se estableció la navegación del lago Titicaca, creyóse, naturalmente, que la importancia de Arequipa, como mercado, iba á aumentarse rápidamente, llegando á ser esta ciudad la metrópoli comercial de una dilatada región.

Pero no sucedió así. El comercio de Arequipa, después de un pasajero crecimiento, ha venido decayendo notablemente.

¿Por qué esta decadencia?

Por la guerra con Chile, se dirá, —por las crísis económicas que ha atravezado y atravieza el país.

Es cierto, en parte, no cabe duda que esas sean causas de la decadencia comercial de Arequipa; pero ellas son generales, comprenden á todo el país. Y relativamente á nuestra ciudad, hay otro poderoso motivo y factor de decadencia, la mala reglamentación de los impuestos.

Los impuestos se han reglamento en el Perú, como si este país fuera uniforme, geográfica é industrial-

mente. Se han dictado disposiciones como para ciudadades y pueblos que fueran todos iguales. No se ha pensado que en el Perú, cada provincia, y cada distrito, tiene producciones é industrias diversas, y que por lo tanto, lo que convenía era facilitar los cambios, las relaciones entre unos y otros pueblos. Hacía falta, pues, una reglamentación compleja, condicionada por todos los elementos, por todas las circunstancias y diversidades. Es verdad que una reglamentación así reclamaba largos estudios; y los conductores de nuestro país, ó no han tenido tiempo, ó no han sabido hacer esos estudios.

Ha resultado de aquí, que la reglamentación uniforme de los impuestos, se ha establecido oprimiendo industrias, desviando corrientes comerciales, despoblando mercados, contrariando, en su natural desarrollo, parte de las fuerzas industriales y comerciales del país.

Arequipa, como otros pueblos del Perú, ha sufrido enormes daños, como consecuencia de la mala y variable reglamentación de las contribuciones.

Arequipa, como he dicho, tenía fundaba su vida comercial, en ser mercado ó plaza de depósito de productos ó mercaderías destinadas á otros pueblos. Conveníale, por lo tanto, que esos productos pudieran entrar á ella y de ella salir sin gravámen alguno; que la permanencia en ella de un producto ó de una mercadería, no costase nada al productor ó al introductor ó comerciante. Esto hacía la riqueza de Arequipa.

Durante mucho tiempo sucedió así, en efecto.—Los vinos, aguardientes, y demás productos de nuestros valles, se cambiaban en esta plaza con los productos de Bolivia y del interior del Perú. Las mercaderías que para estos pueblos se traían de Europa, se depositaban aquí, y se cambiabau también con sus productos, y Arequipa, como centro de todas esas transacciones, vivía una vida comercial, activa y provechosa.

Pero ahora, todo este comercio, todas esas transacciones han disminuido considerablemente.

Porque, ahora, las mercaderías destinadas á Bolivia, para entrar á Arequipa, tienen antes que pagar derechos de importación al Perú, y para ser después, llevadas á Bolivia, deben pagar otro derecho de importación á este país—; lo cual da por resultado que, naturalmente, pasan directamente al lugar de su consumo.

Tenemos ahora una dilatada frontera sobre las provincias nuestras que hoy ocupa Chile, y esta circunstancia hace casi inevitable la introducción de mercaderías de contrabando á algunos de nuestros despartamentos, lo cual es causa, necesariamente, de que de esos departamentos no se venga á comprar mercaderías en Arequipa, pues, las que á esta ciudad se introdncen, han pagado derechos de aduana.

Un tratado con la república de Bolivia, sobre la base de la Aduana común, y la vigilancia efectiva de nuestra actual frontrera del sur, son absolutamente indispensables para devolver á Arequipa, gran parte de su importancia comercial.

Finalmente, es necesario que se dé las mayores facilidades y seguridades á la introducción en esta ciudad, de los productos de nuestros valles, que, ahora, huyendo de los inconvenientes que traen los mojonazgos é impuestos fiscales, pasan en gran parte directamente á sus plazas de consumo.

Con las medidas que dejamos indicadas creemos que Arequipa recobraría pronto su actividad comercial. Pero, en todo caso, por esos ú otros medios, es necesario procurar que vuelvan los buenos tiempos en que esta ciudad era la primera plaza comercial del Sur del Perú.

Conclusión.

Ya está escrita la última página de mi libro.

Pero, apenas concluída, veo delinearse en mi mente, otras y otras páginas que también escribir quisiera.

Eso tienen estos libros que se escriben con el corazón; nunca sabe uno acabar de escribirlos, tienen siempre continuaciones en lo más hondo del alma.

Y luego, el ensueño se une también al cariño para darle gusto, prolongándole vagamente, las visiones de los séres queridos.

El libro salido del alma, queda así á ella adherido, por misteriosas prolongaciones indefinibles.

Lo que ahora quisiera es, que este libro, en el que sólo se habla de nuestra tierra y nuestra gente, fuera seguido de otros que de lo mismo se ocuparán.

A nuestra tierra, ni sus poetas la han cantado casi. Pocos hay que conozcan sus flores siquiera. — De nuestra raza, de nuestra gente, hay escritas muy raras historias y crónicas. Y nuestro valle es un mundo nuevo para la poesía y para la ciencia. ¡Dichosos los que lo estudien, describan y canten!

En fin, quisiera, que algunos, leyendo mi libro en algún país lejano, pensaran y dijeran que nuestra tierra debe ser hermosa; que se debería venir á conocer; y que se podría traer á ella hermosos proyectos de felicidad, con la seguridad ó con mucha esperanza al menos, de realizarlos. ¡Ojalá que vinieran! Verían que mi libro dice la verdad.

FIN.

Indice.

ÍNDICE.

TERCERA PARTE.

LA CIUDAD.

CUARTA PARTE.

LA SOCIEDAD.

ÍNDICE.

QUINTA PARTE.

LAS INSTITUCIONES.

SEXTA PARTE.

INDUSTRIAS.

